

La paradoja final del resucitado.

(La esfinge en el espejo.)

“Ese buitre voraz de ceño torvo
que me devora las entrañas fiero
y es mi único constante compañero
labra mis penas con su pico corvo.

El día en que le toque el postrer sorbo
apurar de mi negra sangre, quiero
que me dejéis con él solo y señero
un momento, sin nadie como estorbo.

Pues quiero, triunfo haciendo mi agonía
mientras él mi último despojo traga,
sorprender en sus ojos la sombría

mirada al ver que la suerte que le amaga
sin esta presa que satisfacía
el hambre atroz que nunca se le apaga.”

Miguel de Unamuno.

“Tu honor no está en tu origen, sino en tu fin”.

Nietzsche.

Primera Parte.

UNO. (Tortura y muerte)

1.- Un perfume dulzón de flores muertas impregnaba la oscura habitación. Una corazonada le hizo saber que estaba bien vestido: camisa de cuello duro, hábito talar de buena lana, zapatones de cuero. Orazio Malacqua se preguntó dónde antes había percibido ese aroma. Despertaba tendido cuan largo era sobre una superficie áspera y oblonga. Un dolor agudo bajo su oreja derecha excitó su memoria. Procuró mover la mandíbula pero sus arcadas dentarias estaban adheridas, inflamadas por lo que creyó era un páulis. Su lengua quiso insinuarse a través de los labios, pero la sintió pegada al paladar. Y aunque no podía abrir la boca, tenía la sensación que su interior había crecido como si en ella hubiese germinado una calabaza. Levantó la mano izquierda y la llevó al cuello. Palpó la almidonada forma de su corbatín e inmediatamente por encima una cinta, al parecer de seda, que le ceñía la barbilla. Subió su mano guiándose por las estribaciones de la cara: la comisura labial, el surco de la nariz, el párpado, el arco de la ceja, las arrugas de la frente y el nacimiento del pelo y más arriba, la continuación de la cinta que le rodeaba la cara, le cubría las orejas y mantenía su mandíbula fuertemente atada.

Aunque había nacido zurdo, trató de ayudarse con la mano derecha para soltar el barbicacho que le trababa la boca. Con el primer amago de separar el brazo de su cuerpo el dolor de su cara se desplazó con exquisita agudeza a cuatro de sus dedos derechos. Sólo el pulgar, libre de esparadrapo, no sufría. Ahora olía a algas y amoníaco. Con la mano indolora palpó la piedra donde yacía; estaba húmeda, resbalosa, se le antojó amortajada por una sábana de lirios de mar.

Una lámina de luz caía del techo. Gracias a ella y desde el lugar donde estaba, Malacqua vio el artesonado de la estancia y una sección del muro. La cámara aquella era redonda. Llevó su mano izquierda hasta sus ojos y la movió, pero la tenue luminosidad no le permitió ver qué movía. La lámina de luz se acercó. El sol, entonces, giraba.

Malacqua se quedó quieto, cuando alzaba su mano izquierda el dolor de su cara y de su mano derecha se mitigaba. Se atrevió a volver la cabeza unas pulgadas hasta la fuente de luz y descubrió que no estaba sólo. A su lado derecho había una figura humana, yaciente y silenciosa. Con un pequeño

esfuerzo de su cuello distinguió la silueta de quien lo acompañaba: el vientre hinchado, las rodillas dobladas, las plantas de los pies en el aire, los brazos separados del cuerpo, rígidos como alas sin plumas.

De pronto Malacqua recordó dónde había olido ese perfume de flores muertas. Pero no sintió miedo alguno. Aquél olor era el que flotaba sobre el cementerio franciscano de Tabor aquella tarde estival, promediando la peregrinación a Tierra Santa, cuando con otros novicios franqueó la puerta de *Bab el-Hawa*.

Al presente, Malacqua no tenía dudas sobre su condición: estaba vivo. Para saberlo bastaba con el dolor y con la percepción de espacios y formas. Y aunque ignoraba dónde estaba, tenía la certeza de que el hombre tendido a su lado ya había cruzado hacia otro universo.

El rayo de luz cayó sobre el pecho de Malacqua que bajó su brazo izquierdo y apartó, con un esfuerzo martirizante, la mano derecha del costado. Apoyó el codo en la piedra y se incorporó lo suficiente para examinar sus ateridos dedos. Desanudó la venda que los cubría y comprobó que tenía las falanges rotas. Un suero mucoso se escurrió por la palma de su mano.

Malacqua, sin pensarlo, se sentó y dejó que sus piernas colgaran fuera de la mesa. Utilizando la mano izquierda aflojó la cinta de muerto que le rodeaba la cabeza y aguzó la vista. La hoja de luz se había desplazado y ahora apuntaba a su vecino: llevaba una levita negra, camisa blanca, una corbata *Ascott* de seda y zapatos de *cuir verni*. Malacqua lo reconoció: era el próspero panadero Imaginni. El sujeto era conocido por su afición por la ópera, por los *castrati*, la ropa fina, el aguardiente rosado y por su profundo temor a ser sepultado vivo una segunda vez.

Malacqua infirió que se encontraba en el célebre Atrio Imaginni, un templete circular de ladrillos y argamasa hecha construir por aquel hombre junto a la rueda del molino de su propiedad. En ese sepulcro transitorio debía permanecer su cuerpo no menos de catorce días después de muerto. Una vez cumplido ese período, autorizaba los funerales definitivos del cuerpo que lo contuvo en vida. Se sorprendió Malacqua al mirar a su alrededor: no había flores frescas ni marchitas, ni siquiera un búcaro donde ponerlas; sí alcanzó a ver un costal de harina, un fudre y una canasta con huevos; pero el olor provenía del cuerpo de Imaginni. Aunque lo acuciaba el hambre se resignó a no probar de aquellos alimentos, recordando, de sus lecciones de mitología griega, las semillas de granada que comiera Perséfone a instancias de Hades cuando era liberada de los infiernos y que la obligaron a regresar cuantas veces aquél lo exigiera.

Una burbuja glauca creció sobre el cráneo del cadáver del panadero, soltando un ruido semejante al croar de una rana. En realidad era ese glóbulo

delicuescente que se vaciaba. En Mascione, ese pequeño pueblo vecino de Campobasso, se hablaba de varios muertos que habían revivido después de sepultados.

2.- Imaginni era el panadero preferido de Campobasso. Tanto, que era el único. Toda otra tahona que se instalara en la ciudad o los alrededores cerraba al cabo de pocos meses. Quienes vivían en Mascione, como Malacqua, caminaban o cabalgaban hasta la panadería de Imaginni. En su local mezclaba en persona la harina con agua, sal y especias; o con azúcar, canela o vainilla. Heñía la masa, la hacía reposar para que leudara, formaba los panes, los marcaba con la artera, colmaba con ellos la pala para enhornarlos y después de retirarlos limpiaba el fogón con la barredera que preparaban sus nueve hijas e hijos. También preparaba pandoro, pan *Tramezzino*, sequillos y polvorones. Y vendía el hojaldre, el almorí y la panatela. Y, desde luego, el *Panettone*. Lorenzo Imaginni era un hombre mayor cuando murió. Rodeado por el desapego de sus cuatro hijas y sus cinco hijos, todos solteros, a los que despreciaba, conservó su lucidez hasta que sus ojos se empañaron. Para ser heredado había hecho dos exigencias ante el escribano de Campobasso: la primera: ser enterrado lo más lejos posible de su esposa Antonella, fallecida cinco años antes e ir acompañado, dentro del ataúd, con una libra de harina, ocho huevos, una pizca de sal, un saquito con levadura y un botillo lleno de agua; y la segunda: no quería llevar monedas en sus manos o sobre sus ojos ni tampoco un óbolo bajo la lengua:

-Con esos productos –había dicho –le hornearé el mejor pan a Caronte, quien así se considerará bien pagado.

Tres días después de que Imaginni fuera sepultado cuando murió por primera vez, el cementerio de Campobasso, colindante con la *Chiesa de San Giorgio*, empezó a oler a *panforte*. Esa noche, avisados de aquello por el administrador, sus hijos varones se precipitaron al camposanto. En efecto, el perfume a pan saturaba el aire inmóvil del lugar, concentrándose en el mausoleo familiar del que había sido excluida Antonella.

Adentro el flujo oloroso era más intenso, pero con una tenuidad a vainilla y narcisos.

-Así huelen los muertos –murmuró el enterrador que los acompañaba y con un rejón derribó la losa de mármol que obstruía la hornacina del panadero.

Escipión, el primogénito, encendió las quince velas de un tenebrario. La tapa de féretro se había corrido y una de las manos del hombre se veía por la abertura. De pronto se movió. Escipión no alcanzó a mirar hacia adentro,

porque los ojos de su padre, enrojecidos, relumbraron en la oscuridad sepulcral.

-¡Idiota! –le gritó a su hijo – ¡no creerás que no tuve como pagarle a Caronte!

-¿Cuánto te faltó? –preguntó Atrezzo, el segundo hijo, el retrasado, que había nacido con una cabeza monumental.

El viejo golpeó con la tapa del féretro el cielo del nicho y el sepulturero se apresuró a retirar el cajón. Pesaba más de lo que el hombre podía cargar por lo que cayó al suelo rajándose por los cuatro costados. Imaginni, con fuerza de hombre vivo, se puso de pie, se sacó las tablas de encima y se sacudió el yeso de la sábana que lo envolvía. Un panforte redondo, inflado y con algunas vegetaciones verdes en sus costados, rodó hasta los pies de Escipión.

-¿Cuánto más? –dijo Imaginni -no sólo son inútiles, sino ignorantes –¡me han enterrado vivo!

El panadero recogió la hogaza, salió de la tumba y permaneció en silencio respirando el aire frío de la noche de Campobasso.

-¿Cuánto más? –repitió el bobalicón.

-La Sibila de Cuma, la que vivió allá en la Campania –señaló con el brazo hacia el poniente -ella lo sabe todo.

-Enloqueció –le dijo en voz baja Marcelino, el tercer hermano a Escipión, yendo tras el viejo.

Escipión lo miró sin verlo: la oscuridad aplastaba al cementerio.

-Puede ser -le dijo y lo refrenó tomándolo del codo –pero lo que dice es verdad: el remero le pide una pluma de oro a los vivos para cruzarlos a través del río Aqueronte.

Escipión, siendo el primogénito, era el único que había recibido cierta educación. Los otros hermanos y hermanas sólo en las faenas de la gran panadería.

No fue necesario que nadie guiara los pasos del hombre viejo hasta su casa. Dentro de ella se encerró en la alcoba que daba al horno de la panadería que ya no volvió a encender y dibujó, con su mano, los planos de la cripta que debería contener su cuerpo antes de su entierro irreversible. No quería ser sepultado vivo otra vez.

Porque Imaginni no vivió mucho tiempo más. Se rumoreó que pudo haber sido envenado por sus hijos en venganza por la cruel muerte a la que había condenado a su esposa acusándola de un adulterio nunca sustanciado. El hecho es que aún estaba fresca la emulsión de huevos y harina con la que se pegaron los ladrillos de la tumba transitoria cuando el panadero, después del desayuno de un día domingo, fue atacado por una casmodia irreversible que lo dejó con la boca abierta y sin respirar toda la mañana. Siete médicos mandó a

buscar Escipión, también al anatomista Ronnino de Ferrazzano y todos certificaron el paso al más allá del fabricante de panes. Escipión, por cierto, no se arriesgó a perder la herencia y cumplió con el anexo a las exigencias previas a su primera muerte: debía ser vestido con sus mejores ropas y con otro muerto como compañía. Así lo depositó, con la avenencia de las autoridades de la ciudad, en el atrio junto al azud del molino y salió a buscar un difunto reciente que satisficiera la vesania terminal de su padre.

Malacqua había sabido de la segunda muerte del panadero por boca del verdugo que lo torturaba, poco antes de que él mismo fuera dado por muerto presuntamente asfixiado por “la pera”.

3.- Orazio Malacqua había sido destinado a una de las dos parroquias de Mascione algunos meses antes de la defunción inaugural de Imaginni. En esa época era un hombre enjuto, ascético, largo, de nariz afilada, que usaba un cilicio bajo la negra sotana. Sus manos tenían huesos largos como de ave y sus uñas crecían con desmedida velocidad. Había sido destinado a ese lugar poco después de recibir los votos mayores. Nadie quería tenerlo muy cerca, ni en la orden franciscana de la que formaba parte, ni en los grados más bajos de la curia. Además no se le conocía parientes.

Nunca recibió un reproche durante sus estudios y más de alguna vez sorprendió a sus maestros por el profundo y crítico conocimiento que tenía de las más diversas herejías, como de sus refutaciones teológicas. Uno de ellos, el venerado Holmenso de Postaféria, que no llegó a ser santo por la falta de prolijidad de quienes, mucho tiempo después, defendieron su causa ante los tribunales vaticanos, dijo de Malacqua:

-Sería un magnífico procurador.

No obstante, por algún motivo se desconfiaba de él. Sus ojos afiebrados o su verbo inflexible tanto si lo empleaba para denigrar a los masones como a los jansenistas o bien su envalentonada juventud, su arrogancia y quizás sus manos de lobo ahuyentaban cualquiera compañía. No objetó su designación parroquial y con la obediencia debida a sus superiores subió en Roma al coche que lo llevaría a Mascione.

Los problemas empezaron después de una prédica, cuando afirmó que el Dios de Abraham no puede ser un Dios castigador. Dos o tres semanas después lo visitó el prior del convento dominico de Campobasso. Montado en un asno que guiaba un profeso se presentó una tarde de mucho calor. Lo seguía otro borrico en el que montaba un clerizón: en sus ancas llevaba un cántaro de agua y un morral que olía a queso y embuchados.

Malacqua recibió al monje en la modesta sacristía de paja y barro, adjunta a la capilla donde oficiaba. Un puerco mostró su hocico en el momento en que el abad, agitando la sotana, se sentaba en una banca. El animal hozó la tierra y luego se arrimó a un cirio apoyado en un pedestal. El dominico lo miró con desagrado.

-¿No puedes mantener alejados a los animales? –reprendió a Malacqua, secándose con un paño el sudor de su cuello nervudo.

Malacqua golpeó los cuartos traseros del cerdo, echándolo fuera.

-Es lo que trato –le dijo a su interlocutor mirándolo con sus ojos de fuego.

El prior dobló el cuello.

-La causa de mi visita se origina en un sermón vuestro –le dijo.

-Lo sigo, dom. –Malacqua se frotó la barbilla.

-Sermón en el que afirmaste que Dios carece de un atributo.

-Dije que el Dios de Abraham no es un Dios castigador.

-¡Pero eso es negarle una cualidad al que todo lo tiene, al que todo lo puede!

-Estoy preparado para discutir los requisitos de una cualidad divina – Malacqua sacó una brizna de paja del muro y se la llevó a la boca.

-¿Discutir los requisitos de una cualidad divina? –el dom. se puso de pie.

-Si es que un atributo negativo le compete o no a la naturaleza de Dios.

El monje se agitó y dijo:

-¡Basta, sacerdote! –no me confunda con palabras que pueden condenarlo. –

Malacqua calló y el marrano resopló un aliento fangoso.

El domingo siguiente Malacqua percibió una sensible disminución en el número de fieles y en la escasa limosna necesaria para el sustento de su iglesia y de los pobres que acudían a ésta. Lo atribuyó a la reciente visitación del superior del priorato cercano de modo que decidió entrevistarse con él. Caminó las dos leguas que lo separaban del lugar y esperó sentado a que el preboste lo recibiera. Envuelto en su sotana negra, bajo el calor abrasador de ese verano, estuvo dos días y una noche en un rincón del patio empedrado de la abadía. Le dieron un cazo con agua y un puñado de centeno con la intención de hambrearlo y someterlo, pero cuando el arcediano le permitió entrar, se levantó más altivo que nunca.

-Qué comentarios ha difundido, padre, en contra mía en Mascione –le preguntó al abad.

-Sólo los suyos, franciscano, los que vierte desde el púlpito que le ha sido asignado y que me veré en la sagrada obligación de hacerlos llegar al obispado en Foggia.

No estuvo mucho tiempo tranquilo Orazio Malacqua. La Inquisición agonizaba y los funcionarios de la alta jerarquía eclesiástica italiana de ese

organismo lo sabían muy bien. Se conocía, por lo demás, el decreto que la abolía en España, dictado por María Cristina de Borbón, la regenta de la niña Isabel II. Pronto no habría herejes para interrogar, para torturar, para condenar. Desaparecerían los autos de fe y las hogueras, y los hombres y las mujeres perderían el temor a Dios. Los últimos eventos se mostraban poco auspiciosos para el Santo Oficio; de hecho sus miembros podrían llegar a correr la suerte de sus propios perseguidos. La iglesia estaba en peligro; la memoria de Lucio III y su bula *Ad abolendam* y el pensamiento del Papa Inocencio IV, ambos inspiradores y fervorosos partidarios de la Inquisición serían mancillados. La sabiduría de Tomás de Torquemada, Inquisidor General o la ecuanimidad y autoridad de Jerónimo Castellón, el supremo en ejercicio, serían impugnadas, y el martirio del Santo Niño de La Guardia, inútil. Los valores morales del cristianismo atesorado por siglos, traicionado. El sacrificio de los hombres del Santo Oficio en Europa y América habría sido en vano.

No obstante que la Inquisición italiana obró con Orazio Malacqua dentro de su estricta legalidad, el oportunismo y la arbitrariedad de la invectiva en su contra y el celo aplicado contra él fueron de inusitada iniquidad.

Fue alrededor de esas fechas cuando el Inquisidor Jerónimo Castellón y Salas, obispo de Tarazona, con la astucia atributiva a su misión canónica, fundó la llamada *Perseveranza* cuya misión inicial era reproducir donde fuera y cómo fuera los edictos de gracia y de fe, denunciar la herejía, la judaización, el amancebamiento, la facilitación, el protestantismo y los uranistas, revelar el asedio y el hostigamiento que sufre la iglesia, practicar los autos de fe, aunque fuese en forma privada y de ese modo perpetuar el Santo Oficio.

4.- El abad dominico de Campobasso elevó los antecedentes de su discusión con Malacqua, así como testimonios de testigos y parroquianos obtenidos durante su paso por Mascione a la sede inquisitorial de Foggia. El obispo calificador de esta ciudad, monseñor Renzo di Cervo fiel seguidor de Jerónimo Castellón, consideró aquello una oportunidad para valorarse y decidió adelantarse a sustentar la acusación. Para esos efectos instruyó a su arcipreste Ángelo Moleggo para que preparara, para esa feligresía y contra su párroco, un edicto para el primer domingo de abril, incitándolo a ser severo.

El designado fiscal, montado en un caballo blanco y seguido por dos curas de a pie, compareció el día señalado en la capilla de Mascione. Después de ordenar que abrevaran al animal y sin explicación alguna, decretó que uno de los sacerdotes que lo acompañaban sustituyera a Malacqua en la celebración de la misa. Al terminar el servicio eucarístico, Moleggo ocupó el modesto

púlpito fabricado por Malacqua con duelas de toneles, anunció el edicto de fe y estimuló a los asistentes a dar a conocer sus denuncias. Les advirtió que ellas podían ser públicas, en ese momento, o depositarlas verbalmente en los
 → oídos del notario del secreto que era parte de la comitiva.

Se atenuaba el calor y la sombra roja del sol encendía las hojas de los arces y encinas cuando Moleggo resolvió interrumpir la letanía de las acusaciones. No cabía duda, Malacqua era, por lo menos, culpable de difundir proposiciones heréticas. Debió quizás suspender el procedimiento y presentar los avances de la causa a las autoridades de las que dependía, pero quiso ir más lejos. Dispuso encerrar a Malacqua en su habitación y ocupó toda la noche en leer lo que el escribano había escrito en la prolongada actividad de la antevíspera.

En la mañana del día siguiente despachó al notario de secuestros, Malacqua no poseía bienes, dejó al acusado a cargo de dos alguaciles prohibiéndole de ausentarse del lugar y administrar sacramentos e instruyó al nuncio para que divulgara la noticia de la detención del párroco en la ciudad y haciendas aledañas.

-Regresaré con los calificadores –dijo– pidiendo le traieran su cabalgadura.

La urgencia, como se lo sugiriera el obispo de Foggia, se justificaba por la inminente extinción del fiscalato de su responsabilidad.

Moleggo estuvo de vuelta en Mascione el miércoles de esa semana. Sus instrucciones incluían el traslado de Malacqua a Campobasso, donde podría ser recluido en las *oubliettes* bajo el *castel* Monforte.

El proceso celebrado en su contra fue el más rápido de la Inquisición en la península, y si no terminó con el condenado en un auto de fe fue porque se les murió en las cámaras de tortura.

Los calificadores certificaron groseramente las faltas de Malacqua, acrecentadas por los múltiples testimonios de los testigos, quienes aportaron antecedentes que, como era habitual, iban más allá de todo lo verosímil. O habían sido recompensados por Moleggo o se les había otorgado alguna indulgencia. Se llegó a decir que se manifestaba en sus prédicas con una lengua bífida y que sus manos, en noches de luna llena, mudaban la piel, transformándose en garras de carnicero. Los abonos y las tachas presentadas por el cura Orazio Malacqua no se sostuvieron y la defensa, como de costumbre, fracasó. El fiscal le reveló la existencia de la *Perseveranza* y le informó que con el respaldo de esa institución estaba siendo juzgado.

-La tibieza de la Inquisición te hubiese exculpado sin más trámite -le dijo – lo que hubiese causado un detrimento enorme del poder y del prestigio que con justicia aún se le atribuye a la iglesia de Roma.

Los procuradores lo sometieron a los tormentos clásicos: el colgamiento que no logró dislocarle los huesos, la prensa de dedos que le destruyó cuatro de su diestra y finalmente la pera. Este era un bivalvo de bronce cuyas hojas se abrían ampliamente empujadas por la acción de un tornillo. El monstruoso molusco era introducido en la boca o en otras cavidades de los detenidos, sitio donde se iniciaba la separación de las valvas. Dislocaba las mandíbulas y provocaba la explosión de las fosas nasales proyectando los huesos de la cara hacia la base del cráneo o desgarraba el ano o la vagina arrojando al exterior los órganos abdominales.

Con las manos atadas en la espalda y sentado en una silla Malacqua escupió al carcelero cuando lo vio acercarse premunido un sacaclavos con las que procuraría abrirle la boca. Detrás estaba el verdugo con el instrumento que le recordó un gran mejillón dorado.

-¡No sobrevivirá ningún inquisidor! –juró Malacqua con el alma aterrorizada, infiltrada con su voluntad excitada por la venganza.

-Calla, hereje –el celador, mordiendo con las mandíbulas de las tenazas el labio superior del condenado.

Malacqua no resistió el dolor y mostró los dientes. Entonces el verdugo insinuó en su boca el vértice filoso de la pera y la empujó.

Con Malacqua, sin embargo, este procedimiento no llegó a culminar: con la tercera vuelta de la mariposa de acero que expandía las escamas metálicas de la pera, Malacqua se desvaneció, la filigrana de su pulso se hizo impalpable y su respiración cesó. El verdugo, al asumir su fin, lo salvó de la horquilla y del fuego.

El nuncio divulgador, por encargo de Moleggo y con el escándalo y esplendor que todo aquello se merecía, comunicó al pueblo que Orazio Malacqua, el cura de Mascione, por obra del Santo Oficio, había sido perdonado y entregado su alma a Dios, arrepentido de sus pecados y argumentos cismáticos. El inquisidor se retiró sin dejar instrucciones sobre cómo proceder con los restos del sacerdote. El día anterior había muerto Imaginni.

5.- Escipión, al enterarse de la suerte corrida por el desafortunado padre Malacqua y se aventuró a solicitar su cadáver en el *castel*. El procurador se había retirado con la comisión encabezada por el arcipreste y el carcelero se aprestaba a introducir el cuerpo del torturado en un cajón para ir a arrojarlo a la cárcava, cuando apareció el hijo de Imaginni. Los nobles propietarios de Monforte se habían ausentado de la ciudad en un viaje a Venecia y las monedas que ofrecía el hijo del panadero eran muy tentadoras.

Escipión levantó el cuerpo del malogrado sacerdote, lo llevó a su casa, lo hizo asear por sus hermanas, le anudó la mandíbula, le vendó la mano, lo vistió con una sotana nueva que compró en un convento en Campobasso y lo dejó en la mesa de laja contigua a la de su padre en la cámara mortuoria al lado del molino.

Los hechos que condujeron a la muerte falsa de Orazio Malacqua sirvieron a los propósitos del obispo de Foggia. Los heresiarcas no descansaban, la Inquisición tampoco podía hacerlo.

Jerónimo Castellón, estaba satisfecho con la iniciativa del obispo di Cervo; Su Santidad Gregorio XVI podía dictar las bulas que quisiese, porque la *Perseveranza* se empezaba a consolidar.

DOS. (Resurrección)

1.- Malacqua puso los pies en el suelo. Sus piernas estaban firmes. Aunque nunca había estado en el interior de esos pabellones de muerte presunta, sabía que existía en ellas un mecanismo, que utilizado por los eventuales resucitados, servía para alertar a quienes estaban fuera. Al ponerlo en funcionamiento, los encargados de vigilar el lugar se percatarían de que el muerto allí encerrado no era tal. Una campana, una bocina tal vez, una fuente de agua. La luz había menguado, pero alcanzó a examinar sus heridas. Calculó que allí llevaba no menos de un día.

Malacqua rememoró: supuso que el verdugo, después de dilatar la pera en su boca debió darlo por fallecido, pero ignoraba la razón que lo había llevado al lado de Imaginni. El nunca había padecido de espasmos, convulsiones o catalepsias y no ignoraba que su sobre vivencia sería atribuida al Maligno y que de ser sorprendido, Moleggo no se molestaría en recomendarlo al procurador: con seguridad el mismo lo encadenaría al hombre de paja y le prendería fuego. Allí tampoco no podía permanecer más tiempo, Imaginni ya empezaba a heder y pronto lo enterrarían de una vez por todas.

Malacqua se palpó el cuerpo con su mano izquierda. No le habían malogrado más que la mandíbula y su otra mano. Recordaba haber sido sometido a juicio y encontrado culpable.

Desde que se presentara el cura Moleggo, todo, sin duda, había cambiado. No sabía cuánto. El sólo hecho de haber sido condenado por la Inquisición lo liberaba de sus votos eclesiásticos; así estaba consignado en la bula del Papa Paulo IV: "...y quedará excomulgado y excluido de la Iglesia quien reciba sanción inquisitorial, aunque haya sido ordenado sacerdote u ostente cualquier

dignidad episcopal...” De ese modo se cumplía con cristiana rectitud el lema de la organización: *Exurga Domine et Judica Causam Tuam*.

La venganza es una sola, los caminos para llevarla a cabo, dos: y aunque Orazio Malacqua no había aprehendido en todo su significado el concepto de vindicación, el instinto que su condición de paria había despertado lo iba a obligar, tarde o temprano, a resolver el dilema que muchas veces lo precede: o infiltrar primero y destruir después o arremeter sin misericordia contra quienes lo habían traicionado y humillado. En la solución de esa disyunción residía la única forma de acceder a la redención moral y física que se merecía. Iba a elegir la segunda.

Respiraba sin dificultad, por lo que se le ocurrió que al principio podría alimentarse por la nariz. Tranquilizado por esa opción, resolvió esperar hasta la madrugada para huir de ese encierro. Se sacó la sotana bajo la cual vestía un sayo de lino crudo, cubrió con ella a Imaginni y volvió a su cama de piedra.

Lo despertaron las cinco campanadas de una iglesia. Estaba oscuro, pero bajo el hábito negro con que se protegiera de los malos olores de Imaginni, ya se manifestaba la fantasmal luminiscencia de los fuegos de muerto.

Buscó en todo los rincones y no encontró nada. Supuso que los dispositivos de alarma no existían, que todo ese edificio era un engaño: es difícil morir dos veces, pero como la segunda muerte de Imaginni debió ser calificada como inconcusa, se ahorró en sistemas para que él pudiese dar cuenta de su resucitamiento. Eso le daba menos tiempo a Malacqua. La puerta herrada del templete era inviolable desde el interior, pero esa construcción no podía ser hermética. Y aunque creía poder simular una muerte verdadera cuando ingresaran al recinto los deudos del panadero, si era demasiado convincente corría el riesgo de terminar enterrado con él en un nicho perpetuo en el cementerio de Campobasso. Tenía que escapar antes que el calor aventara la descomposición de Imaginni más allá del molino.

La franja de luz que le permitiera ver el primer día se insinuó, oblicua, reverberando en el rostro de Imaginni. Malacqua siguió el rayo de luz por encima de la cabeza del panadero y la vio detenerse en la pared posterior de la estancia. Algo no coincidía entre esa luz y su sombra. Se acercó. Había una bien disimulada puerta falsa que Malacqua, con sus crecidas uñas, abrió en un instante. Cruzando una improvisada pasarela por sobre el hórreo cargado con centeno, se llegaba a una abertura en el muro de piedra de la aceña. Recién amanecía cuando respiró el aire puro y aún fresco del campo. Cantaba un gallo y las chimeneas de las casas de los aldeanos empezaban a humear.

2.- Orazio Malacqua no dudaba que si descubrían su desaparición la batida empezaría de inmediato, o quizás después del entierro de Imaginni. Una inesperada inspiración lo puso a actuar sin demora. Se fue orillando el riachuelo que alimentaba el molino, ocultándose entre las plumosas cortaderas y las ramas de los sauces. En un recodo encontró lo que buscaba: un bebedero de perros y vagabundos. Recién llegado a Mascione había recogido a un par de mendigos enflaquecidos. Lamentó su caritativa acción al percatarse que uno de ellos le había robado una apreciable cantidad carbón. Y fue justamente aquél el primero que llegó al remanso del río. El hombre se descalzó y refrescó los pies en el agua mientras con su mano derecha la recogía para beber.

No necesitó verificar su identidad. Las coincidencias, como aprendiera de los Anales de Tácito, son los engranajes de la historia. En cualquier caso el hombre no alcanzó a darse cuenta de lo que sucedía. Malacqua lo atacó, inmovilizó al infeliz con sus piernas y atrapó su cuello con su mano izquierda. Se desmadejó el ladrón con un gemido de hombre muerto que espantó una pareja de libélulas que se acoplaban sobre el agua.

Más le costó arrastrarlo hasta el molino, hacerlo pasar por el boquete en el muro, cruzar el puentecillo sobre el centeno y por sobre todo introducirlo por la puerta falsa y levantarlo hasta la mesa del descanso transitorio. No tuvo problemas para arrancarle los andrajos y dejarlo vestido con la sotana que antes de salir había depositado sobre el cuerpo de Imaginni.

No bien hubo terminado, escuchó un tropel de pasos que se acercaban a la puerta principal del mausoleo. Olió el incienso y el polvo seco de la mañana y confiado en que el menesteroso sería confundido con él, atravesó la puerta falsa que cerró tras de sí.

Transformado é mismo en un vagabundo, se tendió tras un antiguo muro romano. Desde allí vio el cortejo con los dos cajones que, el de su padre y aquél que debió contener sus restos. Guiados por Escipión se dirigía al cementerio de Campobasso. Orazio Malacqua empezaba a sentir hambre y sed. Oscurecía, se puso de pie, se introdujo a la tumba del engaño, cogió el costalito de harina y los huevos y volvió a la rivera pensando intentar un trueque. El dolor en la cara se había atenuado, pero temía no poder hablar. Y si así fuese, ¿cómo se daría a entender para canjearlos por una libra de polenta o un tazón de leche? Y de igual manera, ¿qué haría para no develar su condición de torturado? Sus dedos mortificados eran señas inconfundibles de la mano del verdugo inquisitorial y su quijada descoyuntada revelaría, al menos letrado, que había sido sometido a la vejación de la pera.

Con la mano derecha en el bolsillo de los andrajos Malacqua abandonó Campobasso, dirigiéndose hacia el poniente, alejándose de Mascione y de

no!
el que viene
es Orazio.

Foggia; poniendo distancia del abad dominico, del arcipreste Moleggo y de todos quienes pudieran reconocerlo.

Exhausto y hambriento, antes que amaneciera, llegó a las inmediaciones de Ferrazano. Desde la vereda vio un *albergo* de paredes de barro y techumbre de pizarra. Con las ropas que le quitara al mendigo y el olor con que lo habían impregnado no lo hacían huésped deseable en ese lugar ni en cualquier otro. La inspiración no se hizo esperar. Revisó el estado de su mano maltratada y comprobó que las uñas no habían detenido su detestable crecimiento. Ahora, sin embargo, en vez de fastidiarlo, lo asistían: se estaban desarrollando en sus dos direcciones, penetrando las llagas, depurando la carne sin vida, acelerando la aparición de una piel nueva y fuerte. Malacqua pudo mover los dedos. Entonces escuchó el chacoloteo de un caballo mal herrado. La luz de la luna lo bendijo, pues le permitió ver al jinete indefenso, ebrio, rendido sobre el lomo, aferrado a las crines de su jumento. Malacqua derribó al jinete de un zarpazo, el que cayó al suelo golpeándose la cabeza con una piedra. Ya no respiraba cuando lo empezó a desnudar. Hurgó en las alforjas y en un saco en las grupas no encontrando nada de valor, pero sí en el garniel: veinte monedas de cinco liras de plata y ocho monedas de cinco liras de oro. Obtuvo además un cuchillo de monte y una tijera: el hombre tirado en el camino había sido un esquilador.

yo diría
ningún otro.

Malacqua empujó al muerto hasta un brezal y dejó ir al caballo. Acomodó el botín en el saco, lo echó a sus espaldas y con una energía que creía no tener se apartó del *albergo* y del camino, adentrándose en una sementera. El trigal se abrió en una charca. El agua le llegaba hasta la cintura y ya estaba en ella cuando empezó a desgarrar sus harapos. Se sumergió sacudiéndose de los desperdicios y de la podredumbre, bebió hasta hartarse, se empapó con la frescura de la poza y supo que se había purificado: no había crímenes atrás, no los habría adelante, por más escalofriantes que fuesen. Emergió del agua, se vistió con el pantalón y la casaca de calicó del muerto y regresó al camino. Aún tenía hambre y el *albergo* titilaba como un señuelo. Una difusa fosforescencia anunciaba la cercanía de Ferrazano. Las monedas robadas y la ropa eran sentencia de muerte segura. Cambió otra vez el rumbo, dirigiéndose ahora hacia el poniente. Encontró un azagador de ovejas y por éste, bordeando el camino, alcanzó un manzanar. En los árboles descuidados se pudrían las manzanas y una que otra caía golpeando la crecida maleza. El viento soplaba tibio cuando Malacqua se tendió en el suelo con el saco bajo la cabeza. Después se cubrió con el hierbajo y el sueño lo derrotó, rendida su conciencia ante cualquier peligro.

3.- Despertó bien entrado el día, su mano izquierda apoyada en una manzana. La levantó y la llevó a la boca. Entonces se dio cuenta que la penumbra que lo protegía del sol no era provocada por las amplias ramas bajo las cuales había descansado. Se incorporó apoyando la espalda en el tronco y vio a contraluz la sombra que lo confundía. El cuchillo de monte no estaba a su alcance. Se sintió perdido. Pudo separarse del manzano y ponerse de pie. La figura que ocultaba al sol se hizo un lado y Malacqua dio un paso atrás. Era un individuo no más alto que sus hombros que llevaba un *cappuccio* negro que nublaba su rostro. Sus manos estaban enguantadas y en la derecha empuñaba un báculo.

-¿Por qué no muestras tu cara? –Malacqua preguntó con un murmullo insuficiente, forzando sus labios y su lengua.

La figura se apartó. Llevaba una máscara de cartón pintada con tres colores deslucidos: blanca la frente y los pómulos, azul la nariz y el labio superior, la mandíbula teñida de amarillo. Detrás de la abertura de los ojos Malacqua vio un reflejo marrón.

-Es la máscara de los escrofulosos –la voz sonaba trémula como un *vibrato*.

-¿De dónde vienes? –un hilo de sangre se escurrió de la boca de Malacqua y un espasmo de dolor le cruzó el rostro

-Voy a Isernia, pasaré por Bojano y te puedo llevar, torturado; unas leguas hacia el sur tengo un carro esperando.

El resucitado le mostró las manos.

-Llevas señas distintivas –la máscara miró a sus espaldas, como temiendo ser escuchada –tus dedos, tu boca, es inimaginable que hayas sobrevivido a la pera.

Un súbito fucilazo hirió la memoria de Malacqua. Miró hacia el cielo y vio sus brazos atados a una cadena, colgando de una escarpia clavada en un muro de piedras.

-¿Qué maldito inquisidor te marcó con ese daño y te liberó de la hoguera? ¿De que has renegado? ¿Cuánta era tu fortuna?

Sin anunciarse, se abrieron sus recuerdos, se abrieron como un abanico iluminado: desde la entrevista con el abad dominico hasta su consunción con el metal llenando su boca. Y escuchó y sintió en forma simultánea la voz en falsete de Moleggo que lo acusaba y el sabor amargo del bronce que lo asfixiaba. Era el principio y el fin del olvido.

Se dejó resbalar por el tronco del manzano donde había estado apoyado e ignorando si quien tenía al frente era un apestado o un espía de la curia, le relató su vida y su muerte.

Malacqua no podía saber la impresión que su discurso causaba. Pero no quería hacerle daño a quien le había ofrecido transporte ni tenía mayor

curiosidad por descubrir lo que había detrás de esa careta avellanada. Contar la verdad le caía bien.

-¡Sígueme! –dijo la voz oculta cuando hubo terminado su historia.

Malacqua recogió el hatillo que había usado como almohada, se puso de pie y obedeció. Dejaron atrás el manzanar evitando los espacios vacíos, iban de matorral en matorral, buscando sembradíos de gramíneas crecidas y tupidas o el arbitrario trazado de las zarzas. La máscara le daba la espalda y le abría el camino, eludías las huellas y su paso era tan leve que se deslizaba frente a los estorninos sin que emprendieran el vuelo. Se curvaba el cielo con el peso del sol y Malacqua se detuvo.

-Ya llegamos –anunció el enigmático personaje y con su brazo derecho mostró un carro de dos ruedas, con un toldo de tela cruda, tirado por una mula de buena alzada. No había sendero ni rastro alguno.

Hizo que Malacqua ocupara la caja del faetón, ocupó el pescante y tocándola con el látigo le imprimió al animal una marcha regular.

-¿Bojano? –inquirió con dificultad Malacqua.

-Al atardecer.

Trotaba la mula sobre la hierba y apenas crujían los balancines sobre una calzada ocultadiza, a veces sobre un barrizal que salpicaba un agua salobre sobre su cara. El coche se detuvo en un bosquecillo de encinas.

-Debo darle de beber a la mula –dijo el enmascarado.

Orazio Malacqua extendió sus brazos.

-Te puedo dar pan remojado en leche.

Por medio del tallo hueco de una espadaña Malacqua pudo tragar la hogaza enternecida por el líquido, refrescando su garganta, llenando su estómago. El balanceo del coche lo durmió. Una algarabía y una sucesión de luces le devolvieron la lucidez.

-¡El festival de Mamerte! –exclamó la máscara.

4.- Malacqua había descansado. Miró su mano derecha y la movió. No dolía. Una capa córnea cubría el extremo de los cuatro dedos malogrados, protegiendo sus cicatrices. Y pudo modular mejor. Se sentó en la plataforma. El faetón y otros vehículos sin ocupantes estaban a la vera del camino, en el borde de una acequia por la que corría un hilo de agua lodosa. Más lejos, a la entrada del pueblo se adivinaba una muchedumbre bulliciosa y alegre.

-¿Es una fiesta pagana? –preguntó.

-Está permitida, vigilada y paga tributos a la comuna y a la iglesia.

-No podrás participar, las escrófulas, la careta te delatará –dijo Malacqua y se tocó la cara con la mano izquierda.

El *vibrato* sonó como una sonrisa.

-Ya no más –dijo la voz e inclinó la cabeza hacia atrás deshaciéndose del embozo y luego en sentido contrario dejando caer el antifaz en sus manos.

Malacqua enmudeció. El rostro que se le presentaba no sólo estaba limpio de pústulas, sino que era el de una mujer. Enmarcado en un cabello largo, castaño, mostraba una nariz pequeña, pómulos elevados y ojos oscuros, redondos. Cinco arrugas contó Malacqua en su frente.

-Sí –le dijo ella –soy una *donna*.

Y le contó que también huía.

Malacqua no osó indagar en sus motivos. De su cuello pendía de una cadena dorada una estrella de seis puntas.

-¿Judía?

La mujer volvió a sonreír.

-¿Acaso te escandalizas?, mi padre fue asesinado.

Se desplegó otra vez ante Malacqua el flabelo de sus recuerdos.

-Siento, deseo y pretendo vengarme con la brutalidad con la que procedieron conmigo –dijo.

-Me llamo Esther –dijo la *donna* rozando la mano izquierda de Malacqua – también quiero que paguen por lo que hicieron con mi padre.

Y se bajó pisando la primera calle de Bojano. Malacqua fue tras ella. Esther lo detuvo, llevó sus manos hasta la cadena de oro en su cuello, abrió el seguro del broche y lo puso sobre la palma de su mano.

-Debo ocultar mis estigmas –dijo, guardando el colgante en un bolsillo.

Malacqua miró sus dedos.

-Puedo pretender ser un artesano que sufrió un accidente en su trabajo – arrastró las sílabas Malacqua.

-Esas heridas son peculiares.

El resucitado se tendió en el faetón.

-Anda –dijo –te esperaré aquí.

-Iré a Bojano a buscar un par de guantes y una navaja; a los que resucitan también les crece la barba.

Malacqua se tocó las mejillas con la punta de los dedos de su mano izquierda. Una barba tupida las cubría. Pero no alcanzó a disfrutar del crepúsculo. Esther regresó pronta y agitada.

-¿Qué pasa? –inquirió Malacqua insinuándose por una rasgadura de la capota.

-¡Moleggo!

El nombre estalló en la cabeza del torturado.

-¿Moleggo? –repitió con su voz asolanada.

-Recostado en parihuelas, rodeado y protegido por procuradores y soldados, con la *bandiera* de la Inquisición, la de la cruz de palo, la espada y la rama de olivo.

-Moleggo es un arcipreste vigilante –dijo Malacqua –se le debe haber encomendado encausar la festividad pagana, de despojarla de sus valores tradicionales; está aquí para atemorizar al pueblo, para atenuar la influencia de un falso dios, de derivar las ofrendas a la iglesia.

-Mamerte es un dios guerrero.

-*Molto migliore.*

-Moleggo envió a la hoguera al *mohel*, mi padre –dijo Esther.

Malacqua quedó pensativo unos instantes.

-¿Qué es lo que más teme quien se considera un hijo de Cristo?

-¿El *inferno*? –especuló Esther.

-Sí, el dolor que causa el fuego del infierno, pero hay una forma de soslayarlo.

-Conoces los protocolos de tu religión.

-Fui ordenado sacerdote.

Esther no se sorprendió.

-Lo sospechaba –dijo.

-Eludes las llamas eternas si durante cinco días consecutivos asistes a la llamada misa dorada en honor a las cinco llagas del crucificado: de ese modo nunca sufrirás el tormento que causa el fuego del *inferno*; se considera que has obtenido una indulgencia plenaria.

-Tarea fácil –ironizó Esther.

-Me resuenan las palabras de Moleggo durante el juicio en mi contra acerca de la importancia y conveniencia de las indulgencias y de cómo ellas blindan al feligrés contra la tentación y lo alejan de la apostasía, me parece escucharlo recomendando las misas doradas.

-¡Pudiste evitar la tortura!

-¡Ahora podremos actuar! –Malacqua sacudió con fuerza la cabeza –existen rituales que anulan las indulgencias, debemos abrogar la de Moleggo, será su peor castigo: saber que no podrá soslayar la hoguera perpetua.

-Prefiero matar a Moleggo.

-Así lo liberarás.

-¡Propón otra pena!

-Aplicarle un preceptivo.

-¿Los conoces?

-Algunos, la iglesia otorga cierta libertad de imaginación a quienes autoriza a aplicarlos.

-Como a los procuradores inquisitoriales –Esther apretó los labios.

-Los rituales preceptivos te despojan de beneficios avalados por la iglesia y que serán útiles en tu comparecencia ante el Todopoderoso, pero excepto un caso que conocí no dejan secuelas físicas.

-¡Cuéntame! –pidió Esther.

-Se trataba de un monje cartujo obsesionado por las indulgencias –dijo Malacqua mientras se sentaba en el borde del faetón y Esther lo hacía en el suelo, apoyada en una de sus ruedas –había empapelado su celda con ellas y ya empezaban a acumularse en el piso; al principio seguía con estricta pasión las reglas de la orden, pero luego empezó a retrasarse en sus obligaciones. No oraba en su celda en la noche, se retrasaba a los maitines y mostraba una sonrisa de arrogancia cuando sus hermanos lo saludaban en las completas. Fue convocado por el preboste quien lo regañó con severidad advirtiéndole, sin mencionárselas, las penas a las que se arriesgaba. El ordenado mejoró su conducta unas semanas, hasta que recibió una indulgencia solicitada al Papa de entonces. Ese mismo día quebrantó dos normas relevantes de la cartuja donde residía: el silencio y la conversión de costumbres. Porque en su breve tiempo libre al mediodía, antes de la nona, empezó a repartir copias manuscritas del *Enchiridion*, el manual de las indulgencias, afirmando a sus hermanos, que ellas bastaban para alcanzar el paraíso. El hombre fue recluido en el calabozo del monasterio y el superior de la orden, llamado *in extremis*, obtuvo una bula papal que le invalidó todas sus indulgencias y lo condenó a que se le desnudara, se le embreara y se pegaran a su cuerpo todas las cédulas que guardaba en su claustro. Un mes más tarde estas empezaron a caer llevándose con ellas un pedazo de piel. El monje murió desollado por su obsesión y fue enterrado fuera del cenobio: su falta lo excluía del cementerio monacal.

-De acuerdo –dijo Esther –yo me consigo la brea y tú las indulgencias.

-La preceptiva contra Moleggo debe ir dirigida contra su indulgencia.

-¡Las misas doradas, las de las cinco heridas de tu Mesías! –Esther se había entusiasmado.

-¿Dónde conseguirías una navaja?

-Quizás en la feria del pueblo, con los vendedores ambulantes.

-Buscaremos un herrero.

-¿Buscaremos?

-Si algunos de los esbirros de Moleggo te sorprende...

Malacqua hurgó en su bolsa y mostró a Esther el cuchillo de monte.

-Con esto puedes empezar –dijo y acercó la barba al filo fresco y diamantino.

Esther probó la hoja contra la yema de su pulgar izquierdo.

-Está bien –dijo.

Malacqua se recostó sobre la plataforma con la cabeza colgando.

Esther embetunó sus manos con el barro del canal y frotó la cara y el pelo del que había sido cura. Manejaba el acero con habilidad y sólo hiriéndolo con un corte insignificante sobre la barbilla, afeitó a Malacqua. Continuó con la cabeza hasta dejarle la cabellera sobre las orejas. Luego lo mandó a lavarse al cauce. Mientras lo hacía Malacqua comprobó que podía mover la mandíbula una pulgada. Una sensación indefinible había quedado en su piel.

-¿Para qué un herrero? -preguntó Esther doblado su cuerpo sobre el agua, deshaciéndose del lodo.

-Para que funda el troquel de hierro con el que calimbaré en Moleggo las llagas de Cristo.

-Lo elevarás a la condición de santo estigmatizado.

-El cuño será una estrella de David.

Esther se volvió, sus ojos brillaban; se secó las manos en el vestido.

-¡Vamos! -dijo.

Hay que alimentar a la mula -dijo Malacqua, abrió el pesebrón con la *sinistra*, sacó una herradura suelta que metió en su bolsillo y después una gavilla de pajaza que colocó bajo el hocico de la mula.

5.- Entraron a Bojano de noche. La gente aún no se retiraba, los tenderos continuaban ofreciendo su mercadería en sus improvisados comercios, un tragafuegos maravillaba a un grupo de niños, algunos aldeanos cargaban frutas y hortalizas para el favor de Mamerte y empleados del ayuntamiento arrojaban zarzas tentando a los perros vagos. Al fondo de la calle principal, la única empedrada y flanqueada por antorchas, estaba la tienda de Moleggo. Había retirado los símbolos del Santo Oficio y quedaba, como resguardo, la bandera pontifical: gualda y blanca. Delante de las cortinas de la entrada se amontonaban las ofrendas al dios pagano que el arcipreste vigilante llevaría a la despensa del obispo calificador de Foggia. Dos centinelas episcopales hacían guardia.

-Mañana a mediodía termina la celebración -advirtió Esther.

-¿Una herrería? -Malacqua interrumpió la conversación de una pareja joven

-¡La! -dijo el muchacho señalando una calle lateral.

-No creo que el herrero sea judío -dijo Esther.

-Basta con que no sepa qué representa tu pendiente.

Esther lo siguió por el pasaje. La herrería estaba escondida en un rincón y el artesano sentado a la fragua, al aire libre. En ella enrojecía la tapa curva de un tambarillo. El hombre se puso de pie cuando los vio en el umbral. El resucitado le mostró la herradura.

-Necesito dos iguales, ahora –dijo.

El herrero examinó a Malacqua sin desconfianza y luego la herradura. Levantó la cabeza y recorrió el firmamento buscando la luna. Con unas tenazas sacó del fogón la pieza que ardía y la dejó en un rincón. Volvió a mirar la luna.

-Es temprano, pueden esperarlas –ofreció, descolgó dos herraduras de la pared, las comparó con la que le entregara Malacqua y las tiró al fuego.

Al rato las tanteó con el atizador y cuando supo que podía trabajarlas, retiró una de ellas, la puso sobre el yunque y empezó a golpearla con la buterola. Le dio la forma y el tamaño con el degüello y reinició la forja con la que quedaba.

-Somos forasteros –dijo Malacqua ¿que puede decirnos de Bojano.?

El herrero no levantó la cabeza.

-Señor, que nací aquí, que aquí he trabajado todos estos años -levantó la mano desocupada y abrió y cerró el puño varias veces -y nada más.

Malacqua asintió. Esther estaba detrás de él.

-Debo marcar mis yeguas –dijo.

-El que hace herraduras, también hace los hierros –aceptó el artesano y tiró a una batea con agua las que recién había hecho.

Malacqua con su mano derecha dentro de su chaqueta de cuero se hincó y dibujó en la escoria del suelo una estrella de David.

Esther se estremeció.

El herrero observó el dibujo, se quedó pensativo y clavó sus ojos en los de Esther. Ella no rehuyó esa mirada.

-Está bien, acepto, pero son otras monedas.

Malacqua se irguió.

-De acuerdo –dijo.

El artesano revolvió un tonel hasta encontrar una argolla de metal que dejó a un costado de la fragua. Dobló dos varillas transformándolas en un triángulo, las que invertidas las sobrepuso sobre la argolla. Con unas tenazas la instaló sobre las brasas. El calor, avivado por el fuelle las fundió en una sola pieza. De la misma forma fijó en su centro una barra delgada de hierro e introdujo en su extremo libre una empuñadura de madera. Malacqua buscó las monedas y las mostró a Esther. La mujer señaló una de cinco liras de plata. El forjador recibió el pago y envolvió en una cuartilla de cuero las dos herraduras y el marcador con el símbolo judío.

Malacqua y Esther regresaron a la calle principal, casi vacía. Un solo guardia velaba el sueño de Moleggo.

Se cercioraron de la vulnerabilidad del inquisidor; y el resucitado, sorprendiendo por detrás al soldado, lo derrengó de un guantazo en la cerviz.

Moleggo, aletargado en su lecho, no alcanzó a reaccionar; era un cura robusto, pero fatigado. Esther lo sorprendió enfundando su cabeza con el capuchón de su capa. Malacqua dio dos vueltas de alambre alrededor de sus tobillos y ató sus muñecas a ambos lados de la cama. Por fin maniatado, la mujer lo despojó del momentáneo embozo.

-¡Tú estás muerto, Malacqua! –gritó reconociéndolo.

El identificado lo amordazó presionando contra su lengua y su paladar un ovillo de hilaza que encontró en el suelo. Los ojos aterrorizados del arcipreste intuían el castigo. Malacqua arrastró hacia el interior de la tienda uno de los braseros y sumergió el sello en las brasas. Cuando pasó del rojo al blanco desnudó el pecho de Moleggo y apoyó la estrella de David en el costado derecho. Esther hizo lo suyo en las dos manos y sobre los pies del torturador. Moleggo no percibió el olor de su propia carne quemada, había perdido los sentidos. Las inflamadas marcas judías, indelebles allí donde la lanza del centurión perforó el pecho del crucificado y los clavos taladraron sus extremidades, penalizaron con su fuego la pretendida y sórdida santidad de Moleggo.

TRES. (La Niña Judía)

1.- Orazio Malacqua y Esther dejaron abandonado el faetón cuando murió el camino. Ella montada en la mula y él, apurando el paso del bruto, se internaron en los encinares tapizados de bellotas buscando siempre el norte, buscando la villa de Guardiaregia. Los villorrios no estaban alejados entre sí y el dinero alcanzaba para comida, bebida y hospedaje. Confiaban en que la persecución tardara en comenzar, o quizás que la humillación y la deshonra sufrida por su arcipreste, obligara al obispo de Foggia a imputarlos a la infame intervención de algún demonio judío.

El obispo inquisidor de Foggia supo lo que había sucedido. Moleggo había identificado a Malacqua, el cura muerto en el tormento y la descripción de sus garras de licántropo, descritas por el verdugo que lo torturó, coincidían con los rasguños mortales del soldado que lo custodiaba: una mano zurda y una enorme uña diestra. Aun así y para evitarle una temporada en las prisiones de la Inquisición, Renzo di Cervo lo acusó de hechicero hebraizante y lo envió a la hoguera sin someterlo a juicio. Mandó construir un hombre de paja, hizo introducir en él al arcipreste sin más ropa que un calzón y ante la muchedumbre congregada en la plaza de Foggia y con un oculto remordimiento lanzó a la pira una tea encendida. Su deber incluía el participar

en el doloroso espectáculo público que iba a demostrar cómo el fuego de Dios se llevaba a los estigmas judíos que pretendían plagiar las reverenciadas llagas del Cristo. Y con ellos el cuerpo y el alma pusilánime de Moleggo.

Renzo di Cervo viajó a Roma y relató los hechos a Jerónimo Castellón. Éste lo recibió en la víspera de su renuncia al cargo de Gran Inquisidor y le señaló que el caso quedaría en manos de la *Perseveranza*. El inquisidor Castellón comprendió la indignación del obispo de Foggia y le prometió que en cuanto la nueva organización entrara a operar, irían tras los que mortificaron al arcipreste.

-No escapará ni a su discreción ni a su inteligencias que quienes pertenezcan a la *Perseveranza* serán también fieles acólitos del Santo Oficio.

2.- Renzo di Cervo regresó a Foggia molesto pero resuelto. No obstante dispuso mayor vigilancia en su entorno y prometió una interesante recompensa a quien diera noticias sobre aquella malhadada y peligrosa pareja. Y en el mismo minuto en que se sentaba en su sillón obispal, ellos descubrían un emporio minúsculo en las afuera de Guardiaregia. Esther pidió a Malacqua que se cobijara con la acémila detrás de unas encinas y en ese comercio compró ropa usada, un zurrón remendado de buen tamaño, una escarcela de color rosado y un ovillo de algodón basto. También una *falce* mellada y una cacerola. Además pan, tasajo, un cubo de parmesano, una pella de gordura de cordero, un cántaro de leche y un cuarto de aguardiente.

Esa noche durmieron tal como lo habían hecho desde que huyeran de Bojano, despierto siempre uno de ellos. Al amanecer Esther empezó a cavar en un humedal entre las encinas utilizando el canto de la *falce*.

-¿Qué haces? –pregunto Malacqua.

-Tú serás un cosechero o un segador, yo una alfarera –dijo y siguió su trabajo.

-En mi vida he trabajado en el campo.

-¡Aprenderás!

-No engañaré a nadie, no tengo manos de labrador, ni las tengo en condiciones.

Esther midió con una vara la profundidad del pozo.

-¡Quiero toda tu ropa! –le ordenó, sacando del zurrón la que había comprado para ella y para él –no sólo nos están buscando a nosotros, también al que mató al dueño de las que usas.

-¿Cómo lo sabes?

-Un cura renegado, dado por muerto, con monedas de oro y plata y vestimenta de rico calicó, ¿dime cómo?

El resucitado se soltó el cinturón con la mano izquierda y Esther deslizó su blusa sobre la cabeza, desanudó el cordón que le afirmaba su falda de gitana en las caderas y la dejó caer junto a un refajo de tela bordada. Quedó desnuda. Ningún color le pintó la cara. Malacqua abrió los ojos: no pudo rescatar su mirada del cuerpo de la judía ni evitar que se le alborotaran los fondillos del pantalón. Se sonrojó de la misma manera que antes de su clericato, cuando vio la bandeja que Santa Águeda lleva entre sus manos en el cuadro de Zurbarán. Empezaba a hacer calor esa mañana en las afueras de Guardiaregia y la risa de Esther sonó fuerte en la arboleda. Malacqua se desconcertó.

-¡Cuidado! –advirtió llevándose la mano izquierda a la boca, enfocando su atención en el peligro en que los ponía la risotada.

Esther se colocó con rapidez la falda de aldeana, la *camicetta* y se envolvió la cabeza con el pañuelo de alfarera.

-¡Cuidado tú, con lo que miras! –replicó ella.

-Miro lo que se exhibe –Malacqua recogió su ropa y se ocultó detrás de un árbol.

Se vistió con la que comprara en el emporio, tiró la del asesinado en la fosa y la cubrió con tierra. Esther había reservado algo de tarquín que envolvió en hojas de acanto silvestre y lo guardó en el fondo de la escarcela.

-Con esto se hace buena gres –explicó a Malacqua.

3.- La mula levantó y giró las orejas y Malacqua buscó la daga que con las monedas guardara en el zurrón. Esther se había ocultado detrás del crecido acanto. Una niña pequeña, no más alta que la cruz del animal los miraba con sus ojos verdes bien abiertos.

-*Una bambina!* –exclamó Malacqua.

Esther levantó la cabeza por encima de la planta florecida.

-*Lei ha un bell'aspetto.* –dijo.

Malacqua dejó la bolsa en el suelo y dio un paso hacia la chica.

-*Stai attento!* –Esther se separó del acanto.

-Es una niña.

-*Una piccola donna*, o un ardid de los hombres de Moleggo.

Malacqua dio un paso más y la niña empezó a llorar. Esther corrió hacia ella y la abrazó.

-Tiene olor a humo –dijo.

La mula volvió la cabeza y gimió.

-*Mia mamma!* –la *bambina* hundió su cabeza en el cuello de Esther y dejó de llorar.

-Es judía –advirtió Esther.

-¿Tienen un olor especial?

-Sí, el olor del fuego con que queman a sus pares.

-En Guardiaregia no deben tener atribuciones para realizar los *sermo generalis*.

-Los hacen en todas partes, se anticipan a la prohibición.

La niña usaba un sayal de cáñamo que tenía los bordes chamuscados; había escarzado un abedul y atado la corteza a sus pies a modo de alborgas.

-Salgamos de aquí –Malacqua subió a la niña a la mula, alzó el zurrón e hizo una seña a Esther que lo imitó. Borearon el bosquecillo y se internaron en un sembradío de plantas de elevados tallos articulados, con frutos envueltos en hojas verdes y coronados con un mechón de pelos amarillos.

-Es el *mais* –dijo Esther.

-No lo he comido antes.

-¡Te gustará!, tiene el sabor del trigo sarraceno.

La chica llevaba las manos firmes en las riendas de la mula y sus ojos, secos, miraban una y otra vez hacia atrás.

No pararemos en Guardiaregia –le prometió Esther.

-No tengo miedo de volver a Guardiaregia.

-¿Cómo te llamas?

-Bianca Gabriella.

-La fuerza de Dios, eso dice tu nombre –tradujo Esther.

Orazio Malacqua desprendió una mazorca, la despojó de sus hojas y desmigajó sus semillas blancas e imperfectas.

-Estás dejando un rastro –Esther mostró los granos en el surco de la tierra.

-Y tú nombre ¿qué significa? –le preguntó Malacqua.

-La oculta, la recatada –contestó por Esther la niña Bianca Gabriella.

-Oculta sí, ¿recatada? –Malacqua trató de reír, pero una punzada que le recorrió la mandíbula se lo impidió. Una mueca reveló su dolor.

-Dios castiga la ironía –Esther cogió una mano de Gabriela.

La mula se detuvo en un barbecho del maizal. Ahí la tierra era blanda y el aire estaba húmedo y fresco.

-¿Sabes hacer fuego sin humo? –preguntó Esther.

El exonerado negó con la cabeza.

La mujer rasgó un borde del vuelo de su falda, la empapó en aguardiente y le dio fuego con un yesquero. Una llama azul y transparente envolvió la tela. Luego alimentó el fuego con tiras de algodón, cortó tres mazorcas, las desgranó con los dedos, unió todo con la grasa de cordero, condimentó con sal y puso todo dentro de la cacerola que ya se calentaba. Se sentaron a la sombra de los grandes tallos y comieron con la mano. Malacqua abriendo con dificultad la boca también bebió leche y aguardiente. Descansaron hasta que la

tarde llenó de penumbras el calvero del maizal. La acémila se entretuvo ramoneando vástagos y hierba.

-¡Vamos! –dijo Malacqua.

-¿A Guardiaregia? –Gabriella sonrió.

-Lejos de Guardiaregia –acotó Esther –ahora haremos el camino largo, a Caserta y a Nápoles.

Gabriella abrió los brazos.

-No iré.

-¿Acaso no vienes huyendo? –preguntó Esther.

-En busca de ayuda.

-Te la hemos dado –dijo Malacqua.

-No la que busco.

-¿Cuántos años tienes? –Esther se acercó a la niña.

-*Quindici*.

-Ya somos tres –comentó Malacqua.

-Ella es muy pequeña –protestó Esther.

-Por eso nos será útil, porque el afán de venganza de los jóvenes aunque es perecedero, es más puro y temerario –dijo Malacqua y le preguntó – ¿quién torturó a tu *mamma*?

La chica juntó los párpados, queriendo borrar alguna imagen.

-*Suora* Martonez, de Fonte La Cesa, pagaban por brujas y judías, se la llevaron la única noche que dormimos en Guardiaregia.

Malacqua se agitó:

-¡Imposible!, no hay mujeres entre los inquisidores.

-¿Fonte La Cesa? –Esther cerraba el zurrón.

-Una abadía de clarisas, no sabía que estaba cerca de aquí –se sorprendió Malacqua.

Gabriella se hincó, apartó la hierba y trazó un dibujo en el lodo.

Malacqua y Esther lo examinaron con atención.

-Es la cigüeña –dijo la mujer.

Malacqua miró las nubes que empañaban el horizonte:

-Eso no es una cigüeña.

-No es la que tú imaginas: conociste la pera y el espulguro, no la cigüeña la que no tiene alas ni anida en las chimeneas.

La niña se acostó en el suelo, dobló los codos y juntó sus muñecas, levantó las rodillas y unió sus tobillos. Se quedó así, sin moverse, bajo la mirada inexpresiva de Malacqua.

-Así encontré a Golda, su ropa chamuscada, creo que murió antes que la quemaran.

-¡Ya basta! –la conminó Malacqua.

Gabriella se puso de pie.

-Con un artefacto de bronce la inmovilizan en esa postura –relató Esther -así contenida, el verdugo la golpea, la quema y la araña y después que confiesa, la lleva a la pira.

Malacqua tomó a Gabriella por los hombros:

-¿Por qué le hicieron eso a tu madre?

-¿A Golda?, porque cantaba como los pájaros.

-La han acusado de hechicería –concluyó Esther.

-Dime cómo es esa mujer –inquirió Malacqua

-De piel cetrina, pequeña.

-Iremos por ella –prometió el resucitador y luego acarició la mejilla de la pequeña.

-Mal cura, buen inquisidor hubieras sido –Esther le arrojó el zurrón.

Malacqua subió a Gabriella en los lomos de la mula.

-A Fonte la Cesa, pues –Esther fustigó a la mula que se entreveró en el cañaveral.

Gabriella silbaba, contenta.

CUATRO. (Gitanos y Maragatos)

1.- -Buscaremos otro herrero –decidió Malacqua cuando abandonaban el maizal.

-Una cigüeña no es una estrella de David, cualquiera reconocería ese instrumento de tortura; ¿y quién si no un inquisidor ordenaría fabricarlo?

La mula piafaba. Habían penetrado una huella con pisadas frescas. En una revuelta los sorprendió un destacamento policial de la Inquisición. Eran seis hombres, tres de ellos sacerdotes, el que caminaba más atrás llevaba un cinturón de San Erasmo. No alcanzaron a ocultarse en la espesura. El procurador de mayor rango los detuvo. Examinó al animal, miró a Esther y luego a Malacqua para detener su atención en la niña.

-No es un asno –se dirigió a uno de los curas, el que llevaba un escapulario con una cruz verde.

El clérigo levantó el vestido de Gabriella.

-Y tampoco es un niño.

El policía puso en el pecho de Malacqua la aguijada que llevaba terciada a la espalda.

-La simulación es castigada con severidad –advirtió.

-Nada fingimos –respondió Malacqua.

-¡Aproxímate, Belardo!

El cura que portaba el silicio trató de correr obedeciendo el mandato de su superior y cayó en el intento.

-Lo sorprendimos en su celda de oración con una corona de espinos –explicó –más que suficiente para que lleve su penitencia por quince días.

Desde el polvo del sendero el hombre balbuceó:

-Si es un asno y un niño, entonces no falsean su condición...

El policía levantó la lanza y ordenó a su comitiva seguir el camino.

Cuando estuvieron lejos Malacqua tomó las riendas de la mula.

-No nos persiguen -dijo -o Moleggo no nos delató o el Inquisidor lo envió a la hoguera.

-Ellos estaba con la *suora* Martonez –dijo Gabriella.

-Creyeron que parodiábamos la huida a Egipto –aludió Malacqua al episodio bíblico.

-La mula y la niña nos salvaron -se consoló Esther

-Ellos armaron la cigüeña para mi *mamma* y la *suora* la encadenó a ella -dijo la pequeña judía.

-¿Tú estabas ahí?

Gabriella estiró sus brazos hacia Esther. La mujer la abrazó.

-Esa *suora* se merece el suplicio persa –Malacqua guió a la mula fuera del camino.

-¡El suplicio persa! –Gabriella parecía canturrear y la cabalgadura apuró el paso.

-La Inquisición se hará cargo de ella.

Al oscurecer Malacqua penetró en una arbolada, liberó a la mula de la montura y el bocado y sugirió pernoctar. Esther aceptó.

-Presiento compañía –dijo Gabriella.

-La adivinación es privativa de los paganos –dijo Malacqua.

Una luz, lejana, dio la razón a la pequeña.

Malacqua no había alcanzado a encender la leña.

-Gitanos –adivinó Gabriella.

-Los que forjaron los clavos de Cristo –dijo alarmado Malacqua.

-Perseguidos como nosotros.

No terminaron de hablar: un hombre de gran tamaño, mostachos, camisa estampada con jazmines y pantalones bombachos se insinuó en la luz del crepúsculo. Orazio Malacqua estaba lejos de su cuchillo de monte.

-*Ashen Devlesa* –dijo el gigantón con voz ronca, pero baja.

-Es un saludo cordial –aclaró Esther.

-¿Cómo te llamas? –preguntó Malacqua.

-Bavol, o el viento, que me hace a mí y a mi tribu inatrapables.

-Nosotros no hemos alcanzado esa condición.

-Si eres quien presumo, ya no debes temer; tu enemigo ha sido incinerado.

-¿Conoces mi nombre? –preguntó Malacqua.

-Creo que sí, me dan confianza los estigmas de tu tortura: los dedos de tu mano derecha cicatrizados, la voz destemplada de tu boca supliciada, tu estampa indesmentible de apóstata forzado.

Malacqua se resignó, buscó la mirada de Esther en busca de una aprobación y le planteó al gitano:

-Quizás esta noche, sólo esta noche necesitamos protección.

-Vengan conmigo –ofreció Baval.

Tres carromatos en un claro del bosque tenía el campamento Romaní. Una fogata ardía en medio de ellos y en una gran fuente de cobre hervía un cocimiento que olía a la flor de la harina, a aceite de oliva y a *basilico*.

Una mujer añosa se adelantó:

-Sean bienvenidos y compartan con nosotros la comida.

-Es Choomi, mi hermana y está muy triste –explicó el jefe gitano.

Esther, Gabriella y Malacqua comieron el *spätzle* sin hablar y terminaron bebiendo la sopa, sintiéndose protegidos por esa banda tan discriminada como ellos.

Cuando los hombres y mujeres de la caravana y cuando Esther y Gabriella se retiraron, Malacqua y Baval quedaron solos.

El trashumante extendió una alfombra y lo invitó sentarse. Después sirvió té.

-Veo en tus ojos –dijo el gitano –que tu vida está dedicada a la venganza.

-No te equivocas.

-Te irá bien en tu empresa.

-Ya la empecé –reconoció Malacqua.

-Con el arcipreste a las órdenes del obispo de Foggia, ¿no es así??

-Quizás.

-Las noticias que corren son más verosímiles que el don que se nos atribuye; la nigromancia es parte de nuestra historia, pero no siempre es confiable.

-Valoro tu honestidad.

-Pero mi don me permite saber que regresas a Guardiaregia a hacerle justicia a la joven que te acompaña.

-A ella, a mí y a las innumerables víctimas del Santo Oficio.

-Cuentas con la bendición de Kali.

-No cuento con la bendición de ningún dios, ellos han partido a otras historias del Universo.

Los brasas ardían y Baval perdió su mirada en ellas.

-¿Qué aflige a Choomi? –se avino a preguntar Malacqua.

-Lo que también me aflige a mí; su hija Ula lleva un niño muerto en su matriz.

-Ocurre con frecuencia.

-Los *marimé* de los Rom nunca han permitido que una madre sobreviva a su hijo nacido muerto

-¡Dioses hostiles!

-No menos que el tuyo que abandonó a su hijo en la cruz.

-Ese milagro nuca será entendido por los paganos.

-¿Quién podría?

Malacqua desatendió el tema.

-¿Está enterada tu tribu de que el niño no respirará?

-Mi gente no sabe lo que yo no quiero que sepa.

Malacqua bebió su taza de té que ya estaba fría.

-Dame ese hijo que no va a nacer, yo sabré que hacer con él; Ula sobrevivirá y su madre, Choomi, dejará de sufrir.

-Hemos perdido muchos hermanos.

-¡Dame a ese niño! –insistió Malacqua.

-¿Qué harás con él?

-Lo bautizaré in extremis o post mortem.

-Y, ¿después de eso?

-¡No temas!

-No lo mutilarás.

-No lo haré.

Bavol se puso de pie, cortando la conversación con Malacqua. Luego lo tomó por la mano izquierda.

-Acompáñame –lo apremió.

Lo guió hasta el vagón principal de la caravana y subieron por una escalerilla de cinco peldaños. En el interior Bavol fue apartando gruesas cortinas en una secuencia que a Malacqua le pareció interminable. El vehículo parecía alargarse a medida que Bavol despejaba el camino interior de aquellos tapices que lo dividían. Detrás del último había una puerta de madera labrada que permitía acceder a un cuarto pequeño que tenía una litera, una mesa, dos sillas y un armario. El gitano se tendió en la cama y sacó un abanico del bolsillo de su camisa de seda.

-¿Cuánto me pagarás por el niño muerto? –le preguntó a Malacqua, aventándose aire sobre la cara.

-Nada te pagaré, pero tampoco te cobraré –le respondió el que había sido cura –pero te aliviaré del gran dolor que ya sientes.

Bavol abrió la alacena, sacó una botella y sirvió un licor tostado en dos pequeños vasos.

-Es un *cognac part des anges* –advirtió el jefe nómada alcanzándole la bebida a Malacqua.

-Lo haremos de la siguiente manera... -Malacqua bebió la pequeña cantidad del licor.

Bavol interrumpió la conversación, se puso de pie y lo tomó de la mano izquierda.

-¡Ven conmigo! –le pidió, tomó una alcarraza del anaquel y por una puerta lateral del carronato lo llevó afuera.

Caminaron hasta el segundo vagón y entraron en él. Este no tenía divisiones interiores. Allí descansaban sobre edredones y mantas dos mujeres.

-Choomi mi hermana y Ula, su hija –dijo Bavol en voz baja.

Malacqua advirtió el sueño intranquilo de ambas. Choomi, la anciana, dormía de espalda y tenía la nariz afilada de los muertos. Su respiración volvía después de largas pausas durante las cuales estiraba los brazos y las piernas que crujían como las ramas que se quiebran en invierno con el peso de la nieve. Ula tenía un sueño tranquilo y sólo de vez en cuando se llevaba la mano al vientre tratando quizás de revertir la carencia de vida de su hijo.

¿Para cuando se espera el alumbramiento? –preguntó Malacqua.

-No es posible saberlo.

-Esther sabrá como apurarlo.

-¿Una judía recibirá a mi sobrino? –Bavol negó con la cabeza.

-El que nunca será tu sobrino.

-¿Acaso no puedes esperar?

-No –el tono de la voz de Malacqua no ofrecía dudas –una venganza lenta puede ser alcanzada por el perdón.

-Tu odio es impenitente, sacerdote.

-Ya no lo soy, gitano –agregó Malacqua -no hay dominio sobre el desenfreno y debemos someternos a él antes de que se esfume en nosotros.

-¿Por qué temes perder el rencor?

-Las vocaciones son transitorias, como las manías, eso nos enseñó el cardenal Perfecti en una de sus conferencias sobre las afinidades y pasiones humanas; quiero que las mías sean inextinguibles.

-Y tus ansias de venganzas también serán imperecederas.

-Mi venganza procura justicia –dijo Malacqua –pues prefiero presentarme arrepentido por haber llevado el odio a sus extremos que negligente ante la iniquidad y el desafuero de los hombres.

-¿Presentarte dónde? –pregunto Bavol.

-Frente al divino, ante el cual ya compareció el hijo de Ula.

-¿Tan cerca de la verdad te sientes?

Malacqua abrió la boca. Ya no le dolía y sentía sus dientes firmes incrustados en la mandíbula. Podía mover también las falanges la mano derecha.

Bavol lo invitó a bajar del carro donde yacían las dos mujeres.

Una difuminada luz lunar los alumbró.

-Tú resuelves –dijo Malacqua.

Bavol bajó la mirada, su cuerpo tenso, decidido.

-¿Cuándo?

-Mañana por la tarde, debo hablar antes con Esther.

-Está llena de un buen vino –se despidió el gitano alcanzándola la alcarraza a Malacqua y regresando a su carreta.

2.- Con las mujeres Romaní Esther había obtenido una lona amplia que sobre cuatro varas le servía de protección a Gabriella y a ella. La niña dormía sobre las gruesas pieles pardas de un muflón. Sobre un brasero se asaba un garrón de cordero.

-¿Han comido? –preguntó Malacqua.

-Sólo Gabriella –respondió Esther.

El hombre estiró la mano izquierda, pero Esther la retuvo.

-Antes te cortas las uñas –le advirtió –y después comes.

No titubeó Malacqua, recogió su morral, extrajo el cuchillo de monte y se retiró unos pasos. Más tarde relató a Esther la tragedia de Bavol y su proposición.

Se alimentaron y bebieron sin hablarse. Pestañaron los ojos de una lechuza sobre la rama elevada de un castaño, se protegió con su silencio una cigarra ruidosa y un olor tibio a brezo y estiércol inundó el improvisado refugio levantado por Esther. Después ella juntó los huesos, los enterró bajo las cenizas de la fogata y vertió agua en sus manos y en las de Malacqua .

Malacqua se recostó sobre una manta:

-¿Qué sabes de partos y embarazos?

-Todo lo que una madre judía le enseña a una hija.

-¿Cuánto es todo?

-Lo necesario para que nazca pronto ese niño, pero interrumpir un embarazo va en contra de la Torá.

-De tu Dios y del mío.

-¿Cómo entonces lo pretendes?

-Infrinjo la ley, la inspirada y transcrita por Moisés y la redactada por los hombres: de otro modo Gabriella no será compensada; y no estando vivo el niño, ¿qué crimen cometemos?

Esther sacó un peine del dobladillo de su manga.

-Un niño puede dejar de moverse dentro de la matriz, su corazón puede latir en silencio, pero su madre puede restituirle la vida al nacer.

Malacqua sonrió y dijo:

-Si nace vivo lo entregaremos a Ula y participaremos de las celebraciones que organice Baval.

La luz de la luna parpadeaba detrás de las hojas del castaño; centelleaba entonces el cabello de Esther recién cepillado.

La judía cubrió los pies desnudos de la pequeña Gabriella.

-¡Si nace vivo! –repitió debatiéndose entre la resignación y la duda.

-Es un embarazo viejo, un embarazo de diez meses que abulta como uno de seis.

-He sabido de mujeres que han parido después de dos años del inicio del embarazo –argumentó Esther.

-Ya te lo he dicho, mujer –los ojos de Orazio Malacqua se incendiaron y sus uñas crecieron media pulgada –si respira al nacer, será de su madre.

-¿Qué harás con el cuerpo sin vida?

-No intento innovar los procedimientos finales con los que castiga la Inquisición, desplazar la hoguera o el hacha, pero sí la forma de llevar a ellas a quienes, valiéndose de la cruel prolijidad con que la iglesia ha querido preservar su doctrina, han cometido crímenes abominables.

-Reconoces entonces la validez de la Inquisición –la pregunta de Esther estaba marcada por el estupor.

-La idea original se basaba en la lucha contra la herejía, una lucha teologal que no consideraba la violencia.

-Pero fuiste cura durante los años en que la Inquisición aplicó con mayor tenacidad la tortura y la muerte.

-Quizás eludía la verdad, la que se me hizo presente cuando me volví una víctima.

Se extinguían los brasas y el vino frío se había terminado. Esther con un movimiento de su cuello desplegó su largo cabello abriéndolo en un abanico.

Sin motivo conciente Malacqua estiró su brazo izquierdo y sus uñas cortaron un mínimo mechón.

-Eres soltera –dijo.

-¿Qué sabes?

-De otra manera lo llevarías corto, como un ordenado.

-Devuélveme lo que me has escamoteado –Esther abrió la mano derecha y mostró su palma al convicto.

Malacqua desenredó el cabello de sus garras y con todo cuidado lo depositó en la mano de la mujer.

-No fue mi intención –dijo.

-Sólo a *shatán* le crecen con tanta vehemencia.

Malacqua se levantó, buscó una piedra fuera de la tienda y con ella fue fracturando otra vez sus uñas, alabeadas como el aguijón de un alacrán.

-Siempre ha sido así, mi maldición con las cucharas, con los vasos, con el alba, el cíngulo y el cáliz: en ocasiones nadie quería recibir la hostia de mis manos.

-No serás la reencarnación de Fra Diavolo.

-Tal vez eso te parezca, pues ya es hora que conozcas las acciones que he resuelto llevar a cabo para castigar a la *suora* Martonez y darle satisfacción a Gabriella.

→ Cuando Malacqua, Esther no pudo contenerse:

-Tenía razón Jacob, el rabino de mi pueblo –dijo –la perversa imaginación de la iglesia de Roma no tiene límites.

El campamento aún dormía. Malacqua respondió:

-No quiero cargar tu conciencia, cuando amanezca puedes largarte con Gabriella.

-¿Acaso el jefe de la tribu ha aceptado?

-El niño esta perdido, no así Ula, su sobrina.

-¿Qué obtendremos con el castigo de la *suora*?

-Los procuradores difundirán el engaño, los inquisidores empezarán a temer.

-La Inquisición será abolida –aseguró Esther.

-Sólo su brazo visible –anotó Malacqua –la *Perseveranza*, que es más severa, como me amenazó el fiscal al anunciarme la sentencia, no se detendrá; los inquisidores volcarán su experiencia en su nuevo estado, la clandestinidad y lo que aprendieron persiguiendo a las sociedades secretas lo aplicarán para defenderse y crecer.

Esther apoyó la cabeza en un almohadón y cerró los ojos.

-Mañana –propuso antes de quedarse dormida.

Temprano empezó a caldearse el aire. El olor del cocimiento que preparaban las mujeres de los gitanos saturaba el espacio. Sorprendido por la irresponsable profundidad de su sueño, Malacqua, al abrir los ojos vio a Baval de pie, las piernas abiertas, las manos en la cintura, en el umbral del entoldado.

-Tus mujeres, cura –le dijo –ya comen con nosotros.

Malacqua se puso de pie y alisó sus ropas, avergonzado por haber dormido sin tomar precauciones.

Baval leía las conciencias:

-Nadie se atrevería a atacarnos por la noche –dijo.

El rostro del torturado reveló, sin embargo, su desconfianza.

-Se dice que provienen de las brumas nocturnas del oriente.

-Se nos atrapa de día y se nos juzga de día y si uno de nosotros cae detenido, los carceleros se alejan de nuestras celdas cuando cae el sol.

Malacqua siguió a Baval hasta donde estaba su clan. Esther arrancaba la corteza tostada de un buñuelo de harina amarilla y Gabriela tenía entre sus manos un tazón lleno con una leche espesa, coagulada. Malacqua tomó una cuchara y la introdujo en el líquido.

-El kéfir fortalece los huesos de las mujeres –comentó Baval.

Malacqua lo probó: un sabor ácido le recordó el metal del instrumento de su tortura. Vio que Gabriella lo bebía con agrado.

Baval le alcanzó un plato lleno hasta los bordes con berza, garbanzos, carne de chivo, de cordero y orejas de cerdo y se lo ofreció a Malacqua.

-Come, que lo necesitarás.

Las mujeres parlotaban, y los hombres, taciturnos, anticipándose quizás a un acontecimiento, llenaban sus tazones de madera con agua caliente que obtenían de un samovar.

En el borde del claro Malacqua descubrió a Ula, sola, con las manos sobre la falda. Luego dirigió la mirada al jefe, que asintió. El renegado se acercó a ella. Su piel dejaba traslucir su desamparo; la niña era la constancia pura del miedo y la sumisión. La opacidad de sus ojos y la sequedad de su pelo le recordaron la cabeza de San Andrés, la reliquia del mártir encogido en una urna de cristal en la basílica de San Pedro. Le acarició la cabeza y regresó donde Baval.

Tras merendar, las mujeres se levantaron, recogieron y lavaron los utensilios y con hatos de ropa en la espalda caminaron en sentido contrario a las carretas.

Lavarán todo el día –informó Baval.

Los hombres, a su vez, regresaron a sus vagones: en fila, como musarañas refugiándose en sus madrigueras. Malacqua y Baval se sentaron en la hierba.

Esther le pidió a Gabriella que ordenara, dejara todo listo para la partida y que acompañara a las mujeres al río.

-Viajaremos de noche –le dijo.

Después se acercó a Ula. Baval no se movió. Esther hizo rodar una piedra, se arremangó las faldas entre las piernas y se sentó frente a la niña.

-¿Cuántos hijos tienes? –le preguntó.

-Una más, Magdalena se llama.

Esther levantó las cejas, pero dijo con suavidad:

-Ese no es un nombre gitano.

-No soy gitana –replicó Ula y no fui bautizada con el nombre con el que me conocen.

La hebrea se puso de pie y fue hasta donde estaba Malacqua.

-¡Esa niña es cristiana! –le dijo.

-No hace ninguna diferencia –afirmó Malacqua y se encogió de hombros.

Esther volvió donde Ula y le palpó el glóbulo que sobresalía en su vientre. Después introdujo su mano derecha bajo su saya multicolor. Lejos, Malacqua y Baval volvieron la cabeza y la niña se lamentó como una golondrina herida. Pero se incorporó con rapidez y mostró, con una sonrisa, sus hermosos dientes, blancos como los dados de marfil encajados en las encías secas de San Andrés.

Cuando la improvisada comadrona terminó el reconocimiento de la chica grávida, caminó hacia Baval.

-Debes hacerle tomar un cuenco con caldo de gallina tibio dos veces antes del atardecer; tendrás para mi un tubo de un palmo de largo con un alma de plomo, dos cucharas grandes, una botella de aguardiente, hojas de mandrágora, frutos del sasafrás y corteza de sabel, además una manta, paños de lino y algodón, ropa nueva para Ula y mucha agua.

-No eres ajena al contenido de nuestro herbolario, ¿no?; se hará como tú digas.

-Como yo diga, maragato.

-¿Maragato? *Ma lui sembra zingaresco!* –dijo Malacqua.

Baval se sonrojó.

-¿Qué sabes de los maragatos? –inquirió Esther.

-Trashumantes dedicados a la arriería en León –explicó Malacqua –se nos advirtió sobre ellos, los sacerdotes están autorizados para otorgarles sacramentos pero no para enterrarlos en cementerios católicos; nunca los había fuera de España.

-Nos hemos hermanados con los *zingarescos*, una alianza para escapar de España nosotros y ellos de este Reino de las Dos Sicilias, queremos asentarnos en los países del oriente.

Intervino Malacqua:

-Nosotros también nos hemos unido, pero no para huir –dijo.

Esther se interpuso entre los dos hombres:

-Al bajar el sol todos los hombres y mujeres de tu tropilla deberán estar dentro de los carros, las ventanas, cortinas y puertas cerradas.

-Qué así sea –dijo Baval.

-El niño será bautizado –advirtió Malacqua –y será de mi propiedad.

-Si Ula muere –señaló Esther –la encontrarás limpia y con sus ropas nuevas sobre un lecho de hojas y flores del bosque; si sobrevive deberán dejarla en reposo y lavarla entre las piernas hasta que deje de sangrar.

-Así se hará –aceptó Baval.

Al atenuarse el calor Malacqua vio venir a las mujeres con los fardos con ropa limpia. Detrás de ellas, con una espiga de trigo entre los dientes las seguía Gabriella.

Esther la mandó a las carretas. Ula no se había movido, aceptando sin reclamos los tazones con la sopa de gallina que le llevara Bavol. Más tarde, con todo lo solicitado a Bavol en un canasto, la judía se internó con la niña en el bosque.

Malacqua y el jefe de la caravana esperaron hasta el amanecer. Cuando el lucero brillaba apenas, vieron a Esther salir de la espesura. Acunaba un bulto en sus brazos.

-¡Está vivo! –exclamó Bavol.

3.- La luna se insinuaba sobre la copa de los árboles, cuando Esther se detuvo junto a una corriente de agua. Ahí plantó dos hachones, preparó una fogata donde puso a calentar un caldero con agua y extendió un lecho de hojas frescas de una higuera. Sobre ellas extendió una manta.

-¿Cuándo murió tu niño? –le preguntó a Ula invitándola a recostarse en el lecho.

-Cuando quien lo puso allí fue obligado a abandonarme en Isernia.

Esther conocía el reino de Nápoles. Calculó la distancia entre esa ciudad y Guardiargia y el tiempo que demoraría el grupo del gitano en recorrerla.

-¿Cuánto tiempo lo llevabas ya, entonces?

-Siete meses.

-Lo guardas entonces ya más de diez –dedujo Esther.

Ula sabiendo lo que venía abrió las piernas.

Esther le dio de beber parte del aguardiente donde había macerado la mandrágora y una escudilla con una emulsión de safrán y finas astillas de una rama de sabina. Trabajó un largo rato con el tubo de plomo y las cucharas n) la intimidación de Ula, hasta que la muchacha vació sus aguas que tenían el color de las hojas muertas. De su boca no salió un quejido. Después de algunas maniobras Esther extrajo al niño muerto y una fina placenta que parecía de encaje, lavó a Ula con el agua caliente del perol y dejó en su matriz algunas mechas de lino para que evacuaran los residuos. La acompañó toda la noche, pero no la dejó ver al hijo muerto.

En la mañana la judía leyó algunos pasajes de la Torá, envolvió el cuerpo del nonato en un paño de algodón y salió del bosque.

-¡No!, no está vivo –dijo cuando se acercó a Bavol entregando el envoltorio a Malacqua.

Un hombre recién salido de la adolescencia, de buena estatura, barba rubia y ojos claros se había arrojado a ellos.

Malacqua desplegó la tela bajo la atenta mirada de Bavol.

Ahí había un cuerpecillo descarnado, la piel molificada, montados unos sobre otros los huesos del cráneo, tenía sus brazos y piernas escarolados como zarcillos de mala viña.

Bavol lo miró con prolijidad, separó sus miembros y le giró la cabeza.

-¿Cómo sé que no es un conejo? –dudó.

-*Puzzare à fungo* –husmeó Malacqua.

-*Il albume* –aclaró Esther.

-¿Dónde está Ula? –preguntó el jovenzuelo.

-Descansando.

-Debo ir con ella.

-*Il doit faire la couvade*. –reveló Bavol.

-Ellos son, entonces, los maragatos de tu *troupe* –dijo Malacqua.

-Es Gonzaga la pareja de Ula, lo he mandado a llamar pues nunca la abandonó; debimos alejarlo de la *troupe*, pero merodeaba en torno nuestro esperando que su hijo naciera. Entre las raíces de los árboles le dejábamos comida y bebida; ahora estará con ella, en su lecho, aunque muera.

Malacqua pidió un botijo con agua y bautizó, con unas gotas que vertió desde el pitorro, la cabeza crepitante del infante.

-Se llamará Gonzalo –determinó.

Luego lo envolvió en la sabanilla y lo puso bajo el brazo. El joven Gonzaga guiado por una señal de Esther se dirigió al bosque.

-¿Cuándo podrá Choomi acudir a verla? –preguntó el gitano.

-Gonzaga avisará.

Bavol señaló al *nasciturus*:

-Pronto olerá de otra manera, te proporcionaré un unguento que lo preservará unos días.

-Tres días serán suficientes –advirtió Malacqua.

-No más de tres y que nuestros buenos *dravarnes* los acompañen –se despidió el gitano.

4.- Malacqua, Esther y Gabriella partieron al atardecer, la mula cargada con la canasta con sus bienes. Colgando del cuello del animal un serón lleno de leche agria y perfumada dentro del cual flotaba el niño muerto. Sólo Choomi los despidió agitando la mano, con la cabeza vuelta hacia la fronda, esperando salir a Gonzaga.

-¿Morirá ella? –preguntó Gabriella.

-¿Qué sabes tú? –la regañó Malacqua.

-Estuve ahí, mirando a Esther, viendo como tiraba de la cabeza del niño con las cucharas con las que nos sirvieron el *brodo* del almuerzo.

Malacqua golpeó los ijares de la mula.

-De eso ya no se volverá a hablar –sentenció.

Un cuarto de luna entre las cálidas nubes les alumbró con egoísmo el camino. La huella serpeaba entre arbolillos, rosales y zarzas, adentrándose unas veces en breves aglomeraciones de olmos y alcornoques, tropezando con unas carrascas o abriéndose en pantanales húmedos y expuestos. En uno de ellos se encaprichó la mula. Gabriella que la montaba parecía extraviada, la mirada fija en uno de los cuernos de la luna bajo el cual se iluminaba, a lo lejos, una única ventana en la torre del monasterio de Fonte La Cesa. La niña lloraba con lágrimas fosforescentes.

-Es la celda de la *suora* –dijo llevándose un pañuelo a los ojos, el que quedó iluminado como la tulipa de un fanal.

Malacqua examinó el lugar. Dos o tres millas romanas debían separarlos de la abadía. Esther mojaba sus manos en el rocío.

-¿Estarán seguras aquí?

-¿Irás solo, acaso?

-Esta vez sí –dijo Malacqua.

-Recuerda que tu única víctima debe ser la monja Martonez, es posible que sus hermanas la protejan y oculten el fruto humano que quieres atribuirle.

Malacqua mostró sus uñas, crecidas ya como espolones de gavilán.

-Ella no será inmolada por mí, sino por la *Perseveranza*.

-Aquí no corremos peligro –Esther, con sus manos húmedas, recogió el cabello de Gabriella en una trenza.

-Regresaré al mediodía; si no lo hago, se largan de aquí.

Desde el cuello de la acémila Malacqua levantó el serón con el aborto, lo colgó en su hombro derecho y aseguró el zurrón en su cintura.

Las dos mujeres lo vieron alejarse hacia el convento.

De pronto una nubada veraniega se precipitó sobre el camino y Malacqua se protegió bajo una encina. Con una cuerda aseguró a su cuerpo el morral y el capazo con el niño y apoyó el espinazo contra el tronco del árbol. Un prolongado bostezo le reveló la buena condición de su quijada. Ni el verdugo ni la pera inquisitorial habían sido eficaces en su trabajo. Luego, con el puñal entre sus garras, se dejó seducir por un sueño liviano y breve.

Despertó empapado con el agua que caía de las hojas de la encina enterándose que no estaba apoyado contra ella sino contra un leguario incorporado, con los años, en su corteza negra y leñosa. Leyó en el tablón:

Guardiaregia 1 legua.
San Gregorio 3 leguas.
Dragoni 4.5 leguas.

Una hora después se encontraba en las inmediaciones del monasterio. Cerca, en una vuelta que llevaba a Guardiaregia encontró una taberna abierta. Un hombre robusto, de rostro agrietado y de baja estatura, sentado a la barra, bebía desde un vaso de hojalata. Se volvió al escuchar entrar a Malacqua. Sus ojos revelaban la cantidad de alcohol que había bebido esa noche. Era un parroquiano amigable.

-La cidra está tibia, pero se deja beber –le dijo como bienvenida.

-No a esta hora –respondió Orazio Malacqua.

-Eso es saludable –el hombre rió –por lo demás el cantinero ya no atenderá hasta el mediodía, se emborracha todas las noches.

Malacqua se apoyó los codos en la barra.

-Debo pagar un exvoto con las clarisas –dijo y señaló el serón.

El viejo terminó de beber lo que quedaba en su vaso.

-Un buen óbolo por un mal pecado –quiso adivinar.

-Algo así.

-Las clarisas abandonaron La Cesa hace más de un año.

Malacqua se sorprendió.

-Pero ahí aún habitan religiosas.

El hombre movió el brazo y vertió el cuenco que cayó al suelo.

-¡Brujas! –dijo recogéndolo –y ahí están aunque hemos advertido al obispado de Foggia.

-Nada obtendrán desde Foggia.

-Yo soy católico, me llamo Bernardo y beberé otro vaso de sidra a su salud – y colocándolo bajo la espita del tonel sobre el mostrador, lo llenó.

-Es cierto –dijo soplando la espuma del mosto –nada han contestado.

Bernardo se ladeó hacia Malacqua, puso las dos manos delante de la su boca simulando una bocina y le preguntó en voz baja:

-¿Has oído hablar de la *Perseveranza*?

-No estoy seguro –disimuló Malacqua.

-Hubo clarisas pero huyeron a Roma cuando una de ellas vio a Ahasverus y pronosticó el fin de los tiempos; el edificio deshabitado fue ocupado por otras monjas las que hasta hace algunos meses eran visitadas por un obispo...

-Y a partir de entonces... –se adelantó Malacqua.

-Han desaparecido mujeres en Guardiaregia y sus alrededores y en las noches los patios de piedra de la cartuja son iluminados por grandes fogatas...

-¿Y nadie averiguó, nadie hizo nada?

El hombre bebió la cerveza de un golpe y llenó otra vez el cuenco.

-Sí, yo les vendía los tueros y la broza con las que alimentaban las llamas.

-¿No buscaron a las mujeres que se esfumaban?

-Tres ciudadanos de Guardiaregia: el barbero, el amanuense y un fabricante de quesos acudieron con una carta y un mensajero al obispo Renzo di Cervo.

-¿Y...?—resucitado tomó un jarro de agua que había sobre el mesón.

-Eso ocurrió después que el jorobado al que llaman Tito entró a la abadía una de esas noches a entregar la tinaja con el vino con que celebraba el cura Infanti...

El viejo vaciló sobre el taburete en el que estaba sentado, pero continuó:

-...y vio y contó que había visto a un animal clavado en una cruz de fuego, vestido como un cristiano, que chillaba como un cerdo y al cual ya se le había chamuscado su piel rosada.

-¿Seguro que vio a un marrano?—Malacqua tomó un sorbo de agua.

-Vio a un cerdo, no a un marrano, pero puede preguntarle si quiere; al jorobado lo encuentra en el cementerio, allí vive y duerme y hasta se cree se alimenta.

El hombre empezaba a derrumbarse, ebrio, somnoliento.

-¿Y quién atiende a esas *suore*?

-Infanti, sin duda.

Y el bebedor cayó al suelo sin sentido con los brazos abiertos; un surtidor espeso burbujeaba en su boca.

Malacqua comprendió que eso era obra de la *Perseveranza*. Con toda seguridad los conjurados de esta nueva organización habían iniciado el reclutamiento de las desgraciadas religiosas, quienes al ser sorprendidas vulnerando sus votos perpetuos, se las separaba de su orden y se las recluía y emparedaba en conventos abandonados. Quizás había sido el propio arcipreste Moleggo el que encantara o engañara a esas mujeres, que de bien y de mal habrían.

Malacqua esperó que clareara y se dirigió a Guardiaregia. Llevaba la hoz en la mano, revelando así que buscaba trabajo. Una feria modesta lo recibió en la calle principal del villorrio. Caminó hasta encontrar el puesto del quesero al que se arrimó. Una buena variedad de quesos exhibía bajo un tul amarillo. Las moscas ya revoloteaban encima. El artesano tenía una gran cabeza calva, un cuerpo flaco y unas piernas delgadas, ceñidas en unas calzas verdes. Con un cuchillo con la punta curva en su mano cortaba trozos de sus productos que ofrecía a los clientes.

-Es un excelente Aquino maduro -ofreció el comerciante alcanzándole un pedazo de un queso amarillento con olor a toronjas.

Malacqua lo aceptó, llevandoselo a la boca, exprimiéndolo contra el paladar con su lengua apenas cicatrizada. El aroma del queso esfumó el dolor residual.

-No conozco estos sabores —reconoció el torturado.

-Pocos valoran el don de los verdaderos cuajadores; en lo personal me considero heredero de la sabiduría de Latarjet, el quesero de Billancourt –esta vez le alcanzó la esquina de un gran parmesano.

Malacqua lo deshizo con la saliva al reconocer su textura endurecida y dio las gracias al hombrecillo.

-No puedo comprarte –le explicó.

-Ya lo veo, necesitas trabajo –el quesero envolvió una pirámide de queso negro y se lo pasó –acepta este queso como un obsequio.

-Un trabajo cualquiera y pronto –dijo Malacqua.

-El entorno de la iglesia está invadido por la maleza, es difícil abrir su puerta, quizás a Infanti le interese despejarlo.

-Por un par de monedas.

-Si no te paga con una indulgencia..., ese cura peca de avaricia.

-Por algo se empieza.

El quesero le indicó el lugar donde estaba el templo asignado a Infanti en Guardiaregia y hasta allá se dirigió Malacqua.

5.- Un jaral tupido y leñoso se había apoderado de atrio de la modesta colegiata de la que sobresalían las esquinas de una escalera de piedra. De las puertas perforadas por el comején sobresalían dos leones de bronce con la boca abierta de las que quizás, en su tiempo, colgaban aldabones. La hoja derecha estaba entreabierta. Malacqua la empujó. Sus uñas quebradas se habían reconstituido, brillosas y afiladas como pequeñas agujas.

Dejó su bolsa y el serón bajo la pila bautismal y buscó el agua en su oquedad. Estaba seca. El cura que dormitaba sentado en un reclinatorio frente al altar era un dominico. Su sotana lustrosa por el hollín y el sudor había perdido su albura, pero aún se reconocía la cruz roja y azul en el pecho. El monje se sobresaltó al descubrir a Malacqua frente a él, con la hoz en la mano izquierda.

-¡No he pecado! –dijo levantando los brazos.

Malacqua ocultó la *falce*.

-Necesito trabajo –mintió.

Infanti se incorporó mostrando su tripuda humanidad.

-Aquí el trabajo lo hago yo –se expresó más tranquilo, al ver la indumentaria de Malacqua.

-Sus feligreses tendrán dificultad para entrar a este lugar de Dios, tropezarán con *il minuscolo barbacane*, cubierto por el rastrojo.

-El ingreso a los lugares de Dios está plagado de dificultades –Infanti eructó.

La nave olió a incienso añejo y a vino fermentado.

-Es nuestro deber facilitarlo –dijo Malacqua.

Ese hombre hablaba como un cura; un recuerdo infame penetró en la memoria de Infanti, pero luego se le hizo inasible. Hacía tiempo que sus recuerdos se habían vuelto volátiles.

-No tengo nada que ofrecerte –insistió – ¡ahora vete!

-¿Y las hermanas de Fonte la Cesa, podrán ayudarme?

-Son pobres, ellas hacen todas las tareas y mendigan; yo las proveo los jueves con pan, un poco de leche de cabra y el vino de la eucaristía, todos los jueves.

-Mañana es jueves –recordó Malacqua.

Infanti contó los días con los dedos de su mano.

-Mañana es jueves –admitió.

Entonces Malacqua metió la hoz en la faja de su cintura y clavó las uñas de su mano izquierda en el pecho de Infanti. Las empujó a través del sayo y de la carne entre las costillas hasta que sintió los calambres del corazón; se sacudió el brazo y el cuerpo de Malacqua con los últimos y vigorosos latidos del órgano de Infanti y de pronto todo quedó quieto, el cura pendiendo de su mano como un crucificado de su cruz. Se fue descalabrando el cuerpo del dominico hasta caer al suelo, mórbido como un pellejo lleno de lardo. Los cinco puntos rojos dejados por las uñas del asesino se confundían con los incontables lamparones del ropón del predicante. ← revisar

Malacqua arrastró el cuerpo hasta la sacristía, adyacente al retablo mayor. Bajo un baldaquín, había un copón, una trenza de pan y dos jamones intactos; a otro ya le habían comido la gordura. Desde el vientre de un queso redondo, cubierto por una palia huyó una rata. Un odre de vino goteaba dentro del *sacrarium*. La custodia tenía su cabezal torcido y el viril arruinado.

Malacqua le dio un puntapié al cadáver del mal cura y revisó el lugar. Encontró una dalmática, un alba y ropas dominicas en un armario, y en una credencia un cáliz con hostias en buen estado. Malacqua ocupó un tiempo en trapear la sacristía. Envolvió el pan, los jamones y el queso en una dalmática limpia y cerró el gollete del odre por donde se vaciaba el vino. Seguro estaba que nunca había sido usado para la celebración de la misa. Salió después al patio.

Al entrar había visto un árbol de la nuez vómica, sin duda un injerto traído al reino de Nápoles durante las cruzadas. Recogió unas bayas de la rara especie botánica. Hecho esto espantó a unas ancianas obstinadas en que Infanti acudiera a suministrar una extremaunción y regresó a la sacristía. Allí trituró los frutos, los untó con vino y con migajas de queso y distribuyó la emulsión obtenida por el piso y los estantes. Aquella enjundia atenuaría el olor a muerto.

Un olor meloso le cosquilleó las narices: nacía desde el serón depositado bajo el baptisterio. El aire caliente se colaba por un vitral roto. El tiempo corría en su contra.

Malacqua se sentó en una silla que parodiaba a una curial. No era mediodía aún. El soplo tibio hizo que una puerta del armario se entreabiera. Aquel mueble lo llamaba. Malacqua pensó en Esther y también en Gabriella. ¿Podría adorar al Cristo Eucarístico sin haber confesado sus crímenes instigados por los desafueros cometidos contra él por la Inquisición? Se puso de pie y se acercó al anaquel. Dentro descubrió dos casullas: una blanca y una morada. Al abrir la puerta el vestido de color púrpura desplegó sus faldas y lo envolvió. Parecía estar vivo.

Al intentar sacárselo de encima lo desgarró y la uña de su meñique se clavó en uno de sus bordes. Un hilo de sangre corrió por los filamentos de plata dibujando una cruz en el galón de sus costuras. No supo Malacqua si había sangrado él o la casulla, pues salió corriendo, apretando los dientes, sufriendo el dolor de la pera de la tortura.

No se detuvo hasta darse de narices contra la escalinata del templo.

Quiso recordar su infancia y sólo le vino a la memoria un episodio que nunca había vivido: una mujer desnuda en sus brazos. También había olvidado su paso por el seminario y el solemne momento de su ordenación.

-¡Me ha cogido el demonio! –rugió.

Pero nadie oyó su grito; la canícula tenía confinada en sus casas a la población de Guardiaregia. Sólo los barrotes de la celda de la *suora* Martonez vibraron con una sonoridad ominosa que la mujer, dormida después de una noche de desvelo, no percibió.

Malacqua regresó al interior de la iglesia y tomó su zurrón y el atadizo con el pequeño muerto lo sacó de su bolsa láctea, lo limpió con el vino y lo depositó frente al altar.

En el sagrario la puerta del armario se había cerrado y la casulla lila estaba tirada. Malacqua sintió un cansancio abrumador, se recostó en el piso de tablas usando el ornamento ensangrentado como almohada y se durmió.

Lo despertó un cencerro cercano: ya era hora de ordeña. Se puso de pie y se frotó la cara. De sus mejillas cayeron escamas de sangre seca. El cuerpo de Infanti, el dominico, se había hinchado. A través de las tejas de pizarra del techo se filtraban los inclementes rayos del sol, aún asfixiantes en el ocaso. La putrefacción del dominico avanzaba con más rapidez que la del niño. Con una despabiladora unida a una larga caña abrió las ventanas en la altura esperando el aire fresco de la tarde. El miasma de la corrupción se adueñó de las calles aledañas a la iglesia y la brisa llevó una lengua del hedor al claustro de la

suora Martonez. Ella creyó que era perfume de trufas y supuso que esta vez Moleggo y la *Perseveranza* la premiaría con un banquete.

Se entregó el día a la noche. Por las aberturas de las ventanas abiertas en el pequeño triforio penetró el fresco del verano meridional. Se contuvo la licuefacción del óbito y de Infanti y Malacqua pudo respirar un poco del aire puro que anunciaba al Siroco. Tuvo hambre pero no se decidió ni por el jamón, ni por el queso ni por las hostias. El ayuno era para él un sacrificio habitual. Sabía, también, que la obsesión por una tarea diurna hacía más cortas las noches. No tuvo certezas sobre esa velada: si había dormido, si había orado, si había soñado con Esther o si había esperado que la primera luz fulminase los vidrios emplomados de la nave central.

Sin embargo, no esperó que la aurora abriera sobre Guardiaregia. Con sus uñas excavó una abertura en el bordillo de la tumba de una mujer en el transepto del templo, corrió la losa, arrojó sobre un catafalco de alabastro los restos tumefactos del Dom y cerró el entierro. Por la imagen del San Jorge labrada en la lápida supo que Infanti se enfrentaría, en un momento de la eternidad, al santo que mató al dragón y cuyo cráneo reposa en la iglesia de Velabro.

Luego buscó vestiduras dominicas. Recogió al mortinato desde el altar, lo ató a su cuerpo con el nudo simple de un cordón, se puso la casulla blanca, colgó su morral con el pan y el queso en el hombro derecho, los jamones y la bota de vino en el izquierdo y con el copón y las hostias en su diestra abandonó la iglesia.

La feria citadina abría ese día jueves. Malacqua trucó el jamón por pan y leche y cuando el sol despuntaba por encima de los montes del lejano Vinchiature, golpeaba la puerta del antiguo convento de las Clarisas. Por la abertura de una celosía se mostró la cara de una mujer enmarcada con una toca blanca.

-Reemplazo al padre Infanti –informó Malacqua -quien me ha ordenado venir, he sido asignado a su parroquia de Guardiaregia, traigo la eucaristía, el pan y la leche.

Malacqua no necesitaba fingir, hablaba y convencía como lo que había sido.

La celadora lo dejó entrar sin formular preguntas.

-El Dom. Infanti no me ha dicho si debo officiar la santa misa o sólo ofrecer la eucaristía.

-Con la hostia basta –la mujer recibió el pan y la leche que llevaba Malacqua -somos diecisiete y sólo tendrá que convencer a la hermana Martonez, en la torre, que a veces no ha ayunado y no puede recibir el cuerpo del Señor.

El patio adoquinado tenía una gran mancha de carbón en el centro y olía a grasa quemada. La mujer lo guió a través de estrechos pasillos, golpeaba las

puertas y las religiosas insinuaban la cabeza y recibían la comunión. Por una escalera de caracol accedieron al torreón.

La portera vaciló ante la celda.

-¿Quizás deba confesarla antes? –propuso Malacqua.

-Dependerá de ella –dijo la monja y se retiró con la palmatoria, dejando al cura en la penumbra.

-¿*Suora* Martinez? –llamó Malacqua, llevándose la mano a la cintura, desanudando el envoltorio donde llevaba al niño.

-*Chi?* –preguntó una voz suave desde el interior.

-*Il prete* –Malacqua le habló acercándose a la cráticula.

-*Di dov' è lei?*

-*De la parrocchia, da parte di Infanti*

-*Maledetto Infanti!*

Malacqua escuchó la evolución de un cuerpo fragilísimo que se erguía sobre un jergón, unos pies pequeños que se arrastraban por el suelo y el chirrido de los pernios de la ventanilla al torcerse.

Por fin vio a la Martinez, su piel olivácea y sus ojos de rata. Ella encogió los labios y mostró sus dientes limpios. El espacio a través del cual ella le hablaba no le permitiría a Malacqua proseguir con sus planes.

-*Confessione?*

-*Mi è indifferente* –ella declinó la sugerencia.

-*Eucaristia?*

Ni la mano del resucitado ni el rostro de la Martinez cabían en el hueco de la puerta.

La celadora vino en su ayuda. Con la vela de la candelera casi agotada golpeó con fuerza la puerta de la celda de la religiosa requerida.

-*Bagascia!, Aprire!, Pronto!*

Era una mujer con autoridad, pues la *suora* corrió el cerrojo y entornó la puerta.

-*Andare, avanti!* –empujó a Malacqua, quedando a la espera.

La Martinez usaba un hábito sucio, azulino, con las mangas socarradas. Con la palma de la mano Malacqua le ordenó que se hincara y depositó sobre su lengua una hostia sacada del copón. Bailó un segundo la oblea sin consagrar, pero la *suora* la atrapó con los dientes y la tragó. Ese segundo de desatención aprovechó Malacqua para desanudar el óbito de su cintura y hacerlo rodar bajo el camastro de la Martinez. Se puso de pie, bendijo a la inquisidora y salió de la celda.

-*Chuidere la porta!* –gritó la desgraciada.

-¿Y la madre superiora? –preguntó Malacqua.

-Ella sólo recibe al Señor de manos de un obispo.

Al cabo de poco la última en comulgar resultó ser la portera. Le abrió la puerta del monasterio y antes de cerrarla, le preguntó:

-¿Cuándo vendrá Moleggo?

-¿El arcipreste?

-¿Y si no él?

-Eso lo sabe sólo Infanti.

Y Malacqua enfiló por el camino de tierra hacia las afueras de Guardiaregia. Algo más que su compañía lo hacía acelerar el paso hacia Esther.

Malacqua se entretuvo en el mercado, compró tocino, pan de centeno, bizcochos salados y frutas confitadas y en dos horas de rápida marcha estuvo con Esther y Gabriella.

-¡Está hecho! –dijo, abrazando a la judía y entregando los dulces a la niña.

Pasaron la tarde y la noche en aquél lugar y pasado el mediodía del viernes tomaron la ruta hacia Caserta.

-¿Y la hermana Martinez? –interrogó Gabriella cuando partían.

-La Inquisición se hará cargo de ella –afirmó Esther.

-O la *Perseveranza* –agregó Malacqua.

Nadie se les opuso al paso por Guardiaregia. Hozaban los puercos en la basura arrojada en la calle principal, zumbaban las moscas y estridulaban los carábidos devorando las lombrices y caracoles que hurgaban en la inmundicia. Sortearon el lugar buscando un camino paralelo, secundario.

El sol estaba alto cuando, sin motivo, Gabriella se retorció con náuseas incontrolables. Pero ellas no habían sido estimuladas por los residuos del mercado: pasaban por encima de la penumbra proyectada por la torre donde vivía la Martinez.

Entonces se oyó un chillido incontinente, interminable que paralizó a la mula que montaba la niña. La sombra del torreón palpité y Malacqua soltó las riendas de la cabalgadura.

-Ocurrió antes de lo esperado –dijo y saltó por sobre los matorrales que los separaban del camino real.

Gabriella se apeó de la acémila, Esther la maneó con el renuevo de una caña y corrieron detrás de Malacqua.

En la puerta del convento había empezado el barullo. La madre tornera, la que abriera la puerta a Malacqua, tenía al descuerado neonato levantado hacia el cielo con su mano izquierda y con la derecha, tomada por el pelo, a la Martinez: clamaba al cielo.

-¡Hemos guarecido a una súcuba, Jesús nos ampare!

El pueblo de Guardiaregia salió de sus casas y se amontonó a su alrededor. Llevaban pañuelos puestos sobre sus narices y sus rostros estaban desfigurados por el horror. La primera piedra cayó sobre la portera quien, sin

vacilar y sin soltar a los engendros que aferraba en sus manos entró al edificio. Las puertas eran invulnerables.

Malacqua tomó del brazo a Esther y a Gabriella que estaban a sus espaldas y volvió con ellas al sitio donde había quedado la mula.

-De Caserta a Nápoles y allí nos embarcaremos –dijo –en España continuaremos con nuestra misión.

-En España será más peligroso para nosotras -alegó Esther.

-Quizás es mejor que se asienten en Nápoles –insinuó Malacqua.

Calló Esther, no así Gabriella:

-¿Qué pasará ahora con la *suora*?

-Lo peor –pronosticó Malacqua, varillando a la mula.

Una semana después, en Caserta, mientras esperaban que les sirvieran la comida en una concurrida y bulliciosa posada que abría en una calle lateral de la villa, un viandante pidió sentarse a su mesa. Se disculpó por la intromisión y se presentó como un *hassidim*; llevaba un pesado gorro de astracán que desafiaba el calor reinante. Una estrella de seis puntas atada a un bramante en el cuello de Gabriella se perfilaba entre los botones de su blusa. Esther corrigió con un rápido movimiento de su mano la distracción de la muchacha. Luego y ante la alerta mirada de Malacqua el recién llegado abrió un costal sobre la mesa y haciéndole un guiño a la niña extrajo un pan ácimo.

-Todo lo que viene aquí adentro –dijo golpeteando con el pulgar la bolsa –es *kosher*, pues yo también practico como *shojet*.

-¡Rabí! –preguntó entusiasmada Esther, levantando la voz.

Malacqua puso su mano sobre la boca de la mujer. Ella no protestó.

El rabino miró en su entorno y Malacqua levantó su mano; sus dedos dejaron una pequeña rozadura la mejilla de Esther.

-Te persiguen, Malacqua –dijo el judío.

Con sus uñas, el que había sido cura, labró un surco en el duro roble de la mesa.

-No me amenes –dijo el rabino –que no he venido a hacerles el mal.

-¿Cómo sabes que lo buscan? –Esther tomó la mano del resucitado.

-Se le atribuye un episodio en Bojano y otro reciente, en Guardiaregia.

-Ahí quemaron a Golda, mi madre –dijo Gabriella.

-El obispo di Cervo de Foggia –dijo el Rabí –clausuró, con todas las religiosas adentro, el convento de Guardiaregia donde se asegura que un demonio sedujo a una de ellas haciéndola parir una larva gigante.

-¿Cómo cree esas cosas? –se incomodó Esther.

-Relato lo que he escuchado –explicó el judío.

-¿Qué es una larva? –Gabriella probaba la salazón del matzá.

-Y ese obispo se instaló a esperar algún mensaje –continuó el rabino -el que llegó en la forma de un edicto; se ignora quién lo firmaba ni lo que allí estaba escrito, pero sí que di Cervo levantó su campamento y ordenó a los alguaciles municipales la inviolable instrucción de impedir que nadie entrara ni saliera de esa abadía y se retiró sin más; es todo lo que se ha sabido.

-¿Dónde se me involucra? –preguntó Malacqua.

-En la muerte del cura párroco de Guardiaregia, en el descubrimiento del apareamiento de una *suora* con el diablo y en la llegada de la *Perseveranza*.

Coincidieron las palabras finales del rabino con la fuente de comida pedida por Malacqua. El mesonero levantó la tapa. Era una hermosa liebre estofada.

El *shojet* buscó en su bolsa y sacó un recipiente con miel que ofreció a Gabriella.

-Esa carne es impura –previno señalando la liebre.

-Hace meses que comen alimentos cristianos –anotó Malacqua, empezando a trozar la liebre.

-Si no fue por culpa de ellas...

-No podemos preguntar por comida kosher –se defendió Esther.

-Yahvé entiende las carencias –concilió el rabí.

-Él no entiende nada –Gabriella habló con la boca llena con la carne de la liebre.

Esther levantó un dedo, reprochándola con la mirada.

Terminaron de comer en silencio, dejando la fuente vacía, mirando el judío con desconsuelo como se hartaban Esther y Gabriella con la carne prohibida, contentándose con untar su pan cenceño con la miel.

Pagó Malacqua y salieron. Gabriella montó a la mula y el judío apartó al resucitado.

-Mi destino final está en la Republica de los Siete Países, allí nadie los perseguirá; únanse a mí.

Malacqua transmitió el mensaje a Esther, quien negó con la cabeza:

-Ya es tarde, Rabí –le dijo.

Esa noche alojaron en un pajar.

CINCO. (La *Perseveranza*)

1.- Renzo di Cervo fue convocado a Roma cuando la primavera se extinguía. La notificación recibida lo obligaba a asistir a un inesperado consistorio de los colegios episcopales de los Estados Vaticanos. Tres días demoró el viaje del obispo en su viaje desde Foggia, pagando protección en el

Abruzzo y peajes en los breves tramos de buena carretera, discutiendo por el precio de ellos en los puentes administrados por franciscanos y cistercienses; cansado, empolvado y sediento por las últimas doce leguas se bajó aliviado del carruaje en la posta del Vaticano. Dos guardias suizos vigilaban el lugar y un postillón lavaba un carruaje con el escudo papal. Desconcertado descubrió que ningún protocolo lo recibía, sólo un fraile dominico con un sobre sellado en la mano.

-¿Monseñor di Cervo?

-¿Nadie ha venido por mí? –preguntó el obispo.

El monje miró a su alrededor.

-Esta carta nuncupatoria podrá levantar sus dudas.

Di Cervo rompió el lacre sin fijarse en el sello del remitente y leyó la escueta esquila. De inmediato la guardó en su cartera.

-De acuerdo –asintió –iré contigo.

Era de noche ya en Roma, pero la caminata fue breve. Salieron de la vía de la Posta, cruzaron por detrás de la Biblioteca Apostólica hasta la Stradone de Giardini. Allí estaba la residencia del cardenal Cambrucelli. Iluminado el pórtico con dos lámparas, la puerta de cristal de la casa se abrió en el momento en que pisaron el mármol de la escalinata.

Un ujier con un báculo los hizo entrar.

-Si me permite Su Eminencia –dijo dirigiéndose a di Cervo, bajando con discreción la vista hacia sus botines.

El derecho estaba untado de estiércol fresco. Di Cervo de descalzó.

-¿Qué ya no barren las calles de Roma? –reclamó.

El mayordomo cogió los zapatos rojos del obispo y los colocó en una bandeja de madera. Luego le ofreció un par de chinelas.

-Vuestros botines, Eminencia, estarán en la puerta de su habitación mañana a *prima hora*, limpios el cuero y sus hebillas -le aseguró.

Después lo guió por un largo corredor con sus paredes cubiertas con Gobelinos. El fraile dominico había desaparecido. Se detuvieron ante una puerta altísima con un picaporte de bronce, que el ayuda de cámara abrió sin anunciarse.

Di Cervo entró a una cámara espaciosa, donde a una mesa sin mantel, de fina madera estaban sentados cinco hombres. No tuvo dificultad en reconocer a Cambrucelli, de quien se comentaba podría ser el sucesor del Papa, ni a Jerónimo Castellón y Salas, el Inquisidor, ni tampoco al cardenal Jacobo Mónico, Patriarca de Venecia. El cuarto, a la derecha del anterior, era un anciano vigoroso, de pelo amarillento, con el emblema jesuita en el pecho de su hábito, quizás el mismo general superior Jan Roothaan. El último, con

ropas de brocato azulino, boina emplumada y guantes de exquisita factura, un burgués, sin duda uno de los más ricos de Roma.

Sobre la mesa una Biblia Vulgata, un cuadernillo y un crucifijo con un cristo pálido como el colmillo del que estaba hecho. Presidía el futuro *papabile* y una sexta silla estaba dispuesta para él, obispo inquisidor de Foggia, cuyo rango no se condecía con el de los otros prelados, quizás ni siquiera con el del franciscano.

-Esta reunión preliminar –anunció Cambrucelli– sólo tiene por objeto verificar su asistencia a la ceremonia de mañana en la *Chiesa Santa María Sopra Minerva*, donde seremos huéspedes de Santo Domingo de Guzmán. El Patriarca de Venecia preguntó:

-¿Seremos transportados?

-Inmediatamente después del desayuno, que será servido en el comedor de la planta alta a las diez de la mañana.

Y levantó un brazo haciendo restallar su índice como un látigo.

Un abate desmochado que no medía más de cuatro pies apareció por detrás de tres estandartes que escondían una puerta.

-El abate Viffarius los guiará a sus habitaciones –Cambrucelli se puso de pie y se perdió entre los inmóviles pendones apostados al fondo de la estancia.

Di Cervo estaba exhausto y se recostó en el lecho de su cuarto sin desvestirse. Cuando los golpes en su puerta lo despertaron la luz ya entraba por una ventana. Se levantó, se alisó el abundante pelo y abrió. Era el abate con una palangana y un cántaro con agua.

-Está tibia Eminencia –le dio entrando.

-Abate, *dove il cesso?*

-*Nel androne* –respondió el mocho.

El obispo se lavó la cara, enjuagó la boca, se colocó el birrete de su investidura y salió al pasillo en busca del evacuatorio. De allí salía el Patriarca, aliviado.

Desayunaron en silencio después de dar gracias al Señor; y en tres carruajes, el cardenal Cambrucelli iba en compañía de su secretario en uno de ellos, tomaron las calles rumbo al Campo de Marte. Di Cervo compartió el coche con el jesuita y el gentilhomme. El primero lo saludó en latín con fuerte acento tedesco y con el segundo cruzó algunas palabras en italiano; nada vinculado con los objetivos de la inminente junta en la que iba a participar.

Por estrechas y sucias callejas llegaron hasta el frontispicio gótico de la iglesia Santa María. Bajaron de las carriolas y esperaron que el cardenal Cambrucelli terminara de darle instrucciones a su ayudante. Durante esos minutos admiraron el obelisco y el elefante esculpido por Verni.

En la fachada de la iglesia los atendió un fraile encorvado y venerable. Lo siguieron a través de la nave principal. Di Cervo se escandalizó con el desnudo Cristo Redentor de Miguel Ángel y meditó un segundo ante la tumba de Santa Catalina de Siena, la decapitada. En la sacristía los esperaba un monje dominico con sus manos enterrados en las mangas; su altura descomunal casi hacía tocar su coronilla con el dintel del lugar donde, en un cónclave en el pasado, habían sido elegidos dos Papas. El fraile ocultaba su rostro con la piel momificada de la cabeza de una comadreja.

Di Cervo lo encaró:

Tú no eres el Principal de los dominicos.

-Él ha sido enviado a Quito, el Consejo de la Orden lo ha relevado, entregándome la responsabilidad de asumir en su reemplazo -dijo el dom.

Articulaba mal las palabras y su voz arrastraba un eco ronco, como si brotara de una caverna.

Dos personajes se habían unido a la cofradía: un joven oficial de uniforme: casaca roja con cuello azul adornado con alamares dorados y una banda celeste, blanca y celeste cruzándole el pecho; y un turco vestido con un elegante abrigo de pieles de armiño y un fez de paño rojo desde donde colgaba una borla plateada.

Sentados en la sacristía el gigante dominico confidenció sus identidades:

-Carlos María Isidro de Borbón auténtico pretendiente a la corona de Fernando VII e Ibrahim, visir de Mahmut II, aspirante trono del Imperio Otomano que intenta usurpar Abdulmecit, un liberal turco como Lamennais, el francés.

Cambrucelli impuso su autoridad:

-Es hora -dijo.

Los convocados tomaron ubicación en asientos de madera sin ordenamiento convenido. Cuando el cardenal los vio a todos ya instalados abrió una valija que traía consigo y puso en el banquillo del trasaltar de la iglesia, que sobresalía hacia el interior de la sacristía la Biblia y el libro pequeño expuesto en su residencia en la víspera, una paño de seda vuelto al revés y un trozo de hierro de dos o tres pulgadas de largo, encostrado en un orín sulfuroso, y declaró:

-Reverenciamos El Libro -dijo y fue tocando con la palma de la mano y en forma sucesiva los objetos -la bula *Licet ab initio* de Su Santidad Pablo III, el escudo de la *Perseveranza* y más que nada una parte del clavo que perforó la mano derecha de Jesucristo, eximia reliquia que nos ha sido donado por una piadosa dama de la sociedad veneciana.

Cambrucelli, a continuación, cogió el texto *Licet ab initio*.

revisar
un poco
confuso

-Lo que aquí señala Pablo III hace casi trescientos años, cuando funda la Inquisición, es lo que nos reúne hoy: luchar por conservar la pureza de la fe, por revertir la parálisis de las instituciones de control a causa de las expectativas de la abjuración, el regreso a la Iglesia católica de los herejes y lo más trascendente, impedir la ruptura de la unidad de la Iglesia. El Santo Oficio será abolido y su desaparición significará la pérdida irreversible de legitimidad canónica, el debilitamiento del tutelaje teológico sobre los estados y los pueblos. Se extenderá la herejía y se multiplicarán los crímenes más viles sin que puedan ser procesados y sancionados los culpables. Este pequeño cónclave no será el primero ni el último que se realice, ni nosotros los singulares integrantes, como tampoco seré yo el único cardenal que los promueva.

Dejó la bula en su lugar y extendió el paño: ahí, en un campo de esmalte púrpura, un escorpión plata hundió su aguijón entre las placas de su dorso, pero no muere; era el blasón con el que la *Perseveranza* sería temida y odiada. Luego indicó el clavo de la crucifixión:

-La reliquia quedará en mi poder –señaló, envolviéndola en el estandarte - pero podrá ser transferida cuando la ocasión o el lugar lo amerite.

Di Cervo pidió hablar.

-Y como consecuencia inmediata, los inquisidores y sus familias quedarán sin trabajo ni renta, deberán abandonar sus propiedades si ya no lo han hecho, perderán sus legítimos privilegios y es probable que sean perseguidos; ha ocurrido en Sicilia y al sur de los Estados Pontificios; no me extrañaría que también ocurriera este desgraciado retroceso en la Toscana, en la Umbría y aquí en la ciudad eterna.

-El obispo de Foggia me ahorra un discurso –lo apoyó el cardenal -entre quienes fueron fieles funcionarios de la *Sacra Congregazione* están los actuales y futuros militantes de la *Perseveranza*: conocen los ritos y los procedimientos y sabrán actuar con cautela y reserva, revelando los actos y propósitos de una acción en particular cuando ella disuada, desaliente o sirva como ejemplo; además podrán eximirse de limitaciones.

-Deberemos delegar –opinó el Patriarca de Venecia.

-Desde luego –dijo Cambrucelli –tendrán sin duda la facultad a la que alude el cardenal Mónico y la colaboración del brazo secular deberá ser promovida por quienes abracen nuestra misión.

De pronto el superior jesuita se levantó de su silla:

-Quiero verte la cara, dominico –exigió señalando al fraile...

-Todo a su tiempo –reclamó el aludido.

-La misión que nos propone Cambrucelli no resiste la desconfianza que introduce un enmascarado.

Cambrucelli alzó un dedo en dirección del dominico y éste llevó las manos llagadas por la gafedad a su cara retirando la máscara de la *donnola* que la escondía. Mostró la cuenca vacía de su ojo derecho y la úlcera que le carcomía la mejilla. Los bordes sobresalientes de la escara se revolvían como si estuvieran habitados por gusanos. Parte de su dentadura quedaba fuera de su boca.

-Es la malatía del Caribe –explicó Cambrucelli.

Di Cervo que estaba a su lado imitó a Jan Rotan y se puso de pie.

Los dientes del dominico repiquetearon.

-¿Te asusto, obispo? –le preguntó.

-Ni el miedo ni la sorna serán acogidos en el seno de este cenáculo –advirtió el cardenal –tampoco la arrogancia; somos iguales, uno de nosotros, una vez al año, será el *primus inter pares*.

El mocho Viffarius entró sin hacer ruido. Se había engalanado como un monaguillo de catedral.

-Esta todo preparado, Eminencia –le anunció a Cambrucelli.

-Oficiaré la santa misa en la que daré gracias a Nuestro Señor por el éxito de esta primera reunión y por nuestras acciones venideras y ella será también un recordatorio de nuestra fundación hoy, en el día de San Pedro Arbués, mártir, desde ahora nuestro patrono; al término me reuniré a solas con cada uno de vosotros, pero desde ya los convoco para el año que viene, cuando daremos cuenta de nuestras acciones y elegiremos al Perseverante General que me sucederá por el período.

Los conspiradores dejaron al cardenal, para permitir que el abate lo vistiera para la ceremonia.

Cambrucelli recordó la última cena con prolija formalidad; la significativa variación ocurrió cuando al levantar el cáliz y recordar las palabras de Jesús, derramó unas gotas del vino sobre el escorpión plateado.

Al final el mocho llevó a sus cuartos a los conjurados. Di Cervo fue el último en ser invitado por Cambrucelli, el General Perseverante.

En su despacho privado el cardenal le ordenó resolver el caso de Guardiaregia, encontrar a Malacqua, relajarlo e instaurar la *Perseveranza* en esos territorios.

-Tienes las cuatro estaciones por delante obispo -le dijo –entonces tendrás que dar cuenta del fruto de tus acciones, todos deberán hacerlo; no me hagas sentir que he cometido un error contigo.

Un año no es mucho tiempo –buscó un mayor plazo Di Cervo.

Cambrucelli no demoró en su respuesta:

-He sentido pasar el tiempo –le dijo – es un céfiro que te acaricia la cara y el cuerpo y que con los años se va volviendo un ventarrón: entonces sabes que ya

está por extinguirse y que puedes ser llamado a comparecer en el primer peldaño de la escalera final.

-Su presencia en este lado de la vida no es reemplazable –lo halagó el obispo de Foggia.

-El Señor conduce nuestros pasos –el cardenal viró la mirada, dando por terminada la entrevista.

Tres días estuvo Di Cervo en Santa María *Sopra Minerva*. Evitaba la escultura de Miguel Ángel, comía frugalmente lo que le servía Viffarius y alternaba sus oraciones, todas las mañanas, frente a la lápida de Santa Catalina, de Fra. Angélico y de los Papas Medici.

2.- Bruno Traffeti, el alcalde de villa que seguía en jerarquía al burgomaestre del ayuntamiento de Guardiaregia no los vio ni oyó venir. Desde que el burgomaestre que recibiera las instrucciones de Renzo di Cervo ni él ni el vigilante que custodiaba el acceso al monasterio había sorprendido otro movimiento en el edificio que el de la tornera cuando salía a recoger el saco con nabos, el canasto con las coles y las cebollas y las hogazas de pan negro con las que se obligaba la autoridad de la villa, cada tres días, a proveer a esa comunidad. De manera ocasional un vecino dejaba por la noche una gallina.

Esa mañana fue distinta.

Traffeti, que acudió al llamado del guardia, vio a nueve hombres. Tres montados en potros grises y seis soldados en caballos blancos, inmóviles frente al puentecillo que llevaba al portón de la antigua abadía. De los que montaban las cabalgaduras tordillas uno vestía una dalmática y un capelo rojo, otro una cota de malla plateada y un tercero un jubón negro con collar rígido. Todos ocultaban sus rostros detrás de máscaras con la cara de una comadreja con las fauces abiertas. Eran o representaban a un hombre Iglesia, un hombre de Guerra y otro de Estado. Los militares que los escoltaban enarbolaban distintos estandartes: el de la orden dominica, el escudo de la Inquisición y el blasón del tercero mostraba el escorpión plata con la aguja de su telson venenoso clavado en las bisagras de su cuerpo.

Traffeti llamó a los hombres del ayuntamiento dispuesto a defender lo prometido al obispo calificador de Foggia. Eran cuatro alguaciles armados con alabardas que se alinearon junto a su alcalde. Hacia ellos dirigió su cabalgadura el hombre del capelo rojo, iba desarmado y se aproximó a Traffeti para entregarle un rollo de pergamino anudado con un lazo de seda amarillo y timbrado con un sello de plomo.

-¿Sabe leer? –le preguntó sin ironía.

Traffeti tomó en sus manos el mensaje y lo abrió.

Sin serlo, desde luego, tenía la estructura de un suplicatorio, pero dirigido de un superior a un subordinado, lo que, de manera paradójica, le daba más fuerza. Lo firmaba Jerónimo Castellón y Salas, cuya investidura no ignoraba Traffeti.

Guardó en su camisa el documento que lo eximía de responsabilidades futuras, reunió a sus alguaciles colaboradores, mandó a levantar la guardia y con ellos se retiró a las dependencias del ayuntamiento a darle cuenta al alcalde. Lo que de allí en adelante sucediera ya no era de su incumbencia.

Los seis caballeros permanecieron toda la mañana y parte de la tarde en el mismo lugar. No desmontaron ni comieron, con sus ojos de comadreja dirigidos hacia las ventanas de la torre del edificio. Parecía que velaban el lugar. Cuando ya oscurecía el hombre de la cota de malla espoleó a su caballo, cruzó el puente y con el guantelete golpeó tres veces la puerta del convento. La hermana tornera estaba esperando, pues de inmediato se abrió la portera.

-Debes dejarnos entrar –dijo el caballero señalando las dos hojas de las puertas.

La mujer obedeció.

En el patio interior los hombres desmontaron y el del jubón pidió a la portera que hiciera comparecer a la religiosa que respondía como abadesa del lugar.

La superiora no se hizo esperar. Enteca, su hábito gris, su toca y su manto sólo dejaban ver la piel alimonada de su rostro.

-¡Eminencia! –dijo aproximándose al que usaba el capelo rojo, buscando reconocerlo, el anillo ya besado -¡qué hermoso gambuj de *donnola*!

-Has contravenido las reglas, has permitido que el Maligno se asiente en tus dominios.

La ictericia de la mujer se aclaró por un instante. La voz de quien le hablaba estaba registrada en su memoria.

-¡Eminencia! –reiteró –he seguido vuestras instrucciones hasta el límite.

-Las has sobrepasado –nunca debiste permitir que se exhibiera el engendro del execrable concubinato y menos a quién lo parió.

-Se me adelantó la hermana Loyola, la ostiaria.

-Desgraciada mujer –dijo el enmascarado – te autorizamos a llevar a la hoguera a judías remisas e impenitentes, a las brujas del trigo, a las adivinatoras de la quinta luna, pero no tienes ni licencia ni albedrío para pretender un exorcismo.

-Creí actuar de acuerdo a vuestros protocolos.

-Fuiste burlada por Behemoth, el más poderoso de los demonios, el de la cola de cocodrilo que amancebó a una de tus asiladas y aunque debiste proteger a la pecadora develaste esa monstruosidad al pueblo de Guardiaregia.

-No le vi la cola a Behemoth, pero si sus garfas, como las de un *orso* gigante.

El hombre del sombrero púrpura se volvió a sus compañeros:

-Quizás un nuevo demonio ha sido reclutado por las legiones infernales, sin duda por las de Belphegor, el de las zarpas de lobo.

-¡Malacqua, el condenado! –imprecó el caballero ataviado con el jubón.

El que vestía la armadura envió al soldado con el estandarte del escorpión a buscar a las autoridades de Guardiaregia.

Traffeti y el burgomaestre no tardaron en presentarse en el patio de la abadía.

Sin preámbulos el caballero vestido de rojo les señaló:

-Se publicará en las iglesias de Guardiaregia y se pregonará en las plazas y mercados un edicto de fe particular, según las normas de la *Sacra Congregazione* de Roma y por misericordia se dictará un edicto de gracia para todas las brujas y hechiceras de esta localidad.

El alcalde, Américo Bartolomeo, era un hombre robusto, de pelo escaso y usaba gafas redondas al estilo del inquisidor Niño de Guevara.

-Tengo derecho a dar a conocer mis dudas –reclamó.

-Las tienes –asintió el de la dalmática.

-La *Sacra Congregazione* no tiene jurisdicción en esta provincia.

-La *Perseveranza* sí la tiene, no te resistas a ella.

Y no hubo más diálogo.

El enmascarado del jubón y collar abrió una de las alforjas que cargaba su caballo y le extendió al alcalde un rollo de pergamino:

-Harás que tu copistas reproduzcan estos edictos, que tus alguaciles los vocean en las esquinas, plazas públicas y ferias y los distribuyan y expongan el lugares visibles en las iglesias y ermitas y otros lugares de culto. El domingo próximo se llevará a cabo la audiencia pública.

3.- El alcalde Bartolomeo se retiró con Traffeti y los visitantes cerraron las puertas del convento. Los seis soldados que los acompañaban habían levantado un pequeño campamento en los bordes de un erial, lejos de las paredes del edificio, pero con la reja de entrada a la vista.

El burgomaestre era un funcionario amante de la sidra, el *pommeau* y si lo conseguía, el Calvados del *Pays d'Auge*, no obstante dirigía el municipio con inteligencia, generosidad y lucidez y era respetado por los habitantes de Guardiaregia.

No había sabido manejar desde un principio los hechos acaecidos en la cartuja de las monjas olvidadas, pero tampoco había estado de acuerdo en que ellas se instalaran allí una vez que lo dejaron las clarisas. La podredumbre que emanó desde ese lugar después de la acusación pública efectuada por la

tornera la atenuó con fogones que alimentados con ramas de naranjo amargo y laurel repartió por el pueblo y sus vecindades.

La visita fugaz del obispo de Foggia, cuando le pidió aislar Fonte la Cesa anunciaba acciones por parte de la iglesia, pero la abrupta aparición, ese día, de la *Perseveranza*, hacía que la cuestión tomara otro cariz.

Él era natural de Pescara donde había seguido el oficio de barbero, el de su padre, y había asistido en Roma a las clases de anatomía con los alumnos de medicina. Titulado ya viajó por Francia, donde se aficionó al Calvados y por España, donde tuvo la ocasión de presenciar el auto de fe que terminó con la vida del deísta Cayetano Ripoll. Nunca pudo olvidar el alcalde la imagen del condenado cuyo proceso, que sufrió en prisión, había durado dos años. Envuelto en un sambenito y con evidentes signos de tortura arrastraba largas cadenas. El verdugo puso una soga en su cuello y lo alzó hasta ponerlo de pie sobre un barril en el que estaban pintadas lenguas de fuego. Fue ahorcado, su cadáver introducido en ese barril y llevado y quemado en el puente San José sobre el río Turia.

Bartolomeo no ignoraba que los condenados por la Inquisición eran relajados al brazo secular y tenía la certeza que la *Perseveranza* era su maldita y consumada heredera. Él no quería allí en Guardiaregia espectáculos como los autos de fe, ni denunciante entre sus vecinos, no quería convertirse en ejecutor ni contratar un sayón, hubiese tenido o no la acusada relaciones con algún residente del mundo inferior.

Envió un emisario a Foggia y otro a Roma a obtener información sobre la situación legal de la *Sacra Congregazione* y sus fueros y sobre cualquier institución que la hubiese reemplazado, se llamara o no *Perseveranza*. Tenía poca certidumbre de recibir respuesta satisfactoria y de ninguna manera antes del día necesario, pero sentía que era su deber moral hacer el esfuerzo: de su propia hacienda exoneró los fondos para las postas de sus mensajeros.

El sábado por la tarde hubo movimientos en el cuartel instalado frente a la abadía. Una docena de caballerías llegaron por el camino que llevaba a Benevento. Sus hombres apostados en las afueras le informaron a Bartolomeo que todos los jinetes llevaban máscaras de comadrejas.

El domingo temprano recibió un mensajero del campamento: era un jovenzuelo reclutado en la vecindad y que el burgomaestre conocía muy bien.

-Vamos, muchacho –lo interrogó – ¿y cómo se ven sin sus máscaras?

El niño extendió la palma y el alcalde depositó en ella una moneda.

-Como todos, como cualquiera, cuando se descubren la cara.

Aunque Bartolomeo no tenía dudas sobre la respuesta del *giovinetto*, si la daba, ella lo tranquilizó. Eran seres humanos.

La esquila que le enviaban era simple y conminativa:

El burgomaestre, alcalde, sus alguaciles y todas las autoridades del pueblo deberían estar presentes en los edictos. No podía faltar el cura Infanti, desaparecido hacía algunos días.

Bartolomeo despachó al mozo.

Infanti había sido siempre perezoso y sustituible, lo que hacía muy difícil saber en dónde se estaba negando. En esta oportunidad su búsqueda tuvo éxito.

La pestilencia y el casquijo en torno a la tumba de la *signora* sepultada en el transepto guió a Bartolomeo y sus hombres hasta los despojos del dominico. Con la evidencia frente a él, avisó a los hombres de la *Perseveranza*.

Sólo acudió el de la cota de malla que desmontó de su caballo gris en la puerta de la iglesia, entró en ella, se asomó a la sepultura y con la punta de su espada abrió la sotana de Infanti descubriendo su pecho donde se apreciaron con nitidez las cinco perforaciones.

-No debe andar lejos –comentó sin nombrar a Malacqua.

-¿Y? –Bartolomeo levantó los hombros.

-Ordena que clausuren este sepulcro y salgamos de aquí.

Afuera inquirió:

-¿Cuántos sacerdotes hay en Guardiaregia?

-Además de este que ya se fue, tenemos al párroco de San Nicolás y al cura de las grutas, en el monte Mutria; el otro murió al derrumbarse la fortaleza en el terremoto del año cinco.

Y Bartolomeo extendió su brazo mostrando el norte, la rajadura de la cordillera y la hondonada que se había tragado la *piazza forte*.

-En tres horas más deben estar en persona en la plaza, pues se leerá el protocolo del edicto de fe.

Bartolomeo se molestó:

-Puedo preocuparme del cura de San Nicolás, pero no tengo gente para enviar a las grutas, ni tiempo para ocuparme de todo esto.

El hombre puso un pie en el estribo y subió a su montura. No se mostraba beligerante.

-De acuerdo –dijo –al edicto particular y a los de gracia seguirá de inmediato el juicio y a la sentencia la absolución o el acto de fe, según el que proceda; concluiremos, a más tardar, al amanecer.

-*Sentenza palmare!* –se atrevió el alcalde.

-*Giudizio imparziale, verdetto giusto.*

-Dios lo quiera.

-Desconfiar de la *Perseveranza* es peligroso.

-Vivimos tiempos de riesgo y de muerte –replicó Bartolomeo.

-La Iglesia puede revertirlos.

Bartolomeo calló.

-Nos veremos cuando ya no ilumine el sol –reiteró el militar.

Las proclamas, la octavilla, la costumbre de fisgonear, la perversión, el miedo: la plaza de Guardiaregia estaba hacinada de su pueblo. Bartolomeo estaba estupefacto: cinco mujeres se habían declarado culpables de practicar la hechicería, una de aplicar ensalmos y un varón, llamado Minichillo, de nigromancia.

Busco a este último, el supuesto nigromante y quien con habitualidad le vendía camarones y lo encontró, junto a las seis mujeres, en el centro de la plaza.

-¿De qué te has culpado, insensato? –lo reconvino –o no sabes que esto puede ser engaño que te puede llevar al patíbulo.

-Debo reconciliarme con nuestro Señor –le respondió el recolector de crustáceos.

-¿Acaso no quieres volver a ver a tu familia?

-El río Quirino nos ha dado el sustento, pero en tiempos de sequía y los hemos tenido, he practicado la adivinación y el vaticinio; quiero mirar a mi esposa y a mis hijos y quiero volver al seno de nuestra madre Iglesia sin mancha ni pecado.

-Sin mancha ni pecado te asarán en la hoguera –el alcalde estaba alterado con genuina indignación.

-Que así sea –respondió el camaronero.

-*Imbecille!* –imprecó Bartolomeo y abandonó la plaza.

El burgomaestre regresó a su casa. Adelaida su mujer esperó que sentara en el sillón de siempre y colocó en su mano un copa de aguardiente.

-*Preoccupatto?* –le preguntó.

-*Pieno di timore* –dijo y bebió el licor de un trago.

Adelaida le llenó la copa.

La mujer lo dejó solo. Bartolomeo alcanzaba a ver el disco del sol que bajaba con rapidez. De sus emisarios no tenía noticia y sus alguaciles evitarían cualquier enfrentamiento con los hombres de la Iglesia. Tampoco quería someterlos a una disyuntiva: les tenía afecto, hacían su trabajo con eficiencia por un discreto salario, siempre habían sido devotos colaboradores y ahora temía que el miedo o la obsecuencia con el poder les invirtiera su lealtad. Esto solía ocurrir con los espíritus débiles, en los cuales también, en esas circunstancias, podía manifestarse la crueldad y la felonía. Bartolomeo resolvió no arriesgarse y esperar que los hechos se desarrollasen. Lo que no tardó en ocurrir.

4.- Con el último rayo del sol poniente Traffeti le avisó que el espectáculo empezaba. Le reveló, también, que los enmascarados habían instalado centinelas en las dos entradas a Guardiaregia.

-Algo temen –comentó el alcalde.

Bartolomeo se había ataviado con una camisola de seda, ancha corbata gris, chaqueta francesa de raso, calzas de fino algodón y un sombrero alón con una pluma azul de la rara grulla del paraíso.

Caminó, seguido por Traffeti, hasta el centro de Guardiaregia. Allí se habían levantado dos estructuras de madera: un balcón techado de poca altura y frente a él una plataforma simple con una silla, en torno a la cual, de pie, estaban las cinco mujeres que se habían acusado de hechicería y Minichillo. Ondeaban dos banderas, la de la orden dominica y la del escorpión. En el estrado Bartolomeo distinguió a los tres hombres de la *Perseveranza*, aún enmascarados, al párroco de San Nicolás y al eremita de las grutas del monte Mutria. Se preguntó el alcalde cómo habían hecho para convencerlo a dejar su aislamiento.

La multitud rodeaba ambos escenarios. Bartolomeo tuvo por cierto que, como decía benito de Nurcia, en el hombre el impulso hacia la depravación prevalece sobre el que lleva a la tolerancia. Sin percatarse se encontró en el balcón acompañando a las comadreas. Todas miraban hacia el grupo de los acusados. De sus caretas emanaba un olor dulzón, fresco, como el de los musgos del derrubio de los arroyos cercanos.

-Al brazo civil deberán buscarlo en Campobasso –dijo en voz alta el alcalde Traffeti, acomodado en un extremo del mirador.

La comadreja vestida de rojo giró el cuello.

-El brazo secular de Guardiaregia es el burgomaestre o en quien el delegue –determinó.

Deseó el alcalde llevar también su cara oculta para que no percibieran la palidez que le inspiraba su propia ira e impotencia.

De pronto entró a la escena la hermana Martonez. Vigilada por dos guardias armados, el carretón de dos ruedas en el que iba y al que habían uncido a dos cerdos, escindió como un puñal a la plebe hasta detenerse frente a la plataforma. De pie, con el pelo cortado a ras, llevaba puesto una mortaja hecha con trapos, una cuerda de ahorcado alrededor del cuello y en la cabeza una coraza decorada con una escena infernal.

-No han traído la guillotina –dijo Bartolomeo.

Quizás no entendió el sarcasmo, quizás no quiso entenderlo, pero el hombre del capelo que no había dejado de mirar al alcalde, le dijo:

-No la merece.

← ¿quién es el alcalde Traffeti o Bartolomeo?

No hubo tronar de trompetas, ni presentaciones protocolares. Cuando la acusada principal estuvo sentada y atada a la silla sobre la plataforma, los enmascarados descubrieron sus rostros y el obispo de Foggia, Renzo di Cervo, se despojó también del capelo rojo, se adelantó un paso y empezó a leer lo escrito en una lámina de papel. Era el edicto de gracia.

En él se eximía de culpas a las cinco mujeres que se habían acusado de hechiceras, desestimando las delaciones agregadas y sólo se las obligaba a usar la esclavina y los escapularios durante un año. A Minichillo, sin embargo, se le condenaba además a pagar una abultada multa.

Las aliviadas hechiceras y el camaronero bajaron del tablado quedando en ella sólo la Martonez.

Bartolomeo tenía una escasa cultura acerca de la Inquisición. Pero era de conocimiento general que los procesos que culminaban con los edictos de gracia o de fe se prolongaban por meses. Existían plazos para acusar, para delatar, para ser detenido e interrogado, para levantar una defensa y en ocasiones para apelar y arrepentirse antes que se dictara una sentencia. Esta nueva apariencia del Santo Oficio, la *Perseveranza*, no ocultaba su prisa, llevaba los trámites con extrema rapidez.

Porque Di Cervo, con una segunda hoja de papel en la mano, hizo público el edicto de fe particular contra la sospechosa de haber concebido un hijo con el demonio.

Los edictos, recordaba Bartolomeo, constaban de un protocolo inicial, un texto y un protocolo final: la hoja de papel que tenía en sus manos el obispo estaba escrita hasta la mitad. Si lo allí expresado no era un resumen magistral, con dificultad podría incluir los exhaustivos y nefandos rituales de la Inquisición. Leyó con prisa el obispo inquisidor:

“En la localidad de Guardiaregia, ante sus más altas autoridades eclesiásticas y civiles, presbítero Andrea Roboni, párroco de San Nicolás y el burgomaestre Américo Bartolomeo, a quienes reconozco jurisdicción y autoridad, yo Renzo di Cervo y Menarini me hago presente y responsable como integrante de la Junta General de la Inquisición y obispo de Foggia, en este edicto de fe en contra de la ex soura Martonez, desahuciada monja cartuja, acusada de vínculos ilícitos con Satanás. Me refiero en esta oportunidad al...”

Dejó de leer Di Cervo, levantó sus ojos del edicto y examinó la reacción de la gente. Aprobó con satisfacción el silencio y el interés. Tenía claridad que todos esperaban una sentencia condenatoria y los fuegos de artificio. No quería ni debía hacerlos esperar. Las normativas canónicas debían aplicarse,

las operaciones de la *Perseveranza* no podían ponerse en riesgo. Nápoles era una ciudad cercana y el reino de las Dos Sicilias nunca había sido amigable con el Santo Oficio. Era inaceptable siquiera pensar que por allí aparecieran los soldados de Fernando IV a interrumpir su misión, o los polichinelas de la farándula napolitana a reemplazar con sus disfraces los sambenitos de sus encausadas, o los cocineros de la vía San Gregorio Armeno a ofrecer sus dulzonas *sfogliatellas*. Sería deseable que el Vesubio se tragara esa ciudad para siempre.

No se distrajo Di Cervo cuando un hombre vestido de aldeano y algo agitado se acercó por detrás del balcón y tiró de la chaqueta de Bartolomeo: era el contable de la alcaldía, uno de sus emisarios, el que regresaba de Nápoles.

-La Inquisición ha sido abolida y la acción de sus brazos eclesiásticos y seculares, prohibidos –le sopló al oído –un destacamento de la policía napolitana se ha puesto en camino.

El alcalde bajó cuando el obispo iniciaba la lectura del edicto: de la brevedad del texto y del apremio de su voz se deducía la perentoriedad de aquel acto.

-¿Cómo es eso? –preguntó (el) al mensajero, a su vez el contable del ayuntamiento, hombre de su confianza.

-No le queda más que el nombre y el salario de sus más altos funcionarios, información recogida en el *castello dell'Ovo*, la antigua sede de la Inquisición en Nápoles.

-¿Tengo autoridad para detener a estos hombres?

El contable no vaciló en responderle:

-La autoridad es suya, pero, ¿pero tiene la fuerza para imponerla?

La correlación de fuerzas le era desfavorable y lo supo sin tardanza trataban de abrirse paso entre la poblada cuando cuatro soldados los interceptaron. El desinterés del obispo por la repentina ausencia de Bartolomeo en el balcón había sido una artimaña. revisar

El alcalde y su contador alcanzaron a escuchar la continuación del discurso de Di Cervo antes que les ataran las manos a la espalda y los llevaran al blocao de la *Perseveranza*, alzado en los aledaños del convento Fonte la Cesa:

“... al edicto general de Bérgamo que la define y jerarquiza el o los crímenes que hemos de juzgar; en este caso, la invocación a las simas de la maldad y la demonolatría con resultados procreativos, cuya gravedad es sólo superada por la herejía y la apostasía, los enemigos consuetudinarios de la Iglesia Católica...”

El representante de la *Perseveranza*, entonces, señaló con el brazo y el dedo índice extendidos a la monja sentada en la plataforma y reanudó la lectura del libelo:

“...La mujer ha confesado sus delitos como consta en los testimonios del calificador, del procurador, del fiscal y del defensor y en consecuencia la condenamos a la pena mayor y la entregamos al brazo civil para que se cumpla la sentencia.”

No obstante lo sucinto del *sermo generalis*, Renzo di Cervo intuyó cierta impaciencia en la gente que llenaba la plaza. Pero, siguiendo lo que habían sido sus órdenes, ya se dirigían donde la *suora* las otras dos hombres con las caretas de comadreas sobre sus cabezas. Se arracimó el pueblo a ver como subían al tablado y se detenían a su lado. El hombre del cuello almidonado tomó el amasijo de trapos que ella tenía en su enfaldo y lo elevó cual ofrenda maldita.

Rugió di Cervo:

-¡He aquí el fruto del amancebamiento con el demonio!

Y la comadreja del jubón oscuro hizo que el paño se abriera, dejando caer los pequeños huesos del aborto de Ula los que tamborilearon en la madera como semillas de cerezas.

-¡Quémala! –el grito de un plebeyo se escuchó lejos, más allá de donde conducían a Bartolomeo y a su depositario.

En ese instante se escuchó un pájaro nocturno, quizás un búho: un canto repentino, grave, intenso, que concluyó en un acorde prolongado y torvo.

Un silencio inquietante se dejó caer sobre la multitud, interrumpiendo el auto de fe. El pájaro no cantó de nuevo. Quizás muchos de los allí convocados conocían el significado de ese canto agorero.

De a poco la diversidad de las voces de la gente se uniformó en un murmullo audible:

-¡Al fuego con la bruja!

Inadvertidamente dos soldados había subido al tablado llevándose, cogido por los codos a Traffeti, la autoridad civil que sustituiría a Bartolomeo en caso que el primero se rehusara. No se resistía el alcalde, aunque nadie hubiese afirmado que estaba allí por su propia voluntad.

Poco más tarde se encaramó en la plataforma un encapuchado ^{me}llevaba en su mano derecha un cangilón arrancado de una noria y bajo el brazo izquierdo un voluminoso haz de paja y farfolla.

La monja Martinez al verlos graznó como un cuervo herido:

-¡No me arrepiento!

-¡Anatema! –gritó el obispo de Foggia y recitó de memoria, modificándola donde correspondía, la fórmula del antiguo tribunal inquisitorial de Córdoba:

“Qué la maldición de Dios Todopoderoso y de la gloriosa santa Virgen María y de todos los santos del cielo venga sobre esta desgraciada como las plagas de Egipto por no haber obedecido los mandamientos divinos y que sea sometida a los mismas sentencias que flagelaron a Sodoma y Gomorra, Datán y Abiram; que su maldad permanezca en la memoria de todos, opuesta a la veneración divina, que sea maldita con todas las maldiciones del Antiguo y el Nuevo Testamento, maldita con Lucifer, Judas y todos los diablos de los infiernos, que sean ellos sus señores y su compañía hasta el fin de los tiempos. Amén.”

Y habiendo concluido di Cervo la alocución, el improvisado verdugo se acomodó la caperuza, tomó el cubo y vertió su contenido sobre la mujer: era brea líquida. A continuación distribuyó el rastrojo bajo la silla, entre sus pies. Después recogió el desordenado esqueleto del hijo de Ula, lo arrojó en su regazo, encendió un tizón y se lo alargó al burgomaestre. Con una seña, el obispo di Cervo lo instó a aplicar el fuego bajo la silla de la Martonez.

-El brazo seglar ha procedido –decretó Renzo di Cervo retirándose, comprobando que todo ardía y que el verdugo alimentaba la hoguera con ramas secas de fresno.

Las llamas la envolvieron y ya no se la pudo ver. El olor de la carne y de la brea quemándose en la pira se hicieron insoportables y gran parte de la gente huyó a ampararse en sus casas. Allí encendieron velas ante la imagen de María o del santo de la devoción familiar y no abrieron puertas ni ventanas hasta bien entrada la noche, cuando se puso a llover.

Los hombres de la *Perseveranza* no habían esperado que se apagara el fuego purificador de la hoguera de la soura Martonez, desarmaron el campamento y a galope salieron de Guardiaregia. Repostaron en Lucera y antes del amanecer del segundo día estaban en Foggia. Atrás quedaba, también, el cadáver desangrado de Bartolomeo.

El alcalde y el tesorero habían sido atados a un árbol mientras se desarrollaba el acto de fe. Con una custodia frágil, ambos habían logrado desatarse. Fueron sorprendidos cuando se disponían a escapar. Se defendieron, con más destreza pero menos suerte Bartolomeo, que cayó con el cuello perforado por la bala de un mosquete de un mercenario contratado por di Cervo después de ser cesado por la Restauración.

El balazo recibido por Bartolomeo regó de sangre el lugar, paralizando por unos minutos a la guarnición. Aprovechó el desconcierto el tesorero que

montó un caballo, evadió a los hombres de la *Perseveranza* y huyó del campamento.

Pasada la medianoche el contable vio una fogata a pocos metros de la huella que seguía. Antes de tirar del freno para detener la cabalgadura sintió un pesado golpe sobre la grupa del animal y el filo exquisito de un cuchillo de monte rozándole la nuez.

-¿Quién eres y qué buscas? –escuchó.

-Soy el contable de Guardiaregia..., acaban de asesinar al alcalde Bartolomeo.

⊗ La voz le habló entre dientes:

-¿Antes o después?

-¿De qué?

-Del auto de fe.

-Después, cuando tratamos de escapar la monja ya estaba calcinada.

El contable sintió que el cuchillo se aflojaba. El hombre que lo amenazaba saltó de las ancas y le tendió la mano.

-Orazio Malacqua –se presentó –puedes compartir con nosotros,

SEIS. (El hombre que fumaba)

1.- El colaborador del corregidor de Guardiaregia se dejó caer de la montura. Malacqua lo ayudó a tenerse de pie. El hombre tenía los ojos húmedos.

-Asesinaron al alcalde de Guardiaregia -gimió

Esther y Gabriella se acercaron. La mula pacía detrás de las lonas.

-La inquisidora Martonez también está muerta –anticipó Malacqua.

Gabriella lo abrazó.

-Lo lograste –Esther le dio un beso en la mejilla.

Malacqua quiso tocarle la cara pero la judía se volteó.

-Lo siento –Malacqua se miró sus uñas crecidas.

-¿Cómo murió? –Gabriella preguntó con voz firme.

-En la hoguera, como todas las prostitutas del diablo –se adelantó a contestar el ayudante de Traffeti. → Traffeti y Bartolomeo son la misma persona, no lo había entendido.

Se sentaron en torno al círculo tibio de la lumbre y Esther le ofreció al fugitivo una taza de café de higos.

-Y ¿qué fue del obispo di Cervo?

-¿El que vestía de púrpura? ← quién dice?

↖ -Un destacamento viene de Nápoles a impedir que continúen los desmanes de la Inquisición.

-Ya no pertenecen a la Inquisición –informó Malacqua.

-Ha sido abolida, así me aseguraron en Nápoles –asintió el tesorero.

-Son contumaces, continúan con los ritos inquisitoriales bajo otro nombre, la *Perseveranza* y aunque ya están al margen de la ley, son inalcanzables por ella.

-Nadie puede sustraerse de la justicia.

-De la justicia de Dios –aceptó Malacqua.

-¿Eres religioso? –interrogó el contable.

-Fue cura –intervino Esther.

-¿Gritó la maldita? –inquirió Gabriella.

El contable la miró atónito.

-La *suora* mató a su madre en un rito programado por el obispo de Foggia, ese di Cervo –explicó Esther.

El hombre bebió la infusión de café del tazón con el que se calentaba las manos.

-Sí –mintió.

Gabriella se puso de pie y tomó la mano derecha de Malacqua.

-Ven –lo invitó –te cortaré esas uñas.

Después de un gesto aprobatorio de Esther, el resucitado obedeció.

El contable terminó la bebida y más repuesto se puso de pie.

-Debo salir al encuentro de los soldados napolitanos, apurarlos, guiarlos, los asesinos de Bartolomeo quizás huyen a Roma o se refugiarán en otras ciudades y los perderemos.

Anochecieron allí los tres después de la ida del contable y en la mañana cambiaron de ruta.

-No quiero tropezarme con los napolitanos –explicó Malacqua.

⊖ Viajaron todavía un día y medio y una noche hasta alcanzar las alturas que rodean Nápoles desde donde pudieron admirar el golfo y al fondo el *castello dell'Ovo* en el islote de Megaride y más lejos aun la joroba del Vesubio.

Esther comprendió que para Malacqua no era un problema hablar el *napolitano* o transitar por las entreveradas callejuelas del puerto; como aspirante al sacerdocio más de una vez debió visitarla.

-Es cierto –adivinó sus pensamientos Malacqua, dos veces he estado aquí, en Septiembre, cuando se licua la sangre de San Gennaro.

-Mucha humedad hay en estas costas en otoño, como en Ravella, donde se hace líquida la sangre de Pantaleón –Esther abrazó a Gabriella que, con zozobra, fijaba la mirada en las fumarolas del cráter.

Malacqua no se inmutó:



-¿De verdad eres judía?

-Nos enseñan las supercherías de los cristianos.

-Puede que no lo sean tanto –Malacqua golpeó a la mula que inició el descenso hacia la ciudad.

-¿A quienes queman allá? –preguntó la niña señalando al Vesubio.

Malacqua rió, yendo detrás de la acémila y dijo:

-¿En el volcán?, no es una mala idea.

Buscaron una posada que tuviese un establo y después de dejar su equipaje en la alcoba donde fueron ubicados se dirigieron al Mercatello. Pasearon por los locales y Esther compró *maccheronis*, un puchero con salsa *Rraú*, leche agria y aceite de girasol. A pesar de los ruegos de Gabriella esa tarde no salieron del cuarto alquilado. Después de preparar la comida en un infiernillo Esther se acostó en una de las dos camas con la niña y Malacqua, cuyo insomnio en ocasiones se le hacía pertinaz, decidió dar una vuelta por los alrededores de la pensión.

Dos esquinas más abajo se cruzó con la Spaccanapoli. Por esa angosta calle la gente transitaba con lentitud o rapidez, entraba y salía de los comercios, unos mendigaban, no pocos fumaban sentados en los dinteles, algunos ancianos, refunfuñando, eran arrastrados casas adentro por sus mujeres o hijas.

-*Fino a domattina!* –los animaban a guarecerse del fresco nocturno.

Malacqua caminó extraviándose, guardando en memoria el nombre de la calle y del sitio donde alojaban. Alguien podría guiarlo de regreso si era necesario. A cada paso el aire se hacía más salino y más cercano el merodear de la marea que subía. Al subir a un atajadizo de ladrillos, la luna menguante pero luminosa le permitió ver la concavidad sedosa de las olas que, en un esfuerzo inútil, trepaban una sobre otra para sortear el rompiente. Un esquife abandonado flotaba entre aguas y un hombre con el cráneo rapado, sentado en el paseo, parecía liar un papelillo. Pasaba Malacqua cuando él calvo le habló.

-¿Tendrá lumbre?

Malacqua lo miró: un tabaco le colgaba de los labios, vestía una infamia harapienta desde el cuello hasta los pies. De tela ordinaria, pintado a brochazos con tintura amarilla, llevaba dibujada llamas invertidas en el pecho y en la espalda. Una ajorca ancha, carcomida por la herrumbre le encorsetaba el cuello y le impedía girar la cabeza.

El hombre estiró el cuello.

-¿Qué hace vestido así? –Malacqua dio un paso atrás.

-Le evito más dolor y sufrimiento a mi familia.

-Quienes así lo han castigado son vestigio de una mala historia.

El viejo rebuscó en la túnica hasta encontrar en un bolsillo otro cigarro y un lucifer que raspó contra el suelo. La constelación de chispas y el olor a azufre

de la cerilla hicieron sospechar a Malacqua de la identidad del fumador. El sambenito, era posible, podía ser un disfraz de engaño. De la existencia del diablo aún no dudaba.

-¿Gusta? –el desgraciado le ofreció el tabaco.

La brisa marina se había llevado los gases de sulfuro y la hoja de color ocre que envolvía el picadillo olía a una mezcla de especias en la que sobresalía el perfume de la macis. Malacqua, durante los años de seminario, probaba ese condimento cuando aparecía alguna dignidad aficionada a la buena mesa.

El resucitado aceptó el cilindro y una vez que le fue encendido aspiró la fragancia del tabaco y sintió que perdía peso, que se ampliaba el mundo, que el mar estaba vivo y que la luna palpitaba entre las constelaciones.

-Es mi único placer –explicó el hombre -desde que la *Sacra Congregazione* me condenara a usar durante quince años estas ropas y este collar.

Poco lo escuchaba Malacqua, que en su segunda bocanada, en parte aturrido por el humo, en parte transportado por el deleite de su sabor y la intensidad de sus efectos era ajeno a lo que lo rodeaba.

-Y debo esconderme y fumar donde el perfume de estas hojas se disipe sin dejar rastros, donde pueda sentir, sin reproches ni riesgos, el arrebató que me provoca el fumar.

Malacqua recuperó el sentido de realidad. Mareado, lo atacó una tos seca y controlable. Miró la punta ardiente del cigarro:

-¿Dónde los consigues?

-En los ultramarinos, vienen de Comayagua, los mejores de Cuba, los habitantes de Nápoles pueden comprarlos, excepto un renegado como yo que debe acudir a los contrabandistas.

-Vuelvo a decirle –insistió Malacqua –la Inquisición ha perdido su poder, sus funcionarios carecen de influencia política, secular y eclesiástica.

El hombre apuntó con el tizón humeante de su tabaco el *castello dell'Ovo*:

-Los decretos de supresión no han acabado con la Inquisición; ella habrá dejado de existir en el papel, no aun así ella me tiene atrapado, me amenaza; si abandono la penitencia, perseguirán a mi familia.

El *sigaro* de Malacqua se extinguía.

-Dame el nombre del fiscal –le pidió -del procurador, los obligaré hacerte libre.

-Te volverás un adicto al tabaco.

-¡Dame sus nombres! –exigió Malacqua.

El hombre tiró su cigarro a las piedras y el torturado apagó el suyo en la palma de su mano izquierda

-¿Eres quién creo? –el viejo clavó sus ojos en la uñas de Malacqua.

-Es posible.

El hombre que fumaba le dio la espalda y se devolvió encaminándose a la *Via Caracciolo*.

-Mañana, aquí a esta hora, te daré a conocer sus identidades –le prometió.

Y el cura despojado de su ministerio lo vio alejarse, agitado y húmeda su humillante sotana amarilla por el relente de un mar, de súbito, calmo.

2.- Malacqua abrió la puerta de la habitación cuidando de no hacer ruido, se desnudó y se metió entre las sábanas. Había otro cuerpo allí. Se apartó sentándose en la cama, buscando en la penumbra lunar una silla donde pasar la noche, pero sintió que una mano lo retenía tomándolo por la cintura. En la cama vecina soñaba Gabriella.

Malacqua se quedó dormido enlazado por los brazos de Esther. Despertó muy temprano y se vistió. Esther calentaba agua para preparar alguna infusión.

-Hueles como si hubieses estado en el valle de Hinón –la mujer husmeó el aire.

-He conocido el tabaco –confesó el hombre.

Gabriella movió la cabeza sobre la almohada y quiso mirar a través de los vidrios empañados:

-Así debe oler la olla del Vesubio –dijo.

-Tenemos trabajo –Malacqua atrajo la atención de las dos mujeres –relatándoles el encuentro nocturno.

-¿No has dicho, acaso, que en las Dos Sicilias y otras partes de Italia ha cesado la actividad del Santo Oficio? –Esther alcanzó una taza de yogur tibio a Gabriella.

-La potestad de la Inquisición, sus derechos y deberes han sido traspasados a la curia obispal, la que no puede actuar en contra de las leyes de un estado en el que ella haya sido suprimida, pero...

-La Iglesia sigue actuando...

-Y a su lado, en mayor o menor grado, *la Perseveranza*.

Malacqua bebió la tizana caliente.

-Lo creo –aceptó Esther –porque un hombre acarreando un sambenito en Nápoles no tiene otra explicación.

-Y castigaremos al que se lo ha impuesto –decidió Malacqua entregando la taza a Esther.

-¡En el Vesubio! –intervino Gabriella.

Esther trajo agua y jabón. Se aseó Malacqua y Esther mandó a Gabriella a hacer lo propio en el pilón del patio de la posada.

-Comprueba –le pidió –que la mula haya sido alimentada con buen forraje.



Obedeció Gabriella.

-Dormí bien anoche –dijo Malacqua frotándose la cara.

Esther calló un segundo y lo miró.

-¿Nunca antes habías dormido con compañía?

-Sabía que los hombres casados lo hacían, no los curas, aunque uno de mis preceptores fue sorprendido en su celda durmiendo con una feligresa.

-Y no sólo duermen... –Esther vació la jofaina por la ventana y la llenó con agua limpia.

-Eso no me lo enseñaron, aunque un clerizonte, antes de abjurar, me mostró un libro ilustrado; su título era: *Justine*, incluido en el *Index Expurgatorius*.

A Esther le pareció que Malacqua se sonrojaba.

-No conozco esa lectura.

-Ni querrías.

-Eso puede ser discutible.

Regresó Gabriella.

-Quiero conocer el mar –dijo.

Pagaron el alquiler del día y se adentraron en las calles del viejo Nápoles. Lo que veían era nuevo para ellos. En una esquina un *pulcinella* encantaba a un grupo de niños y con ellos se quedaron Esther y Gabriella. Malacqua buscaba en los escaparates, pero al no ver la mercancía que necesitaba, seguía de largo. Se decidió por un comercio atiborrado de objetos. En el escaparate una Biblia se recostaba contra un órgano de iglesia portátil y un letrero ofrecía venta y *baratto*.

Entornó la puerta Malacqua y sonó una campanilla. El tendero, con unos quevedos colgando de la nariz, lo miró sin preguntar nada.

-Buona –entró saludando –*io ha abbisogno tabacco*.

El narigón se acomodó los lentos.

-*Sigaro?*-preguntó Malacqua.

-*Sigaro?*, sí.

En hombre le dio la espalda y deslizó la hoja de una vidriera. El aroma de un tabaco antillano conmovió a Malacqua con una combinada sensualidad no registrada entre sus emociones. Ese olor reprodujo en sus sentidos otro diferente, el de Esther dormida, el de su cuerpo y el inefable aroma de su sombra en el claro oscuro del cuarto. Y le evocó simultáneamente la pintura de Simonetta Vespucci, semidesnuda, retratada por Cosimo en nítida contraluz con un paisaje borrascoso. Esa pintura, prohibida por la Iglesia, también le había sido enseñada por su compañero remiso en un viaje de estudios a París.

No supo cuánto pago por el estuche con los cinco cigarros, pero el abacero agregó un pequeño artefacto que tenía una mecha y una triza de pedernal.

Con esto podrás darle fuego –le dijo.

Malacqua salió, pero no toleró la tentación. Abrió la caja y extrajo uno de los tabacos que puso entre sus labios. Regresó el paquete al bolsillo y jugueteó con el mechero. Y aunque volcó su juicio a la comprensión del mecanismo que lo haría funcionar, no pudo sacarle ni una chispa. El tabaco había impregnado y adormecido su boca, liberándolo del punzante y ocasional residuo de dolor que le causara el bivalvo de metal que el torturador abriera en su boca. Después de varios intentos se rindió. Esther sabría como encenderlo. Aún examinaba con impotencia el artilugio cuando un individuo vestido con un carric de paño liviano y de color musgo y una pajueta con un extremo incandescente en su mano se le acercó.

-¿Fuma, amigo? –le preguntó, ofreciéndole la lumbre.

Malacqua asintió y dejó que le encendiera el vértice del tabaco. Aspiró la primera bocanada la que transitó hasta la más profunda comisura de sus pulmones.

El hombre tiró la pajueta y a su vez retiró el alma de madera de un fino cigarro. Desde un pequeño tubo de vidrio dejó caer en su mano otra cañaheja soplando uno de sus extremos sin demora. El cabo se inflamó de manera instantánea. Fumó en silencio unos cuantos minutos, sin apartar los ojos de la mano que Malacqua ocupaba para fumar.

-¿Es que te has olvidado de nuestra amistad, Malacqua? –le reclamó en voz baja.

Malacqua tiró el cigarro, guardó el yesquero y con precipitada evidencia ocultó sus manos a sus espaldas, mordiendo el cabo de su tabaco, balanceando la cabeza tratando de evitar que el humo le llegara a las narices. Se maldijo por el nuevo descuido: sus uñas, que habían vuelto a crecer, eran su marca de filiación.

-No tengo amigos –tosió Orazio Malacqua –y no creo conocerte.

-Soy Plinio Pisanti, fuimos vecinos en Torre del Greco, nuestros padres compartían un taller de camafeos.

-¡Hace muchos años! –un difuso recuerdo embargó a Malacqua, pero no lo admitió.

-Nos separamos después de la pugna por el jade.

El celaje sobre la memoria de Malacqua empezó a disiparse.

Aparecieron escenas relegadas desde que se decidiera por el sacerdocio; su padre y el de Pisanti sentados en sus bancos de trabajo, con sus buriles movidos con pedales, sus estiletos, sus escoplos y diminutos martillos, sus cuchillos, sus escofinas, sus frascos con ácido y sus tardes de insustituibles discusiones sentados afuera de la factoría bebiendo el vino blanco de Campania. Ambos eran dirigentes del gremio de fabricantes de *cammeos*,

donde habían hecho de la glíptica un arte que pervivía sólo en Alemania y en Torre del Greco, el puerto accesorio a sur de Nápoles.

Ese conflicto se había suscitado cuando el cargamento con jade que habían hecho traer por ellos desde la China fue retenido en el fielato por una inconciliable disputa entre ellos por una parte de su contenido.

Otros artesanos de camafeo trabajan sobre conchas de moluscos y otros materiales, que no eran comparables al jade. Esta gema que singularizaba al camafeo de perfecta calidad, se caracterizaba por estar constituido por mantos que ofrecían, a medida que eran rebajados, rutilantes colores y extraordinarias texturas que sólo obedecían a la manufactura de un experto. Y ambos, el padre de Malacqua como el de Pisanti, lo eran.

Los dos orfebres separaron en partes iguales el valioso cargamento pero en el fondo del arcón que lo traía y excluido de la simétrica partición, apareció un óvalo de jade veteado con hilos dorados que pidió uno y otro escultor.

El padre de Malacqua sugirió ceder una tercera parte de lo que le correspondía por retener esa piedra y el de Pisanti su mitad.

Las autoridades secuestraron por un tiempo el envío, se distendió la amistad de los orfebres, se detuvo la producción y se terminaron las veladas vespertinas. Se retaron a duelo y se convocaron en la Spiaggia del Fronte. Compartieron como padrino al comisario del gremio de camafeistas que propuso que se realizara a primera sangre y como armas dos antiguos bracamartes de su colección. Con sus brazos protegidos con sus propios sacos, y con el stiletto en su mano derecha el diestro Pisanti y en la izquierda el zurdo progenitor de Orazio Malacqua, se dieron pocos mandobles. El padrino detuvo el lance cuando vio sangrar al padre de Pisanti. Malacqua había cortado el pulgar izquierdo de su adversario que colgaba de su mano como un pelele sin sustentación.

Huyendo de la justicia de la época que sancionaba con severidad los duelos, uno de los duelistas escapó a Livorno y el padre de Malacqua, con el trozo de jade ganado, a Palermo. Se resintió con ello la confección de *cammeos* en el reino de Nápoles y la historia no recoge un desarrollo de ese arte en las ciudades donde emigraron los rivales.

Orazio Malacqua recordó esa despedida junto al niño Plinio Pisanti delante de los carretones en los que sus familias partían al exilio desde Torre del Greco, el padre de su vecino con la mano vendada, el suyo con la desolación marcada en su rostro.

Malacqua recuperaba recuerdos antiguos enmarañados en los episodios recientes de su vida: sus primeras misas, la visita del abyecto abad dominico, el edicto de fe, la tortura, su muerte y resurrección, la venganza inconclusa, Esther.

-Cómo me habrás odiado –dijo.

-Nunca –replicó Pisanti -mi buen padre repetía que aquella desgracia había obedecido a una disputa insensata entre dos hombres íntegros; el desenlace fue trágico, pero justo e inapelable.

-Eres tú entonces –dijo Malacqua -pero, ¿cómo pudiste identificarme?

-Con tus uñas destripabas la pelota de nuestros juegos.

-Y ahora ¿qué haces?, ¿camafeos?

-Soy policía –reveló Pisanti -al servicio de su Majestad el rey Francisco de Dos Sicilias –y quiero informarte que te buscan, desde Foggia a Nápoles y también en Roma; te temen y no te darán tregua, aquí no sólo las venganzas personales están sancionadas por la ley.

-Ya lo se –dejó que sus brazos colgaran a sus costados; sus uñas percutieron como las ramas de un diapasón.

-Quiero advertirte que la compañía que llevas hace más visibles tus huellas y más lenta tu marcha.

-¿Vienes por mí?

-De algún modo –Pisanti tomó el brazo de Malacqua y lo llevó hasta un callejón estrecho –nadie más que yo sabe de tu arribo a Nápoles y por boca mía nadie lo sabrá.

-¿Faltarás a tu deber por lealtad a un amigo olvidado?

-Ni amigo, ni olvidado –Pisanti abrió un atadizo de papel que sacó de su gabán y ofreció un cigarro envuelto en papel amarillo a Malacqua.

Aceptó el perseguido.

-¿Qué motivo te impulsa a protegerme?

-El que me retribuyas, postergando o haciendo simultáneo con el que te pediré, el trabajo que le has ofrecido al viejo de la penitencia.

-¿El me ha puesto al descubierto?

-¡No!, te he seguido desde que llegaron, con tu pareja y su hija; el es un buen hombre que aceptó su castigo, pero que no encuentra quien se lo levante.

-No es mi pareja ni la niña su hija.

-¿Mantienes el celibato? –Pisanti estaba admirado.

-¿De qué estamos hablando?

Pisanti encendió el cigarro de su compañero de infancia, lo tomó por el codo y lo llevó hasta un callejón, apartándolo de la gente que compraba y curioseaba.

-El hombre del sambenito se llama Mauro y era un antiguo librero en cuyas bodegas los oficiales del Santo Oficio descubrieron un ejemplar de la Divina Comedia.

-¿Y por ello tal castigo?

-¿Le has ofrecido algo? –le preguntó Pisanti.

Malacqua fue sincero:

-Liberarlo de su castigo.

-¿Eliminando a quienes lo castigaron?

-Son la memoria viva de su purgatorio, desaparecidos ellos, también la expiación: bien debes saber que aquí en Nápoles los registros de la Inquisición fueron destruidos.

-¿Aceptas? –intentó Pisanti.

Malacqua aventó el cigarro hasta desprender la ceniza.

-¿Qué tanto te ha mortificado la Inquisición?

-A mi madre, en Portugal; el protagonista del acto de fe que la condenó se refugia hace años en el *castello dell'Ovo*.

-¿Portugal?

-Lisboa, donde nos trasladamos desde Livorno invitados por el orfebre más eximio en la entalladura de camafeos, maese Antonio Porteus, discípulo de Wedgewood.

-Poco sabíamos de ese país, donde la represión era mucho más violenta que en la península itálica, tanto como en España.

-¿Hasta allá los persiguieron por el duelo con mi padre? –interrogó Malacqua.

-Mi madre era calvinista y fue condenada por la Inquisición a pasar el resto de sus días en los calabozos del castillo de *São Jorge*; la pena la mató en menos de un mes, parecía un pajarillo en su mortaja.

-¿Vive quién la condenó?

-Es un Inquisidor que fue Supremo, abandonado como tantos otros en la fortaleza del Huevo –señaló Pisanti.

-¿Qué te ha impedido hacer justicia a tu madre?

-Como a ti, Malacqua, no me basta con que sufra una muerte cualquiera; ¡eso puede llevarlo en paz al otro mundo!

-¿Aunque sea un desgraciado moribundo?

Pisanti pasó su lengua por el labio superior:

-Siempre queda o nunca falta un resto de conciencia para sufrir –dijo.

-Hablaré con el hombre del sambenito –aseguró Malacqua.

-Debo irme –Pisanti apagó el tabaco –me encuentras en cuartel de la policía, en la vía de la *Incoronata*, a toda hora.

-Pasaré por ahí.

-Antes corta tus uñas –le pidió Pisanti.

3.- Malacqua rehizo el camino hasta donde el *pulcinella* continuaba con sus chanzas. En ese instante llenaba con aire caliente un pequeño globo de cartulina que multiplicaba su volumen y empezaba a elevarse como un globo cautivo, aspirado por las alturas.

Esther y Gabriela, sobre una manta y sentadas en el suelo con las piernas cruzadas disfrutaban de la magia y de la farándula.

-Debemos irnos –Malacqua se apoyó con suavidad en el hombro de Esther.

-¿No podemos esperar que termine? –pidió Gabriella.

-La Inquisición persiguió a Guzmão, un cura brasileiro que agravió a la creación haciendo volar un ingenio fabricado por él.

-¡Hasta que el globo caiga! –insistió la niña Gabriella.

-Tenemos prisa, dejaremos el alojamiento donde hemos estado.

Esther se puso de pie y tocó con su nariz el cuello de Malacqua. Se había perfumado con agua de jazmín.

-El tabaco te rebosa –le dijo.

-Sólo he fumado ayer y hoy.

-Y mañana y siempre.

Malacqua tomó de la mano a Gabriella.

-¡Vamos! –apuró.

En el camino al albergue se cruzaron con la larga caravana de un circo. Lo encabezaba un elefante. Detrás un grupo de payasos haciendo chanzas y los carros con las fieras: leones, tigres, una pantera y una jaula llena de monos negros, de largos brazos, que saltaban, entrecruzándose en el aire desde un columpio a las rejas y de las rejas al columpio.

Dejaron el albergue y con la mula cargada, atrás la *foresteria*, se fueron orillando hasta la periferia de la ciudad tomando el camino que lleva a Ponticello. Allí, cerca de una de las antiguas puertas de la ciudad, en una colina, alquilaron una cabaña de madera con una habitación, un patio angosto con una higuera y un pesebre. El golfo estaba a la vista y a lo lejos la silueta del *castello dell'Ovo*.

Esther preparó una sopa de coliflor en una cazuela sobre una fogata preparada por Malacqua. Gabriella, encerrada en el cuarto no apareció hasta que hubieron retirado los tizones y las cenizas.

Después de comer y de ocuparse de la mula, Malacqua partió a su encuentro con el castigado.

Llegó al paseo marítimo a la hora prometida y allí sentado donde lo encontrara la primera vez, estaba Mauro. No vestía la ropa de castigo, no llevaba el plomo de su penitencia y ocultaba su cara con un antifaz.

-Le agradezco que haga por mí lo que la justicia ha olvidado: dejarme libre por condena cumplida –le dijo levantando la máscara.

-Lo considero un contrato de honor.

El viejo que había usado la estigmatizada indumentaria por más de cinco lustros levantó la voz.

-No quisiera presionarte.

-Fue Francisco Mier y Campillo, uno de los últimos de la Suprema, que se trasladó especialmente a Nápoles para el auto de fe en el que fui condenado.

-¿No fuiste el único?

Mauro levantó el antifaz.

-Llevaron a dos amancebados a la hoguera, uno de ellos ya estaba muerto, empalado y a tantos otros que llevaron a las cavernas submarinas del *castello*; lo que quede de ellos aún deben estar ahí.

Malacqua le ofreció uno de sus cigarros. Ahora le quedaban dos en la caja. Fumaron si hablarse. Cuando Mauro tiró la brasa a los farallones, Malacqua le anunció:

-No nos volveremos a ver, ocúltate por diez días; después serás el que fuiste.

Y Malacqua se volvió, aspiró el último humo de su tabaco y regresó a la cabaña. Revisó el forraje de la mula, resolvió comprar una calesa antes de dejar Nápoles y entró a la barraca. Esther y Gabriella dormían en las dos camas en la reducida habitación. Malacqua tomó una manta, se envolvió con ella y se tiró al suelo de tablas. No alcanzó a dormirse. Esther saltó del lecho y lo llevó con ella. Estaba desnuda. Hacía calor en la barraca, pero Malacqua no se atrevió a sacarse la ropa.

Al despertar Malacqua se encontró solo. Esther y Gabriella no estaban en ninguna parte. La mula tampoco. Se lavó en un dornajo con agua fresca, se cortó las uñas con el cuchillo de monte y salió en busca de Plinio Pisanti. En el camino se le ocurrió que las mujeres podían haber huido, pero había empezado a confiar en Esther: no lo habría hecho sin avisarle y además su faltriquera, que por rutina había revisado, tenía el dinero no gastado.

En la puerta del cuartel de la policía napolitana vaciló. Por un lado, reflexionó, Pisanti pudo haberlo hecho seguir y detenerlo mientras dormía, por otro pudo temer una resistencia violenta e inconveniente, prefiriendo una virtual entrega cuando lo visitare. Malacqua miró sus dedos, sus uñas apenas insinuadas no constituían un arma consistente y dentro del reducto habrían decenas de vigilantes. Se sintió indefenso, quizás tanto como cuando vio la pera que el verdugo le acercaba a su boca. Se envalentó y cruzó el pórtico. En el zaguán lo interceptó un uniformado.

-*Il signore* Plinio Pisanti –preguntó Malacqua.

El guardia no creyó necesario precaverse de un hombre vestido como un aldeano.

-*Aspettare cui* –le ordenó, giró sobre sus talones y gritó hacia el interior –*ispettatore Pisanti!*

No demoró el inspector.

-¿Cuándo procederemos? –le preguntó a Malacqua sin saludarlo.

-¿Fue Mier y Campillo? –inquirió a su vez Malacqua.

-El mismo, que viajó desde Madrid a Lisboa a deshacerse de los herejes.

-Donde también se ocupó de Mauro.

-¿Cuándo? –insistió ansioso Pisanti.

-Hoy, al caer el sol, en la escollera norte del castillo.

-¿Qué debo llevar?

-Un revólver para mi uso y ninguna compañía.

-¿Temes una emboscada?..., podría habértela tendido aquí.

-La ocasión propicia la conoce el que prepara la celada, el que la recibe sólo la sospecha.

-¿Los curas reciben instrucción militar? –Pisanti estaba perplejo.

Malacqua volvió los ojos hacia la puerta, de nuevo desconfiaba.

-El demonio es un potente enemigo, especialista en asechanzas y conspiraciones.

Pisanti se santiguó.

Hoy, al atardecer –asintió y regresó al interior del cuartel.

El sol calentaba las calles de Nápoles. No se equivocó Malacqua, Esther y Gabriella se repetían la función del polichinela. La mujer tenía a su lado una bolsa de papel del que sobresalían diversas hortalizas: zanahorias, brócolis, lánguidos tallos de cebollas, tomates y Gabriella un envoltorio dentro del cual se adivinaba un buen trozo de carne.

-Anoche no tuviste frío –lo saludó la Esther.

-Lo tenía cuando llegué –Malacqua se sintió incómodo.

-No es sano dormir con ropa –insistió ella.

Malacqua prestó atención al artista: un mimo cubierto con una capa negra vestía a un muñeco de trapo con una bata amarilla y ceñía su cabeza con una cinta de papel que simulaba el metal. La marioneta se resistía, Aunque los hilos que le daban vida no eran visibles, la marioneta se movía con convincentes gestos de terror. En un extremo del improvisado escenario y de verosímil factura, ardía una hoguera de guiñol. Cuando Gabriella se dio cuenta lo que el *pulcinella* quería representar, bajó la cabeza y gimió. Malacqua la levantó en brazos. No pesaba más que una alondra. Con el brazo desocupado tomó la bolsa.

-Es suficiente –dijo.

Esther lo siguió.

El Vesubio había dejado de humear y las aguas del golfo de Nápoles, quietas, hervían cuando tocaban los escollos que protegían la isla del castillo del Huevo.

-Ahí reside el mal y desde ese lugar lo reintegraremos al hielo del averno – prometió Malacqua, limpiando las lágrimas luminosas de Gabriella, dejándola en el suelo.

En el patio de la cabaña Malacqua encendió fuego, abrió y ensartó la pierna del cordero en una vara seca de la higuera y la acercó a las llamas. Gabriella salió a la calle y se sentó pensativa, mirando el mar. Esther limpió las verduras y las fue sumergiendo en el agua de la olla que se calentaba en la fogata.

Terminaron de comer pasado el mediodía.

-Debo comprar algunas cosas –avisó Malacqua –regresaré pronto.

Esther le examinó las uñas, que ya habían vuelto a crecer.

-Mira lo que le comprado –le dijo y le mostró una lima de fina urdimbre.

-Quizás las necesite –Malacqua retiró sus manos.

-Así te reconocerán.

Malacqua extendió sus dedos y Esther fue reduciendo sus uñas con delicada prolijidad. Cuando hubo terminado las frotó con aceite.

-No quiero que se muevan de aquí –severo, Malacqua se despidió.

Más tarde el roce del calce de las ruedas de un carro al frenar en la puerta de la barraca hizo que Esther interrumpiera la lectura con la que acompañaba a Gabriella. Era Malacqua que tiraba de una calesa negra de dos ruedas, tres asientos, un pescante y una capota muy remendada.

-La herejía no descansa –dijo entrando, dejando una maleta de cartón en el piso y leyendo el título del libro que leía Esther.

Esther cerró el la Torá, no se mostraba molesta por la ironía.

-No le hagas caso, Gabriella, no fuimos nosotros quienes matamos al Cristo, la cruz fue su decisión y su proyección y su sabia transcendencia.

Gabriella esperó una respuesta vehemente de Malacqua, la que no llegó.

-Mañana abandonaremos Nápoles –dijo.

-¡Te acompañaré esta noche! –pidió Esther.

-Sería imprudente, quiero que permanezcas con Gabriella, y tengas todo preparado para nuestra partida, la acémila uncida al coche, algunas provisiones; evitaremos el embarcadero de Nápoles, iremos hasta Anzio y en ese puerto elegiremos nuestro nuevo destino.

Malacqua cubrió sus ropas campesinas con un capote y calzó botas que le cubrían los tobillos, tomó su maleta y se largó.

SIETE. (El depósito de Inquisidores.)

1.- Después de reunirse en el cantil, donde habían convenido, Malacqua y Plinio Pisanti rodearon el islote hasta enfrentar el torreón de acceso al castillo del Huevo. El policía cargaba una maleta de similar factura a la de su compañero, al que entregó el revólver prometido.

-Nadie viene conmigo –le garantizó.

-¿Está cargada? –Malacqua encajó el arma en su cinturón.

-Es un *Collier*, de un embarque comprado a los ingleses; está lista para disparar.

-Nunca lo he hecho.

-Apuntas y aprietas el gatillo con fuerza; tu mano retrocederá por lo que debes usarla lejos de tu cara.

No había cerradura en la puerta de la fortaleza la que se abrió con un empujón de la bota de Malacqua. Un aire rancio, como el de vejiga de alquequenje con las que jugaban a la guerra cuando eran niños, silbó desde el interior inundando sus narices.

Malacqua dio el primer paso en un atrio adoquinado. Entre grietas polinizadas por el rocío salobre, serpenteaban jacintos marinos y líquenes. Malacqua y Pisanti tuvieron que apoyarse entre sí para no resbalar. Aquél sargazo llegaba hasta la puerta de roble del torreón desde donde se desprendía el cuerpo arquitectónico del palacio principal. Un par de ranas atemorizadas huyeron brincando entre nenúfares enanos.

Se opacaba el crepúsculo y el portón de troncos de la torre también estaba entreabierto. Hasta allí llegaron los dos conjurados. Batía una cráticula, la que al abrirse dejaba oír un lamento, a veces una letanía, un murmullo de moribundos apagaban ruidos de pasos furtivos que venían desde el interior.

-Dentro alguien vive –dijo Pisanti, que abrió su maleta y sacó de ella una linterna sorda, la que permite ver sin ser visto.

Mientras Malacqua la sostenía el policía abrió su ventanilla de vidrio y retiró una porción de mecha. Al encender la cerilla espontánea, una línea de fuego fue atraída por el dintel de la puerta, ascendió por la pared del torreón, se enredó en el mástil de su cúspide donde flameó como un estandarte de muerto y se extinguió en un rayo fosforescente que se sumergió en las nubes.

nenúfares?

-Ese es un fuego de San Telmo –dijo Malacqua –se ve en los barcos, en los cementerios y en los cuernos de toros y carneros durante una tormenta.

-El *castello* debe tener docenas de sepulcros –Pisanti levantó la luminaria – espero que Mier no ocupe aún el que le aguarda.

Con su cancilla opaca abierta la linterna iluminó un pasadizo de paredes blancas, limpias desde donde colgaban pesados cuadros de marcos dorados. Pisanti dirigió el foco hacia el primero de ellos:

-Es Francisco Antonio Lorenzana, Gran Inquisidor durante los últimos años del siglo pasado –lo identificó.

-Conoces estos personajes –comentó Malacqua.

-Todo, sus vidas, sus vicios, sus ambiciones, hasta lo que les gustaba comer.

Avanzaron mirando donde pisaban, examinando aquellos retratos de nítida elocuencia de los que alguna vez fueron integrantes del Consejo de la Suprema.

-Manuel Abad de la Sierra, Andrés de Orbe, Alonso de Verdeja, inquisidor de Granada –el inspector los fue nombrando.

El piso de baldosas de cerámica estaba seco y brillante y el óleo de las pinturas tenía una capa de barniz fresco.

-Alguien se preocupa del lugar y de los asilados –dedujo Malacqua.

-Sí, que debe además alimentar a los que queden vivos, asearlos, deshacerse de sus inmundicias, quizás brindarle los sacramentos si están en condiciones de recibirlos, entregar sus cuerpos cuando mueren.

-Vana faena.

-¿Qué les diremos? – cuestionó Pisanti.

-Si es necesario fingiremos ser miembros clandestinos de la *Perseveranza* premunidos de amplios poderes para no dejar registros de estos hombres o lo que quede de ellos.

-¿Con qué argumento?

-Con el opuesto: deberán ser eliminados de la memoria por haber sido encontrado culpables de la pérdida paulatina del poder de la Inquisición, los acusaremos de complacencia ante la herejía, connivencia con la judaización, complicidad con el dinero y el poder, lo que arrastró a la institución al desprestigio, a la ineficiencia y por ende a la debilidad que no puso obstáculos para su abolición.

-¡Su fortaleza estaba en su inescrupulosidad! –acopió Pisanti.

-En su brutalidad e inmisericordia.

De pronto se escuchó un caminar acompasado que no tenía un origen ni un destino aparente. Pisanti le alcanzó la lámpara a Malacqua, sacó su revólver y lo martilló. Malacqua guitarreó con sus uñas el alambre de donde colgaba la lámpara. Entonces desde el último arco del corredor, donde adivinaron

colgaba el óleo de Torquemada, vieron avanzar a dos monjes, uno con el hábito dominico, el otro con el franciscano. Llevaban un cirio en una mano y algunos vades de pergamino en la otra. Sus sandalias no hacían ruido al avanzar.

Ambos frailes se interpusieron en el camino de los juramentados.

-Las puertas de este recinto están abiertas, pero nadie está invitado a entrar -dijo el dominico.

-Ni nunca nadie lo ha hecho sin autorización –completó la frase el franciscano.

-Policía de Nápoles –el inspector Pisanti abrió su gabán y mostró un distintivo de metal azul.

-Somos los guardianes de los Guardianes de la fe –el dominico quiso abrir una de las carpetas.

-Los Inquisidores no tienen potestad en el reino de las dos Sicilias y acaso en ninguna parte –dijo Malacqua.

El dominico era un hombre joven, de estampa corpulenta y agresiva.

-Su placa es insuficiente, debe disponer del *affidavit* de la autoridad de Nápoles.

-No es a ti a quien corresponde decidir lo que se deba disponer para registrar y fiscalizar este lugar.

El franciscano era de menor porte que su compañero, pero tenía un rostro fúnebre, mal afeitado y sus ojos se revolvían con la pasión de un fanático.

Malacqua conocía esa clase de religiosos: nunca alcanzaban la alcurnia, eran destinados al soplónaje o a la represión en los claustros, crueles, decididos, también corrían a la par con los palanquines de los obispos previniendo cualquier agresión o atropello y en ocasiones, a través de órdenes clandestinas, eran utilizados como sicarios.

El dominico extrajo una daga desde la manga y el franciscano una tranca que llevaba oculta bajo la sotana, adherida a su espinazo. Atacaron en forma simultánea y cruzada; el rejón de metal cayó sobre el hombro derecho de Pisanti que se astilló con un crépito de rama rota y el puñal del dom. penetró la cadera izquierda de Malacqua seccionándole algún tendón que le debilitó la pierna haciéndolo hincar la rodilla. El inspector disparó su pistola con la zurda antes que los monjes pudiesen culminar la masacre. Fue certero y mortal. El franciscano murió al instante: la bala entró por debajo de la ceja: tres fragmentos de su bóveda craneana perforaron el rostro rubicundo del confesor real Luis de Aliaga, inquisidor general, que desde el óleo pintado por la Anguissola, escrutaba el infinito con una mirada severa. La uña cortante del pulgar de Malacqua también hizo su trabajo, desbastando la lana gruesa de la

vestidura del dominico y rebanándole alguna vena importante; el agresor demoró unos minutos en morir asfixiado en un vómito de sangre.

Malacqua se puso de pie, abrió su barragán y examinó la herida. La daga había penetrado tangente a la cadera. Una esfera violácea le crecía en el flanco izquierdo. Pisanti tenía el hombro hendido, separada la clavícula de la cabeza del brazo. Coincidieron, sin palabras, que la misión se postergaba.

En las afueras del *castello dell'Ovo* el policía hizo detenerse a un coche de posta y pidió al conductor que llevara a Malacqua.

-En una semana –le dijo al despedirse –entonces no habrá encerrona que nos sorprenda.

Gabriella dormía, Esther se paseaba por el reducido cuarto.

-Sabía que esta vez terminarías herido –Esther ayudo a Malacqua a recostarse en la cama. Lo desvistió y examinó con manos de experta el tumor que le deformaba la cadera.

-Ha dejado de crecer, desde que salí del castillo.

-Ha dejado de sangrar –dijo.

Luego despertó a Gabriella le pidió que preparara vendas con una de las sábanas y salió al patio.

Malacqua intentó sentarse en la cama, pero no le fue posible extender el muslo, violáceo y crecido como el modelo de la montgolfiera exhibido en la feria del polichinela. No recordaba un dolor de esa intensidad desde la tortura.

Esther encendió un fuego y regresó a la habitación con un cuenco lleno con aceite caliente. Malacqua se sumergía en un desasosiego incontrolable y pedía agua. Había perdido el color de la piel y un sudor frío y brillante como huella de caracol le marcaba la frente.

Esther actuó con presteza al ver que Gabriella había desgarrado la sábana en media docena de tiras. Con el cuchillo de cocina que usaba para cortar las verduras hizo un corte a lo largo del muslo herido de Malacqua, siguiendo la línea de la herida propinada por el dominico. Fue un parto de sangre negra, pastosa, con algunos hilos encarnados que se opacaban al entrar en contacto con el aire. Bajo la piel se abría la cavidad donde se habían acumulado los coágulos y en la profundidad se veía la huella del cuchillo que había intentado matarlo. Lavó el gran alvéolo provocado por el navajazo con aceite y agua, cosió sus bordes con hebras de estambre y con las tiras de la sábana fajó su pierna desde la rodilla, comprimió su ingle, lo acinturó a la altura de las caderas y cubrió sus desnudeces con una manta.

Malacqua se sumió en un reposado letargo durante el cual Gabriella le secó la cara, le dio a beber sorbos de agua tibia y por instrucciones de Esther, vigiló el incesante latido de su pierna maltratada. La mujer limpió la sangría con la

ropa de la otra cama, envolvió todo en una bolsa de paño oscuro y salió a tirarlo donde no lo encontrarán.

Cuando regresó Gabriella dormía al pie de la cama de Malacqua.

Malacqua pudo sostenerse en pie al segundo día y al tercero caminar con ayuda de un bastón. Al quinto ya no requería apoyo y al sexto, en la mañana, Esther le retiró las vendas: los hilos del vellón de la costura se desprendían de la piel, seca, sana, marmolada, verde, amarilla y azul. La sexta jornada después del incidente en el *castello*, Malacqua pudo descansar. Gabriella había hecho una amiga en el vecindario de la cabaña y pidió autorización para ausentarse durante el día. Malacqua había estado cubierto por el vendaje y un lienzo crudo. No bajaba la temperatura en el golfo de Nápoles y por momentos se sentía amortajado. Así se lo comentó con seriedad a Esther la tarde en que Gabriella acompañaba a su amiga. Esther tomó el paño y la arrancó del cuerpo de Malacqua.

-Te han hecho la *brit milah* –exclamó al mirar el miembro de Malacqua.

-A todos los tonsurados los circuncidan, creen que así los disuaden de la masturbación- A Malacqua no lo incomodó el pudor al exponerse desnudo ante esa mujer.

Esther examinó la cicatriz nacarada tocándola con suavidad. La consideró firme y consolidada, la sanación de un hombre fuerte y sano. Malacqua no alcanzó a darse cuenta de lo que sucedía cuando vio a la judía pasar su túnica por sobre su cabeza y quedar sin ropas como él. Cuando Esther se tendió junto a él no tuvo vergüenza ni pena: curiosidad al principio y desde el instante en que empezó a acariciarla, explorarla, olerla, descifrarla e invadirla con sus instintos, súbitamente adiestrados, sólo un goce infatigable. No sufrió remordimientos más tarde, cuando la vio de pie desnuda, sosteniendo un espejo en su mano izquierda para poner un peine de carey en su pelo largo y ondulado ni tampoco escrúpulos para abrazarla, cuidando de no rasguñarla y atraerla a la cama otra vez.

Cuando regresó Gabriella estaban en la puerta de la cabaña, Malacqua preparado para partir al encuentro de Pisanti.

2.- El inspector estaba en su despacho en el cuartel. Llevaba el hombro estropeado bloqueado en una jaula de alambre y yeso, su brazo imposibilitado, sólo su mano se afanaba sin motivo como una araña incompleta.

-Puedo ser útil todavía –le dijo a Malacqua.

Malacqua cojeaba.

-No menos que yo –lo consoló.

-He estado en peores condiciones –argumentó Pisanti.

-¿Tanto como las mías?

Pisanti alzó la mano izquierda.

-¿Hoy? –preguntó ansioso el policía.

-A la hora, en el lugar.

Malacqua no quiso volver a la cabaña. Aunque un magnetismo inequívoco lo atraía hacia Esther, lo detenía una tardía presunción provocada por su pecado. Quiso poner la mente en blanco para recibir con intensidad los estímulos que los sentidos podían suministrarle, para reprimir su ansiedad y la incontinencia. Las alegres calles de Nápoles lo ayudaron. Lo distrajo la tentación por la masa horneada, por la pulpa viviente de los tomates, por las limaduras del queso rallado, por la majestuosa elegancia del tomillo. Malacqua fue advirtiendo la variedad de los platos ofrecidos en la calle, el *parmigiani di melanzane*, el *piselli al prosciutto*, la dulzura otoñal del *sorbete di Fragole* y el misterio de los vinos descorchados.

Pasado el mediodía lo acometió un hambre voraz y sentó a una mesa en la vereda de un modesto figón. Al hacerlo sintió el roce del pantalón sobre la cicatriz de la cadera. Eran los dedos de Esther, la única caricia en su memoria. No supo lo que comió ni lo que bebió y una vez terminada la merienda, pagó y se enredó entre la gente que empezaba a despejar las calles. El sol rojo del golfo de Nápoles anunciaba el fin del día laboral.

Deambuló dirigiéndose al paseo ribereño donde pensaba encontrar a Pisanti y quizás a Mauro. Pero encontró un trío de *buffi* pobres que pedían un óbolo con especial dignidad. Malacqua contribuyó con unas monedas. Pronto quedó solo, encandilado por el disco anaranjado que se consumía en la lejana efervescencia del horizonte. Esther era la única imagen que perseveraba en su mente, ajena ahora al paisaje, al olor a fermentación de las algas, al cabrilleo del mar, al relente vespertino sobre su piel, a la salmuera que se pegaba a sus labios.

Pisanti, una hora más tarde, había tomado el mismo camino de Malacqua, con el que tropezó creyendo que estaba sobrecogido por la visión del ocaso. Si no lo hubiese interrumpido, quizás Malacqua hubiese regresado donde Esther, dejando de lado sus nefandas intenciones de venganza.

Pisanti lo removió por los hombros y Malacqua recobró los sentidos.

-Te noto ausente, ¿arrepentido?

El resucitado negó con la cabeza. Sometido en la disciplina sacerdotal, su arbitrio sesgaba hacia al rigor de la continencia.

-¡No te equivoques Pisanti! –contestó con hosquedad.

Intuyó Pisanti las pulsiones que se disputaban la voluntad de su amigo. Acechando a Malacqua había visto a Esther, comprendiendo que aquella mujer era una vibrante razón para capitular ante cualquier empresa que le obstaculizara estar con ella.

Pisanti no era hombre de mujeres. Pero sus afectos desviados tuvieron que ser reprimidos para no levantar suspicacias que atrajeran sobre él la sanción social. Detrás de ella estaba la marginalidad y amaitinaba la mala ley y el garrote. El inspector no sabía lo que era la obsesión por una mujer. Él había creído amar a un hombre, pero avergonzado por las poderosas secuelas de su educación y las costumbres, sublimó ese sentimiento con la acción policial. Su desempeño profesional le había permiti^o acceder al cargo de inspector, uno de los cinco de la policía napolitana. Para ello se había considerado la prolijidad de sus investigaciones, la incansable y pertinaz búsqueda de los culpables de los crímenes que se le encomendaba resolver, su dedicación sin horario y su depurada inescrupulosidad en la búsqueda de certezas. Pisanti era un ícono en la lucha contra bandidos y anarquistas.

Sin más intención que darle aliento o anular cualquier vacilación, el inspector tomó del brazo a Malacqua. Éste no se resistió y de ese modo, como dos amigos que se dirigen a tomar un *limoncello* y a jugar a la baraja rehicieron el camino que la semana anterior los llevara al castillo del Huevo. Durante el trayecto el inspector entregó a su compañero un sobre de papel.

-Documentos en blanco para ti y tus acompañantes, de repente te servirán.

Pisanti llevaba su maleta terciada a la espalda con una correa y Malacqua, que cojeaba con dignidad, sus especies en la suya.

El portón exterior que daba al patio, como la de la torre ^{estaban} abiertas con expresiva indolencia. El huevillo que pavimentaba el patio ^{estaba} inundado y el agua, quieta, no corría hacia sus desagües.

-Inexplicable –se admiró Pisanti –comentando el hecho.

- Los aliviaderos pueden estar obstruidos –la lógica de Malacqua no se condecía con el desconcertante lugar.

-Nápoles es una ciudad inaudita y en muchas de sus casas y edificios ocurren hechos descabellados e inexplicables.

Malacqua utilizando una de sus uñas como cuchara, se llevó unas gotas de agua a sus labios.

-¿Y...? –preguntó su compañero.

-Puedes tener razón –no es agua de mareas.

-Y todo ha sido más inextricable desde que el príncipe Raimondo di Sangro se instalara de manera definitiva en la villa de Sansevero.

-¿Di Sangro, quién es él? –inquirió Malacqua.

-Un ángel, un demonio o un genio.

El piso del interior del castillo estaba seco, pero agobiante el aire capturado en ese intrincado mausoleo de ladrillos. Atendiendo a un gesto de Pisanti, Malacqua lo ayudó a descolgar su maleta pasando la correa sobre su hombro

enjaulado. La depositó en el suelo, la abrió y de su interior sacó la linterna y el revólver, que alargó al policía.

-¿Traes el tuyo?

Malacqua se palpó el bolsillo.

-Lo traigo.

Caminaron por el corredor donde habían enfrentado a los dos monjes. El farol que portaban era la única luz en aquél túnel. Pronto llegaron al lugar del enfrentamiento. En el suelo empedrado Malacqua iluminó y vieron dos rimeros de ropas arrebujadas. Con el cañón de su arma Pisanti aventó las vestiduras. Eran dos sotanas, una dominica con el cuello encostrado de sangre y la otra franciscana, untada su cintura con una secreción biliosa, líquida como en su fecha la sangre de San Genaro. Después Malacqua llevó el foco a la pared: no se veían restos de sangre, cerebro o huesos.

-Son las que usaban quienes nos atacaron –dijo el policía.

-Transubstanciación, quizás –dijo sin gran convencimiento Malacqua.

-Han prescindido de los cuerpos, no son importantes para quienes regentan este lugar.

-*La Perseveranza!*

-Sin duda.

Continuaron su avance dejando las ropas laceradas en el lugar donde las habían encontrado. El *castello dell'Ovo* y su barbacana parecían insobornables: galerías, pasadizos, escaleras se abrían o subían desde todos las esquinas, resquicios y contrafuertes. Puertas abiertas mostraban amplios salones, vacíos unos, amoblados otros con largas mesas con la vajilla y la cristalería lista para recibir a numerosos comensales. Extraviados en ese laberinto, pero con el ánimo ajustado a la tarea en curso, alcanzaron una estancia octogonal, cuyo muro de tambor se apoyaba en arcos torales de piedra. La cúpula sobre ellos tenía encastrados vitrales de colores oscuros. Entre las columnas de ese amplio paraninfo vieron nueve puertas con poderosos herrajes que articulaban con pernios de un pie de largura. La madera parecía inexpugnable, sin embargo el candado que aseguraba las fallebas de cinco anillos tenía la llave en su ranura. Excepto el de la puerta más cercana al arco de entrada y la más lejana, cuyas bocallaves estaban vacías. En el pilar derecho de cada puerta, en una tesela de arcilla cocida y vidriada, se podía leer un nombre grabado y a continuación una frase en latín. Recorrieron cada una de ellas, hasta la octava: Mier, Lorenzana, La Sierra, Orbe, Molines, Nithard, Aliaga y Acevedo.

-Imposible –Pisanti obligó a Malacqua a repetir el recorrido.

-Aquí está el nombre que buscabas –Malacqua enfocó la linterna en el mosaico con el nombre de Mier.

-Quizás Mier –Pisanti estaba confundido –pero todos los demás deben haber muerto hace mucho tiempo.

Por las lumbreras de la bóveda se esparció una luminiscencia ligera, difusa. Malacqua sopló la mecha de la lámpara hasta apagarla.

-La luna es más que suficiente –dijo señalando la altura.

-Y más segura –aprobó el policía.

Se dirigieron a la puerta más alejada.

-Si es el Acevedo que sospecho, está hecho polvo hace más de dos siglos –dijo Pisanti.

-Acevedo –y después leyó Malacqua la leyenda en latín que le seguía –*In partibus infidelium*.

-Y le hizo honor a su dignidad, mientras fue Gran Inquisidor no hubo indulto ni clemencia con los indios.

Y Pisanti giró la llave, retiró el candado, corrió el aldabón y empujó la puerta. Una bruma, inmóvil como una segunda puerta, les impidió observar el interior. Malacqua cerró los ojos y sintió un dolor intenso en la mandíbula; aquella cueva lo retrotrajo a su primer entierro. Pisanti con su mano armada deshilachó la niebla que se fue arrastrando por la puerta abierta. Olía a cinabrio, a sibil de alquimista.

A medida que se fue despejando el celaje, fue apareciendo una figura humana, sentada, estática. Los dos hombres dieron unos pasos en dirección a ella. Desde una lucerna en el techo plano de la cámara caía, sobre la coronilla del cuerpo inmóvil, un rayo de luna. Brillaban minúsculas centellas entorno a su cráneo, gotas de azogue encendidas por la luz que venía del cielo.

-Es la momia del Inquisidor Acevedo –ratificó Pisanti.

Sentado en un trono obispal, con alba, amito y casulla roja, el cráneo desnudo, le faltaban los dos pies. Desde el cuello y bajando por el pecho y el vientre, por los brazos y las manos y por los muslos hasta donde terminaban los dos huesos de sus piernas, lo recorrían estructuras cilíndricas, unas rojas, una blancas, otras azules, simulando los nervios y vasos sanguíneos. Parecía un muñeco mineral.

-La *metallizzazione* de Raimondo di Sangro –dijo Pisanti.

Malacqua no pronunció palabra y salió. Seguido por el policía fue abriendo puerta tras puerta. Detrás de ellas ese aire opaco y denso que se resistía a abandonar los cuartos. Tenía el olor de las emanaciones de las marismas del *Agro Pontino* que reptaban por la superficie de sus aguas agriadas, sofocando los polluelos de las aves que allí anidaban.

En el centro de esas celdas la penumbra era agrietada por el haz de la lumbrera; ella creaba un halo dentro del cual, en macabra exposición, se develaban esos cuerpos intervenidos por la alquimia e incorruptos.

En la loseta de la puerta de Nithard, el jesuita, estaba escrito *Non bis in idem*. Cruzando sus hombros esqueléticos, la estola de confesor del rey.

El cuerpo muerto de Molines espejeaba como el azogue, su heráldica la de la Rota Romana y la frase engravada: *Lustitae et pacis*.

En la del inquisidor vasco Andrés de Orbe se podía leer *Nolens Volens* y ni el brillante tisú púrpura con el que estaba amortajado disimulaba la mueca de terror con la que había muerto.

En los alicatados de La Sierra estaba escrito *Roma locuta, causa finita* y su cuerpo era el único que aún hedía.

En el muro de la celda que pertenecía al inquisidor Lorenzana, estaba su lema: *In México carpe diem*. Su cabeza estaba adornada con plumas de quetzal y en sus brazos se abría el facsímil de un catecismo indiano.

La última puerta sin la llave en su cerradura era un obstáculo infranqueable. Pisanti levantó su mano izquierda y apuntó su revólver. Malacqua se apartó temiendo el rebote; sin embargo no alcanzó a disparar. Dos sombras se proyectaron sobre el piso. Aunque leve, la luz lunar fue suficiente para prevenirlos.

Se volvieron hacia la puerta y amartillaron sus armas.

-Tú al dominico, yo al franciscano –ordenó Pisanti –temiendo que esos frailes habían sobrevivido.

Las sombras crecieron, rebasando la largura de la nave circular, quebrándose en la pared opuesta. Eran dos hombres que se acercaban. Uno era un monje de mucha edad, su piel era gris como la corteza de la higuera y un diente afilado le bailaba en la encía superior. Lo acompañaba un seglar de levitón negro, anciano como el cura que tenía a su lado. Malacqua y el policía bajaron los *Collier*. Esos individuos no suponían una amenaza.

El civil habló:

-Me llamo Giuseppe Salerno, anatomista y cirujano, discípulo y colaborador del príncipe de Sansevero Raimondo di Sangro, quien ha partido de esta tierra, y he sido encomendado por la *Sacra Congregación*, como reparación por faltas de mi pasado, de mantener *ad aeternum* a los Inquisidores Generales.

El fraile, por su parte, dijo:

-Soy el hermano Bernabé de Dios, natural de Segovia, responsable por delegación del Santo Oficio de Córdoba de vigilar el cumplimiento de las instrucciones dadas a Salerno y cuidar la humanidad de estos grandes hombres cuya alma ha sido llamada por el Señor.

-Y los dos perros guardianes que nos atacaron días atrás, ¿cumplen también funciones similares? –preguntó Pisanti.

-Sin duda, señor, alude al padre Hernando y al padre Benicio –aseguró Bernabé.

-Un dominico y un franciscano –agregó Malacqua.

Salerno contesto:

-Ellos no son de mi incumbencia –dijo con aliento sulfuroso.

-Sus cuerpos ya han sido inhumados en las fosas del castillo –explicó Bernabé.

-¿Desnudos, sin sus hábitos? –se sorprendió Malacqua.

-Sus vestimentas han quedado en el lugar donde murieron, como testimonio visible del ataque de la legión del que fueron víctimas.

-Pisanti se aproximó al fraile.

-¿Una legión? –Pisanti levantó su arma.

Malacqua puso su mano sobre el revólver del inspector:

-No sabe lo que habla –lo ilustró -Legión es el nombre de un demonio que insultó a Jesús cuando lo exorcizaba.

-¿Dijo Santo Oficio? –retrocedió en el diálogo Pisanti.

Bernabé de Dios doblegó su cabeza.

-Pues sí –dijo.

-Ha sido abolida, padre –Malacqua hablo con suavidad.

-¿Y reemplazada? –las palabras del monje, en cambio, sonaron fuerte, convencidas.

Malacqua vislumbró en ellas un matiz de amenaza:

-Por la *Perseveranza* –dijo, queriendo ver la reacción del cura.

Bernabé levantó la cabeza:

-Así se me ha comunicado.

Malacqua no vaciló:

-Te informo, pues, que en nombre de ella estamos aquí...

-Para deshacernos de estas máquinas anatómicas diseñadas por el príncipe de Sansevero y fabricadas por Salerno –compartió el acordado embuste Pisanti...

-...y así no quedarán rastros de sus errores y de sus benevolentes sentencias en contra de herejes tejedores, deístas y luteranos, conversos y judaizantes, hechiceras y tantos enemigos de la Iglesia –concluyó, convincente, Malacqua.

-Quien está detrás de esta puerta aún vive –dijo Bernabé.

-Más fuerza cobra nuestro mandato, la *Perseveranza* no quiere testigos ni en esencia ni en existencia.

Salerno terció en la discusión:

-No pueden destruir lo que está vivo o lo destinado a la resurrección.

-¡Blasfemo! –rugió Malacqua expresando con auténtica espontaneidad sus creencias que pensaba olvidadas –sólo Jesucristo tiene el poder de la resurrección.

-¿Y en el fin de los tiempos? –argumentó Bernabé.

-Entonces no necesitaremos estar transformados en estos esperpentos –se calmó Malacqua.

-¡Abre la puerta! –lo conminó Pisanti.

El aire era diáfano en el cuarto del obispo Mier y Campillo. El ambiente de humedal de las habitaciones contiguas era, quizás, un medio de conservación de los modelos de Salerno. Mier al igual que los demás residentes estaba sentado en un solio singular de su investidura y se reconocía que estaba vivo debido que, a breves intervalos, recogía de un platillo un puñado de frutas secas que cascaba con sus dedos descarnados para luego echárselos a la boca. Orientando su cabeza con giros de ciego, Mier y Campillo quiso localizar los pasos que entraban.

-No ve –informó Salerno.

-Conservará sus otros sentidos –Malacqua se encogió de hombros –por la vista no es por el que más se sufre.

-Los necesitará –agregó Pisanti.

-De poco le sirven ya –advirtió el anatomista.

Bernabé de Dios se interpuso entre el obispo y los hombres que creía eran enviados por la *Perseveranza*.

-No le harán daño, ¿no?

-No tenemos atribuciones para modificar la sentencia de la *Perseveranza* –prosiguió urdiendo engaños el resucitado.

Ya estaban próximos al obispo que había dejado de mover la cabeza y no mostraba ansiedad alguna. Seguía triturando las nueces y los pistachos y sorbiendo su polvillo o a veces aspirándolo confundiendo con rapé.

Malacqua lo interpeló:

-Se leerá el edicto de fe con las denuncias que le atañen, se le interrogará y se le permitirá hacer sus descargos o hacerse aconsejar por un defensor, si los hay; se escucharán testigos, favorables a su causa o en contra de ella, se requisarán sus bienes, se procederá a las audiencias, se le entregará a los procuradores si es necesario, se dictará la sentencia y se le relajará al brazo secular para cumplir, si procede, la condena.

-Los autos no proceden en privado –Bernabé alegó, resignado.

-Las reglas han cambiado –Malacqua miró en torno –no obstante tanto nos sirven de audiencia los vivos como los muertos.

Y pidiéndole a Pisanti que lo acompañara y sin tomar en cuenta la estupefacción del cura y de Salerno, regresaron a las habitaciones a las que habían entrado anteriormente y arrastraron hasta el vestíbulo los sitiales con los cadáveres mercerizados. Después hicieron lo mismo con Mier y Campillo quien, aunque ciego, parecía encandilado por la desvanecida luz azul que concentraba el cimborrio.

Los pusieron en un círculo perfecto y en el centro, con una recitación impecable y en actitud hierática, Malacqua fue reproduciendo lo acumulado en su memoria: sin latencias, con fluidez, con las pausas necesarias y con el detalle característico de todo suceso infausto, casi convenciéndose que esos hombres, durante su mandato como supremos del Santo Oficio, habían obrado con negligencia y misericordia.

“Se les acusa de proteger la obra de los cismáticos y nefandos, de actuar con impropia piedad ante sus crímenes, de alentar tanto al cátaro como al luterano y ofender a la Santa Madre Iglesia al no dictar ninguna condena vehemente; por fundada sospecha se les secuestran los bienes; se hubiese querido escuchar a testigos y defensores en esta audiencia y sin embargo están ausentes; en consecuencia se les condena, en acto de fe a morir por fuego o metal y se les relaja al cuerpo secular de este templo dell’Ovo para que la sentencia sea cumplida.”

Y a continuación Orazio Malacqua enfrentó a Salerno:

-Tú eres el brazo civil de este lugar, a ti te corresponde ejecutar lo que el acto de fe ha resuelto; empezarán por hacer de Mier y Montillo un engendro anatómico como sus siete cófrades.

-Ellos llegaron siendo cadáveres –arguyó Salerno.

-El príncipe di Sangro no se fijaba en esa insignificante diferencia –retrucó Pisanti.

Bernabé recuperó el habla.

-¿Acaso el hálito de la existencia que nos obsequió el Señor, el que distingue a un hombre vivo de uno que no le está es algo trivial? –alegó –¿cómo te atreves a desestimar así la obra del Todopoderoso?

-Puede que eso no lo sea, pero sí es tenue lo que separa la vida de la muerte –terció con los ojos fríos Malacqua y apoyó el cañón de su revólver en las costillas de Bernabé.

Se le fue la sangre del semblante al fraile, lo que no estuvo sólo ~~fue~~ provocado por el terror ante la eventualidad de la muerte, sino por esta misma porque Malacqua disparó desintegrándole el corazón y matándolo al instante. Después se volvió a Salerno que aterrorizado levantó los brazos.

-Estarás de acuerdo, entonces -le dijo esquivando el surtidor de sangre que manaba del pecho del monje caído -que el espacio entre la vida y la muerte es despreciable.

Pisanti se encogió de hombros y miró con conmiseración al anatomista. Éste comprendió y sin siquiera prestar atención a Bernabé y apresurado se dirigió a la novena puerta que abrió presentando su interior a Plinio y a Malacqua que

lo habían seguido. Con mecha y pedernal dio lumbre a dos lámparas de aceite: era un laboratorio.

⊖ El príncipe di Sangro, antes de morir, y ante el altar de la *Pietatella*, testó a mi nombre sus instrumentos y productos; la familia quería deshacerse de todo esto con la mayor diligencia posible. –

-No tenemos mucho tiempo –lo urgió Pisanti.

Salerno dispuso en una bandeja cuatro escarificadores, cuatro lancetas cuatro jeringuillas y la misma cantidad de cañas huecas de pequeño calibre.

-¿Qué cosas son esas? –preguntó Pisanti.

-Sirven para introducir sustancias en el cuerpo humano –lo instruyó Malacqua.

-¿Cómo lo sabes?

-Así conserva la Iglesia los cuerpos de los que van a ser santos: incorruptibles como los faraones, con la diferencia que a ellos los envolvían con vendas, a los de ahora los enceran y barnizan.

-No en vano caíste en manos de la Inquisición –comentó Pisanti en voz baja.

A continuación Salerno apartó tres pomos de vidrio, dos de ellos con un líquido ambarino y un tercero lleno con mercurio que tremolaba intranquilo. Con todos esos elementos salió del laboratorio dirigiéndose al cuarto de Mier y Campillo. Una vez allí entregó el platel a Malacqua y regresó a la puerta número nueve. Volvió en un instante; en sus manos traía un cubo de madera sin abertura visible, macizo o tal vez hermético el que depósito en el piso. A continuación llenó las cuatro jeringas con el contenido de los frascos y pidió a Malacqua y a Pisanti que contuvieran las extremidades del Inquisidor. Ambos pusieron sus *Collier* en el cinto y obedecieron la indicación de Salerno. Con certera precisión el anatomista escarificó y perforó con el escalpelo las venas más visibles de los brazos y piernas de Mier e introdujo en ellas las cánulas. La sangre del eclesiástico goteó con generosidad, pero el anciano parecía más disgustado por no poder continuar con su faena con la cáscara de los pistachos que por el daño que le causaban.

-¡No lo quiero desangrado! –amonestó Malacqua a Salerno –que ello provoca una muerte dulce.

-Antes se le acabará la vida –aclaró el aludido y acopló las jeringas.

Y empujó el émbolo empezando por la conectada al brazo derecho y terminando por la de la pierna izquierda. Los ojos ciegos de Mier recobraron de pronto su brillo y sus pupilas se dilataron hasta abarcar todo el blanco de sus ojos. Perdieron consistencia los tejidos de su cara y de su cuello, licuándose y dejando ver las arterias que latían arrebatadas, simulando una trenza de gusanos envenenados; sus venas se colapsaron y se plegaron sus paredes excluyendo el flujo sanguíneo que circulaba por ellas. Gritó el

inquisidor, pero su grito escalofriante se fosilizó en su lengua y en sus cartílagos vocales cuando recibió la agresión del mercurio y las otras mezclas. El arzobispo se transformaba en un espécimen de los diseñados por el príncipe di Sangro.

Todo había concluido. Pero entonces Salerno recogió el cubo, presionó una pieza en uno de sus costados y luego de una serie de desplazamientos de sus componentes se abrió como una caja de mago. De su interior extrajo una peluca de cuatro rizos, una rama con flores secas de tamarisco y un huevo de gallina.

-Es un cubo encantado –Malacqua se retiró dos pasos.

-Es el postizo de di Sangro y el huevo de Virgilio –Pisanti encañonó la cabeza al anatomista y alargó su mano –se dice que si se quiebra, el *castello dell'Ovo* se derrumbará...

Salerno abrió los dedos de su mano y el huevo empezó a caer, meciéndose en el aire como un pétalo muerto. Quiso atraparlo Malacqua, pero sus uñas no lo contuvieron, disparó Pisanti contra Salerno, se rompió el huevo contra el piso y se tiñó de amarillo y rojo el empedrado. Se derrumbó Salerno sin una queja y la clave del arco que daba entrada al anfiteatro perdió su sostén y se hizo polvo en el suelo.

Pisanti soltó su arma y tomó del brazo a Malacqua, arrastrándolo fuera del atrio.

-¡La historia de Virgilio era cierta! –gritó alarmado, protegiéndose de dovelas, bloques y salmeres que llovían desde el cielo de los subterráneos del castillo. Trataron de rehacer el camino por donde habían venido, hasta que una viga que rodaba por una escalinata golpeó al inspector y lo arrojó lejos de la vista de Malacqua, que trataba de respirar sin cerrar los ojos. No supo si era atraído o succionado, pero en un instante se encontró flotando en un océano oscuro y sin orillas. El golfo de Nápoles se tragaba los últimos sillares del edificio los que al precipitarse al agua fría se fracturaban con un retumbo formidable.

Malacqua recobró el conocimiento en una playa pedregosa y solitaria. Una gaviota picoteaba una de sus uñas donde se había aferrado un cangrejo. Sintió hambre, ahuyentó al pájaro y le arrancó una pinza al crustáceo. Rompió la corteza calcárea y sorbió la carne dulce. El animal se revolvía en la arena. La segunda pinza era pequeña y Malacqua no tuvo fuerzas para ir detrás de dos cangrejos que huían, escorados, hacia el mar. Esperó un rato escuchando como borboteaban las ruinas del *castello* en un revoltijo de ladrillos, argamasa, huesos de inquisidor y cáscaras de huevo. Se arrastró hasta el paseo que bordeaba la playa, recuperó fuerzas, se incorporó y se fue por las calles vacías hasta la barraca alquilada.

Esther no preguntó.

-Después me contarás –le dijo.

Lo ayudó a desnudarse y lo dejó introducirse en una bañera de boj llena de agua tibia.

Creímos que explotaba el Vesubio –opinó Gabriella tras una cortina.

-Pero desde la colina vimos como se sumergía el castillo; sabíamos que regresarías entumecido desde el mar.

La hebrea curó sus erosiones y con un bálsamo friccionó sus moraduras. Lo secó y lo hizo vestirse con buenas ropas burguesas que comprara la víspera. Le cortó las uñas y le pidió que cargara el carro con sus pertenencias y luego unciera la mula. Mientras Malacqua cumplía con los encargos, la mujer, con letra caligráfica, llenó los formularios de identidad que Pisanti había robado para ellos.

-Pues, ¿nos vamos? –adivinó.

Quando aparecieron por la puerta, Esther y Gabriella eran dos perfectas *signorine* del mejor barrio napolitano. Evitaron el casco antiguo y a través de los suburbios del puerto y enfilaron por la carrera del norte que llevaba a Pozzuoli.

-Ahí venderemos lo que no podamos embarcar a Barcelona –les notificó.

-La mula, no –imploró la niña.

Malacqua, imperturbable, se detuvo, volvió la cabeza y miró las aguas del golfo, escarceadas con gracia por el viento, el islote de Megaride y el paseo de la marina, único recuerdo del castillo de los inquisidores.

-Lo reconstruirán pronto –fue la respuesta al ruego de Gabriella.

Segunda Parte.

OCHO. (El imitador del canto y del vuelo de los pájaros.)

1.- Orazio Malacqua acomodó una bolsa marinera en la espalda de Esther y un zurrón de cuero, dos veces más voluminoso, en la suya: era todo el equipaje.

El puerto de Barcelona estaba convulsionado. Era la víspera del aniversario de Molins de Rei y de la victoria de Juan Clarós sobre la división del general Reilles que sitiaba la ciudad y al que persiguió hasta más allá de las fronteras de Francia. Las calles estaban atestadas, la gente iba y venía, muchos reían, unos pocos lloraban.

-Esos son los que le temen un nuevo ataque de los carlistas –dijo Esther.

La mujer guió a Malacqua y a Gabriella por las ramblas hasta alcanzar un callejón en cuya esquina se apagaba y encendía el farol de un bodegón.

-¿Dónde nos llevas? –preguntó Malacqua, deteniéndose y encendiendo uno de los cigarros que le quedaban.

-Donde el rabí Noa.

Malacqua se miró las uñas. No habían crecido lo suficiente durante la travesía desde Pozzuoli.

-En ese hogar estarán seguras –las atajó –no hay certezas ahí para un cristiano.

Esther lo encaró:

-Con estas verbenas o duelos, por el alboroto que causa la alegría o el sufrimiento por lo que ha de venir, no encontraremos posada en ninguna parte.

-¿Lo resolverá el azar o el destino? –Malacqua soltó el brazo de Esther.

Esther reanudó la marcha con Gabriella de la mano.

Malacqua no la detuvo.

-¿No son acaso lo mismo? –opinó Esther.

Esther comprobó que Malacqua las seguía.

-No estoy tan seguro –el hombre calló ante una seña de la judía.

Oscuros transeúntes entraban al bodegón.

Esther dio vuelta en la esquina adentrándose en el pasaje y Malacqua comprobó que llevaba el revólver en el bolsillo derecho de su pantalón.

La callejuela de tierra daba una curva y se estrechaba aún más. Esther no vaciló, se detuvo antes la puerta de una casa de dos plantas, sin luces visibles como todas las vecinas y golpeó dos veces, en dos partes distintas de la madera.

-Conoces esta ciudad –dijo Malacqua.

-Y su historia –replicó Esther –nací aquí.

Abrió la puerta un joven de pelo crespo, nariz pequeña y pómulos sonrosados, sostenía una vela en la mano izquierda y miró, con evidente incredulidad, a Esther.

La judía le tocó el kipá.

-Si sales a la calle te reconocerán de inmediato –le dijo.

-Hay más tolerancia, hermana –dijo en catalán el que había abierto y abrazó a Esther.

-¿El rabí? –preguntó ella.

-Te espera, te ha esperado desde que fuiste al reino de las dos Sicilias en busca de tu padre.

-El fue a la hoguera.

-Y a la hoguera fue quien lo condenó.

-¿Cómo lo sabes?

-La historia de Moleggo ha recorrido Europa y la de la monja Martonez y la destrucción del castillo del Huevo, en Nápoles y la del nefando que las ha provocado.

-Eso fue casi ayer –dijo Esther.

-No hay obstáculos que detengan las noticias: ni el mar, ni las montañas, ni el clima, ni siquiera la sordera de quienes no quieren aceptarlas.

Malacqua apagó el tabaco en la suela de su bota y el muchacho los dejó entrar. Los viajeros dejaron las bolsas en el piso.

El rabí estaba sentado, en silencio, en un diván; severo preguntó:

-¿Dónde está el *mohel*, mi hermano?

-No pude recoger sus cenizas, fueron aventadas por el verdugo.

El viejo se puso de pie.

-De nada habrían servido: mujer, no eres digna de esta casa, ni la pequeña que te acompaña y menos aún el cristiano de las uñas crecidas; la venganza aplicada por este hombre nos humilla, tu negligencia nos llena de culpa, ¡vete mujer! Y no regreses.

Esther retuvo a Malacqua, engrifado ya.

-Olvidaré a este anciano, como mi padre lo olvidó con las primeras lenguas de fuego.

-¿Cómo puedes...? -el rabí la señaló con el dedo izquierdo, tumefacto por la ira.

-Me dejaste ir sola, ¡qué la muerte de mi padre, tu hermano, te remuerda cada vez que abras la Torá!

Malacqua comprobó que sus uñas habían crecido.

El rabí se irritó aun más y su primo, Aaron, que había abierto la puerta se retiró aterrizado.

-No te maldigo por la comunidad del vínculo de nuestra sangre.

Malacqua recogió el equipaje.

-¡Vamos! -dijo -buscaremos refugio en otra parte.

Aaron regresó y servil abrió la puerta.

Malacqua -más tranquilo -habló en español:

-Dime, hombre sabio y encolerizado - ¿qué distingue el destino del azar?

El rabí se volvió a sentar:

-El destino lo resuelve Jahvé, el azar el Golem.

-Entonces que el Golem te acompañe en tus últimos años -lo maldijo Malacqua.

Expulsados, en la calle ennegrecida y peligrosa, con Gabriella de la mano, Malacqua fijo sus ojos rojos en los azules de Esther:

-Tú ya no eres judía ni yo cristiano -determinó.

Retornaron a las ramblas. Barcelona recuperaba el silencio. En la esquina los alcanzó Aarón, llevaba en sus manos un sobre de papel.

-Esto es tuyo -le dijo a Esther -es lo que dejó tu padre antes de emprender la misión a los Estados Pontificios.

-Es mucho dinero -Esther abrió el sobre.

-Es lo que ahorraba al practicar la *brit milah*.

-¿Un pago por la circuncisión? -Malacqua se mostró sorprendido.

-¿Y el diezmo y los óbolos por el bautismo y la extremaunción de los cristianos? -replicó Aarón.

Y dando la vuelta corrió a su casa.

-Nos será útil -apreció Esther.

-¡Ahora podremos comprarnos una mula! -pidió Gabriella.

-La que quieras.

Reanudaron la marcha hacia el puerto. Se sentaron en una banca y esperaron abrigados por sus mantas. Atento, Malacqua mantuvo la vigilia. Amaneció el cielo con un azul intenso y una suave tramontana. Algunas ardentías parpadeaban desde el mar. Barcelona había dejado atrás la intensa jornada anterior y los hombres caminaban a paso rápido a sus trabajos. Las mujeres

instalaban sus florerías en las veredas y una pareja de guardias municipales husmeaba sin disimulo.

-¡Vamos! –Esther ordenó las mantas, Malacqua cargó el equipaje y remontaron la ciudad rumbo a Montjuic.

En la ladera oriental del cerro, por la calzada que sube hasta la fortaleza, pasando el cementerio judío, Esther se detuvo frente a una verja de hierro corroída por el salitre, enceguecida por la hiedra, con una cerradura cuya tapa de bronce tenía la forma de un cuerno de carnero. La cerca abrazaba una amplia propiedad. De la casa sólo se vía la planta superior con un corredor cubierto flanqueado por arcos carpanel. No había como hacerse anunciar.

-¿Quién vive en este lugar? –inquirió Malacqua.

-Ahora, después de tanto tiempo no lo se, sí quién la habitaba cuando era una niña -Esther inclinó la cabeza y quedó escuchando.

Se escuchó el trino de un pájaro.

-Es un herrerillo el que canta –señaló Gabriella.

-¡Entonces todavía está aquí!

-¿Quién? -insistió Malacqua.

-¡El imitador de pájaros!

Entonces Gabriella emitió dos silbidos cortos, que repitió tres veces, subiendo un tono cada vez: reclamos de una peculiar tesitura. Después tiró de una manga la chaqueta de Malacqua y dijo:

-Y ese es el canto de un estornino pinto.

Calló el herrerillo: y se oyeron pasos pausados y firmes, el sonido de la llave en su cerradura, la vuelta y media de aquella, el ruido del *shofar* al levantarse y golpear el metal y el de la puerta en la cancela que se abría. El joven detrás de la puerta no los saludó, pero los invitó a pasar. Vestía una capa azul con capucha en la espalda y llevaba un sombrero dorado en la cabeza. El jardín se veía bien cuidado y el sendero de grava por el que se adentraban estaba franqueado por limoneros en flor. En el corredor que rodeaba la casa y en una mesa de mimbre estaba servido el desayuno. Los visitantes dejaron sus morrales colgados en un perchero, fuera de la baranda.

-Hoy es sábado –comprobó Esther al acercarse, ver y oler el *cholent* acompañado con el *kuguel* de zanahorias.

-No es día de trabajo, pero sí de reencuentro –dijo el hombre que se presentó en el corredor.

-¡Profiat! –exclamó Esther.

-En el *Shabbat* debemos controlar nuestras emociones –dijo el hombre con voz suave.

Vestía como el mozo, aunque su bata era color pardo y estaba festoneada con hilos de plata. Pasada la mitad de su vida, era un individuo robusto, de barba y guedejas grises que le colgaban delante de las orejas.

-No esperaba verte vivo –Esther matizó el acento de su entusiasmo.

-Te ha repudiado el rabí, ¿no es cierto?

-Mi padre iba al país donde gobierna el mayor de los *goyim* y el rabí sabía que no sólo no ocultaría su condición sino que jamás renegaría de ella.

-Fue su compromiso, no el tuyo –Profiat les señaló la sillas.

Luego recitó una cita bíblica, bendijo el pan y el vino y los invitó a comer.

Malacqua lo hizo con prudencia, Gabriella llenó su boca con el pastel dulce de zanahorias.

Después que comieron Profiat se dirigió a Malacqua:

-Has aplicado la ley del Talión.

-¿Hasta aquí también ha llegado la historia de Moleggo y de la suora y del *castello*?

-No aprobamos la venganza.

-La moral entre los hombres no siempre es coincidente.

-Eres un sacerdote católico.

-Si sabes mi origen, no debes ignorar que la Inquisición me ha dispensado de mis votos –Malacqua respondió con una mueca amarga.

-La ley del Talión, Deuteronomio diecinueve, veintiuno, no viola ningún precepto judío ni cristiano –manifestó Esther.

-Sí lo hace, fue vetada en la época talmúdica por los *Rishonim* –acotó Profiat.

-Y en el sermón de la montaña –dijo Malacqua –pero en lo que a mi respecta no viene al caso que haya sido o no proscrita; esa ley repara lo que la negligente justicia omite.

-No debe ser el odio lo que motive tu venganza, el odio unge las creencias y las deja escabullirse, vaciándote el alma.

-¿Y qué, entonces?

-Tus convicciones.

Malacqua meditó un minuto.

-¿Y si ellas han sido destruidas?

-No lo han sido, como tampoco las de Esther por haber sido maltratada por el rabí, anoche.

Y Profiat le preguntó a la mujer:

-O ¿ya no crees que *Bereshit bara Elohim eth hashamain v'eth h'areths*?

Ella asintió con la cabeza:

-Sí, creo en el primer verso de la Torá.

Un canturreo los enmudeció. Era la melodía áspera de un pájaro que se percibía desde la calle.

-Nadie puede negar la creación –dijo Malacqua, traduciendo sin dificultad la primera frase del Pentateuco.

Profiat, sin sorprenderse por aquél comentario, levantó su mano derecha, imponiendo silencio.

-Es un abadejo –dijo Gabriella reconociendo las notas.

-El abadejo es un pez y los peces no cantan –la corrigió Malacqua.

-También se le llama reyezuelo y su canto tiene un ritmo complejo –informó Gabriella –y los peces también cantan, en los lagos azules de las más altas cumbres.

-¿Quién te enseñó todo esto? –la inquietud de Esther contenía cierta alarma,

-Mi madre llevaba el canto de las aves en el alma.

Profiat se puso pie y el mozo de la capa azul reapareció.

-Son ellos, doctor –alertó el joven –aunque no han sido convocados.

-No es necesario que se les convoque –Profiat se llevó el índice a los labios.

El reyezuelo volvió a trinar con notas de ritmo diferente.

-¡Son los búhos! –el joven hizo una mínima reverencia y se retiró.

-Ese no es el reclamo de los búhos –negó Gabriella.

Profiat sonrió:

-No son los que te imaginas, pequeña hija de Golda –dijo Profiat.

-¿Cómo sabes su nombre? –le preguntó Esther.

-No hay quien no haya conocido a Golda, la que imitaba a los pájaros.

Oyeron el sonido de la puerta exterior que se abría y pasos livianos que parecían no pisar el ripio del arcén. Eran cuatro enormes búhos, de fuertes picos, albos discos faciales en torno a sus ojos y negras plumas remeras. Malacqua se levantó presto a defenderse y a proteger a Esther y Gabriella, pero las grandes aves se detuvieron a diez pasos. Una de ellas llevó las alas a la cabeza y levantó la carátula de su máscara. Los tres que lo acompañaban lo imitaron. Eran hombres de mediana edad y sonrientes. Uno de ellos les habló:

-Bienvenida, hija de Golda, bienvenidos Esther y Orazio Malacqua.

-No me gustan los disfraces –dijo Malacqua –nuestros enemigos los usan.

-¿Las comadreas de la Perseverancia?, pues esa es la razón de los nuestros.

-Los búhos son enemigos naturales de las comadreas; según la religión cristiana los búhos representan al judaísmo pues nos atribuyen, como a ellos, el amor por lo lóbrego, ansias de una oscuridad incompatible a la luz de su evangelio, los búhos es para los cristianos la canción de la muerte, el ave cadáver, para nosotros es la sabiduría, la sensibilidad del vigilante ciego, la advertencia.

-Sabemos que la *Perseveranza* es una organización reciente –dijo Malacqua.

-En tu tierra, aquí la Perseverancia nace con la Inquisición.

Y Profiat Durán narró la historia que se iniciara con su antepasado de igual nombre.

“La Inquisición en Barcelona tuvo un desarrollo peculiar, distinto al de otras localidades de esta península. Fue menos agresiva, conciliadora en cierto sentido y hasta compasiva. Estaba en permanente conflicto jurisdiccional con las autoridades catalanas; esto y los pocos recursos con que contaba limitaba de manera significativa su agencia. No significa esto que el Santo Oficio no estuviera al tanto de estas singularidades, de ningún modo, lo que ocurría era que los peligros para la corona y la iglesia católica se resolvían, también, por otros conductos, más efectivos que los autos de fe: a través de la política, la guerra o las algaradas anti judías. En Barcelona la Inquisición se vio asediada en forma permanente y sometida a constante vigilancia. Hubo enfrentamientos importantes con las autoridades civiles e incluso con el virrey, ya sea por cuestiones de impuestos o atribuciones disputadas. Sin embargo no puede negarse que la Inquisición hizo su trabajo en Cataluña. Y éste se centró contra el judaísmo y el protestantismo. Esta pauta no elude lo que he querido decirles.”

Malacqua había recuperado la confianza y los gigantescos pájaros se habían sentado en las gradas de la terraza y prestaban atención a lo que, quizás cuántas veces, habían escuchado antes. Esther seguía el relato y Gabriella se distraía silbando breves y despaciosas melodías.

Continuó Profiat:

“Era el terror el arma fundamental con la que actuaban los inquisidores y fiscales, los procuradores y delatores y el miedo quebranta lealtades, desgasta compromisos y afloja convicciones y certidumbres. Y cuando era procedente, la Inquisición con sus funcionarios y familiares se apartaba y se hacían presentes las comadreas de la Perseverancia, llevando el pánico a niveles incontrolables.

En un auto de fe nocturno, en presencia del Inquisidor de Cataluña, del arzobispo y de las más altas autoridades civiles, ante una multitud reunida en una explanada en Eixample, se quiso quemar en la hoguera los huesos desenterrados de un falso converso muerto de apoplejía, seis meses antes, durante las sesiones de tortura. En esa ocasión volaron por primera vez los búhos. El que los guiaba era el joven filósofo y gramático Profiat Durán. ¿Imaginan algo más terrorífico que un ataque llevado a cabo por gigantescos ocells, que brotan de súbito desde las copas negras de los árboles y se

precipitan con ferocidad sobre sus enemigos acometiéndolos con sus garras y sus picos? Fue un homenaje postrero a Blanca March, cuyos restos también fueron exhumados y carbonizados; ella fue la madre de Luis Vives, el célebre humanista valenciano.

Se buscó a los búhombres, como se les llamó, con incansable empeñamiento y aunque para la administración civil y eclesiástica de Barcelona esas aves depredadoras eran una bien actuada impostura de la resistencia judía, la leyenda popular se encargó de transfigurarlos en especies astrales, bienhechoras para algunos, maléficas para otros. A partir de esos años a las deficiencias de la Inquisición catalana se sumó el miedo de sus esbirros, del sayón y el entusiasmo de la gente que disfrutaba con los castigos que los búhos propinaban procuradores, fiscales y verdugos. En verdad hace tiempo que nuestra organización tiene una actividad escasa y regulada.

Profiat calló.

-Y la Perseverancia –preguntó Malacqua.

-Nos temió y estamos atentos ahora que sabemos que el Santo Oficio ha sido abolido.

-Presumo que no tengo nada que hacer en Barcelona –declaró Malacqua.

-¡Nada! –sentenció Profiat Durán –pero Gabriella debiera quedarse con nosotros, ella tiene tres oportunidades de reincorporarse a su linaje, esta sería la segunda que desperdiciaría.

-Ella podrá decidir –Esther reconvino al admirado Profiat.

-Es hija de Golda, que como tantos judíos decidió recorrer el mundo para invitar a sus compatriotas a regresar a Sion; el canto de los pájaros lo aprendió aquí y el de los búhos, –pensó, –le iba a servir para disuadir a quienes la hostilizaran, si era útil en esta ciudad, lo sería de igual manera en otras.

-Y por eso la condenaron: la bruja Martonez la acusó de vínculos con el demonio de los buitres, el que podía enseñarle el canto de los pájaros que devoraba.

Profiat miró a los búhos que escondieron sus rostros detrás de las máscaras y se retiraron por donde habían llegado.

-Pues en ese caso deberán dejar mi casa durante el transcurso del *Shabbat*.

-Ahora, sin demora –dijo Malacqua tomando de la mano a Gabriella.

-No entiendo –dijo Esther.

-Con vosotras viene el peligro, los sigue la sombra de la represalia, Barcelona ha dejado eso atrás, hay otros sitios para continuar lo que iniciaron con Moleggo en Bojano.

-Está en la verdad –Malacqua se impacientaba.

Fue con Gabriella hasta la balaustrada y con su brazo izquierdo recogió la mochila de Esther y su zurrón.

2.- Fuera de la propiedad de Profiat, Esther pareció orientarse de inmediato. Malacqua con la niña iban a su lado.

-No tomes decisiones apresuradas –recabó el que había sido cura.

-Tenemos dinero –recordó la mujer –para Gabriella es imperativo descansar y nosotros debemos aclarar situaciones y resolver ciertas orientaciones.

-Conoces mis prioridades.

-Son las mías –replicó Esther.

-Y las mías.

Gabriella entonó el canto de un ruiseñor.

Atento a su entorno, Malacqua se dejó guiar por Esther hasta el centro de Barcelona. La ciudad estaba quieta pero sin duda vigilada. Si alguien debió prestar atención en esos tres fugitivos no lo hizo y pudieron caminar sin tropiezos hasta la calle del Carmen, deteniéndose ante el hotel *Llibertat*, donde, delante de una puerta de madera fina y cristales biselados los interrogó, con cortesía, un portero que vestía un uniforme de pana verde.

-¿Buscan alojamiento?

-Para tres –respondió Esther.

El hombre tiró de un cordón, se escuchó el ruido de un cierre y la puerta se abrió con breves espasmos. El vestíbulo estaba recargado de decoración. Sobresalían grandes búcaros de porcelana con suspiros y magnolias. Esther pidió dos cuartos.

-Tenemos los especiales con agua que cae de un *Regency* –ofreció el conserje.

-Lo que sea –dijo Malacqua.

Gabriella estaba extenuada. Subieron por una escalera hasta la segunda planta y Malacqua introdujo la llave en la cerradura. Eran cuartos espaciosos, de techos elevados y cortinajes abiertos, una ventana y un balcón cada uno, separadas por un entredós. Dos camas y entre ellos el recibidor con un biombo articulado que ocultaba la ducha y el retrete. De allí Esther llevó una jarra con agua, lavó la cara y las manos de Gabriella, la desnudó a medias, y la acostó en una de las camas de la primera alcoba. La luz desfalleciente del *Shabbat* que se iba permitió a Malacqua reconocer los muebles y los objetos que ahí habían. Camas de bronce, una cómoda de marquetería y un gran ropero con un espejo. Esther pasó frente al cristal plateado y su imagen se reflejó con nítida hermosura. Al verla allí, atrapada en el espejo, cerrando con la mano izquierda

la puerta del cuarto, Malacqua se sintió sereno y seducido a la vez. Los espejos no devuelven las formas ni los desplazamientos de los seres que reptan en los barrancos.

Malacqua se sentó en una de las camas.

-No nos quedaremos más de un día –determinó.

↯No quiero dejar Barcelona sin un destino conocido, sin un trabajo definido

↯Esther se acomodó en el borde contrario de la cama, apoyando su espalda contra la de Malacqua,

-Buscaré mañana ese destino y esa obligación –prometió Malacqua, haciendo correr sus uñas por el algodón de las sábanas.

Esther se volvió:

-Dame esas manos, cura, que tus uñas me harán daño.

-Son inofensivas, si no me tocas –Malacqua se defendía.

Esther mostró unas tenacillas.

-No te dolerá –aseguró.

Tijereteó las uñas de Malacqua y las guardó en un monedero de fieltro.

-¿Qué? –preguntó Malacqua.

Esther le dedicó una de sus escasas sonrisas.

-Se me ha enseñado que si les añades hojas de albahaca viva y cenizas de espolón de gallo de pelea, no te volverán a crecer.

El esbozó una sonrisa conciliadora:

-¿Quién te dijo que no quería mis uñas largas?

-Con esos anzuelos en tus dedos no vuelves a la cama conmigo –Esther se descubrió el hombro izquierdo: tres finas líneas violetas lo surcaban.

Malacqua le desnudó el derecho. La piel estaba indemne.

-Lo de las cenizas de garras de gallo me hace sentido –dijo acariciando con sus yemas las tres líneas de sangre –no así la albahaca.

-Tus manos olerán como ella.

Malacqua le deslizó la blusa más debajo de las clavículas.

-¡Qué de bruja, entonces, algo! –llevó su mano al muslo de Esther.

-Más que algo -dijo Esther y lo empujó, haciéndolo caer en la cama.

Se persignó el que había oficiado misas y Esther se tapó la boca, pensó que iba a reír. Luego le aflojó en cinturón.

Cuando la campana de la iglesia *Mare de Deu* tocó la medianoche Malacqua se rindió, exhausto; cruzado sobre el cuerpo de Esther formando una cruz inmóvil, erizada aún su piel, desnudo. Ella también dormía.

En la mañana los despertó la mirada acuciante de Gabriella. De pie los observaba desde los pies de la cama.

-¿Cómo has entrado? –Esther se sentó en la cama, cubriéndose con los brazos.

descansar
descansar.

-La puerta estaba sin llave, creí que era hora de comer.

Malacqua se revolvió entre las sábanas, más despierto de lo que parecía.

-¡Sale! –le ordenó –hay cosas que no debes ver.

-¡Y otras que no hay que hacer...! –la niña se expresó con un tono de divertida desdén y caminó de lado hacia la puerta.

Esther saltó de la cama, recogió su morral y corrió al cuarto de baño. Reapareció vestida y con el pelo mojado.

-Todavía queda agua –dijo a Malacqua.

-¿Me envías a una afusión?

-Para que te laves, no para que te purifiques.

Malacqua obedeció.

Era de día de misas y tregua ese domingo en Barcelona. Hombres y mujeres, vestidos con elegancia los que venían del puerto y con pulcritud los del campo se dirigían sin mirarse ni hablarse a las iglesias. Parejas paseaban sin rumbo fijo y los ancianos aprovechaba en sol para fumar sentados en los escaños de las rondas.

Tentado, Malacqua entró a una abacería y compró cigarros puros de La Habana.

Las nubes cubrían el puerto cuando terminaron de comer.

-¿Saldremos esta noche? –preguntó Gabriella.

Malacqua interrogó a Esther con la mirada.

-Es lo que tu propusiste –dijo ella.

-Volveremos al hostel para prepararnos y descansar. es con ? quizás no

-Tengo pocas esperanzas –se lamentó la niña, con un dejo de sarcasmo.

Esther suspiró y dijo:

-No hemos olvidado lo que hemos hecho, ni hemos renunciado a lo que haremos.

-Pasarán toda la noche en la misma cama –dijo Gabriella con impertinencia –y así quizás hasta cuándo.

Esther se detuvo.

-Yo dormiré contigo esta noche –le prometió.

Malacqua se había adelantado. Un soportal provisorio que llamaba a la lluvia cubría el atrio de la iglesia *Mare de Deu de Betlem*. Un cura entornaba las puertas después de la última misa. Malacqua dio unos pasos hacia el templo. Esther percibió su turbación.

-Anda –le dijo con seriedad –confesar tus pecados en el oído de un cura no significa que te arrepientas de ellos.

Malacqua sintió el peso de la culpa con la que su confesor lo cargara cuando, una tarde le describiera el repugnante apetito. Y por un segundo de arrepentimiento, magnificado por la evidencia de su pecado, sintió que estaba

condenado. Pero el recuerdo del rostro agrio de su preceptor y la mirada impasible de los ojos verdes de Esther lo hicieron retroceder. Esteban Dazolinni, aquél sacerdote que lo llamaba al confesionario todas las mañanas, también había sido un inquisidor. Y se enorgullecía de ello.

El clérigo de corona, en el pórtico de la capilla, al ver que ese hombre se desinteresaba, cerró de golpe la puerta. La percusión de las aldabas de bronce le sonaron a Malacqua como las del cielo que al clausurarse lo excluían para siempre.

-Vamos –Esther lo tomó de la mano –que sólo cuando concluyas tu venganza encontrarás consuelo.

Caminaron hacia el hotel, aspirando el humo Malacqua, esperando Esther que terminara el tabaco.

NUEVE. (El severo y justo desenlace del célebre caso de Lastrero y Armadijo)

1.- Sin aviso Gabriella tiró de la mano de Malacqua y se llevó el índice a los labios. Cerca de un templo diminuto apenas iluminado, en la esquina de un angostillo, escucharon gruñidos gatunos. Pero no era el rezongo agudo y entrecortado de gatos en celos. Era un refunfuño despiadado, de animal de monte y algaba. Gabriella no quería seguir adelante, clavada en la acera, la mirada fija en el oratorio. Se abrió una de sus ventanas y a través ella saltaron dos individuos de distinta factura, uno de exigua estatura, el otro robusto. Cayeron al suelo empedrado, se incorporaron sin dificultad y se precipitaron hacia la salida del callejón, atropellando casi a Malacqua. Uno llevaba el pelo rasurado a cepillo y en sus facciones mostraba el pánico que lo hacía escapar, el otro, el tripudo, corría no menos aterrorizado. Nadie los seguía y al pasar dejaron tras de ellos un rastro de aire infiltrado por el sudor del miedo.

-¡Cuidado! –advirtió Malacqua, conminando a Esther y a Gabriella alejarse del lugar –nadie huye con esa urgencia si no ha cometido un crimen, ¡que no se nos atribuya a nosotros!

Una luz que desde el interior del pequeño templo se traslucía a través de un vitral troquelado con el martirio de un religioso se fue apagando.

Los dos hombres habían desaparecido en una neblina que, cual manto de cendal, subía desde el Abra, cuando desde esa dirección se oyó el agudo gimoteo de un animal capturado.

-¡Rápido! –insistió Malacqua, que tomó del codo a Gabriella.

No pararon hasta encontrarse en la puerta del hotel LLibertat. Comieron con frugalidad y se retiraron a las habitaciones sin conciencia clara de la hora. Se ausentó unos minutos Esther mientras Gabriella se acostaba y al regresar sorprendió a Malacqua con un cigarro apagado entre los dientes.

-Quisiera que no lo enciendas –le pidió.

Él aceptó y ajustó el tabaco en su atado.

No se equivocó Gabriella. Dos o tres veces tañó el campanario antes de que se durmiera. Y aunque había forzado el oído nada oyó desde el cuarto vecino. El sueño le trajo el recuerdo de la única, ruidosa e inconclusa experiencia con David, el mozuelo de la reservada sinagoga de Tortosa, una tarde anterior a la salida con su madre con destino a Italia.

En la mañana, sentada a la mesa del desayuno esperando a Malacqua, Gabriella le preguntó a Esther:

-¿Cómo?

Esther dejó sobre la mesa el pan que tenía en la mano y sacudió un rizo formado sobre su frente.

-El silencio –le dijo –puede hacer más elocuente el amor, el silencio donde habita el olvido, donde vaga en vastos jardines sin aurora, donde se queda en tardes blandas y tranquilas como el musgo.

Al llegar Malacqua, Gabriella lo miró a los ojos con su garbo adolescente y lo abrazó.

-¡Ahora sí podremos dejar Barcelona! –estaba segura.

-Las bolsas están ordenadas –Malacqua aceptó el pocillo de café filtrado que le ofrecía Esther.

⊖ -¿Dónde? –la judía depositó la infusión frente a Malacqua.

No alcanzó a responder. Un hombre frenético, que tragaba aire aleteando con sus dos brazos, entró al comedor.

-¡Los han atrapado, los han atrapado! –chilló, llevándose las manos al cuello, saliendo y dejando la puerta abierta.

Los cuatro comensales que desayunaban en las mesas vecinas se precipitaron detrás de él. El más cercano volcó su gazpacho y otro arrastró con su servilleta los huevos hervidos. El mesonero los siguió sin despojarse del paño que anudaba alrededor de su cintura.

-¡Lastrero y Armadijo! –gritó -¡por fin y de una vez por todas!

-¿Se tratará de los dos hombres de anoche? –inquirió Esther.

Llenaban la calle siluetas que se entreveían tras los vidrios pavonados del hotel. Lejos se percibía el clamor de gente que reclamaba. Malacqua apuró su bebida.

-Iré a ver qué pasa.

Gabriella bebió su leche sin respirar. Esther ya había terminado:

-No sin nosotras –le anunció.

Y como impenitentes curiosos se sometieron a la procesión. Una cuadra más adelante era casi imposible avanzar. La gente se aglomeraba en los balcones, los más jóvenes subían a los árboles y los niños pedían a sus padres que los tomaran en brazos, cuestión que hizo Malacqua con Gabriella. Pero no era posible saber lo que ocurría ni tampoco caminar. Su condición de fugitivo acuciaba su incertidumbre y sus temores, no obstante tener por cierto que no era a él a quien, ese día, lo rastreaban. Fue breve el suspenso. Un maestro que blandía un punzón de zapatero hacia donde se suponía estaba el foco de la atención se lo aclaró:

-Han caído Lastrero y Armadijo –dijo –y no por ser carlistas.

-¿Qué han hecho? –preguntó Malacqua.

No alcanzó a recibir respuesta. Un destacamento de fornidos *Mossos d'Esquadra* venía abriéndose paso con poca finura y mucha determinación, sus bastones bajo el brazo, marchando al ritmo militar impuesto por un oficial engalanado con su uniforme gris de bocamangas y ribetes rojos. Malacqua elevó a Gabriella hasta sus hombros y seguido de Esther aprovechó con audacia la estela en el mar humano abierto por esa quilla policial. Habían cruzado las ramblas y caminado incansablemente detrás de los policías. A punto de abandonar la marcha Esther divisó la torre de San Juan del Parc de la Ciutadella. Los *mossos* atenuaron la forzada marcha y se abrieron en abanico, quedando Malacqua y Esther en una primera fila. Delante de ellos se alzaba un amplio espacio y lejos, el muro de los arsenales. En el centro de la explanada se veía una jaula de animales y en su interior los dos hombres que en la víspera vieran huir. La muchedumbre, aunque contenida por los uniformados, se acercaba y alejaba de ella cual molusco libre de su venera. Los condenados, desnudos, gemían aterrorizados con la evidencia de un castigo que ni el más nefando hubiese imaginado. Se olía la nauseabunda inmundicia que no podían retener y se resentía el golpe reiterativo y frenético del cráneo del sujeto de ojos oblicuos contra los barrotes que lo aherrojaban.

-¡Llévate a Gabriella! –presionó Malacqua, nos reuniremos en el *LLibertat*.

-Por nada –replicó la niña –ya tengo quince años, ¿por qué no puedo ver como alguien muere?

Pretendió corregirla Malacqua y levantó un dedo. Gabriella le mostró sus grandes ojos claros, decididos.

-El dolor ajeno puede hacerte sufrir –afirmó Malacqua.

-¿Excepto al *signore* Malacqua?

Era primera vez que lo llamaba por su nombre.

-Una generación de experiencias nos separa –argumentó éste.

-¿O es que la rutina de crucificar a su Dios todos los domingos le da más derechos que a mí?

-¡Ave María! –pareció una invocación la de Malacqua que bajó el dedo admonitorio.

2.- La gayola era el meollo del espectáculo. Los ojos de la muchedumbre fijos en ella provocaba una desatención sobre los ocho siales de felpa roja que estaban a un costado de ella. Esther llamó la atención de Malacqua.

-Y allí, ¿quiénes se sentarán? –lo apremió.

El resucitado se ahorró todo vaticinio. Por el corredor humano labrado por los *Mossos d'Esquadra* fueron entrando los destinados a esos sillones. Los que estaban al medio, unos palmos delante de los otros, fueron ocupados por el obispo de Barcelona y por un civil, engolado, de casaca de terciopelo negro y una barretina de cuadros rojos y amarillos que empuñaba un bastón de mando. A la diestra del obispo se ubicó el Inquisidor de Cataluña y a la izquierda del gobernador, Baldomero Espartero, con sus insignias de Comandante General de Vizcaya. Si con ello la presencia de las dignidades se hubiese agotado, claro le habría quedado a Malacqua y a Esther que estaban en presencia de un auto de fe. Pero aún no llegaban todos los invitados de honor.

Una muda expectación, presta a detonar en entusiastas aplausos, o en abroncados abucheos, recibió a los que iban a acompañar a las autoridades en la ceremonia. El temor que causaban unos y el reverencial respeto los otros neutralizaron una posible y multitudinaria manifestación. Despejado un espacio por la guardia, ingresaron cuatro personajes enmascarados. Los que ocultaban su rostro con caretas de comadreja se sentaron a la diestra del Inquisidor y los que usaban las de un búho, a la siniestra de Espartero. Malacqua comprendió y le dio su opinión a Esther.

-El crimen de esos hombres ha de ser tan inmenso y abominable que provoca el consenso de esos irreconciliables enemigos.

Un hombre, a veces una mujer eludía el cerco y se allegaba a la pajarera ya sea para escupir e insultar a los paniaguados, ya para tenderles un coscurro que quedaba tirado en el suelo. Aquellos espontáneos agresores eran retirados del lugar y los falsos misericordiosos que creían que con su limosna de pan despejarían el camino al cielo, eran reducidos a palos, protegidos de la multitud que los vilipendiaba y enviados a los cuarteles de los gendarmes. Así se evitaban linchamientos accesorios.

Cuando el gobernador Espartero fue notificado que en el Parc no cabía ni un catalán más y que la ciudad estaba vacía, hubo signos de aprobación entre los que estaban sentados. Simultáneamente y por los extremos, se retiraron las

comadreja y los búhos quienes, agitando sus alas bufas, avanzaban sin tocar el suelo.

El hombre de la casaca negra leyó un papel apergaminado que desplegó de un cilindro de latón:

“Lastrero y Armadijo, vilissimi homines, crimen exceptum contribuyen a un singular logro: aunque transitoriamente, han concitado una confluencia de poderes de inmemorial antagonismo. Lastrero y Armadijo han ofendido a Dios y al hombre, al Dios propio y al extranjero, al verdadero y al que no lo es, han vulnerado el Libro, al que fue escrito antes y al que fue redactado después. Al que fue hecho tinta en tierra santa y en tierra ocupada. No hay tribunal ni aquí ni allá que pudiese dictar una sentencia que se ajustara a sus delitos y transgresiones. No hay una ley en los códigos de Roma ni en los del Imperio, como tampoco en los de nuestros enemigos que pudiese describirlos. Ni el gran Henri Sanson, verdugo de Damiens y de Luis XVI aceptaría ejecutar la sentencia que debiera castigarlos.”

Y dicho esto entregó el manuscrito a un ayudante y recibió de él su bastón mando. Dio una orden y de inmediato un oficial abrió el único portillo del calabozo portátil. Espartero y las dignidades dejaron sus sillas.

— ¡Álzame, álzame! —exigió perentoria Gabriella a Malacqua.

El pueblo se había arrojado sobre el habitáculo abierto, atropellando al hombre de l’Esquadra, buscando venganza por mano propia.

Con repentino y desusado sigilo los *mossos* se esfumaron. La efervescencia se fue atenuando y sin que se sintiera pasar el tiempo, de Lastrero y Armadijo sólo quedó algo de carniza y un charco oleoso de un color indefinible. Malacqua vio pasar a su lado a los que habían sido parte de la violenta algazara: pobres y ricos, hacendados y aldeanos, notarios y amanuenses, amas de casa y cortesanas con sus ropas salpicadas por ese aceite perturbador. Como dedos de una mano herida que clama al cielo, reverberaban en el temprano sol de la mañana los hierros retorcidos de la jaula.

Aunque Esther lo tironeaba por el faldón de la chaqueta Malacqua, hechizado por lo que había visto y aún veía, se resistía a partir. Una montonera de barrenderos del condado premunidos con baldes y bayetas coparon la escena. Se ocuparon de la mancha con el entusiasmo encendido por una paga adicional. Pero la piedra que pavimentaba ese eriazó de la Ciutadella no se dejaba purificar, ya había incorporado la roña de esos falsarios. Eso condujo la impaciencia de Esther a un arrebató que excluyó a Malacqua de su ensimismamiento y lo obligó a emprender el retorno. Gabriella, entonces, se dejó caer con suavidad desde la atalaya de sus hombros.

3.- Saliendo del Parc sorprendieron a dos individuos con brazos de robustos galeotes y cicatrices encendidas disputarse un guiñapo sangriento. Con los dedos engarfiados en la presa, pero cuidando de no aplicar un empuje que pudiese destruir su frágil consistencia, discutían más que forcejeaban por el derecho a su propiedad. Malacqua detuvo la marcha sin que los contendientes se fastidiaran. Hasta que esa masa orgánica, cóncava como una cúpula, que sin duda ocupara una parte del cuerpo de Lastrero o Armadijo se partió en perfecta simetría, quedando apenas unida por el entresijo.

-Con esto me alcanza –dijo uno de los forajidos, cortando esas hilazas de mucílago con un navajazo, sopesando su botín.

Su colega también se dio por satisfecho y guardando esa carne en vejigas de cerdo de similar factura se fueron sin mirar atrás.

Siguiendo el sendero hacia la ciudad y varias cuadras lejos de la Ciutadella, enturbiado el sol por un aguacero que se preveía, Malacqua invitó a Esther y a la niña a sentarse en una grada que separaba el arcén de la avenida.

-¿Qué era aquello por lo que peleaban? –quiso saber Gabriella.

-Una víscera, quizás un hígado –aclaró Esther.

-¿Cómo lo reconoces? –intervino Malacqua.

-Por su semejanza con el de un cordero –dijo la mujer.

-¿Se lo comerán? –preguntó Gabriella.

Malacqua intuyó que en Gabriella no había ni una onza de inocencia.

-Serán bandidos, pero no caníbales –a Malacqua le tembló la voz.

-He sabido –dijo Esther -que los ladrones cristianos arrancan el hígado de niños raptados o de ajusticiados abandonados, lo trituran y criban, le ordeñan sus humores y se enjabonan con ellos porque pretenden que los hace invisibles.

Malacqua gruñó.

-¿Y los ladrones judíos?

Esther no se dio por aludida.

-Lo contó el arráez de un barco sarraceno que conoció mi padre: había decapitado a un bellaco que husmeaba en las barzolas con la intención de robar.

Malacqua negó con la cabeza, pero calló.

Continuó Esther:

-Y el más perplejo era el frustrado descuidero, quien, antes que cayera su cabeza le preguntó al capitán si tenía ojos de raposa, pues de otra manera no podría haberlo sorprendido: venía velado por la envidia del hígado de un pequeño rapaz.

Esa tarde, cargados los morrales, en la puerta del Llibertat, Malacqua, Esther y la niña se dirigieron al apartadero de los coches de posta. Alquilieron un coche de cuatro caballos, un cochero y un postillón y enrumbaron a la capital del reino. Dos jornadas demoraba el viaje a Madrid y Malacqua pagó medio real por legua: exigió a cambio un viaje tan abreviado como fuera posible.

El desenlace del episodio de Lastrero y Armadijo, aunque no provocó dudas en Malacqua en cuanto al sentido de su misión, si lo hizo en la forma de reanudarla. No quería conjeturar acerca de lo que había hecho coincidir, en la sentencia recaída sobre esos hombres viles, a cristianos e infieles, a búhos y comadreas, pero no podía ser aquello que lo motivaba a él.

Había estado pensando en voz alta, pues escuchó la voz de Esther, clara, que dominaba el ruido incesante del traqueteo del *landau* en las roderas del camino.

-El concordato del que fuimos testigos me provoca desconfianza en ambas partes y me hace presumir contingencias borrascosas.

-No es un buen presagio –reconoció Malacqua.

DIEZ. (Madrid)

1.- De noche llegaron a Madrid. El carruaje los dejó en las vecindades de la Plaza Real donde encontraron hospedaje.

-¡Ave María! –suspiró Gabriella cuando comprobó que Esther solicitaba dos habitaciones.

-¡Esas palabras son propias de una conversa! –la reprendió Esther.

Malacqua había abierto la puerta de entrada a los cuartos alquilados, empujó a Gabriella al suyo y se encerró en el otro con Esther.

-Silencio, silencio toda la noche -rezongó la niña desvistiéndose para ir dormir, pero no fue escuchada.

Esther se despertó temprano, se lavó en el cuarto de baño común del piso y regresó a despertar a Gabriella. Golpeó repetidas veces y entró. La cama de la pequeña estaba ordenada, como si nunca hubiese dormido allí. Faltaba ella y su morral.

-¡Malacqua! –gritó.

Con los empleados del hostel la buscaron en las dieciocho piezas, ocupadas por viajeros o sin ellos, en los cuatro cuartos de baño, en el comedor, en la cocina, en las habitaciones de la servidumbre, en la buhardilla, en el repostero, en las bodegas y en las cajas de humos y humeros de las chimeneas, removiéndolo todo, asomándose a todo rincón.

Malacqua encubría su intranquilidad:

-Quizás hastiada de estar sola fue a dar un paseo –dijo.

-Por el recibidor no ha pasado nadie –informó el celador.

-Ni por la cocina –dijo el marmitón de turno.

-Tampoco por el comedor –señaló el mozo.

Malacqua salió a la calle a ventilar su desazón. Sabía que buscar a la chica judía entrañaba un riesgo para él. Y aunque sus transgresiones a la ley podían ser consideradas, asimismo, como un *crimen exceptum*, su horizonte no consideraba el encierro en una jaula como la que habían ocupado Lastrero y Armadijo. Sin miedo interrogó en italiano a un guardia civil que hacía punto fijo en la esquina del hotel.

-No he visto a ninguna niña como la que describe –le respondió, rígido.

Rastrillaron el barrio sin resultado, hasta media mañana cuando decidieron informar a la policía de la desaparición.

En un muro, a la entrada y en medio de una docena de carteles con las caras de diversos prófugos, un mal dibujo de Malacqua con su nombre correctamente escrito, ofrecía una bolsa de doscientos reales por su captura. Malacqua se embozó el rostro entre las solapas y Esther lo arrastró fuera del edificio.

-La encontraremos –le aseguró Malacqua –mi vida no vale tanto como la de ella.

-Habrías sido un buen cura –Esther estaba a punto de llorar.

Retiraron las bolsas desde la hostería y se dirigieron a la Plaza Real. Eludieron los escombros de la prolongada reconstrucción y se sentaron frente a la taberna del Sobrino de Botín, junto al arco de Cuchilleros. Depositaron los morrales en los respaldos de las sillas. Dos camareros ancianos evitaban la mesa donde se habían instalado. Malacqua no había sacado la mano derecha del bolsillo del gabán desde que dejaran el lugar donde habían dormido. Con tres dedos y el pulgar empuñaba el revólver y con la uña del índice tentaba el gatillo.

-Te han vuelto a crecer –Esther columpió frente a los ojos del cura la bolsita con sus uñas cortadas –sólo me restan las cenizas de la espuela de un gallo.

Malacqua colocó su mano izquierda sobre la mesa y Esther vislumbró una nerviosa agitación en los mesoneros.

-No harás nada con mis uñas hasta que encontremos a Gabriella –dijo –de seguro las necesitaré.

Un gato de pelo azabache, sentado sobre su cola en la saliente del plinto de una columna los vigilaba con descaro. De pronto el felino se agazapó, dio un brinco y cayó, sobre sus cuatro patas sobre la mesa vacía. Llevaba por collar

una fina cadena de la cual colgaba una pluma. El gato bajó el cuello permitiendo que Esther retirara esa pluma.

-¡Es de un búho! –exclamó.

Malacqua se puso de pie de un salto.

-¡Malditos pájaros! –imprecó.

-No entiendo –Esther se levantó.

-En el viaje desde Barcelona anunciaste tu desconfianza –le recordó Malacqua.

-Profiat no es capaz de tanta ruindad.

-Depende de qué lo motive.

Esther sacudió sus manos:

-¿Qué haremos?

Malacqua examinó la pluma.

-Vamos –dijo, recogió las bolsas y tomó a Esther de la mano.

Subió los primeros diecisiete escalones del arco los Cuchilleros y entró al taller de uno de los artesanos de ese gremio. Esther lo esperó afuera y después lo siguió hasta una carnicería que daba a la plaza. Colgando de ganchos se exponían faisanes y pintadas.

Malacqua salió con la pluma en la mano.

-Tanto el espadero como el carnicero han sido concluyentes –dijo –de increíble parecido, me han asegurado, pero esta es pluma de gallo, no de búho.

Y le enseñó a Esther la falta de endentaduras en esa pluma, atributivas de las aves de vuelo nocturno y furtivo.

-¿Entonces...? –Esther buscaba una orientación.

-Las coincidencias nos guían –Malacqua guardó la pluma en un bolsillo –es un gallo especial, uno de pelea..., ahí podrás obtener un espolón.

-¿Ahí puede estar Gabriella?

-Quizás, pero me han dado una dirección, una corrala han dicho, cerca de una plaza que han llamado Lavapiés, donde hay una arena donde las riñas se inician al anochecer.

-Coincidencias –dijo Esther –Lavapiés fue también una judería.

-Y una calle, Sombrerete.

-La buscaremos, pero, ¿y hasta entonces?

Colindante con la Casa de la Panadería encontraron un albergue donde pidieron pensión. Un cartel ofrecía, también, conejos vivos, descuerados, con adobos o en saladura. El lugar se llamaba La Gazapera. Esther, desencajada por la tensión y la pena, se tendió en la cama del minúsculo cuarto alquilado. Malacqua la imitó, y encendió un cigarro.

-Despiértame antes de que oscurezca –tosió la mujer.

Malacqua se levantó, acercó un desvencijado sitial hasta la ventana, la abrió y se quedó fumando, inmóvil.

Cuando sus ojos se quedaron sin luz volvió a la cama y tocó la cara de Esther. Ella sonrió por un momento.

-¿Gabriella? –soñó todavía.

Malacqua fue hasta la ventana y la cerró.

Esther se incorporó.

-¿Ya es hora? –dijo, rechazando la onírica presencia de la niña.

Por respuesta Malacqua recogió los morrales.

Una niebla incipiente orlaba los hachones de la plaza. Caminaron hasta la plaza de Lavapiés y desde ella, buscando la inadvertencia, recorrieron el barrio tras la calle Sombrerete. Una vez en ella y cobijados bajo la tejera de un comercio cerrado vieron como reducidos grupos de hombres ensombreados golpeaban la puerta de una casa, esperaban, encendían cigarrillos y entraban. Hasta esa corrala se dirigieron Esther y Malacqua.

Se abrió un portillo. Malacqua no pudo distinguir el rostro, encandilado por la luz diáfana detrás de él. Pero una voz ruda fue terminante.

-¡Dinero, sí; mujeres, no!

Esther, a las espaldas de Malacqua, le habló al oído.

-Te esperaré en La Gazapera.

Cerciorado el portero de la ausencia de ella, entornó la puerta. Aunque no había sido requerido, Malacqua mostró cinco monedas de plata y fue conducido a la ventana de cubículo donde un hombre, sentado en una banquilla, cumplía las funciones de cambista. A cambio de los reales metálicos, recibió veinte billetes del Banco San Fernando de España.

-Las cédulas bancarias es el único valor de apuesta aceptado –le comunicó el hombre que lo guiaba.

Malacqua fue llevado al zaguán y por una oculta galería entre muros hacia el traspatio y más allá, por callejones bordeados de jardineras o ínfimos eriales, cruzando innumerables corralas. En un momento empezó a escuchar voces, que crecieron a un corrillo y después en una zalagarda estruendosa, que culminó en un silencio ceremonial cuando fue introducido en las graderías de la gallera. Pero aquella interrupción no se debía a su ingreso, sino a la simultánea derrota de un gallo, que herido en el cuello por su contrincante, hacía llover su sangre sobre el coso. Las gotas retintas se encogían al contacto con la arena, semejando diminutos escarabajos refugiándose en su cubil.

La riña siguiente enfrentaba a dos magníficos especímenes, que entraron acunados en los brazos de sus propietarios. Los acompañaban los preparadores, con mandiles de cuero y cajas de madera pendiendo de sus hombros con correas de cordobán.

Se encendió el ánimo de los espectadores. Uno de los gallos tenía el plumaje negro; marrones en distintas tonalidades era el color de su contendor. Sus cuellos no habían sido rasurados, pero las plumas al erizarse dejaban al descubierto, entra la cabeza y las alas, la piel bermeja y desnuda.

Un empleado del local, con bocamangas sobre sus puños, con una tablilla empapelada y una barra de carbonillo incluido en un estilete de madera de enebro se hizo presente en el centro de aquel coliseo. Con el brazo derecho en ristre extendió el dedo índice y señaló al gallo oscuro: “¡el uno!”, gritó y luego agregando al índice el dedo anular de la misma mano, numeró a la otra ave de pelea con el dos. Era el receptor de apuestas.

Contrariamente a lo que Malacqua podría sospechar, los hombres no vociferaron sus posturas; entregaban la moneda de papel sin emitir palabra, pestañeando y moviendo los labios cerrados con una gestualidad que era interpretada velozmente por el recogedor que recibía los billetes y anotaba en la tabla el monto y el nombre del apostador. Una o dos veces se escucharon voces que buscaban la atención del recaudador: ¡”cinco por el Asil..., diez por el Ashura! Pero todo ello era innecesario, pues el corredor de apuestas era rápido y eficiente y nadie quedaba sin entregar su apuesta.

Al terminar la recolección el hombre anunció:

-¡Apuestas igualadas, uno por uno!

Entró entonces el juez que se instaló en un costado, sobre una silla desde la que abarcaba todo el reñidero. Desde uno de los apoyabrazos pendía una campana. Se acomodó con parsimonia y tocó una vez la campana sacudiendo el badajo. Los galleros entregaron sus gallos a los entrenadores quienes los acercaron casi hasta tocarse. Así se reconocían, se medían, quizás percibían las fortalezas y debilidades ajenas. El juez recibió dos objetos que Malacqua confundió con navajas. Levantó sus gafas y examinó aquellos elementos y convencido de su correcta hechura los arrojó al ruedo. Tronó la concurrencia: la riña ya empezaba. Los preparadores los recogieron y con pericia los ajustaron en los propios espolones de los animales, utilizando un fino y fuerte torzal, exponiendo su trabajo al escrutinio del público.

-Están entalladas del hueso del pescado -le informó a Malacqua un vecino con el compartía codo a codo el espectáculo -y tienen el filo de una guillotina francesa.

La inducida ferocidad de esas rapaces inflamó el ánimo de Malacqua. El Asil superaba al gallo negro, que sufría heridas en el cuello y había perdido un ojo, pero eludía los picotazos brincando, tratando de golpear con la navaja las costillas de su enemigo. Pronto el juez suspendió la riña. Los preparadores volvieron al redondel a lavar a sus pupilos. No se quedó ocioso el recibidor que dio otra vuelta, la que aprovechó Malacqua:

-Al uno –le dijo –mostrándole dos billetes.

El recolector aceptó, sorprendido, el dinero. Nadie jugaba a favor de un gallo tan estropeado.

-¿Tu nombre, apostador? -preguntó.

-Acquabuena -respondió Malacqua.

El preparador del Ashura relleno la cuenca con una pulgarada de hierbas amarillas y lo depositó en la arena. El otro esperaba, las plumas de su cola abiertas, frotando sus navajas, disfrutando con anticipación la muerte del que le disputaba su territorio.

El gallo negro, había recobrado energías y con una agresiva sonoridad de sus alas voló sobre el Asil que se volteó levantando sus extremidades. Giró en el aire el tuerto y antes que el marrón se incorporara y con un golpe al estilo de Jarnac, le cercenó una pata con la tajadera. Remolineó el herido en la arena, aleteando desesperado, quizás tratando de engañar al Ashura ocultándose en el polvo que levantaba. No le quería dar tregua el negro, pero dos campanazos terminaron con la pelea. El juez decretó la derrota del gallo marrón. Se desató en gritos aplausos y silbidos la concurrencia, aceptando la decisión. Malacqua, casi sin percibirlo, se encontró con cuatro billetes en la mano. Su apuesta había sido doblada.

Se rastrilló el perímetro enterrando en el serrín el muslo del gallo, se levantaron las plumas, se retiró el juez y pasados unos minutos el anunciador repitió la rutina. Uno de los gallos era un jerezano, con el cuello y el lomo rojizo, el pecho negro, dos plumas blancas en la cola y pico y patas amarillas. Libraría combate con uno albino, cuya cabeza estaba cubierta con un capirote de tela roja que sólo dejaba afuera la cornadura de un pico pequeño y curvo como un garfio.

El recaudador rotuló a los gallos. ¡Uno, el negro, dos, el luchador ciego! Y como en la riña anterior fue anotando los dineros que recibía. Malacqua esta vez le pasó cuatro papeles valorados.

-Por el dos –se arriesgó.

Antes de dejar el círculo, el recibidor volvió a notificar:

-¡Uno por cada cuatro, en contra del ciego blanco!

La ceremonia de los espolones enervó a las aves que trataban de liberarse de los brazos que los aferraban para entablar sin demora el combate ☺

Estando todo listo y con el tañido de la campana los soltadores lanzaron uno contra otro a los lidiadores, los que enredándose en un duelo magistral, cruzaban de frente sus navajas sin herirse, cuales esgrimistas empuñando armas negras. El jerezano, fanfarrón, intuyendo la ceguera del albo, lo atacó por el costado, buscándole el pescuezo; pero éste percibiendo el cambio en la posición de su adversario, giró sobre sí mismo, levantó la cabeza embozada y

con la puya le asestó un corte rebanándole el vientre, destripándolo. Malherido y derrotado, el jerezano se echó al suelo como si enclocara, bajó la golilla y la cola y cantando la gallina permitió que el gallo blanco le cruzara el cuello sobre su lomo.

La campana certificó el fin del combate y el vencedor fue recogido por su preparador. Malacqua recibió un fajo de billetes que embolsó en su faltriquera.

Contraviniendo las reglas escritas, pero con la autorización del juez, se permitió al gallo ciego participar de una segunda riña.

-Es un *red broune* –le informó a Malacqua el vecino –estos gallos ingleses son invencibles.

Cerradas las apuestas, cinco por uno a favor del extranjero al cual Malacqua se sumó, los pájaros fueron echados al ruedo. Esa noche el público disfrutó de riñas sangrientas pero breves. Porque si bien el gallo rojo inició la pelea con entusiasmo y ferocidad, con picotazos y cuchilladas sobre el blanco que sólo se defendía, previendo el origen y el destino de sus andanadas y aunque la lucha por minutos fue unilateral, pintándose de rojo el embozo del ciego, bastó que el inglés recibiera un fuerte aletazo del local, para que se desestabilizara y cayera al suelo.

Malacqua, en ese instante, descubrió ciertas serraduras en las plumas remeras del gallo blanco.

No alcanzó a confirmar su hallazgo, pues el reñidor albo, apoyándose en las tablas del anfiteatro hasta donde había sido acorralado, propinó una fina cortadura en el buche del broune, regando su contenido a su alrededor. Aturdido, el gallo inglés empezó a picotear el alimento perdido, ocupación que aprovechó el blanco para la acometida de gracia troceándole la carúncula y partiéndole el cráneo.

Malcarado por la pérdida, el propietario se llevaba a su *red broune*, cuando Malacqua no pudiendo reprimir un impulso de consistencia imprecisa se lanzó a la arena.

-Este pájaro –exclamó ante la atónica concurrencia –insertando una uña en el capuchón del albino –no es un gallo, es un búho.

Y alzó la prenda para que nadie quedara libre de testificación ante la trampa.

Un murmullo se elevó desde la planchada cuando la cabeza quedó al descubierto.

Era grande como un búho, blanco su plumaje y amplias sus alas; breve su pico y encorvado, pero sin duda que era un gallo de raza.

Con el capuchón en la mano, el error en su conciencia y la alarma en sus sentidos, Malacqua dio unos pasos hacia la puerta del local. Seis o siete hombres se interpusieron entre él y la huida. Quiso llevar su mano al bolsillo para defenderse con su *Collier*, pero dos de sus agresores, con información o

por instinto le habían atenazado las manos, poniéndose lejos del alcance de sus garras. No alcanzaron a golpearlo.

-¡Basta! –prorrumpió una voz autoritaria desde las alturas del tablado.

Se detuvo la hostilidad de los galleros y uno de ellos atrapó al gallo blanco que agitaba la cabeza en busca de su par muerto en combate. Malacqua bajó los brazos. Miró en torno: las graderías estaban desocupadas.

2.- El hombre que había hablado bajó. De estampa distinguida, estaba vestido enteramente de negro, con un menudo sombrero de copa. Las siete vueltas de un *tefilím* en su brazo izquierdo y uno similar en torno a su cabeza y tirabuzones canos gravitando en sus sienes lo identificaban. De mediana edad sus ojos grises se enfrentaron a los enrojecidos de Malacqua.

-Tienes la sagacidad de hacer coincidir las casualidades, cura –le dijo el hassid.

-¿Dónde está Gabriella?

-Que no te obnubile la concertación de búhos y comadreas ante un crimen exceptum.

-¿Dónde está Gabriella? –reiteró Malacqua.

-Si no puedes distinguir a un gallo de un búho...

-Por última vez –amenazó Malacqua -¿dónde está ella?

-Aquí y volverá con Esther y contigo; hemos respetado su voluntad y tu tesón y astucia para resolver el acertijo, lo que te permitió llegar hasta nosotros.

-¡Malacqua! –Gabriella se mostró desde la puerta que daba al redil y con tranquila determinación avanzó hasta abrazarlo.

-¡Gabriella! –Malacqua desatendió al judío.

-Ya podemos irnos –aseveró la niña.

-No te equivoques –Malacqua tomo de la mano a Gabriella –que búhos y comadreas comen ratones.

En forma inadvertida Malacqua huroneó la basura del piso con sus uñas y se hizo con la pata mutilada del gallo acanelado.

-Me amenazaron diciéndome que si no me encontrabas, tendría que volver con ellos a Barcelona -le confesó Gabriella ya en camino hacia la plaza Real –pero nunca dudé de que lo harías.

-Tenías razón –dijo Malacqua complacido.

Esther los vio llegar desde la puerta de la casa de La Panadería y se arrodilló para recibir a Gabriella.

-Esta noche dormiremos los tres juntos –le prometió.

Almorzaron temprano y sin rumbo determinado pasearon por las calles de Madrid, sin alejarse de la Puerta del Sol. En el primer mesón que les salió al encuentro comieron pan de campo y queso manchego. Despachada la merienda Esther y Gabriella se distrajeran mirando las vitrinas de los comercios. Desde uno de ellos salió la judía con una caja de madera laqueada. Malacqua siempre buscando la seguridad, a veces inaparente, de los aleros y chaperones de los patios delanteros de casas y tiendas.

Cansados por la tranoche regresaron al aposento.

Al caer la tarde Malacqua entregó la pata del gallo muerto a Esther y ella abrió la cajuela comprada. Era un ajedrez. Gabriella no conocía el juego y la mujer tuvo que enseñarle el movimiento de las piezas. La primera partida entre la niña y Malacqua terminó, con el triunfo de la niña después de sólo nueve movidas. Gabriella repuso las piezas y acostada en la cama, apoyando su cabeza exigió seguir jugando. Cuando Malacqua abatió al rey por segunda vez, Gabriela le ofreció tablas.

-¡No puede ser! –exclamó el antiguo congregante mirando a Esther.

Al ver a Malacqua derrotado en la quinta partida, Esther ordenó que apagaran los velones: era hora de dormir.

3.- Malacqua soñó con un ajedrez gigante, en que el rey y la reina negra eran comadreas, también los jinetes, los alfiles y los defensores de las torres; las blancas eran búhos y él un peón excluido de los bandos, cautivo en un tablero inescapable.

Sin haber reparado el cansancio Malacqua se removió perturbado. Tardó en percatarse que no era por culpa del sueño ni por las derrotas en el tablero infligidas por Gabriella. Un rumor rítmico se infiltraba por los resquicios de la ventana. Trató de recuperar la lucidez; mas, cogido aún por la duermevela imaginó un batallón de enanos con los pies calzados con botas de piel que atravesaban la plaza. Recordó con vaguedad al presbítero Arnelli, profesor de historia medieval y el relato del ejército de enanos reclutado y pertrechado por el Kan Kostrag de Bulgaria, con el que pretendía derrotar a la plaga de ratas que habían invadido los intersticios de su reino.

Nada era como Malacqua lo alucinaba:

Una procesión de sombras atravesaba la plaza.

-Debe ser un cortejo fúnebre –tranquilizó Malacqua a Esther que se había sentado en la cama.

Malacqua se arrebujó con el gabán, calzó sus botas y bajó. Doce hombres, contó, con togas blancas y un *cucuruccio* encajado hasta el cuello arrastraban una carraca de dos ruedas. Sobre su tinglado había un individuo de pie y

delante de él un pretil desde donde colgaban bultos informes. Los oficiantes daban un paso adelante con la pierna derecha, volvían la cabeza hacia la izquierda, recogían la otra pierna y se detenían. Después de un lacónico intervalo reanudaban la marcha alternando los movimientos. Así avanzaban con lentitud, emulando el artero pero refinado acecho del zorro, el susurro que Malacqua había tomado por la marcha de un batallón de enanos.

En medio de un sinnúmero de madrugadores Malacqua se adelantó. Esther y Gabriella bajaron, cobijándose en el umbral de la puerta de la posada. El de la carreta, que tenía las manos atadas a la baranda, indiferente a lo que ocurría, sus rizos ordenados sobre las orejas y un efod entornándole la cara no era otro que el hassid de la gallera. Los pequeños fardos que colgaban en la delantera del vehículo y que a la distancia Malacqua no había podido distinguir, era un montón de gallos de riñas, algunos moribundos otros liquidados, a los cuales sólo el pellejo sostenía el peso de sus cabezas. Las crestas, hinchadas como abazón de rana por la sangre que destilaba desde sus gañotes, reventaban una a una como bollos de fresas, salpicando las manos del rabino. Ninguno de los que Malacqua creyó penitentes encapuchados impidió que se acercara. Ya había presenciado esas exhibiciones en que pecadores en busca de una dispensa se ofrecían para llevar a un condenado al lugar estipulado por la sentencia.

-¿Dónde te llevan? –le preguntó al judío.

-Me pasearán un día y una noche por las calles de Madrid –respondió poco acongojado la víctima.

-¿Cuál es la razón?

-María Cristina, la regenta de España ha proscrito las peleas de gallos y ha mandado cerrar los reñideros: soy culpable ante la ley, en consecuencia han matado a mis gallos, han destruido mi crianza de pollos y me impondrán una fuerte multa.

Malacqua lo dejó ir y llamó a Esther y Gabriella.

-¿Quién es ese rabí? –inquirió Esther.

-Es también un criador de gallos de raza fina y quien retuvo a Gabriella.

-Un buen hombre no debe ser parte de esos espectáculos.

-No sabemos de su bondad.

-No me hizo daño –Gabriella lo exculpó.

-Pero en forma artera te alejó de nosotros.

Una sombra pasó por la cara de Esther:

-¡Se lo llevan por judío, no por gallero!

-No es lo que él me ha dicho –dijo Malacqua queriendo confortarla.

Aquella tétrica romería atravesó la plaza, perdiéndose detrás del arco de la torre de la iglesia de la Santa Cruz.

Malacqua hizo trepidar sus uñas:

-Si aún no has cocinado el espolón, puedo estropearle la fiesta a esos celebrantes.

-Te atraparán si lo haces y te subirán al carro en lugar del judío; quizás debemos buscar la forma de avisar a los búhos.

-Está en manos de la justicia civil –argumentó Malacqua.

-Quisiera estar segura de eso.

-Iremos por nuestras cosas y los seguiremos en su recorrido –ofreció Malacqua.

Regresaron al hospedaje y retiraron sus bolsas. La luz furtiva del día que empezaba encendía en bias las tejas húmedas de la Casa de la Carnicería. Después de una taza de chocolate y un vaso de agua fresca Malacqua y las dos mujeres iniciaron la persecución de los *cucurucci*.

-No deben estar lejos –aventuró Esther.

Pero después que un sol aceitunado, exclusivo de un invierno precoz, entibiara las calles de Madrid, después que las dueñas de casa vaciaran las inmundicias por las ventanas, después que esas calles se poblaran de gente y se emponzoñaran con los gritos de feriantes y cocheros, después que los ancianos coparan los escaños de las plazas, mucho después, todavía no acertaban con la caravana del condenado. Gabriella iba cantando el nombre de las calles: Atocha, Carretas, Arenal, Hileras.

-No hemos podido alcanzarlos –aseguró Malacqua.

-Pero quizás los adelantamos –manifestó Gabriella.

Malacqua y Ester se tropezaron.

-¿Cómo? –preguntaron al unísono.

-Hemos pasado al frente de siete iglesias, seis de ellas tenían las puertas abiertas, una cerradas; en esa debe estar.

-Llévanos allá –reclamó la judía.

Y sin esperar que la chica la orientara, retrocedió por Atocha hasta la calle del Amor de Dios y de ahí con paso ligero hasta la plaza de la iglesia de San Nicolás.

Junto a ese templo con ábside de cantería, muros de ladrillos de fábrica mudéjar y un campanario que recordaba a un minarete y cuya puerta estaba abierta había otro, románico, olvidado, oculto, con su propileo, su cancela y sus vidriales ahogados por el tiempo y la basura.

-En este lugar no se bautiza hace siglos –afirmó Malacqua tocando las protecciones forjadas.

-¡Por aquí! –los guió Gabriella, escurriéndose por la estrecha sillería que separaba las dos iglesias.

Detrás de lo que era el coro encontraron una puertezuela no menos obstruida que la principal.

-Nadie ha entrado a este edificio –dijo convencido Malacqua.

Gabriella lo miró con adulta seriedad.

-Estoy segura.

Malacqua rozó el polvo acumulado sobre el gozne medio de aquella puerta accesoria e insinuó la uña del pulgar en una de sus estrías. La aleación apolillada por el verdín se rindió sin dificultad. Con las bisagras restantes ocurrió lo mismo. Motas de cardenillo cayeron en la cara de Gabriella que en la albura de su piel simulaban las heridas del capuchón del gallo buho. Sopló sobre ella Esther, nimbándose Gabriella en una aureola colorida que se desvaneció en el aire. Por un segundo Malacqua creyó ver en ella a la Judith de Caravaggio.

Con un empujón Malacqua derribó la puerta. En el interior del templo, frío y sosiego.

-Tenías razón, Gabriella –reconoció Malacqua –introduciendo su mano en un empolvado acetre sin agua bendita.

Un candelabro pesado y bruñido y unas vinajeras de límpida transparencia eran los únicos objetos sobre un altar de piedra serpentina. Los bancos para los fieles habían desaparecido.

Malacqua en reverente actitud recorrió la girola.

-Pero todo esto está libre de polvo –advirtió Esther –en el polvo se dejan huellas, alguien barre este lugar y abrillanta el candelabro.

-Como en el *Castello* –recordó Malacqua.

-Está hermético, no puede entrar la suciedad de Madrid –la contradijo Gabriella.

-El polvo no conoce obstáculos –insistió Esther.

Malacqua pasó el dorso de la mano por la superficie del altar; ese limpio abandono le provocó sospechas.

-¿Y si el judío no está aquí? –preguntó volviendo a mirar a Gabriella.

La joven golpeó el suelo con el taco de su bota.

-Estará abajo, en las catacumbas.

-Mi niña –explicó Esther –no hay catacumbas en Madrid.

-Si las hay, ¿no es así Malacqua?

-No lo sé, conozco unas pocas en Roma y en una ocasión me contaron que también habían en París.

-Si en París, ¿por qué no en Madrid? –se avino Esther.

-No confundamos un sótano, que puede haber sido excavado bajo este templo, con verdaderas catacumbas cristianas –Malacqua dudaba.

-Habiendo un subsuelo, debe haber una forma de bajar a él.

-En torno al altar –intuyó Malacqua.

Revisaron los cuatro costados de la piedra verdusca, sin encontrar ningún mecanismo que abriera alguna trampa escondida.

Gabriella había trepado a una ventana y la examinaba con especial interés. Una delgada capa polvorienta disimulaba numerosas fisuras paralelas que dividían el bocel de madera en cubos convexos y simétricos.

Gabriella los pulsó en forma aleatoria.

-¡Santa Madonna! –se encomendó Malacqua al percatarse que el piso se arrastraba bajo sus pies.

Dio un salto y obligó a Esther a imitarlo, cuidándose de comprobar que Gabriella estaba lejos del aquél incomprensible movimiento.

Cuatro de las losas de granito bajo el cimborrio adquirieron una existencia móvil, montándose y deslizándose una bajo la otra, en irretenibles e irrecordables juegos de traslación, mostrando y ocultando una abertura por la que se accedía a un espacio subyacente. Movimientos fugaces, que daban la razón a Gabriella, pero cuya transitoriedad hacía improbable alcanzar a introducirse al inframundo que protegían. Presionaba otra vez Gabriella y se repetía el fenómeno, pero no la secuencia de la mudanza de las losas. Seductoras exponían la entrada pero luego la sellaban ante la creciente desesperanza de Malacqua.

-¿Cómo lo haces? –alzó la voz Malacqua hacia Gabriella, descubriendo en ella el origen del mágico despliegue del basamento.

-No lo sé –reconoció ella –sólo me apoyo en estas maderas.

-Bueno, de nada nos sirve –dijo Malacqua –o ¿será acaso otro acertijo?

-Repíte lo que estabas haciendo –pidió Esther.

Obedeció la niña y las losas volvieron a abrir y cerrar la trampa con movimientos disímiles, cada vez más veloces.

Malacqua grabó con una uña una muesca distinta en cada una de las lajas.

-Así sabré su ubicación –e hizo una seña a Gabriella para que presionara esas teclas.

Cuando todo volvió a su lugar Malacqua comprobó que los rasguños habían sido inútiles. Otras marcas habían aparecido en la superficie de las placas al esmerilarse en su incontenible crispación.

-No es un acertijo –afirmó Esther –es un problema matemático; si encontramos la clave correcta, la secuencia en la pulsión de las clavijas de esa pianola, se abrirá la trampa.

-Las probabilidades son infinitas: ni la fortuna ni el tiempo están de nuestra parte; además los curas me hicieron estudiar los números sólo para contar el diezmo o sumar el dinero del culto.

Malacqua levantó el candelabro y con él golpeó la laja más cercana a la ventana de Gabriella. Una fisura reptó y traspasó los límites de la losa invadiendo las contiguas. Las piedras se fracturaron con un gemido humano, enloquecieron y saltaron los botones cilíndricos que presionaba Gabriella dejando ver una miríada de resortes, engranajes, tensores y otros dispositivos de relojería. En el piso, a un pie de Malacqua, se abrió la boca de un foso permanente. Se disipó el tierral y se pudo distinguir una escalera sólida que se hundía en el abismo. Adosado a ella un talud de matadero. Con las piernas unidas y los brazos sobre el pecho Malacqua se lanzó por la abertura. El tobogán giraba como un caracol pero al atenuarse su pendiente en el último tramo pudo caer de pie. Esther y Gabriella no se sustrajeron a lo arcano y cayeron detrás de él, Gabriella hincada, hiriéndose las rodillas. Lámparas de aceite llenas de combustibles iluminaban el sótano y un cuerpo yacente. Era el gallero, muerto sobre un estilizado potro de madera con torniquetes de bronce. Tenía unidas aún a sus muñecas y tobillos las cuerdas con las que lo habían torturado. Sus brazos y piernas unidas a sus articulaciones por jirones de piel, se veían tan largas como las de esos simios arbóreos que Gabriella había visto en el circo de Nápoles.

Malacqua cerró los ojos del judío y Esther ató sus rizos bajo la barbilla.

-Muerto por judío, no por gallero –Malacqua hizo suya la sentencia de Esther -la *Perseveranza* se ha anunciado: tenemos trabajo en Madrid.

Escalaron hasta el piso superior. Incrédulos ante lo que veían, un hombre de cabellera rala que le llegaba hasta la cintura, sollozaba genuflecto delante del candelabro abollonado.

Se puso de pie al escucharlos llegar. Su cara era un estuario de lágrimas.

⊗ -Su duelo se transformó en ira al mirar a Malacqua:

-¡Han destruido el milagro del abate Mical...! -y volvió la mirada a un arcosolio que llevaba su nombre.

Malacqua le clavó una uña en la barbilla y lo alzó:

-¿Quién mató al hebreo?

El viejo bailaba en el aire sin poder hablar.

-Déjalo –Esther sacudió el brazo de Malacqua, que le has cogido la lengua.

El hombre cayó al suelo regurgitando saliva y sangre.

-¿Quién? –Malacqua le mostró su mano armada.

Retrocedió el custodio revolcándose en los fragmentos de las losas:

-La Dignidad –confesó y se escabulló por la ventana donde Gabriella había descubierto el artificio. La citara que la sostenía en la altura, por obra del mismo mecanismo, había descendido hasta el nivel del suelo.

Utilizaron la misma vía para salir.

ONCE. (La catedral de Alcalá)

1.- Buscaremos un mejor alojamiento –dijo Malacqua –descartando el retorno a La Gazapera.

Las dejó en el hotel Calderón, les rogó que no se movieran y les juró que regresaría antes del anochecer.

Cumplió Malacqua y cuando oscurecía se sentaron a una mesa en el comedor del hotel.

El *capocuoco* del Calderón puso en sus manos una minuta incomprensible.

Esther se dejó aconsejar.

Malacqua no supo lo que comió, pero sí lo que bebió, un vino seco y espumante y también vio a Gabriella deleitarse, en los postres, con un montón de hielo aromatizado con jugo del limas.

-Declaro –dijo algo embriagado –que si la eucaristía se celebrara con este vino burbujeante, habrían muchos más curas.

-¿Qué averiguaste?

Malacqua se hizo servir otra copa de ese vino que el maestro de cocina había llamado cava.

-Lo más importante y lo necesario: el nombre y el lugar donde reside el representante de la *Perseveranza* en Madrid y su miedo más grande, al diablo con cabeza de gallo y serpiente en lugar de piernas.

Gabriella aplaudió.

El mozo se acercó solícito.

-¿Otro sorbete? –ofreció.

-Para celebrar –la niña acarició una mano de Malacqua.

El resucitado vislumbró a otro demonio en el alma de la niña.

-Ese hombre, que ajustició al dueño de gallos de riña, es el deán de la Catedral de Alcalá de Henares –informó Malacqua –un individuo temeroso de los demonios y cuyo cómplice ejecutor es el preósito del templo.

-Te ha sido útil ser cura –comentó Esther.

Al día siguiente subieron al primer simón que viajaba a Alcalá de Henares donde llegaron después de recorrer las seis leguas.

Recorrieron la ciudad una tarde, alojaron en una venta y al día siguiente, considerando que cualquier espera era inútil, Malacqua y Esther y Gabriela con mantillas en la cabeza, asistieron a la eucaristía en la Catedral.

El prepósito, quien la celebraba, era un hombre de contextura débil, que no se condecía con la exaltación de su sermón, en el que se refirió a la maldad de quienes son indolentes con la iglesia y sus necesidades:

“La pusilanimidad y la tacañería de los hombres insta a los servidores de Abraxas, el duque de los demonios, a penetrar en Alcalá. Es la consecuencia de las mezquinas ofrendas recibidas por San Diego, nuestro patrono, el de la ciencia infusa que yace incorrupto en esta Catedral y que en vida fuera guardián del convento franciscano de Fuerteventura, donde su piedad mantuvo doblegados a los secuaces de ese demonio. Nos castiga el Santo”.

De este modo admonizaba a los pocos feligreses, mostrando con un dedo descarnado la iglesia, cuatro rosas agostadas en un florero y una hucha en la que se deslustraba medio real.

El decano en persona, vestido con sus ropas rituales, pasaba el cepillo catedralicio. Las palabras de su colaborador no habían sido muy convincentes, pues se retiró molesto, con la manga de la limosna en la que tintineaban pocas monedas.

A la hora de la comunión, Malacqua se acercó al altar.

Malacqua, la mujer y la niña se retiraron una vez que terminó la ceremonia.

-Lo hice para no levantar suspicacias –se excusó el hombre por haber recibido la hostia.

-Y lo hiciste en pecado mortal –Esther se descubrió la cabeza.

-Es cierto –se lamentó –no estoy en ayunas.

-En ningún tipo de ayuno –Esther lo tomó del brazo.

-Esta noche, lo imagino, dormiremos en cuartos separados –se anticipó Gabriella.

-Puede ser –replicó Malacqua.

Regresaron a Madrid en un transporte vespertino y Malacqua, después de dejarlas en el hotel volvió a Lavapiés en busca de la gallería. Allí, torvos lo miraban desde las esquinas armigeros y estraperlistas, pero bastaba que espantara una polilla que se le arrimara a su ropa para que todos escondieran rostros e intenciones. Las cuchillas con que se prolongaban sus dedos disuadían al más bravo.

Sin embargo, bajo un alerø destejado se le apersonó un buscarruidos.

-Lo vi en el gallinero de Jacob la otra noche –lo abordó.

-No vengo a apostar.

-No se viene a otra cosa –dijo el hombre y ladeó la cabeza con recelo.

-Pagaré por lo que busco.

El pendenciero se arrimó a Malacqua.

-¡Pida!

-Doce gallos bien entrenados, de no más de dos libras cada uno.

-Tendrá que comprar pollos, nadie vende gallos acondicionados.

-Depende lo que se ofrezca.

El hombre se convenció y lo guió, como había sido guiado en la oportunidad anterior, por callejas y traspatios. La gallera donde lo hizo entrar tenía un ruedo modesto, sin espectadores ni gallos. Fue introducido a un cubículo donde un bigotudo, con un cigarro en la boca, revisaba unos papeles. La oferta de Malacqua no dejó indiferente al comerciante, quien cerró el trato sin mayor discusión.

Malacqua salió satisfecho, fumando un tabaco regalado. Su acompañante lo llevó fuera del barrio y se ofreció:

-Debes contratar protección, si buscas organizar una guerra gallesca y te sorprenden te darán tres años de trabajos forzados –le advirtió agitando la mano.

-No es ese mi negocio –dijo Malacqua apartándose –volveré mañana por la noche por la mercadería.

Esther y Gabriella dormían abrazadas, Malacqua se desnudó y ocupó la habitación vecina.

Antes que ellas, despertaran Malacqua se vistió y dejó un papel avisando que regresaría a la hora de la cena.

Compró a un vendedor ambulante un frasco con boquerones, tiró el encurtido en una acequia, lavó el recipiente en la misma agua y lo guardó. Se dirigió al parque del Buen Retiro y en su interior a la fuente de la Alcachofa. En sus aguas, le había dicho el hombre de Lavapiés, podría recolectar lo que necesitaba.

Esther, de pie junto al marco de la ventana del hotel, lo vio llegar con la luz de la tarde. Guiaba a un muchacho que tiraba de un forcaz cerrado con una tela de percal. Destapó el carretón, sacó un arcón que con dificultad rodeaba con sus brazos, pagó unas monedas al mozo y lo despidió. Esther dejó a Gabriella entretenida disputando un ajedrez solitario y bajó a ayudarlo. Malacqua dejó el baúl en el suelo y entregó a la mujer el frasco que ahora llevaba envuelto en papel de estraza.

-Trabajaré solo –advirtió Malacqua recogiendo la carga y entrando al hotel.

El administrador lo miró sin interés. Malacqua dejó el cajón en el suelo de la habitación contigua al que ocupaban las dos judías, tomó el frasco que llevaba Esther e intentó cerrar la puerta. Esther interpuso su pie.

-Mi motivación por acabar con la *Perseveranza* no es menor que la tuya.

-Es una tarea desagradable, repulsiva.

-Te he demostrado que tolero lo más inmundo.

-¿Y Gabriella?

-Embelesada por el ajedrez, te está esperando.

No más de ocho jugadas alcanzó a realizar Malacqua en la primera partida de ese segundo desafío. Gabriella le asestó un soberbio mate. Se notaba culposa.

-Creo que habría podido descifrar la secuencia de las teclas en la iglesia –le dijo sin arrogancia.

-Demasiado tarde y tú sabes: yo uso otros métodos –Malacqua ordenó el tablero –en la noche seré un adversario más diestro.

Gabriella, sola, continuó desafiándose, girando el escaque según jugaba ella o su amiga imaginaria.

Malacqua abrió el cajón. Esther acarició a los gallos, una docena, con una caperuza en la cabeza como aves de cetrería, echados en suelo, como si empollaran.

-¿Abraxas, el diablo con cabeza de gallo y pies de serpientes? –Esther desenroscó la tapa del envase donde habían estado los boquerones.

En su interior, nadando entre dos aguas, vio un ovillo de abreviadas culebras viperinas, de las que se crían en los estanques.

-Son jóvenes -dijo Esther introduciendo un dedo en el agua y desenredando aquél vivo cadejo.

-Tienen más de un año –Malacqua tomó la muñeca de Esther y la obligó a retirar la mano –emiten un olor feo si se las manipula.

-Pero eso haremos, ¿no?

-¿Conoces a Abraxas? –reaccionó Malacqua.

-Es un demonio universal, sus seguidores eran los basilideanos y su doctrina comparte semblanza con la Cábala.

-¿De allí lo conoces?

-Atarás –continuó Esther -estas serpientes a las patas de los gallos y los arrojarás sobre el decano; simulando que son soldados de los ejércitos de Abraxas.

Trabajaron sin parar, las ventanas abiertas para eliminar el olor nauseabundo que excretaban los reptiles, evitando el cacareo de los gallos manteniéndolos cegados. Una luna mediocre y temprana le señaló a Gabriella el trabajo hecho por Esther y Malacqua; un brazo de su luz descendía sobre el arcón en el que introducían el último pájaro encapuchado. Habían embobinado el cuerpo de las culebras en las patas de los gallos y luego las habían ensartado en el espolón.

-Voy contigo, Malacqua –decidió Gabriella.

Y el que había sido cura vio en el fondo de sus ojos un Leviatán adormecido.

-De acuerdo –dijo.

2.- Dejaron el hotel, redujeron el equipaje en sus bolsas y abordaron un transporte nocturno hacia Alcalá. Llegaron a medianoche y en el apeadero alquilaron una victoria. Cargaron el baúl y las mochilas y Malacqua condujo.

Aparcaron en la calle de Las Beatas. Malacqua maniató al caballo y le acomodó los bridones.

-En este coche viajaremos a Ávila.

-¿Ávila? –Esther abrigaba con una pañoleta a Gabriella.

-Me han dicho que es una ciudad amurallada –argumentó Malacqua –llena de recovecos y espacios donde eludir un seguimiento.

Llevando el cajón sobre el hombro, siguiendo las sombras, se allegaron a los muros de la Catedral. Sus portones estaban cerrados, no así el claustro herreriano. Malacqua empujó una de las hojas de la puerta. Unas lamparillas votivas aliviaban la penumbra. Los dormitorios del vicario y del prepósito, con sus puertas abiertas, daban a una galería ciega, detrás del coro. Los dos curas roncaban.

-Es preciso que su ayudante, el prepósito, sea testigo de la furia de Abraxas.

-¿Y Gabriella?

Brillaron los dientes de la niña a la luz de las candelas.

Malacqua depositó el arcón en el las piedras del suelo y dejó salir a los doce gallos que encapuchados no se movieron, caminó después unos pasos y se asomó a uno de los dormitorios. Una bujía de cera permitía distinguir el cuerpo dormido del deán canónigo. Alineó las aves de pelea y les fue retirando las pequeñas capotas. Los gallos descubrieron sin demora a las sinuosas bestias que les atenazaban las patas y brincando con alboroto intentaron picotear sus cabezas. Entonces Malacqua arrojó un puñado de ofidios libres sobre el lecho del eclesiástico. Los gallos, creyendo que eran los mismos que mordían sus patas y que habían logrado escapar, se abalanzaron sobre ellos para acabarlos. Para su desdicha el decano perseverante despertó, agitándose, buscando emerger de lo que creyó era un delirio. Las viperinas huían de los gallos buscando refugio entre las sábanas y la camisa de dormir del desgraciado y cuando el prepósito, horripilado por los gritos de su colaborador penetró en su pieza, atropellando de paso a Esther y a Gabriella, el decano tenía un ojo luxado y uno de los agresivos pájaros estaba incrustándole el pico en el cráneo. La serpiente clavada en su espolón había introducido el triángulo de su cabeza en la órbita y siete u ocho gallos habiéndole hecho jirones la ropa, le cascaban las costillas. Lo último que vio el prepósito fue una lengua bífida emergiendo por la oreja derecha del canónigo.

En la mañana siguiente un sacristán encontró el cuerpo de la víctima en la puerta de su dormitorio. Avisó sin demora. El sacerdote tenía las carnes desgarradas, los huesos de la cabeza cribados, los intestinos revueltos, anidando una madeja de víboras. El ayudante fue internado en el hospital de orates, clamando al cielo, exigiendo el exorcismo inmediato de la Catedral, pidiendo que se sacrificaran todos los gallos del reino, que se incinerara el serpentario de Valladolid y que se pagara un real por cada culebra muerta que se entregara a la autoridad:

-¡Sólo de esa manera no volverá a encarnarse Abraxas en esta tierra bendita ni la asolará con su pandilla de luciferes!

El Arzobispo de Madrid, Judas Tadeo José Romo y Gamboa, después del informe pericial de la policía, consideró el caso resuelto y al vicario perdido.

-Fue obra de un par de podencos famélicos que aprovechando la negligencia de los sacerdotes al dejar el claustro abierto, se ensañaron con el prepósito – informó el prefecto –ambos perros ya fueron sacrificados.

-¿Y las plumas? –interrogó el arzobispo, que había sido encargado de investigar el suceso.

-Palomas silvestres de alas cobrizas, que en Otoño invaden las calles de Madrid –aseguró el oficial.

-¿Y las culebras?

-Bichos oportunistas –Eminencia –que acudieron al festín por instinto.

Malacqua, Esther y Gabriella entraban a Ávila y el prepósito a una celda vigilada en el monasterio cartujo de Santa María del Paular a la hora exacta en la que el prelado Romo y Gamboa cantaba la misa en la Catedral de Alcalá para el ensalmo definitivo del malhadado deán.

DOCE. (El concilio de Santa Elena)

1.- El cardenal Cambrucelli convocó a una reunión de emergencia a los principales de la *Perseveranza*. Ella debía llevarse a cabo en la seguridad de Portoferraio. Fue a mediados de ese invierno bravo en el que, separados por la distancia y atrasados por las nevascas, los conjurados fueron arribando al puerto de Piombino. Mareados por la mar agitada, afiebrados por los turbiones de agua fría de la corta travesía hasta la isla de Elba, Cambrucelli tuvo que esperar dos semanas que los confabulados se recuperaran para iniciar la reunión.

En Portoferraio no se trataba de pedir cuentas de los resultados de las encomiendas de la última junta, sino que decidir, en general sobre el curso de la acción futura. Asistieron casi todos, faltando el dominico apestado, aquél que ocultaba sus postemas faciales con la máscara de comadreja y que había muerto en el período. No había sido reemplazado. Concurrieron Renzo di Cervo, el Inquisidor Castellón y Salas, Jacobo Mónico, cardenal de Venecia, Jan Roothaan, superior jesuita, el adolescente Carlos María de Borbón y el visir de Mahmut II. y el innominado y acaudalado burgués.

Sentados en el refectorio de una capilla cerca de la villa del Molino, después de la ceremonia de rigor con la bula *Libet ab finito*, con el escudo de la cofradía y el clavo de la mano derecha de Cristo y luego de una emocionada adoración del Santísimo, Cambrucelli les dirigió la palabra:

“La Inquisición ha sido aniquilada en nuestro continente, es un hecho irrefutable. La Perseveranza fue identificada, perdiendo su condición hermética, es perseguida y algunos de los nuestros han caído en horrible martirio. Aquí en Italia y en España tenemos poderosos enemigos, que no sólo acuden en contra nuestra desde el poder político, sino que desde sectas heréticas y judaizantes o facciones encabezados por caudillos levantiscos y brutales como los llamados Búhos o a los que conduce ese tal Malacqua. Estos cuentan con el hastío culpable de parroquias y obispados locales. Los intereses cardenalicios impiden reponer la causa del Santo Oficio y los oídos del Santo Padre están sellados con el lacre de la indiferencia. La curia está más preocupada de mantener la integridad de los territorios pontificios que la doctrina de la iglesia y una mayoría no despreciable de antiguos colaboradores y autoridades de la Inquisición o se han restado a nuestro llamado, renegando de su juramento o se han acomodado a las nuevas directrices canónicas.”

Los oyentes permitieron que el cardenal bebiera de un vaso de agua que le trajera el mocho Viffarius.

“Pero aún hay quienes resisten. Están lejos, pero quizás son quienes resguarden nuestra fe contra el agnosticismo y el desdén apocalíptico en que, aprecio, se sumen quienes han heredado la responsabilidad de proteger la Piedra sobre la que el Señor ha querido construir su reino en esta tierra. Es territorio de infieles, pero hasta allá deberemos extender nuestro brazo para que no se extingan las lenguas de fuego y de esperanza que allá ha derramado el Espíritu Santo, y que aunque también amenazada, las cuida y anima.”

Los asistentes se miraron entre sí no encontrando una explicación en el silencio compartido.

Sólo el mocho sonreía.

La pregunta de di Cervo fue compartida por todos:

-¿Es, pues hoy inútil, nuestro trabajo?

-Nuestra labor, aquí, preferiría etiquetarla como infructuosa –concilió el cardenal.

Todos sospecharon lo que vendría. Se adelantó el visir Ibrahim:

-Tiempos desafiantes en el Imperio me conminan a regresar al lado de mi señor.

-El carlismo urge a la acción –la opinión del Borbón, sin duda, contenía una excusa.

-¿Qué haría Venecia sin mí? –Jacobo Mónico abrió los brazos y tuvo la intención de ponerse de pie.

-Si su Eminencia declara muerta a la Inquisición en España, pues yo tengo el deber y el derecho de brindarle un entierro digno y alentar el crecimiento de su heredero, que he contribuido a fundar y bajo cuyos emblemas y preceptos estamos hoy congregados –el Inquisidor Castellón y Salas hizo retroceder su silla.

-No puedo desatender lo que contribuye a nuestro financiamiento –dijo el enriquecido burgués.

Al jesuita sólo le bastó negar con la cabeza. La fortaleza de su orden lo facultaba para negarse sin aducir excusa.

Con inquietante coincidencia los ojos de los reunidos se conjugaron en el obispo de Foggia.

Un fucilazo cargado con su propia historia traspasó el cerebro de di Cervo: su vida de infante en la periferia de Milán, enseñoreada por la pobreza y la melancolía. Su adolescencia incierta, columpiándose entre la delincuencia y la probidad. Su pretendida y forzada vocación sacerdotal, el abandono de su hogar y de su madre que no le provocó culpa ni tristeza. Bebedora consuetudinaria, culpable por negligencia de la muerte de su hermana menor a la que recordaba adorar. Las tres impugnaciones que sufrió al postular al seminario y que su inexperta arrogancia llegó a asimilar a las negaciones del apóstol San Pedro. La vida como novicio carenciado, que envidiaba la leña y el hielo que en invierno y verano recibían de sus padres sus condiscípulos, hijos de hidalgos o prósperos gentilhombres. Su sorpresivo y fabuloso develamiento de sus dotes de polemista y de su incomparable memoria. La sobrecogedora evidencia de su inescrupulosa personalidad y de su invulnerable agnosticismo. Los vestigios de ese relámpago continuaban estimulando su memoria, cómo si no fuera a decantar nunca el atrevimiento de

las miradas de quienes lo contemplaban: desde modesto cura en Anagni hasta ser investido como obispo e inquisidor en Foggia habían pasado casi treinta años. Unas pinceladas amargas lo atribulaban al tiempo que percibía que perdía reciedumbre la fuerza con que lo miraban sus camaradas. Volvía al tiempo de su instancia en Anagni, en la capilla dentro del palacio donde el pontífice Bonifacio VIII a instancias de Felipe el Hermoso fue encarcelado, humillado y agredido por su enemigo Sciarra Colonna. Había sentido la misma deshonra y menoscabo que debió sufrir el Papa, pues el arcediano de la ciudad redujo su derecho a administrar sacramentos hasta la indignidad. ¿Quizás otra señal? ¿Era su destino ser mortificado como aquel sucesor de Pedro? A la muerte de ese resentido diácono, su carrera, aunque con dificultades, fue más fluida, alcanzando el rango y las responsabilidades que lo aposentaron en Foggia.

Recobrada la lucidez y superado ese momento de reflexión involuntario, di Cervo tomó una determinación: el cardenal Cambrucelli podría truncarle su carrera al sacro colegio cardenalicio, pero ni él, ni el obsoleto Inquisidor Castellón y Salas lo despojarían de sus fueros o de sus privilegios. Por eso declaró:

“Aprecio su generosidad Eminencia al otorgarme, con la omisión verbal de su mandato, la cruz que he de llevar en el Nuevo Mundo. No es una cruz cualquiera, no es la de un aspirante al trono de España y Francia, ni la de un ministro del imperio Otomano que queremos evangelizar; tampoco la que carga el cardenal de la indócil y desobediente Venecia ni por cierto la que lleva el superior de la zahareña compañía de Jesús. No emitiré juicio sobre las responsabilidades del Inquisidor, pues como ya se ha verificado, ella se extingue, e ignoro los compromisos y la incumbencia de este gentilhomme que nos acompaña. No pediré que se protejan mis viejos hombros de la carga del madero. No obstante no quiero ser un obispo errante en tierras indianas. Seré inflexible como perseverante, pero esta condición debe estar protegida por legalidad vaticana.”

Quienes habían resignado la opción asintieron aliviados al escuchar las palabras de consentimiento de di Cervo, esperando la respuesta de Cambrucelli.

El cardenal acarició su cruz pectoral. No ignoraba que di Cervo era un hombre ambicioso, inteligente, temeroso del poder a la vez que obsesivo y contumaz en las tareas delegadas.

-Es razonable tu discurso y alegaciones –aceptó –en Roma hablaré con el Secretario de Estado a quien le pediré se te confieran las potestades que,

quisiera advertirte, en ningún caso te librarán de cuestionamientos, riesgos e intrigas ni harán que tu cruz se vuelva una pluma.

-¿Cuándo deberé partir? –di Cervo no quiso más disgregaciones.

El cardenal se levantó de su sitial y bajó la mano para tocar el hombro del mocho:

-Tendrás noticias mías a través del abate Viffarius –le informó.

Jan Roothaan, el Padre General, se desprendió de una cadena con el emblemático IHS de su orden estampado en una medalla y la depositó encima de la mesa:

-Eminencia –dijo empujando medalla hacia el lugar que ocupaba di Cervo – si quiere llevar esta enseña consigo, será un honor para la Compañía y a la vez lo ayudará a obtener la obediencia de nuestros sacerdotes.

Di Cervo no movió un músculo, expectante ante la reacción que podría tener Cambrucelli.

-¡Tómala, di Cervo!, que te servirá.

-Aunque desde las antípodas –declaró el Visir –puedes contar con nuestro apoyo y admiración.

-La corona y el carlismo darán fe pública, cuando sea la ocasión, de tu abnegado tributo –agregó el niño Carlos María de Borbón.

El patriarca de Venecia cayó en un mutismo absoluto. Di Cervo pensó que dormía.

El adinerado señorón sacó una abultada bolsa de tafetán con un elaborado monograma de hilos de oro que dejó junto al medallón del jesuita.

-La bolsa representa más que lo que ocupa su interior –aclaró –muéstrela a quienes corresponda; así se multiplicarán los cincuenta reales de oro que trae.

-No pongo plazo para una próxima junta –el cardenal dio un paso atrás dando por terminado el diálogo –sin embargo antes de dejarlos quiero porfiar en la finalidad de nuestra actividad y en especial del apostolado de su Eminencia Renzo di Cervo: reforzar la Santa Inquisición y si en algún lugar no se encuentre de hecho pero se reconozcan indicios de sus operaciones, deben reclutarse a sus antiguos numerarios para que incrementen la dotación de la *Perseveranza* y prosigan con ella lo que no les fue posible realizar desde el seno del Santo Oficio.

Giró Cambrucelli. Sus vestiduras malvas rasgaron el aire con un frufrú y un olor envejecido invadió la habitación.

2.- Di Cervo tuvo un penoso regreso al continente. La mar gruesa afectó el estrecho durante todo el trayecto y el obispo pensó, en un momento, que corrían un serio riesgo de naufragar. Las tres veces que le fue negada la entrada al noviciado o la eventual multiplicación de las monedas prometidas

por el rico burgués no le garantizaba el milagro de caminar sobre las aguas. Rezaba en silencio aliviando su estómago sobre la borda, atado con una bolina con la que lo asegurara un marinero, repasaba también sus creencias. Ni antes, durante o después de haber recibido las órdenes sacerdotales obtenía resultados con el Padre Nuestro ni con otras oraciones. No se sentía reconfortado ni más cerca de Dios. Algunas letanías tenían la virtud de adormecerlo, induciéndole un sueño que rebajaba los malos presagios que con frecuencia lo asaltaban.

Ya en tierra firme y en la larga ruta hacia Foggia, di Cervo sentía que llevaba un flegmón dentro de la cabeza. Se repetían reiteradas las palabras del cardenal, pero por sobre todo lo martirizaban sus dudas. No estaba seguro de haberse ilusionado con verosímil certeza con el cardenalato y no podía intuir si los hechos recientes y sus eventuales efectos lo acercaban o lo alejaban de la curia. Sin embargo un raciocinio avalado por la más elemental lógica lo obligó a postergar sus preocupaciones vaticanas y lo estimuló a emprender la búsqueda de solución a cuestiones cotidianas, prácticas, referidas a la preparación de su periplo al otro lado del océano.

El mocho Viffarius lo sorprendió mucho antes que lo esperado y con infaustas noticias a las que no era fácil dar crédito.

No habían pasado dos meses desde la reunión en la isla de Elba y un cúmulo de fatalidades ensombrecía el futuro de la Perseverancia. Jan Van Roothaan había fallecido y el superior franciscano tardaría en ser elegido. El último Inquisidor, Jerónimo Castellón y Salas, súbitamente apoplético, se resecaba en un sanatorio romano. Ni Fernando VII ni Pío VII quisieron reemplazarlo y así, aunque anegada su conciencia por el desvarío y fuera de este mundo, el obispo de Tarazona iba a vivir muchos años más. Otras noticias no confirmadas anunciaban que el visir Ibrahim, poco después de su llegada a Estambul y encontrado culpable de traición al Islam, había sido estrangulado por orden del Sultán. Y el patriarca de Venecia, envuelto en un escándalo cuyos detalles no fueron divulgados y exonerado de su cargo, había sido enviado a la oración perpetua y disciplinante en un cenobio en los Apeninos. En ese breve tiempo ya se consideraban abrogadas las aspiraciones del Borbón y los únicos que se mantenían invulnerables a tanta desgracias eran Cambrucelli y el propio di Cervo.

El obispo de Foggia escribió en su diario tres reflexiones, tres alternativas con relación a lo ocurrido y para reserva de ello utilizó la clave poli alfabética de Alberti: la saludable paranoia de la sobrevivencia habitaba en él hacía algunos lustros: aquellos pensamientos no podían caer en manos de sus enemigos ni menos en la del cardenal Cambrucelli:

La primera y la menos probable, el inescrupuloso azar; la segunda, una inadvertida y criminal ofensiva de parte de la curia hostil a Cambrucelli y la última, que lo llevó a apurar su equipaje y anunciar a Viffarius que estaba ansioso por partir, fue el presentimiento de que todo aquello podía ser la obra del largo brazo del cardenal. No quiso interrogarse sobre las razones de esta sospecha, pero quien ambiciona el trono de Pedro, no puede permitirse recelos ni siquiera si ellos son provocados por falsos fracasos. El Sacro Colegio era prolijo, a veces mal intencionado y en la severidad de un cónclave, donde la murmuración era un hábito, bastaba que se divulgara un traspies en la carrera eclesiástica de un *papabile* para que una avalancha de votos se volcara sobre algún cardenal bonachón y desconocido. Y la *Perseveranza* era la secuela de un fracaso y si la Inquisición con todo el poder secular y de la Iglesia que la originó perduró una fracción del tiempo que llevaba aquella, su heredera y el puñado de contumaces que la sostenían entre los cuales Cambrucelli era *primus inter pares*, se evanecería con la presteza de un grano de sal en un vaso de agua caliente. Y así como había tenido dudas de su vocación sacerdotal, mientras le ponía un candado a su último baúl, tuvo dudas de la utilidad de la Perseverancia y del éxito de su periplo por naciones paganas.

Di Cervo suspendió las misas obispales en Foggia y no administró sacramentos, excepto el bautizo de un niño nacido en el barrio de Segezia y cuya cabeza era pequeña, cárdena y no más grande que una ciruela. Rechazó una cadena de oraciones que los feligreses quisieron ofrecerle para protegerlo en su obra misionera y una cena de despedida ofrecida por el alcalde de la ciudad. Estas negativas fueron atribuidas a la modestia de un hombre santo que iba a evangelizar en tierra de caníbales.

Pero di Cervo quería alejarse de Foggia y de la influencia de Cambrucelli lo más pronto posible. Su estadía en la península lo hacía sentir incómodo y lo peor, en peligro.

3.- Tres arcones subió el postillón al techo del carruaje que lo transportaría, en tedioso viaje, hasta Salerno. Desde ese puerto iniciaría su ausencia. Cuando Claudina, la mucama encargada de sus menesteres cotidianos en la que ya no sería su residencia, le besaba llorosa el anillo, di Cervo pensó que sus ojos lo engañaban. Porque Viffarius, con la agilidad de un macaco, subía al pescante con un bolso en su mano derecha. También creyó ver una cucaracha escabulléndose por el brazo desnudo del mocho hacia el interior de su camisa. Para mayor sorpresa aún, el mocho dio la orden de partir. Desde dentro del coche el obispo golpeó el cielo del carro con el puño. Se escuchó el borborigmo que hace un zapato al ahormarse y la cabeza de Viffarius apareció por la ventanilla.

-¿Y tú, dónde pretendes ir? –lo interpeló el obispo, incrédulo por la contorsión realizada por del cuerpo del mocho

-Sugerencias indeclinables de su ilustrísima, el cardenal Cambrucelli, de acompañarlo y permanecer a su lado todo el tiempo que se prolongue su estadía en naciones indianas.

-Se suponía que iría solo –protesto sin convicción di Cervo.

-Mi colaboración, vuesa merced, será de trascendencia a la hora de imaginar y materializar los métodos de escarmiento y represión de los enemigos de la fe –el mocho retiró la cabeza y los caballos iniciaron el trote.

Se cernía el invierno y los caminos fangosos y la presencia de bandoleros en la ruta hicieron que la marcha desde Foggia al puerto de Salerno se llevara a cabo buscando villorrios y postas rurales. Di Cervo había entregado una opinión definitiva: se rehusaría el ingreso a toda ciudad en su viaje. Recorrieron el trayecto por caminos que cruzaban incipientes amontonamientos urbanos y pequeños burgos como Bisaccia, Sant'Angelo, Montella y Acerno y la única ciudad de envergadura que pudo atravesárseles fue Pontecagnano, la que eludieron por la vía costera por medio de la cual se alcanzaba el puerto desde el cual zarparían.

TRECE. (La ciudad Amurallada)

1.- Malacqua, Esther y Gabriella se refugiaron en Ávila. Y aunque recorrían sus calles y plazas, no advirtieron ninguna actividad que pudiese ser atribuida a la Inquisición o a la Perseverancia. La primera era parte de la historia y la segunda, según apreció Esther, no entraría nunca en ella. Situaciones y hechos agónicos en la memoria colectiva del reino de España. Conjeturaba la mujer que los integrantes de esas organizaciones, disuadidos por la divulgada posesión demoníaca del prepósito de Alcalá de Henares y de la muerte infernal del vicario, podrían haberse refugiado en una cobarde e inofensiva simulación en parroquias o dependencias del Estado.

Una mañana de poca luz, frente al calor de la estufa de una de las habitaciones que alquilaban e iluminándose con un candelero, Gabriella jugaba, contra ella misma otra partida de ajedrez. Por causa de la inacción provocada por la estadía en aquél escondite, el diálogo entre Esther y Malacqua se había debilitado, fortaleciéndose en cambio el vínculo

establecido en el silencio nocturno obligado por la vecindad del cuarto de la niña.

Cuando Malacqua fue a arrojar un leño al fuego, notó algo desusado en la distribución de las piezas del juego y se detuvo al lado del tablero.

-Pero, ¿qué cosa? –indicó volcando su interés en lo que hacía Gabriella –veo tres caballos negros en lugar de dos.

-Y tres blancos -le enseñó Gabriella dos cabalgaduras de ese color sobre el tablero y un tercero, derrotado, fuera de él.

-Ese no es el ajedrez que yo conozco –reclamó divertido Malacqua.

Seria le respondió Gabriella:

-Claro que no –y movió tres casillas el alfil negro, con el que eliminó a un segundo caballo blanco.

-Con treinta y cuatro trebejos inventamos otro juego, con otras reglas y estrategias.

Gabriella enfrentó un peón blanco a una torre adversaria.

-Con más piezas el juego es más fascinante, aprendes mejor a rechazar o derrotar a tu enemigo.

-Vulneras la filosofía original del ajedrez.

-Creo que se la restituyo –Gabriella no despegaba los ojos del tablero –este juego no pudo haber sido inventado con tanta inocencia, ni destinado a ser un entretenimiento de salón.

Malacqua se retiró y se acercó a Esther que cerraba la hornilla.

-Abrígate –la invitó –que es bueno dar un paseo y preocuparnos de las viandas del desayuno.

Sin desatender su quehacer se adelantó Gabriella a la segura insinuación de Esther:

-Me quedaré aquí, estoy ocupada.

Malacqua y Esther caminaron un trecho bordeando los muros románicos de Ávila, pasaron frente al castillo de Don Diego y salieron de la ciudad por la puerta de San Vicente. El viento perfilaba con bordes de hielo las piedras de la meseta de Castilla. Lejos, las dehesas amarilleaban su descontento, ocultando el curso breve e inmóvil del Adaja. Un sol sin lindes, impreciso, columpiaba en un cielo ocioso, sin nubes. Crujía el suelo a su paso.

-Gabriella –dijo Malacqua rompiendo el silencio –lleva una marca incierta en el alma.

El color había huido del rostro de Esther, quien se sentó en una piedra de espaldas a las murallas.

-¿La marca del judío? –había desengaño en su voz.

Malacqua, impulsivo, golpeó el canto de esa piedra quebrando cuatro uñas de su mano derecha.

-No te persigo, Esther –y le acarició la mejilla con la mano herida –hablo de una gracia indefinida, virtuosa, pero que necesita conducción.

Esther cruzó sus brazos sobre el pecho.

-Detesto estos inviernos –dijo suplicante, enlazando su codo con el de Malacqua –salgamos de aquí.

2.- Regresaron a la ciudad observando las cápsulas cinerarias incrustadas en los muros de piedra de las murallas.

-Desde el tiempo de las catacumbas –observó Esther -que los cristianos tienen la grosera costumbre de vivir cautivos dentro cementerios labrados en las paredes de sus casas o fortificaciones.

-Pero al contrario de otras criaturas creyentes, no nos lamentamos de nuestros pecados ni le pedimos a Dios que interceda por nosotros ante un muro sordo e indolente –no pudo evitar de contestar Malacqua.

Esther le soltó el brazo, pero no respondió a aquella alusión.

Dentro de la ciudad, antes de regresar al albergue, compraron pan, queso y un cantarillo de leche. Gabriella no esperaba el desayuno, había apagado las bujías y llevado la mesa del tablero bajo la ventana. Sus manos se cimbraban con la vivacidad de las alas de un colibrí cuando asía una pieza u otra, cuando las descartaba, reemplazaba o reponía; al ofrecerse tablas, anunciarse un jaque mate o iniciar una nueva partida. Era un frenesí arrebatador que ensimismaba a la niña haciéndola perder el interés por su entorno. Bastaba hablarle al oído para que Gabriella se reconectara, abatiera las figuras del ajedrez y las guardara. En esa ocasión pareció no escuchar a Esther que la llamaba. Sumida en el juego, de pronto se quedó quieta. Sobre el cuadriculado sólo quedaban los dos reyes, el blanco y el negro separados por un campo de batalla sin sangre, sin muertos ni heridos.

La nieve los obligó a permanecer en sus habitaciones todo ese día. Esther curó los dedos que Malacqua había roto contra la piedra, extrajo las virutas encarnadas de sus uñas y lo vendó. Gabriella desatendió su creciente pasión por el ajedrez y colaboró con Esther en el aseo y en la cocina.

Malacqua despertó antes que despuntara el sol. Esther dormía ovillada, abrigada por tres cobertores, protegiéndose del hielo matinal. El cura abrió la puerta que comunicaba con la sala y en la oscuridad atizó las brasas vivas del calentador e introdujo un madero en el hogar. Con el resplandor de las primeras llamas vio a Gabriella sentada en el suelo con el tablero sobre sus piernas cruzadas. Cierta estaba que Esther a había acostado y arropado al caer la noche.

-Tan temprano, niña –le habló.

-Me desvela el ajedrez, pero dormí lo suficiente –se disculpó la niña.

-Calentaré la leche –Esther estaba de pie bajo el umbral del cuarto.

-¿Quieres jugar? –Gabriella levantó un último peón.

Malacqua se sentó a la mesa del reducido comedor.

-Aquí –dijo.

Gabriella ordenó las figuras de un ajedrez tradicional y cedió las blancas a Malacqua que inició la partida haciendo avanzar al peón del rey. Pero resistió ocho o nueve jugadas. La experta muchacha con una apertura holandesa, un sorpresivo enroque y un jaque inevitable a la reina negra, lo derrotó sin apelación posible.

Malacqua se reclinó en su silla.

-Terminarás fastidiado –le vaticinó Esther.

Repusieron las piezas y Malacqua pudo defenderse con las negras doce jugadas, al cabo de las cuales había perdido un alfil, una torre, y un caballo. En la movida catorce cedió el otro caballo lo que lo obligó a doblegar al rey.

-Son las evidencias de la guerra –admitió –pierdes un caballero y luego al general, al general y a continuación al rey y con el rey se te va el imperio.

-No simplifiques, Malacqua –lo refutó Gabriella –no siempre que muere el general, el rey pierde su reino; hay piezas que no están en este tablero, de menor jerarquía que la dama o el caballo, que son más importantes para detener una conspiración o para ganar una guerra que los propios soldados y oficiales que vemos desfilar rumbo al combate.

-Eso puede ser verdad –concedió Malacqua.

-Este juego es imperfecto, inverosímil, ajeno a la realidad, en él las piezas son unidireccionales en sus intenciones, atacan o defienden a su soberano sin condiciones; debieran concederse movimientos desleales, de traición, introducir piezas cuya virtud no fueran el honor o la fidelidad, que pudieran desplazarse por el escaque motivadas, por el oportunismo, la ingratitud y la vileza.

-La naturaleza humana –Esther depositó una bandeja con pan, un pote de manteca y una jarra de leche perfumada con canela.

El cuarto se entibiaba.

Esther quebró un largo silencio:

-¿Cuál será nuestro próximo destino?

Malacqua tiró el cigarro que fumaba a la hornalla y afirmó:

-No hay nada que podamos hacer en las tierras que hemos dejado atrás y mirando hacia adelante, en las que recorreremos, no visualizo nada que nos pueda alentar.

-Hay otros mundos, lejanos –propuso Esther.

La cara de Malacqua enrojecía por el fuego de la estufa.

-Lejos –aceptó Malacqua.

-Muy lejos, más allá de las aguas de los grandes peces sin escamas, donde han llegado tus misioneros y los de mi religión y si ellos, también sus detractores y enemigos.

-¿La Inquisición? –Malacqua se alejó del calor.

-¿Qué te hace dudar? –insistió Esther –ellos o la *Perseveranza* seguirán allá la senda criminal que aquí se les ha vedado, con la cotidiana impunidad con la que siempre han obrado, rebelándose al acta que declara su defunción.

Gabriella se desinteresó del bocadillo que comía y con la boca llena de pan preguntó:

-¿Dónde, dónde quedan esas aguas en las que habitan los peces gigantes sin escamas?

-No lejos de aquí replicó Malacqua.

-¿Y más allá de ellas?

La apasionada inquietud de Gabriella divirtió al cura, que continuó.

-Están las tierras calientes, he visto grabados de esos lugares, felices y desgraciados; allí marchan ejércitos de criaturas acéfalas o de monstruos con el cuerpo cubierto de vello y orejas que cuelgan hasta sus caderas. Se han descubierto espesuras donde acechan hombres que comen hombres, hombres que se amanceban con hombres y mujeres con mujeres, seres indecentes que no ocultan sus vergüenzas. Pero también he visto en esas ilustraciones jardines colmados de flores, praderas en que frutas enormes salen del fondo de la tierra como globos verdes llenos de un alma roja y azucarada y animales mansos de carne tierna que esperan la bala o el filo que los ha de matar. Dicen que allí también los hijos de los conquistadores se desgarran en luchas de hermanos, unos apoyando a tiranos erráticos y sanguinarios, que sojuzgan a sus pueblos, otros tratando de derribarlos para liberar a sus pueblos.

Esther tomó una mano de Malacqua y le mostró sus propios dedos heridos: sus uñas ya empezaban a crecer.

-Tu escogiste tu destino–le dijo –que no es otro que perseguir a quienes te exoneraron, a quienes vulneraron tu vocación de servidor del Señor.

-Que se haga Su voluntad sentenció Malacqua.

-¿La voluntad de quién? –habló Gabriella – ¿la de qué Dios?

-Cuida tus palabras niña –desaprobó la interrogante Malacqua –que tu Dios y el mío son uno solo y el mismo.

-¿Acaso no puede haber otros?

-¡Suficiente! –Esther se interpuso levantando las tazas del desayuno –no hay tiempo ni paciencia para discusiones teológicas.

Por un minuto Malacqua quedó pensativo, hurgando en su conciencia desvirtuada, convertida en un amplio peristilo de puertas cerradas, de las que debería abrir una. Su memoria volvió a ese gran libro que le mostrara un misionero cuando aún él no era sacerdote, con láminas que revelaban un mundo estrafalario y brutal, donde se ilustraba esa comarca donde las ratas crecen más que los perros y el veneno de una abeja es más potente que la de cien áspides; allí donde las sirenas lacustres amamantan a sus engendros bajo los vertientes y hechizan desde las aguas de ríos legamosos, donde régulos y déspotas, vasallos de imperios de ultramar, se disputan hombres, tierras y riquezas.

-Pues, entonces nos largaremos -anunció -ya que no hay más incumbencias ni deberes en estas tierras.

CATORCE. *(El Peregrino)*

1.- Emprendieron el regreso a Madrid. Alzada la luna subieron a un transporte público que los llevaría a Málaga. Ahí podrían embarcarse hacia ese mundo arcano. Durmieron en las garitas de las postas de Manzanares, Linares y Jaén y entraron al puerto una mañana luminosa y salada. Esther y Gabriella esperaron en una posada a que Malacqua recorriera los muelles.

En uno de ellos estaba anclado un buque de tres palos, dos cubiertas y buena cabuiería que, según averiguara Malacqua, esperaba completar su tripulación y a un pasajero que habiendo zarpado desde un puerto de Italia en un bajel, costeaba el Mediterráneo con destino a Málaga.

No le faltó dinero a Malacqua para tomar un camarote en ese navío que tenía por nombre *El Peregrino III*. Con cuatro literas, un lavabo, un sillón entarugado al suelo equipado con sistema de balancines que absorbía las oscilaciones del barco manteniéndolo en la inercia y una mesilla plegable. Una claraboya que podía abrirse dejaba ver el mar. Pagó también por tres comidas diarias y un espacio en el comedor.

En la tarde, el contramaestre permitió que Malacqua subiera a bordo con Esther y Gabriella a reconocer su habitáculo y dejar en él algunas de sus pertenencias.

-Bien -dijo Gabriella mirando a Esther -compartiremos un solo cuarto.

-No zarparemos antes de dos días y lo anunciaremos con campanadas horarias y proclamas en la plaza del puerto -les informó un grumete al bajar de *El Peregrino*.

Pasada la medianoche de un martes, Malacqua escuchó los primeros repiques que anunciaban la partida. Gabriella, con una ansiedad incontenible arrastró con ella a Malacqua y a Esther. En la plazoleta aledaña a los muelles ya voceaban la inminencia del zarpe. En el muelle donde atracaba, *El Peregrino* tenía ancla a la pendura y libre el escandallo. Junto al tablón, se había estacionado un carro ordinario de dos caballos. Dos marineros, desde el asiento del conductor, bajaban un baúl para reunirlo con otros dos depositados en el embarcadero. Se abrió la portezuela del coche y puso pie en tierra un hombre de alguna edad, abrigado con un ropón y su cabeza descubierta. Desde el pescante bajó un retaco calado con un gorro de lana que se apresuró a arremangarle las faldas para que no tropezara.

Gabriella señaló al mocho, que no era otro que el abate Viffarius.

-¡Miren! –exclamó –lleva un grillo en su oreja.

Malacqua y Esther alcanzaron a ver al bicho que se equilibraba sobre la oreja del rechoncho individuo y luego desaparecía en un pliegue de su gorra. Cruzaron el pantalán detrás de los recién llegaos y ya en cubierta el hombrecillo, con un movimiento imposible de su cuello, giró la cabeza y miró a Gabriella.

-Niña –le dijo observando la caja que ella llevaba en sus manos –este es un largo pasaje, en el que podremos disfrutar de buenas partidas de ajedrez.

En el camarote Esther le acomodó a Gabriella un rizo que caía por su frente.

-No quiero –le reclamó –que te relaciones con nadie durante el viaje, ni que juegues ajedrez con esa criatura.

Malacqua disponía el equipaje en la taquilla.

-Me pregunto –y con una uña rasguñó la caja de la chica –¿cómo se enteró que aquí adentro hay un ajedrez?

Gabriella se sentó en la alfombra, abrió la caja con el juego y dispuso el tablero en su falda.

-Ya no soy una niña, Esther...

Un llamado a la puerta le impidió continuar.

Era un oficial.

-Nos remolcan fuera de la bahía –les informó –se ha levantado un viento favorable y desplegaremos las velas; una vez al día, en el comedor, podrán conocer los acaecimientos, las condiciones del tiempo y de todo lo que corresponda. Una campana les indicará el servicio de desayuno, dos el del almuerzo y tres el de la cena, un tañido y dos pitazos que se deben presentar de inmediato en el comedor no importa la hora.

Unas horas después, el navío escorando a estribor, fueron convocados a la primera comida del primer día de navegación.

Cuatro mesas empotradas en el piso y ante cada una de ellas cuatro sillas montadas en rieles con cremalleras hacían compatible el mobiliario con el inescrutable comportamiento del mar. Dos meseros estaban atentos a la llegada de los comensales.

-Has debido pagar caro –señaló Esther.

-No podía ser de otro modo.

El capitán del barco ingresó al comedor en medio de la merienda.

Se presentó como Abdón Jonás de Núñez, de la Real Marina Mercante española.

-Si todo nos es propicio –anunció –deberíamos tocar tierra en la Gran Canaria en tres días. Allí repostaremos una semana para iniciar el cruce del océano antes de Navidad. Si el rabo veraniego de los Alisios son favorables, arribaremos a la isla de Cuba, en las Antillas después de veintiséis jornadas de navegación.

-¿Se esperan borrascas? –preguntó un joven con uniforme de granadero que viajaba con una dama.

El capitán no le respondió y siguió con su discurso:

-Además de la tripulación ordinaria de todo barco, viene a bordo un capellán que oficiará una eucaristía en las mañanas y misa los domingos y fiestas de guardar y que estará atento a cualquier necesidad espiritual y un cirujano del que se nos ha asegurado está preparado para resolver emergencias. Para estos efectos se ha habilitado un oratorio y una sala de cirugía.

-No nos enfermaremos, ¿no es así Emilia? –no pudo contenerse el parlanchín oficial.

-Por cierto –siguió en su línea Abdón de Núñez –contamos con un escafandrista ante la eventualidad de algún daño en el casco y dos cañones como elementos de disuasión y defensa; sus inquietudes y prevenciones pueden consultarlas con el navegante el señor Garbosa.

2.- Esther fue la que obtuvo más alivio al llegar a la Gran Canaria. El mal de mar la había invalidado durante toda la travesía. Para Malacqua y Gabriella la breve travesía había constituido un paseo agradable y nada la había afectado.

Unos días más tarde, recuperada Esther y sentados en la plaza frente a la catedral de Santa Ana, Malacqua con un cigarro del tabaco local en sus labios, vieron entrar al templo al hombre que abordara en Málaga seguido de su mínimo servidor. Del botín derecho del hombrecillo saltó un enjambre de mariquitas que corrieron a esconderse en la hierba de la calzada.

Gabriella se levantó y apresurada fue a buscar en la maleza.

-Desaparecieron –dijo decepcionada.

-Caminan como curas –opinó Esther.

-¿Cómo caminan los curas? –inquirió Malacqua.

-Mira como van: encorvados, arrastrando la vista por el suelo, la mano izquierda ahuecada donde amoldan el lomo del breviario, la derecha sobre el pecho, jugueteando con la cruz pectoral o golpeándose el corazón por culpa de sus pecados.

-Para ser judía...

-Te he visto caminar a ti, Malacqua.

La quietud de *El Peregrino* en la bahía les permitió dormir y descansar a bordo el tiempo que recalaron en la isla. Cargadas y estibadas sus bodegas con productos de las Canarias que se comerciarían en el Nuevo Mundo y abarrotados los huecos con fardos de heno, dieron cabo al velero el que una vez libre y abroquelando zarpó en demanda de su destino.

Navegó desahogado el barco los primeros días, lo que suavizó los efectos incapacitantes del mareo en los pasajeros. Esther se ausentaba del camarote sólo para ir al comedor donde comía frugalmente y Malacqua solía pasear en las tardes por la cubierta observando el trabajo de los marineros.

3.- Una mañana, en vísperas de la navidad y en contra de su rutina, Malacqua subió al puente. A través de la espumosa bruma matinal vio a dos niños sentados a una mesa. El piloto impertérrito mantenía fija la rueda del timón. Se distrajo mirando por la borda a un pez con forma humana y cabeza de martillo, que nadaba entre aguas, el vientre al aire, sus fauces dentadas abiertas, engullendo los desperdicios que desde la rendija de la sentina le arrojaba un pinche al que llamaban Salgado. Envuelto en un chal que le facilitara Esther y con sus manos ocultas dentro de las mangas caminó hasta el alcázar. Eran Gabriella y el mocho a los que había confundido a la distancia, que absortos compartían una partida de ajedrez. Gabriella reconoció sus pasos y sin distraerse del desafío levantó un dedo deteniendo su avance y su seguro reclamo. Malacqua advirtió que el cuadriculado del tablero no tenía casillas claras ni oscuras pero sí unos trazos de color rojo y azul que demarcaban espacio de enigmática configuración. Observó que no jugaban con trebejos sino con fichas en las que estaban dibujados los contrincantes del juego y al contar las piezas comprobó que eran treinta y dos. Sin embargo, al poner más atención sobre ellas, descubrió que no había un rey sino cuatro, que cuatro eran las damas, los caballos y los peones y que pesados galeones estampados en otras cuatro fichas, ausentes en el ajedrez que él conocía, revelaban la singularidad de aquel enfrentamiento.

¿Qué muestrario es éste? –preguntó molesto, pinchando con su uña una de las fichas náuticas.

El insignificante individuo se incorporó a medias, sorprendiendo a Malacqua. Sus ojos eran de un color azul celeste, transparentes, y su mirada, sabia y bondadosa.

-Señor –le dijo a Malacqua –es el chaturanga.

-Todo ha sido culpa mía –quiso disculparlo Gabriella –yo lo invité a jugar.

-Esta pequeña mujer –Viffarius tomó una ficha entre el índice y el pulgar y la dejó suspendida en el aire –ha sido sacramentada con los dones que hicieron grande a Aníbal y a Carlomagno y también los que poseía Pascal.

-Aníbal era un guerrero sanguinario –reclamó Malacqua –Carlomagno un emperador que coleccionaba concubinas, Pascal un janseriano..., ¿a ellos quieres asimilar las virtudes de Gabriella?

-No me he querido referir –dijo el mocho –ni a la ferocidad de Aníbal, ni a la moralidad personal de Carlomagno, ni a las creencias religiosas de Pascal que, por lo demás, corrigió al final de su vida, sino que a las dotes de estrategia de aquellos y al genio matemático de éste.

Malacqua aún no exponía sus manos.

-Y si amalgamas y armonizas la astucia de un estratega con el talento de un aritmético –el mocho reinstaló la pieza en el cuadrículo –obtendrás una inteligencia como la de ella.

-Es un gran elogio –intervino el timonero que de manera inadvertida había seguido la conversación.

-Peco de descortesía –el minúsculo hombrecillo se puso de pie y se descubrió, efectuando una reverencia hacia Malacqua:

-*Giovanni* –se presentó ocultando su nombre y el de su señor –secretario del escribano Montuori, ambos en viaje a la América.

-Se enfermarán tus pulmones con el relente –Malacqua tocó un hombro de Gabriella –y te esperan en el camarote.

La muchacha no se resistió. *Giovanni* tomó el tablero por sus extremos y lo cerró, sin que rodaran las piezas, ni su relieve resaltara en la superficie plegada. Repitió la maniobra, reduciéndolo hasta que alcanzó el tamaño de un azucarillo.

El piloto había regresado a su puesto de mando, pero Malacqua no pasó por alto aquél artificio, ese lance manual que había encogido el juego de ajedrez a dimensiones de miniatura.

– ¿Qué tipo de magia despliega el enano? –le preguntó a Gabriella en el camarote.

-No es magia, Malacqua, es ciencia. –le respondió acercando una taza con infusión de té a Esther –y no es un enano, es un hombre pequeño.

Malacqua se sentó en la silla de equilibrio y le relató a Esther el reciente episodio con el mocho.

-¿Estás seguro que no son curas? –reiteró su inquietud Esther.

-¿Tendría eso importancia? –preguntó Gabriella.

-Depende Malacqua -empezó a dudar –porque ¿a qué puede obedecer un viaje de esta envergadura por parte de un amanuense envejecido con su lacayo?

-Nunca he visto a su amo –declaró Gabriella.

-Ese individuo –insistió Malacqua -¿te ha interrogado acerca de nosotros?

-Hemos jugado ajedrez y me ha enseñado las claves del chaturanga, nada más –la niña fue enfática.

- La discreción es seguridad –dijo Malacqua.

-¿Acaso no podré seguir aprendiendo con el *signore Giovanni*?

-Antes me gustaría saber cómo dobló, hasta la nada, el tablero de ajedrez.

4.- Navegaron con viento noble y mar apenas agitado. Se cruzaron con varios barcos que regresaban a Europa, entre ellos un antiguo filibote holandés, con sus poleas para la carga pesada, navegando de bolina con evidente dificultad; dos navíos españoles y una fragata de la misma nacionalidad y otros diversos, que a la distancia no eran identificables. El capitán mantuvo el rumbo, adrizando el barco cuando era posible, con un camino eficiente, aprovechando los buenos vientos del noreste.

Un día de calma, con las velas latinas desinfladas aun cuando bien establecidas, impulsado el barco por los estayes, el capitán permitió que lo abarloara uno que llevaba igual bandera que la suya, pero acompañada por dos de color blanco que flameaban en mástiles paralelos.

-Es un barco mortuorio –ilustró el timonel a Malacqua que observaba la maniobra desde el puente –que traslada de regreso a Europa a quienes, antes de morir y por una aceptable cantidad de dinero, manifiestan su voluntad de descansar para siempre en la tierra que los vio nacer.

-¿Y cuál es la razón de este acercamiento?

-El capitán de cualquier nave española tiene el derecho de elegir el destino final de un tripulante muerto: si enterrarlo en el mar o regresarlo a su patria.

Entonces Malacqua vio como dos marineros, en precario equilibrio sobre un ancho botalón, trasladaban desde *El Peregrino* un cuerpo amortajado y regresaban velozmente. Separados de la embarcación-cementerio, el velero retomó con lentitud su derrota.

Esa noche, dos situaciones impidieron que Malacqua conciliara el sueño: una relacionada con la muerte, otra con la vida:

Preocupado por el fúnebre trasbordo del tripulante pidió hablar con el capitán. Respetando el reglamento, Núñez lo recibió y aunque en un principio se negó a entregarle información sobre el caso, la insistencia inmovible de Malacqua lo convenció de sus derechos.

-La muerte de ese hombre no se debió a la peste –lo tranquilizó.

-¿En que argumentos basa esa seguridad?

-El cirujano Antón Vikosic y yo lo asistimos en sus últimos momentos..., señor, yo he visto morir a muchos hombres a causa de las bubas.

-De su juicio no dudo, sí me permito recelar del barbero, que no ha sido capaz de calmar los mareos y náuseas de la mujer que me acompaña.

Abdón Jonás de Núñez le relató el final de Garcieu, el infeliz portugués: cogido por un sambenito implacable que obligó a aislarlo en el estanco de colisión de *El Peregrino*, expiró al cabo de tres días atrapado por esa incontenible y mortal gimnasia.

-A mi buen creer –dijo el capitán, ese hombre que fue enrolado en Málaga y cuyo origen es indeterminado pudo haber sido víctima de la picadura de una tarántula.

-Aquí, ¿en este barco?

-No hay arañas en *El Peregrino*, la salazón y la destemplanza del mar las mata.

Llegaba Malacqua a la cámara que ocupaba con Esther y Gabriella cuando escuchó un golpe en la mampara de la puerta. Abrió. Encontró en el pasillo a Emilia la mujer del gárrulo oficial.

-Señor –le dijo en un murmullo –su mujer me ha consultado por sus molestias y aunque le he prometido callar, no puedo hacerlo: ella no está enferma, sí espera un hijo y padece de las molestias de su estado.

Malacqua enmudeció y agradeció con un gesto la información. La mujer se retiró sin hacer ruido. Esther y Gabriella dormían.

Malacqua fue a cubierta con un atado de cigarrros. Fumó sin cesar con una imagen reiterativa en su cabeza: un Malacqua pequeño, con uñas descomunales, desgarrando la matriz de Esther. Se dio cuenta que había soñado, cuando el segundo oficial, entregando el turno del gobernalle se le arrió y lo invitó a beber de una botella de ron.

-Beba hombre –lo aconsejó –es de Jamaica, con un buen trago se resiste mejor el cruce del Atlántico.

Malacqua empinó la botella. Sintió sus entrañas acariciadas por un fuego alentador y cuando el hombre, tratando de no herirse con sus garras, le arrebató con prudencia la botella, ya había terminado con la mitad. Un

desafecto inmediato lo disoció de su entorno y de sus preocupaciones y ebrio se retiró a su camarote ante la inminencia del amanecer.

Recuperó la sobriedad aún acostado en su litera, Esther a su lado y con un paño empapado sobre su frente.

Malacqua no supo si su primera mirada fue de ternura o de resentimiento. Ni tampoco si ella, cuando lo abrazó, lloraba de ventura o de tristeza.

-No has comido en todo el día –Esther lo llevó a la realidad.

Aún ensoñado por la dormitela, Malacqua se levantó, se lavó la cara y se dejó conducir al comedor. Gabriella sentada a la mesa cuchareaba un caldo espeso. Malacqua prefirió un guiso de garbanzos y un gran vaso de esa agua amarga que les servían ante la proximidad del trópico.

Esther acercó a Gabriella una copa con el líquido y bebió la suya.

-No pierdas ni una gota, que es una savia que nos preservará de las fiebres que abundan en el lugar al que llegaremos.

-Habiendo terminado el zumo de limón con el que concluían las comidas, Malacqua acercó sus labios al oído de Esther:

-Hay sacramentos que son incompatibles -le musitó.

Esther no demoró en responder.

-No entre los judíos –le dijo sin rastros de decepción en su voz –los rabinos ejercen su ministerio y lo comparten con su familia.

-Han sido adiestrados para eso.

Esther se alejó de Malacqua.

-No te atormentes –lo consoló Esther –que no me imagino pidiéndome matrimonio, ni yo aceptándolo.

Gabriella los apartó del tema. En un cuaderno borroneaba cifras y letras, dibujaba flechas y movimientos de dígitos, diseñaba un campo de batalla numérico.

Extendió el pliego en la mesa:

-Será mi último juego con don *Giovanni* –anunció –y ha prometido, si lo derroto, revelarme un secreto de gran importancia para nosotros.

Malacqua no atendió a lo dicho por Gabriella, alejado de la cotidianidad por sus dudas y su culpa.

-Puedes jugar con él –accedió maquinalmente.

El mozo sirvió peras de postre, las que Esther mondó y trozó. Más tarde, en el camarote, acostados en sus propias literas, Malacqua y la mujer se durmieron confundiendo los crujidos de las ganseras y los pinzotes con el raspar acompasado del lápiz con el que continuaba entrenándose Gabriella. Cabrilleaba el mar esa noche.

QUINCE. (Viffarao)

1.- El mar se encaprichaba. En pleno día olas oscuras, altas como los muros de Ávila, se abatían con frecuencia. Núñez, firme en el timón, voceaba sus órdenes venciendo el fragor del viento: gritaba por el estado del codaste después de un pantocazo, de la eficiencia de los *bailers*, del estado de las velas aculebradas, de las posibles rifaduras. Abonanzó al fin el tiempo, el sol se encumbró y un calor inesperado y distinto, que no venía del mar, los agobió con su humedad. A partir de ese momento, los marineros trabajaron desnudos desde la cintura, con pañuelos atados en la cabeza, reluciente su piel por el sudor. El capitán y el piloto respetaron las normas de la oficialidad, soportando la canícula con sus uniformes de paño azul.

Una de esas mañanas, antes del desayuno, Gabriella anunció que iniciaría el juego definitivo con el mocho.

Esther, pensativa, pasó a la joven un papelillo con creta para que se frotara los dientes y le preguntó:

-¿Qué confidencia tan importante te hará saber ese hombrecillo? –preguntó.

Intervino Malacqua:

-Y, ¿qué le has ofrecido tú a cambio si eres vencida?

-Continuar jugando con él hasta el fin del viaje.

Ni Malacqua ni Esther podían detener la determinación adoptada por Gabriella. No les causaba gran inquietud los términos de la revelación prometida, ni aunque ella contuviera una amenaza. En alta mar, lejos de las costas españolas, en un hermético anonimato, se convencieron de su inmunidad.

El desafío fue puesto a consideración del capitán Núñez, quien accedió bajo la condición que no se jugara más de dos horas continuas, que se llevara a cabo en las mañanas de días hábiles, con buen tiempo y sin que distrajera las obligaciones de la marinería.

Aceptadas las exigencias, el inicio de la contienda fue fijada para el día lunes siguiente. Mandaron atornillar una mesa sobre la cubierta del castillo de popa y sobre ella se dispuso un toldo para proteger a los competidores del rocío marino. Malacqua y Esther, atentos a la espalda de Gabriella, vigilaron la correcta disposición de las piezas del chaturanga y el capitán pensativo, después de examinar el tablero, comentó:

-Si las habilidades son parejas, este juego puede durar décadas.

-Imposible –dijo Malacqua.

Núñez dirigió su mirada hacia el oriente.

-En una breve estadía en Bombay supe de dos hombres que estuvieron treinta y cinco años enfrascados en una partida, comían semillas, bebían *chai* y hacían sus necesidades dentro de una zanja, sin dejar de apuntar el ojo al adversario. Les crecieron las uñas que se alabearon cual cuadernas de naufragio, les colgaba el pellejo reseco y la barba, habitada por piojos, les cubría las pudendas. El olor que de ellos emanaba los libraba de toda compañía y cuando uno ellos murió, adelgazado hasta el hueso, su adversario no advirtió que su carencia de iniciativa en el tablero se debía a que ya no estaba en este mundo.

-Imposible –dijo esta vez Esther.

-Dicen –siguió el capitán –que cuando falleció el otro, nadie se animó a enterrarlo; y ahí están todavía, sus huesos desordenados, el tablero sumergido en la tierra y las cabezas de las piezas de metal, informes por la herrumbre, exhibiendo el empate perpetuo de la partida.

Gabriella no aceptó la galanura del mocho que le ofreció la apertura y lanzó una moneda al aire que ocultó con su pie cuando cayó sobre un listón del trancanil.

-Escudo –pidió el mocho.

-Apartó su botín la niña, vio el escusón en la moneda, la recogió, aceptó el adverso designio del azar e invitó a su contendiente que abriera el juego.

Viffarius movió pues el primer peón del conjunto que estaba situado a su derecha. Era un soldado de uno de sus ejércitos, el de colores añil. No especuló Gabriella y antes de que su adversario retirara la mano movió, a una posición lateral uno de sus caballos rojos. Hasta Vikosic, cuya fraudulenta pretensión profesional aún no era detectada, de pie sobre un tonel, presenciaba la partida.

Seis veces jugó Viffarius y cinco Gabriella al escucharse las campanadas del almuerzo. El cielo se aborregaba y un taconazo avisó que el mar se encresparía. Retembló *El Peregrino*, se dispersaron los espectadores y el mocho regresó a refugiarse al camarote del notario. El capitán que había seguido aquél chaturanga bajó dos escalones de la cubierta de popa.

-Debes anotar las posiciones y guardar el juego –se dirigió a Gabriella –el viento desordenará el emplazamiento de las maquetillas.

Ella agradeció su cuidado:

Ni la más fuerte de las tormentas movería una de estas piezas –le aseguró.

Núñez volvió al gobernalle, oteó el viento y ordenó bajar una cuadrada e izar un tormentín y ganó el barlovento hasta que oscureció.

Temerosos del efecto de la incipiente tormenta, los pasajeros se refugiaron en sus cabinas. Esther anunció que no comería y Malacqua y Gabriella fueron servidos en un comedor vacío.

¿Cómo va la partida? –la interrogó sin demostrar el dejo de ansiedad que empezaba a incordiarlo –tu oponente ha cedido un caballo.

-No me ilusiono –dijo Gabriella –he aceptado un gambito ofrecido por *il signore Giovanni*, así ha sacrificado una pieza, ha mejorado sus posiciones y ha alejado a uno de mis galeones que amenazaba a su rajá amarillo.

-Siendo tan breve el tiempo que llevas practicando, es difícil que lo ganes –a menos que...

Gabriella soltó el tenedor con el trozo de una tortilla de zanahorias.

-No Malacqua, él jamás se dejaría ganar, él no me sometería a la peor humillación que puede sufrir un jugador de chaturanga.

Dos singladuras transcurrieron antes que se desencapotara el cielo, amainara en viento, se adrizara el barco y continuara el desafío. Convencido Núñez que no alcanzaría a ver el final, pues atracarían en las Antillas antes que ellos ocurriera, se desentendió de Gabriella y del mocho. Sin embargo, al cuarto día consecutivo después de la interrupción y en el minuto previo en que el sol alcanzara su mayor altura, Viffarius abatió al monarca que le restaba; la ficha real, acosada por una que tenía labrada un navío de velas verdes y otra con un dababbàh, más un peón encarnado a punto de ser coronado, estaba ahogada.

Estalló en aplausos la audiencia y el mocho se despojó de su gorra. Malacqua creyó ver que un abejorro anaranjado se liberaba de la lana del bonete y volaba a posarse en un mastelero cercano. De pronto se escuchó un grito y se vio a Vikosic avanzar a empujones entre la marinería. Carpintero, el que ejercía en esa embarcación las labores de su nombre, lo redujo antes de que sus inconscusas intenciones de agredir a Gabriella se concretaran.

-¡Esas fichas están vivas! –gritó forcejeando con el forzado – ¡embrujaadas!, las he visto moverse sin impulso humano.

Esther advirtió el súbito enrojecimiento de los ojos de Malacqua y lo detuvo.

-Está contenido, no intervengas –le dijo.

-Enciendan fuego, ¡quemem a la bruja! –vociferaba.

El capitán terminó con el escándalo. Bastó una imperceptible seña para que entre varios bajaran al imbécil al sollado y de allí al único calabozo que llevaba *El Peregrino*. Y se mantuvo vivo el tiempo suficiente para ser devuelto a España y a la prisión desde donde había escapado, merced a la piadosa estulticia del pinche Salgado que lo alimentó con la misma carroña que vaciaba a los escualos que seguían al velero.

2.- El higrómetro descendió con brusquedad y Núñez olfateó el huracán que amenazaba las Antillas. Un temporal muy duro, con vientos del norte y del este obligó a Núñez a derrotar hacia el sur.

La noche del cambio de rumbo convocó al pasaje a su cámara. Lamentó la decisión tomada para evadir la tormenta y les informó que no atracarían en Cuba ni en Santo Domingo, sino que derivarían hasta Recife, el puerto más cercano en las costas de Brasil, el que le aseguraba refugio si el vendaval amenazaba con cruzar el trópico de Capricornio. De allí bajaría hasta Buenos Aires, desde donde emprendería la travesía inversa hacia el Caribe. Les anunció que la navegación hasta el continente sería pesada pero más breve y que los que en Recife quisieran embarcarse al destino original, podrían hacerlo sin dificultad en veloces y confiables barcos de cabotaje que fondeaban en ese próspero y hermoso lugar.

A la hora de los postres, al día siguiente, al tiempo que con el cuchillo dibujaba líneas sobre su pastel de membrillos, Gabriella, levantó la voz:

-Viffarao se ha confesado.

Malacqua bebió de su vaso con quinina.

-¿Quién es ese?

-*Il signore Giovanni*, su verdadero nombre es Viffarao.

Se reclinó en la silla Malacqua haciendo rechinar los rieles por donde se deslizaba. Esther apoyó los codos sobre la mesa en atenta disposición.

-Escucho –dijo Malacqua –con mal fingida indiferencia.

-Él fue víctima de la Inquisición como tú, Malacqua –dijo Gabriella -y no tuvo dudas de quién eras. Ha seguido tus hazañas con apasionado interés desde que terminaste con Moleggo.

Malacqua clavó sus uñas en la mesa, sus ojos refulgieron y su mandíbula se trabó como si aún tuviese la pera de metal atrapada dentro de la boca.

-¡Mis hazañas!, ¿cómo puede haberse enterado de lo que él llama mis hazañas? –alarma había en la voz de Malacqua.

-Romperás la mesa –Esther le habló con suavidad.

Malacqua retiró las uñas y sopló las astillas que remolinearon como sámaras ansiosas por caer en tierra fértil.

-Lo supo por su amo –continuó Gabriella –el obispo de Foggia, Renzo di Cervo...

-¡Renzo di Cervo...! –rugió Malacqua poniéndose de pie –el maldito superior de Moleggo, el que me envió a las mazmorras de la Inquisición... ¿acaso viaja con él?

-Ya te lo he dicho, es su amo.

-¿El escribano que vimos pasear en las Canarias?

-¡El que dije que debía ser un cura católico! –exclamó triunfal Esther.

Gabriella separó un trozo del dulce, lo pinchó con el tenedor y siguió reproduciendo el relato del Mocho:

-Me contó *il signore* que había nacido en un lugar llamado Gao y que su vida transcurrió sin excesos ni sobresaltos hasta la llegada de una comisión de la Inquisición; hacía falta, argumentaron los visitantes, fortalecer a esa institución en colonias apartadas de la civilización. En Gao *il signore* Viffarao aprendió el chaturanga, del que llegó a ser maestro. Además su preceptor, Syrlumayata, le enseñó el arte de fabricar sus piezas.

-¿Y di Cervo encabezaba dicha delegación? –preguntó Esther.

-Sí –Gabriella probó la superficie azucarada del dulce de membrillo – iniciando la persecución de quienes no eran católicos ni querían convertirse; el señor Viffarao era objeto de envidias por su eximia destreza en el chaturanga y por su artesanía: las piezas que confeccionaba con dientes de delfín eran vendidas en el país y fuera de él como invaluable joyas.

-La envidia y el resentimiento, de ellas se nutría la Inquisición.

-La prueba que lo aplastó fue un conjunto de piezas de chaturanga del tamaño de una semilla de linaza, cuya perfección sólo era posible de admirar a través de un lente de aumento; di Cervo, escuchando el juicio de un competidor, aceptó el argumento de que esas piezas no eran de fábrica humana y que Viffarao las había manufacturado, con el concurso de una empresa con demonios pequeños.

-Porque a ese tamaño son reducen los socios inferiores de Satanás cuando llegan al infierno –dictaminó di Cervo y ordenó levantar un auto de fe en contra de Viffarao, los procuradores estrujaron su imaginación aplicando al *signore* Viffarao lo que el definió como el potro inverso, en el cual, en vez de estirarlo, lo encogían.

-Y no murió... -Esther empezaba a comer la confitura de membrillo.

-Di Cervo –me contó el maestro –lo visitó en los sótanos del convento jesuita de Goa e incluso bautizó esa máquina: lo llamó el abreviador y se solazó escuchando el crujido de las coyunturas del *signore* Viffarao cuando se impactaban una contra la otra.

-¡Di Cervo..., di Cervo! –Malacqua se impacientaba.

-No has de hacer justicia ni aplicar venganza sin el amparo del anonimato – Esther lo sujetó por el faldón de la camisa.

-Pero –continuó Gabriella -en esa misma oportunidad mandó interrumpir la tortura, que se lo curara y se lo entregaran antes de zarpar de regreso a Europa; lo trataron médicos locales y aunque su estatura se redujo a la que hoy tiene, conservó la vida y una extraordinaria movilidad de sus brazos y piernas.

-¿Y regresó con su verdugo? –se asombró Esther.

-Y lo ha servido hasta el día de hoy, con la devoción que se merece quien ha interrumpido su tránsito hacia la otra vida y el resentimiento hacia quien lo empujó hacia ella.

-Y cuál prevalece –Malacqua se sentó –¿el respeto o el odio?

-Dos cosas más me confidenció *il signore*: que todos los insectos que hemos visto escapando de sus vestiduras o escondiéndose en ellas, no son tales, son ínfimas máquinas de relojería que imitan la forma y la marcha de esos bichos y porquetas.

-Entonces –Malacqua se expresó estupefacto –aquél ajedrez tenía la virtud de la miniaturización.

-¿Cómo lo hace? –Esther no salía de su fascinación.

-Por qué lo hace –apuntó Gabriella –aunque también me prometió darme a conocer el método.

-Habrá puesto una condición para tan valiosa información –aventuró Malacqua.

-Ahí reside el segundo secreto del *signore*, porque juró servirlo un año por cada hora en la que fue martirizado y cumplido ese plazo infringirle el dolor que había sufrido; esos años se cumplen durante esta travesía. } pensar

-No le será fácil ejecutar su resarcimiento –sentenció Malacqua.

-Está dispuesto a hacerlo –afirmó Gabriella –pero se ha comprometido a pedirte a ti, el reservado por Dios como te ha llamado, lo ayudes a sortear ese valladar moral, como lo ha definido.

-Hablas lo que no entiendes –señaló Esther.

-He repetido con la mayor precisión que me ha sido posible lo que él me ha solicitado y con eso retribuyo sus enseñanzas.

Sonrió complacido Malacqua, sintiéndose adulado por las palabras que Viffarao había puesto en la boca de Gabriella:

-Si es di Cervo quien ha compartido con nosotros estos cubículos, es necesario que, a más tardar mañana, amanezca atravesado por un anzuelo en un trinquete; con este calor se encarroñará tan rápido que no se equivocará quien lo confunda con una cuelga de pescados.

-Me temo que no es esa la idea de acabar con él que tiene el señor Viffarao –objetó Esther.

-Es cierto –reconoció Malacqua –mañana hablaré con él, indagaré acerca de la identidad de su amo y buscaré la forma de ratificarla.

Habiendo terminado el dulce de membrillo, volvieron al camarote.

DIECISÉIS. (Miniaturas)

1.- Inmóviles como piezas de ajedrez sin jugador que las moviese, Malacqua y Viffarao, sobre cubierta, dialogaron toda la mañana del día siguiente. Orzaba *El Peregrino* rumbo al sur sur oeste impulsado por la mano invisible del huracán que devastaba las Antillas. La conversación entre ambos concluyó al filo de la hora del almuerzo. Las mesas del comedor estaban otra vez ocupadas por los comensales. Malacqua prefirió esperar hasta después los postres para relatar a Esther y Gabriella el resultado de su encuentro con el mocho. Valiéndose del ruidoso gualdrpear de una vela, Malacqua compartió con Esther y la niña la decisión tomada después de la entrevista con el miniaturista.

-Di Cervo es la plaga que viaja en este barco a fortalecer los vestigios inquisitoriales de América, es el mensajero del cardenal Cambrucelli, cabeza invisible de la *Perseveranza* en Roma; no llegará a pisar el imperio de Pedro.

-De allá viene –le recordó Esther.

-No es Pedro, el apóstol, la primera piedra, Pedro se llama también el emperador del Brasil según me ha informado Viffarao y en esa nación recalaremos al tocar tierra.

-Si vas a cortarle los pies, déjame a mí usar la sierra –pidió Gabriella.

Malacqua hizo una pausa, los juicios de Gabriella lo amilanaban; sabía que sus acciones no estaban exentas de maldad, la misma que había germinado en su alma de hombre adulto, pero se sobrecogía al descubrirla en las intenciones de una niña que apenas salía de la adolescencia.

-No le cortará los pies, sólo que no podrá usarlos para bajar del barco –le aclaró Esther.

La sonrisa de Gabriella no imponía dudas, el resucitado intuyó que se estaba burlando de ellos.

-No quisiera dejar de participar –insistió Gabriella.

-Si porfías te quedarás en el camarote el resto del viaje –Malacqua se molestó.

-Malacqua –dijo Gabriella –tengo tantas razones como tú para matar a di Cervo.

-Pero no tienes la mitad de mi edad –Malacqua dio por terminada la controversia.

Esperando la cena en el comedor, los tres viajeros vieron entrar al mocho con su amo. Era la primera vez que di Cervo se ausentaba de su cabina para comer con el resto del pasaje.

Esther no tuvo dudas, esa visita había sido convenida con Viffarao. Esa sería la noche fatal del obispo de Foggia.

Mucho más tarde, ya acostado, Malacqua escuchó el grito del gaviero que avistaba a una fragata portuguesa y sin una pausa, los aullidos destemplados de Vikosic aún encerrado junto a la caja de cadenas.

Gabriella despertó a Malacqua al sentir los golpecitos en la puerta del camarote. Se levantó el resucitado y abrió la puerta con sigilo. Era Viffarao.

-Se muere ya –dijo.

Malacqua saltó en sus pantalones y salió de prisa con Viffarao, pidiendo a Esther y a Gabriella que no se moviera de allí. La niña refunfuñó desde su litera. Al entrar al camarote que compartía di Cervo con el mocho, Malacqua lo vio sentado en una cama estrecha que ocupaba el centro del cuarto. Le extrañó su actitud indiferente, semejante a la que adoptan en sus divanes los fumadores de opio. Relegado a su intimidad, o sus sentidos no lo proveían de estímulos o estos no tenían el vigor suficiente para sacudir su conciencia. Su calva estaba tapizada por una humedad leve y opaca y sus mejillas pálidas, como si hubiesen sido empolvadas. En la tabla que hacía de velador, una copa a medio llenar con un líquido ambarino, fosforescente. Con seguridad era una droga que ya le había hecho beber Viffarao.

-Mi participación ha concluido –subrayó el mocho –la tuya consiste en hacerle beber la otra mitad de ese elixir.

Malacqua tomó la copa. Ese simple acto desencadenó una convulsión en di Cervo, remolinearon sus ojos y sus labios, que intentó abrir, se colorearon de livideces por el esfuerzo. Di Cervo sabía que lo estaban matando.

-No tardaré –Malacqua se acercó al obispo de Foggia.

-Date prisa-lo urgió Viffarao -iré donde el capitán, debe ser testigo de nuestra inocencia.

Malacqua enfrentó a di Cervo quien lo reconoció sin haberlo visto nunca antes. El cura al que había mandado a la tortura y a la muerte estaba frente a él, exudando el olor al almizcle de la venganza que se consuma, encandilándolo con la mirada roja de su rencor. Introdujo, sin herir sus labios, una uña caracoleada en su boca y sirviéndose de sus estrías hizo correr por ella el brebaje. Un resto iridiscente quedó en el fondo del vaso.

El capitán, seguido por Viffarao se precipitó dentro del camarote de di Cervo y una vez dentro, hacia el vaso que Malacqua había devuelto a su sitio.

-¡Es aguamala! –dijo Abdón Jonás de Núñez, sospechando que perdía a su principal pasajero –ha sido contaminada por el aliento de Poseidón: así envilecida, brilla y mata.

Remeció a di Cervo que pudo balbucear:

-Malacqua, Malacqua.

-Sí, es aguamala -reiteró el capitán, dejándolo y volviéndose a Viffarao – tengo un antídoto en mi licorera.

Regresó con una petaca con una tapa de estaño que abrió, vertiendo en los labios del obispo unas gotas de un licor azafranado.

-Esto puede salvarlo de Malacqua.

-Malacqua, Malacqua –repitió di Cervo intentando en vano levantar un dedo para acusar a su asesino.

Nada más pudo hacer di Cervo, pues su cabeza empezó a crecer y a deformarse. Retrocedió el capitán ante esa súbita hidrocefalia acercándose a la puerta. Dejó de aumentar su volumen el cráneo del delegado de la Perseverancia y en su superficie se abrieron pequeñas pero ruidosas buhederas que primero emitieron un cono luminoso y encandilante y luego dieron paso a diminutos y movedizos moluscos. Antes que el hueso se desmoronara como un castillo de arena, el cráneo de di Cervo remedó la copia de una cúpula celestial perforada por agujeros estelares. Quedó a la intemperie el cerebro seco de di Cervo, que con el resto de su corpórea humanidad fue deshaciéndose hasta formar una gruesa lámina de polvo marrón, a semejanza de las halladas en las antiguas tumbas babilónicas. Un reloj cilíndrico, con una sola manecilla rodó desde sus restos, eludió la puerta del camarote y se detuvo a los pies de Viffarao. Malacqua guardó silencio cuando vio al mocho recoger el instrumento.

Al entrar el contraamaestre, el capitán Núñez les pidió lo aguardaran sobre cubierta.

Fumando apoyados en el palo de mesana, el miniaturizador y Malacqua vieron cómo un tripulante y el carpintero de *El Peregrino* ingresaban a la cabina de di Cervo y salían cargando un costal con manchas de un tizne tostado y lo tiraban, sin más, por la borda.

Después, esfumándose el lucero de la mañana con la inminencia del amanecer, el capitán selló con lacre la puerta del dormitorio marítimo de di Cervo y comunicó al mocho que tendría para él un espacio en el sollado bajo cubierta.

-En Recife –le dijo –cuando las autoridades tomen conocimiento de lo ocurrido, podrá retirar sus pertenencias.

-No tengo más que esta bolsa –dijo el aludido levantándola hasta las narices de Núñez –donde llevo un atadillo de ropa, dos dientes de marfil con los que completo mi indigente dentadura, una navaja de afeitar y dos pastillas de jabón.

Malacqua que escuchaba, intervino:

-No irá a relatarle a la policía portuaria lo sucedido.

-¿Y qué otra opción tengo?

-Nadie le va a creer.

Núñez caviló unos minutos, valorando la sinceridad de su pasajero.

-No puedo mentir.

-Ni tampoco perder su licencia de navegante por imaginar hechos insólitos; no faltará quien ansíe capitanear este barco de regreso a España y declararlo, señor, interdicto por un delirio insanable.

-¿Cuál es su interés?

No respondió, sin embargo Malacqua, preguntando a su vez:

-¿Sabe en verdad quién era ese hombre?

-Un adinerado escribano y calígrafo que viajaba a radicarse en México.

-Error, señor Núñez, su nombre era Renzo di Cervo, obispo de Foggia, inquisidor, visitador de Palermo, Nápoles y Goa, enviado especial al nuevo mundo con el propósito de inspirar mayor entusiasmo a los colaboradores del Santo Oficio.

-No es posible, la Inquisición ha sido abolida.

-En el papel.

-Y vuestra merced, ¿es quizás un relapso?

-De ningún modo, ya fui víctima de esa organización y no quiero serlo de su heredera, la Perseveranza.

-Me sorprende caballero—el capitán observó satisfecho que dos marineros baldeaban el rastro color canela que dejaran los despojos polvorosos de di Cervo —pero si lo que me informa se atiene a la verdad, ese hombre estaba vulnerando la ley.

-En efecto —Malacqua ofreció un cigarro al capitán.

-Pues entonces es posible que decida borrar del manifiesto de pasajeros de este barco al señor Montuori.

2.- El sol penetró la negra espesura de los nubarrones que se amontonaban en la popa del bergantín, Núñez se había hecho cargo del mando del barco y Viffarao tragado por el tambucho iba en camino a la hamaca a la que había sido destinado. Entonces Malacqua escuchó unos casi inaudibles aplausos y a una multitud de pequeños teredos, los mismos que perforaran el cráneo de di Cervo, que en ordenado desfile salían por debajo de la puerta del sellado camarote y avanzaban, en marcha forzada, golpeando sus valvas, tropezando de repente con los rebujes o sorteando un abitón, rumbo al trancanil. Malacqua observó como se encaramaban en el madero y en orden, con una sonajera alegre, se iban arrojando al mar.

Aquellos molusquillos no eran criaturas vivas, eran máquinas programadas para una tarea y un fin determinado, averiguaría después Malacqua por medio de Gabriella.

La niña, atenta con su tablero de ajedrez como almohada y Esther con un cuenco de agua en su mano esperaban a Malacqua.

-Di Cervo ha sido aniquilado –les dijo.

-¿Muerto? –Esther se enderezó, dejando el vaso sobre la bandeja de noche.

-Se ha desvanecido, pulverizado en verdad.

-¿Ya no podré cortarle los pies? –preguntó Gabriella compungida.

Las costas de Brasil aparecieron de pronto entre la bruma matinal. Sus extensas playas y la inmensa mancha lluviosa de sus bosques verdecían sobre el horizonte. Chillidos estridentes, lamentos incomprensibles que provenían de la jungla acompañaban el lento navegar de *El Peregrino* que costeaba. Bancos de calina envolvían la cubierta y se deshacían en jirones a medida que avanzaban hacia el sur.

Una tarde el capitán mandó arriar las velas. Dejó el barco al paio frente un puerto pequeño, un estuario con innumerables islas pobladas, una Venecia modesta pero luminosa. Dos veleros esperaban por carga y pasaje.

Barqueó Núñez en una chalupa y al regresar reunió a sus pasajeros.

-*El Peregrino* debía llegar a Las Antillas y luego derrotar hacia el sur, hasta Buenos Aires; como no fue posible, la travesía será a la inversa, recalando en Buenos Aires y regresando desde ese puerto al Caribe.

-Llegaré muy atrasado a incorporarme al batallón al he sido adscrito –alegó el oficial de coraceros.

-Aquella goleta –el capitán indicó uno de los veleros –realiza cabotaje hasta el Caribe; zarpará hoy, con la marea y tiene acomodación para todos; no tardará más de seis días en llegar a Cuba.

-¿Cómo pagaremos? –preguntó otro de los pasajeros.

-Ya han pagado en Málaga –los tranquilizó Núñez -he arreglado con el capitán Bamedil, falta saber cuántos de vosotros irán con él. Me ha concedido seis horas de plazo, pues para entonces la marea viva estará en su máxima altura.

Malacqua no vaciló, tampoco dudaba de que Esther y Gabriella lo seguirían. Encerrados en el camarote, esperando se cumpliera el plazo otorgado, les planteó la necesidad de continuar con el capitán Núñez.

-¿La Inquisición sobrevive en Buenos Aires?, una ciudad con ese nombre no aceptaría torturadores –dijo Gabriella.

-Te sorprendería saber la maldad que se esconde detrás de los nombres –la corrigió Malacqua.

No hubo oposición por parte de ellas. Viffarao fue el otro pasajero que no desembarcó en Recife. El resto abordó en la goleta de Bamedil.

Con el piloto al mando, el capitán Núñez ocupó su tiempo en perfeccionar la cartografía de las costas de Brasil. En una ocasión invitó a Malacqua a su cámara donde le mostró su trabajo y el perfecto cuidado en el dibujo de detalles que mejorarían el conocimiento de esas tierras y disminuirían los riesgos de la navegación.

En el puerto de Bahía *El Peregrino* cargó azúcar, frutas, animales y aves reduciendo su estadía a pocas horas por la amenaza de un pastor evangélico que, iluminado, encabezaba una rebelión de esclavos que se desplazaba desde el *Sertao*. Aquellas provisiones y la ausencia de pasajeros mejoraron la carta de a bordo, esmerándose el cocinero, Caballero de la Orden del Espíritu Santo y poseedor de la cruz del listón azul, en la preparación de patés, salsas y carnes y otras deliciosas menudencias. Ni Malacqua, Esther o Gabriella habían comido alguna vez aquellas viandas, habituados al gusto cotidiano de los granos, la leche, el pan y la manteca.

-No me hice hombre de Dios para el disfrute de mi estómago –comentó Malacqua una noche en que le habían servido puerco asado con setas, bananas y una salsa de maracuyá.

-Ni tampoco para torturar inquisidores –Esther había recuperado el tinte rosado en sus mejillas y comía una ensalada de hojas verdes, rojas y amarillas.

Malacqua terminó de comer pensativo, absteniéndose de cualquier comentario.

Gabriella se había ganado la confianza de un papagayo verde amarillo de propiedad del piloto. El pájaro, caviloso, la acompañaba cuando ella movía las piezas del chaturanga.

3.- Avistaron el Pan de Azúcar un medio día en el que los marineros baldeaban la cubierta para evitar que el calor combara las serretas. Abocó hacia el puerto y en la ensenada y a palo seco el capitán ordenó arrear al bergantín goleta con un ancla de mar y otra de arado. Esther y Gabriela se divirtieron con el catalejo de Núñez observando a las mujeres blancas de Río de Janeiro que, escoltadas por negras o mulatas, caminaban por las playas con sus gruesos y costosos trajes de damasco y terciopelo, protegidas por quitasoles quizás habituadas al agobio de ese sol despiadado.

La cuarentena impuesta por el almirante Bautista dos Santos, capitán del puerto de Río de Janeiro, justificada por la peste descubierta en un mercante negrero, impidió al contra maestre entregar el manifiesto de carga, pagar el derecho portuario, pero tampoco desembarcar. Malacqua y las dos mujeres, bajo una toldera en la popa, se abrasaron los dos días que el barco estuvo anclado lejos de los espigones. Y aunque la temperatura no descendía en las

noches, la oscuridad y la luz fría de la luna que menguaba les proporcionaba una sensación de alivio que se prolongaba hasta el amanecer.

Al abandonar el puerto, Núñez ordenó al piloto rumboear barajando la costa, más apartado de ella, pero sin perderla de vista. El tráfico de esclavos, las ricas mercancías, los imprevistos bloqueos, las disputas por territorios en el cono sur del continente, hacían de esas aguas un trasmundo emponzoñado por piratas, facciosos y mesnaderos que abordaban naves para utilizarlas en sus propósitos. No era raro que se entregaran al pillaje matando a los tripulantes y violando y raptando a las mujeres si las hallaban.

La fortuna los acompañó hasta la provincia de Buenos Aires en las riberas del Río de la Plata. Dos acontecimientos adversos, ambos sorteados sin inconvenientes, importunaron el trayecto marítimo. El primero de ellos concernía al avistamiento y cruce por babor de una flota compuesta por tres navíos de línea.

-La ruta es incomprendible, también el color del velamen, prohibido hace más de cien años –le dijo Núñez a Malacqua al advertir que con sus negras velas atagalladas esos barcos cruzaban a *El Peregrino* por babor –ellos se dirigen al sur.

Malacqua, que había sido llamado al puente por Núñez, se esforzó para compartir ese avistamiento, pero no pudo confirmar lo que el capitán había visto. Columbró sombras oscuras, nubes entre nubes quizás, espejismos de arboladuras, bucles de olas negras que podían confundirse con las troneras de múltiples cañones.

-Pero grandes barcos armados, capitán –se sinceró Malacqua –no podría asegurarlo.

Abdón de Núñez se aferró a la bocina de una lumbrera y dejó pasar varios minutos.

-Historias extraviadas cuentan –dijo –que pocos días antes de que Colón zarpara del puerto de Palos, cinco carracas anclaron en Sanlúcar de Barrameda. Por tierra se vio llegar a ese puerto al anciano Inquisidor Tomás de Torquemada. En su presencia se cambiaron las velas que llevaban: dos cebaderas cuadas y una latina todas de color azafrán, por otras más amplias, negras como cuerno quemado, en uno de cuyos cuartos estaba pintada la cruz, la espada y la rama de olivo del Santo Oficio. Se afirma que Torquemada conocía los detalles más variables de la aventura que emprendía el genovés, pero, por razones inexplicables, ignoraba la ruta exacta que tomaría.

-La Inquisición, la presencia inmortal de la Inquisición –no se resistió de decir Malacqua.

El capitán no interrumpió su relato:

-Joao de la Esponha, un maderero atento a las necesidades de los armadores de las costas españolas, fue un escucha fortuito de las instrucciones dadas por Torquemada a sus hombres. Después de un copioso almuerzo y ebrio, Esponha se había quedado dormido bajo la mesa del comedor privado que solicitara el Inquisidor para reunirse con sus capitanes. Se enteró de ese modo que las intenciones de Torquemada eran seguir a Colón, adelantarse cuando avistaran lo que se creía era Cipango, atraparlo, acusarlo ante los reyes católicos y apropiarse de todo los territorios del Asia así descubiertos.

-En verdad es una historia extraviada –reconoció Malacqua.

-Y poco comentada –señaló el capitán.

-Y... ¿qué ocurrió?

-Nadie opina lo contrario: las naves de Torquemada naufragaron durante la travesía.

Malacqua creyó entender y extendió un brazo hacia el horizonte donde Núñez había avizorado esos navíos de lonas negras.

-¿Cree en barcos fantasmas?

-No, pero jamás me ha afectado una visión.

Malacqua se retiró a ver acercarse al piloto con el cuaderno de la bitácora bajo el brazo.

El segundo hecho que retrasó el viaje fue el encuentro con una nave de pordioseros. Llevaba su pendón atributivo, nada más que un trapo, flameando de la mesana de un carabelón derrelicto pero remozado: una mano blanca, supina, en campo azur.

-Es su heráldica –explicó Núñez a Esther que se aproximaba a la borda a observar a ese naufragio flotante.

Abdón Núñez la autorizó a acercarse a un cable, prohibiendo abarloarse a *El Peregrino*.

-Comprobarán que de todo se ve en estos mares –dijo el capitán a sus únicos pasajeros –en particular estos son inofensivos aun ante la negativa de una limosna.

Detuvo su singlar el carabelón y desde él se desprendió una calera vasca con dos hombres. Uno remaba, el otro agitaba un par de banderas. Cuando estuvieron a unas yardas este gritó:

-Me llamo Erazo y soy el capitán de este carabelón.

-Nombre y matrícula –pidió Núñez.

-*La Salud...*, capitán y es de mi legítima propiedad, pero, no me pida la matrícula, ¿dónde me la darían?

-¿*La Salud?*, ¡qué nombre! –exclamó Esther.

-Así se ha llamado siempre –respondió Erazo y se dirigió al capitán – reclamo, noble capitán español con respeto y energía, caridad para nosotros y nuestras familias.

Abdón rió complaciente y pidió a algunos hombres de su tripulación que bajaran hasta el bote de los pordioseros medio saco con cecinas, dos fanegas de granos y un barrilito con una arroba de ron. Después lanzó una bolsa con monedas que Erazo, que ya descorchaba el tonel con sus dientes, recogió al vuelo. Un Pampero sucio y frío batía sus harapos a medida que se alejaban, bogando uno, bebiendo el otro.

-Extraña tripulación –comentó Esther.

-Encontrará raras marinerías y también en tierra descubrirá lo peor de nuestra civilización –se dirigió Abdón Núñez a Esther –aquí se manifiesta la esencia de la deslealtad, de la envidia, del resentimiento: los miasmas de este continente vician la sangre europea.

-Como cristiano no creerá en lo que está diciendo –reclamó Malacqua.

-No es primera vez que visito estas tierras –aseveró el capitán – y he comprobado que en estas naciones la generosidad es esquiva, la fidelidad escasa, la ambición potente, los cuerpos sociales aletargados por el miedo y la enajenación, todos vasallos del dinero y expertos en el oportunismo.

-¡Vaya! –dijo Esther sin ocultar la ironía -¿y para qué han servido los cuatro siglos de evangelización?

-El libre albedrío es atributo de la naturaleza humana –sentenció Malacqua.

-Que aquí, en este continente está cargado hacia el mal... -insistió Núñez.

Se escucharon entonces los gritos del atalaya en la cofa de *El Peregrino*:

-¡Bajíos!..., ¡bajíos!

-Son los bancos de arena que acumulan las rías –informó el capitán, obligándolo a desentenderse del diálogo con sus pasajeros.

Y sin otra circunstancia que los retrasara el velero surcó las cenagosas aguas del Río de la Plata.

Diecinueve veleros y un buque con grandes ruedas a babor y estribor contó Gabriella esa tarde. Autorizados a bajar, el capitán Núñez los despidió con muestras de afecto. El piloto le dio a la niña una bolsa con semillas de girasol:

-Son para tu papagayo, es el alimento que le conviene.

-¿Lo puedo llevar? –preguntó extasiada Gabriella.

-Puedes –confirmó el marino.

DIECISIETE. (Ciudad de esquinas rosadas)

1.- Nubadas de mosquitos los recibieron en los espigones de Buenos Aires. Sin embargo, ignoraban los insectos a Viffarao que detrás marchaba envuelto en un glóbulo de aire puro.

-¿Cómo lo consigues?

Se deshizo en disculpas el mocho al ver a Esther y a Gabriella agobiada por los zancudos y aflojó los broches de una de sus mangas. Por debajo de su muñeca asomó la cabeza de un lagarto gris. Esther dio un respingo y el papagayo garrió. Zumbaron aterrorizados los insectos dejando un amplio espacio entre la nube que formaban y los cuatro viajeros.

-No teman –dijo Viffarao – no traspasarán la frontera que alcanza el disparo del camaleón.

-¿Está vivo? –preguntó Gabriella tocando la cabeza del animal.

-Tanto como tu papagayo –respondió Viffarao.

-Y... ¿está vivo el papagayo o es otra invención tuya? –especuló Malacqua.

-Fabrico estructuras que se mueven, no creo órganos con vida –rezongó Viffarao.

La humedad impregnada por el olor a alquitrán que emanaba desde los lejanos pantanales del río Paraná provocó náuseas en Esther. Se sentaron a descansar bajo un ombú.

Aprovechando la pausa el mocho dejó libre al reptil:

-Poco se alimentaba en el barco –dijo disculpándose.

El camaleón caminó con paso de animal cansado pero verdadero hasta camuflarse entre las hojas de un matorral vecino y desde allí atrapó cuanto mariposa o abejorro se le antojara lanzando su lengua prensil y pegajosa.

-No puede ser una máquina, como sus creaciones –concluyó Gabriella fascinada por la habilidad de ese depredador.

Entraron a la ciudad desde el oriente y por una calle tapizada por adoquines dominada por una imponente mansión. Gabriella se quejó de hambre y Malacqua buscó una posada. Un cartel invitaba a un merendero llamado El Retiro. Servían un solo plato, locro, que Malacqua acompañó con una jarra de vino y que comieron con prudencia. El papagayo de Gabriella picoteó unas pepas de zapallo y el camaleón, saciado de tanto bicho, no apareció de entre las ropas de Viffarao.

El mocho pidió una jarra de cerveza.

Otros oscuros y pobres comensales, con sus sombreros en la cabeza, cuchareaban sus platos indiferentes a lo que los rodeaba. Malacqua, en un momento y quizás excedido por el vino, palmoteó a Viffarao:

-Y tú, ¿no serás también otro muñeco de artificio?

-Malacqua –Gabriella se puso de pie –¿cómo puedes...?

Viffarao apuró su cerveza.

-Está bien –dijo y su voz sonó con el tono de un cencerro desafinado –todos estamos extenuados.

Pagó Malacqua, preguntó por un albergue y salieron. Aún había luz.

-Seguirá con nosotros, señor Viffarao ¿no es cierto? –se apresuró a decir Gabriella.

-No, mi trabajo ha sido retribuido de manera armónica y eficiente, ahora debo ir solo.

Se despidió de Malacqua con un ceremonial apretón de manos, de Esther con un beso en la mejilla y de Gabriella con un abrazo paternal y prolongado. Tratando de no tropezar con la bolsa que llevaba en el hombro, Viffarao se alejó sin volver la cabeza.

Siguiendo las indicaciones recibidas en el comedor, se dirigieron al lugar donde pasarían la noche. Una vocinglería los congeló en una esquina rosada.

-Escuché también la voz del *signore* Viffarao –dijo asustada Gabriella.

Malacqua ladeó la cabeza confirmando la sospecha de la niña.

-Regresen al comedor –le ordenó y con grandes zancadas tomó la calle desde donde se oía el bullicio.

Alcanzó a los bribones cuando atravesaban un baldío. Llevaban a Viffarao en vilo, cantando groserías, arrojándolo al aire y recogiénolo al caer, insultándolo y golpeándolo. Los pocos transeúntes observaban pasar la sórdida procesión sin intervenir, doblando el cuello, humillando su decencia, orillando sus miradas.

Desoyendo sus indicaciones Esther y Gabriella se arrimaron a Malacqua.

-¿Era *il signore*? –preguntó ansiosa Gabriella.

Malacqua no quiso mentirle.

-Sí, era él y este trabajo lo haré solo –insistió –busquen donde pasar la noche, yo las encontraré.

Y fue tras la cofradía de maleantes que doblaban en un codo estrecho de la entreverada y precoz urbanización de la ciudad.

Siguiéndolos, Malacqua interpeló a dos o tres curiosos los que eludieron la pregunta por la identidad de los secuestradores y su destino; se tocaban el sombrero y le daban la espalda. Al cuarto lo tomó por la camisa, rasguñándole el pecho ahí donde late el corazón. Aterrorizado por la uña que le recordaba la de un caracolero el hombre tartamudeó:

-Vivo en los humedales del Paraná, vengo a comerciar a la ciudad...

Malacqua hizo brotar una gota de sangre de la piel del campesino.

-¡Habla, infeliz, que algo tienes que saber!

-Es la Mazorca de Rosas, déjame ir, soy un lomo negro que ya me salvé una vez de la resbalosa...

Intervino, entonces, un hombre corpulento de largos bigotes engomados, vestido con una levita verde con dos esclavinas. Tomó el brazo de Malacqua con fuerza, pero sin violencia.

-Suéltalo, hombre –le mandó con voz segura, templada –que te está diciendo la verdad.

Aquella inesperada intervención hizo que Malacqua aflojara su mano.

-Quiero saber quiénes son y a donde llevan al que han raptado.

El hombre de la levita despidió al agredido:

-Lo llevan a la última hacienda de Rosas, el dictador exiliado en Londres, allí lo sumarán a la cáfila de bufones y monstruos que colecciona.

-¿Quién es Rosas?

-Ya no es nadie, pero el Presidente Mitre aún tolera a esa banda de reluctantes, temeroso él y los políticos del poder que ejercían, conocidos en su tiempo como la Sociedad Popular Restauradora, o la Mazorca por la tortura que aplicaban, hoy son sólo una secuela de lo que fue su poder.

Malacqua no escuchó más. Se desprendió del elegante intruso y a paso rápido continuó su persecución. Los alcanzó al final de una avenida donde vio que encajonaban a Viffarao en una pajarera y lo subían a un carro. Su situación no era distinta a los de los *villisimi homini improbus* Lastrero y Armadijo ni su seguimiento al que hiciera en Madrid tras el hassid de la gallera.

Salieron de la ciudad por el norte, y tomaron un camino estrecho, de tierra, hasta llegar a una propiedad cercada con un alto muro de barro. Un portón se abrió franqueándoles la entrada. Malacqua con su ira contenida, sabiendo que sabría encausarla, dejó que entraran. Se sacudió las ropas del polvo y como el buitre que en ocasiones sentía que llevaba adentro levantó sus brazos y enganchó sus uñas en la rama de un olmo. Así, casi colgando, esperó que cayera la noche.

La fronda de aquella hacienda ocultaba las casas y apagaba los ruidos. Terminaba el día cuando Malacqua escaló la muralla. Cayó en un parque de césped bien cuidado, con caminos bordeados de setos y árboles cuyas raíces visibles abrazaban la tierra simulando gusanos descomunales.

Se acercó con cautela hasta tener al frente una casa extendida, de dos plantas y una terraza protegida por una balaustrada de mármol, iluminada por una docena de hachones. Reconoció a Viffarao en el centro de un círculo de enanos y jorobados, vestidos con vistosos trajes de bufón y sombreros picudos engalanados con cascabeles o tricornios multicolores que hacían piruetas y malabares con mazas y bolas de madera, tratando de ganarse la risa de dos hombres que dominaban la escena. Uno de ellos, sobre un taburete de altura, vestido al estilo de un arlequín, con un dominó sobre su cabeza y otro, de pie,

un matón descamisado, con pantalones bombachos de lona cruda, botas de cuero de vaca y un látigo cruzado sobre los hombros.

Malacqua palpó el revólver en el bolsillo, inútil con las uñas crecidas, guardó sus manos en las bocamangas de su abrigo y caminó hacia el grupo frotando la suela de sus zapato contra la grava del sendero. Callaron los farsantes, el albardán se incorporó de su asiento y el del torso desnudo cogió el mango de su vergajo. Orazio Malacqua volvió a ser el cura de Mascione.

El matón bajó los escalones de la terraza y puso una mano en el pecho de Malacqua.

-Aquí nadie entra sin ser invitado –le dijo, empujándolo.

Malacqua respondió como había sido entrenado:

-Los hombres de la iglesia no requieren invitación.

-¡Te equivocas, cura! –el pendenciero retrocedió, borneó el látigo, lo alzó, le dio un veloz giro sobre su cabeza y lo boleó contra Malacqua.

Más rápido fue el que había sido cura, que con la uña del pulgar derecho rebanó la fusta de cola de buey antes que lo tocara, trozándola en incontables anillos, laminados, cortantes que se volvieron contra el matón seccionándole una carótida.

Un par de espumarajos arrojó Ciriaco Cuitiño, secuaz mayor de Juan Manuel de Rosas, antes de caer con los pulmones anegados. Nadie lo socorrió.

De su sitial bajó apresurado el arlequín acercándose a Malacqua que limpiaba sus uñas frotándolas contra las matas de boj. Soy Juan Gezmuri –dijo postrándose –la ignominia ha emporcado mi nombre por la culpa que me acompaña por no haber seguido a mi protector al otro lado del mundo.

2.- Se distrajo Malacqua ante tamaña muestra de sumisión ignorando los cinco o seis lazos de cuerda que, dibujando un perfecto círculo en el aire nocturno, cayeron sobre él. Atrapado cayó al suelo y uno de los secuaces emboscados en el jardín aplastó su cara contra la gravilla del suelo. Malacqua vio de soslayo como envolvían el cuerpo de Ciriaco y se lo llevaban sin aspavientos. Después se ocuparon de él. La corte de bufones y Viffarao habían desaparecido. Tirándolo por los pies lo llevaron por los arriates donde su nariz iba dejando un surco hasta un lugar que olía a boñiga y cereal. En ese lugar techado lo pusieron de pie. Una lámpara de aceite permitía ver pacas de heno y una tablazón desde donde colgaba una cadena y un escabuche a modo de gancho. Se escuchaba zurear a las palomas. Levantaron a Malacqua, aherrojaron sus muñecas con esposas de policía y lo colgaron del escardador. Giraba la sogá y se burlaban los pandilleros del indefenso Malacqua. Quebraron sus uñas usando boleadoras y lo golpearon con trancas de roble.

Cuando se cansaron se sentaron en el suelo a su alrededor. Al terminar de sorber su mate el que hacía de jefe se levantó:

-Al amanecer –le dijo –como nos enseñó el general Rosas, te amarramos el lazo al cuello y estamos pagados.

Y lo dejaron ahí, suspendido, goteando sangre de sus pulpejos la que caía al suelo mojando sus uñas, inmóviles como caracoles muertos.

Cantaron los queltehues, insomnes vigilantes nocturnos, gritó una perdiz y despertó, afiebrado, Malacqua. No se entregó a la suerte establecida por la Mazorca, detestaba que lo torturaban y juró que no ocurriría otra vez. Sus uñas crecían, encarnándose en las heridas de sus dedos, volviéndose inservibles. Se contorsionó en su colgadura aflojando levemente sus ataduras. No ignoraba que su destino sería, también, el de Esther y Gabriella y se propuso descansar. Recuperaba fuerzas, movía el cuello para fortalecerlo, cuando vio, equilibrándose en una viga de la techumbre, al ratón. Los ojillos del animal giraban atentos en sus órbitas oteando el vuelo de alguna lechuza hambrienta. Era una presa vulnerable que vacilaba en su sitio, sin atreverse a emprender la marcha. Den el color sucio del artesonado, sin embargo, su mimetismo era eficaz. Esperó todavía un rato y se decidió avanzando con brincos intermitentes, distintos al de un roedor de granero, saltando hacia un hombro de Malacqua. Bajó por la camisa desgarrada hasta la primera cuerda y la cortó con dos enérgicas dentelladas. Repitió la operación con todas las demás y terminó royendo los grilletes metálicos con sus poderosos incisivos. Malacqua, a medida que caía como un fante al piso, dedujo, sin equivocarse, que esa anatomía viviente era obra de Viffarao.

Tardó en incorporarse Malacqua, moviendo con cuidado sus brazos y sus piernas, cerciorándose de tener todos los huesos en su lugar. Examinó sus dedos: esas heridas curarían con rapidez. Unos minutos después y con extremo cuidado salió del galpón, pero no terminó de dar dos pasos al ser sorprendido por la sombra inconfundible del miniaturista.

-Son cuatro hombres –le informó Viffarao –esperan la mañana junto a un fuego donde asan garrones de cordero.

Hasta ese lugar se allegaron. Detrás de las casas de la hacienda, delante de una choza de barro, de pie, cortando las presas de la parrilla con sus facones, los hombres reían con la boca llena de carne, escupían la grasa o los huesos y se chorreaban con el vino que diluían con agua carbonatada.

Empujó Viffarao a Malacqua que no se resistió hasta advertir que estaban en descampado, a la vista de los delincuentes.

-Nos verán –dijo Malacqua en un susurro.

-No podrán –dijo Viffarao –tienen la ilusión de ver, pero están ciegos, en su vino nadan mis autómatas.

-Pero siguen comiendo...

-Sus manos y sus cuchillos se guían por el olor de la quemadura del lechón, no por la vista.

Viffarao se acercó aún más.

-¡Cuidado! –lo previno Malacqua.

El pequeño hombre sonrió:

-Aunque me sorprendieran -sentenció -de nada les valdría, ya han empezado a morir.

A la luz de las candelas y de las llamas azuladas del carbón, Malacqua vislumbró un inequívoco pero asimétrico encogimiento de esos desdichados. El tamaño de esos hombrazos se reducía, pero no así el de algunas de sus entrañas que empezaban a insinuarse bajo la piel. Prontamente innumerables protuberancias deformaron sus cuerpos, haciendo comparable sus formas a la de retorcidos árboles nudosos. No pocos de esos tubérculos se rompieron rezumando líquidos pestilentes. La tensión de los músculos hacía crujir sus huesos estrujándoles su médula y un enjambre de gusanos articulados se abría paso desprendiéndoles la piel como si fueran saurios en muda. De manera paulatina, con plena conciencia de quienes las sufrían, esas erráticas y violentas transformaciones los dejaron reducidos a cuatro montículos de escombros.

Antes de largarse Malacqua descubrió que esas lombrices también nadaban en los sifones de agua gaseosa.

-En verdad –comentó el pequeño –no he podido llevar a la práctica el *apequeñar harmónico* de un ser vivo, como una tribu ecuatoriana que llaman jíbaros.

-El portugués es una insuficiencia idiomática de los curas –se disculpó Malacqua.

-He dicho empequeñecer en forma simétrica a un animal –explicó Viffarao - porque en una invariable porfía, los huesos y articulaciones se achican al unísono, pero se retarda la reducción de masas blandas, lo que redundo en esperpentos monstruosos que mueren irreconocibles.

Malacqua lo sujetó de un codo.

-Tu intención, deduzco, no era matarlos sino experimentar con ellos.

Viffarao curvó los labios en una mueca de disgusto.

-El maestro Syrlumayata –explicó Viffarao -no permitió que accediera a la fórmula, adujo que no estaba preparado para ello, después, cuando Cambrucelli me perdonó la vida, el maestro se había retirado a meditar a los bosques del Punjab, a las orillas del río Chenab. Nadie lo vio nunca más.

Malacqua dejó cantar a los queltehues. Luego preguntó:

-¿Y que le sucederá a los bufones que han quedado en la hacienda?

Avanzaban a tientas por la calzada polvorienta, orientándose bajo el burlón mirar de las estrellas.

-Reproducirán el drama sempiterno de su singularidad, ya sea encerrados en la colección de Rosas, o libres en cualquier calle del mundo.

Se separaron a la entrada de la ciudad.

-Y si no en estas provincias, ¿dónde se habrá refugiado la Perseveranza? – preguntó Malacqua.

-En el otro extremo de este continente, donde olas despiadadas bañan playas solitarias, detrás de cordilleras congeladas; donde los edictos reales no tienen vigencia, allí en el seno de naciones dominadas por la quimera de la democracia, donde los pueblos que se creen libres de dominio extranjero y los gobernantes se suceden iluminados por el discurso hipócrita de la libertad y la justicia social.

-¡Vamos...! –exclamó Malacqua.

-Era también el discurso de di Cervo –Viffarao abrió su bolsa y sacó de ella un sobre.

-¿Estarán protegidos esos criminales? –Malacqua golpeó el adoquín de la primera calle sacudiendo el polvo de sus botas.

-Los criminales protegen a sus iguales –Viffarao alargó su brazo con el ratón y el sobre y se los ofreció.

-El roedor le puede ser útil, señor Malacqua, en otra ocasión; el sobre tiene los bonos vaticanos de di Cervo, cualquier obligacionista en el litoral del océano pacífico te los hará dinero circulante sin preguntar nada.

Viffarao echó a andar dándole la espalda a Malacqua.

-Y..., tú, Viffarao...

-Me perderé en las callecitas de Buenos Aires..., y ¿señor Malacqua, cuál será su destino? –preguntó a su vez.

-¿En dirección a la otra vertiente de América?

-Paraguay, Bolivia, Perú y Ecuador, en ese orden, allí encontrará a quienes busca.

Y el mocho se perdió en el recoveco de una calle, abreviándose a medida que se extraviaba en la ciudad.

3.- Esther curó a Malacqua, una vez más, con cariño y dedicación. Sus heridas cicatrizaron y sus uñas, volvieron a crecer tan firmes y afiladas como antes de la agresión de los Mazorca.

En los días que siguieron Malacqua visitó iglesias y conventos husmeando inquisidores, escudriñó en sanatorios y manicomios buscando víctimas y se entrometió en mutuales y otras sociedades civiles rastreando cómplices

encubiertos. Una tarde tras mucho caminar y rebuscar localizó dos familias sefarditas que habían huido del Portugal y que le informaron que en la provincias del Río de la Plata la Inquisición se había abolido en la Asamblea General Constituyente de 1813. Vencido por la evidencia que daba la razón a Viffarao: no encontraría perseverantes ni inquisidores en esa ciudad y antes de regresar al albergue, Malacqua entró la pulpería Caballito y pidió una horchata. Se sentó en la barra y a través de una ventana observó un edificio de arquitectura desconocida.

-Es una pagoda –lo ilustró el señor Vila, el tabernero –se multiplican las religiones en nuestro territorio.

En el camino de regreso presencié el paso de Bartolomé Mitre, el barbudo Presidente, y con Esther compartió la información obtenida. La conclusión fue fácil: esa nación no estaba infectada por la Inquisición ni por su perseverante heredera. Era un territorio liberal, aunque no consolidado, en el que los conflictos entre la autoridad civil y la eclesiástica se resolvían a favor de los primeros, enfriando la audacia y estrechando el espacio que un obispo hubiese requerido para instalar al Santo Oficio. La misma razón descartaba la existencia de un contubernio entre el brazo religioso y el secular para perseguir a eventuales heréticos, judaizantes y abyectos comunes. Por otra parte, en sus breves salidas a comprar Esther no recogió de las vecinas ningún tipo de evidencia que permitiese colegir que en esa ciudad se hubiese realizado, alguna vez, un edicto o un auto de fe.

Esa noche, desalentado e indeciso Malacqua se confesó con la mujer judía:

-Tenemos tres opciones –le dijo -o regresamos a Europa, o nos quedamos en este lugar, o penetramos el alma del continente, detrás de los que quieren resucitar aquí lo que allá ha muerto.

-¡A Italia no! –Gabriella interrumpió el avance del rajá carmesí de su chaturanga.

-No, no, no... -repitió el papagayo sin peder de vista la ficha en la mano de Gabriella.

Sonrió Esther y poso sus manos sobre su cintura:

-No quisiera volver a embarcarme, ni quedarme en esta ciudad, sus humos y vapores me hacen mal; podría viajar por tierra, trayectos cortos, hasta que nazca el niño.

Gabriella puso un dedo sobre el pico del papagayo haciéndolo callar. Malacqua vio que derramaba unas pocas lágrimas, luminiscentes como noctilucas. No sabía si ellas se debían a la pesadumbre que le provocaba la tardanza en el cumplimiento de la tarea emprendida o a la carencia de los afectos que no sabía darle.

DIECIOCHO. (El Embajador)

1.- Una tarde de cielo arrebolado y brisa fresca Esther le pidió que comprara en el mercado de abastos un poco de fruta y un cántaro con leche de burra y agua. Malacqua revisó su bolsa y descubrió que le quedaba un peso fuerte y cuatro centavos, además del bono emitido por el Vaticano a di Cervo. Puso el dinero encima de la mesilla del cuarto que servía de vestíbulo, el revólver que le obsequiara Plinio Pisanti y el ratón de Viffarao.

-Saldré a venderlos –anunció.

Gabriella ordenó rápidamente el chaturanga, lo guardó en su caja y lo puso junto al revólver el ratón y las monedas.

-Puedes ofrecerlo también –dijo.

-Jamás –Esther con tranquilidad tomó el juego y se lo devolvió a Malacqua.

-Con lo que nos queda compra harina y sal, con ella puedo hacer matzá y venderlo en el barrio judío; así nos sostendremos un tiempo.

-Y después, si consigues algunas tablillas de madera y un reloj desarmado -dijo Gabriella -podría fabricar juguetes móviles para ofrecerlo a los niños a la salida de la misa los domingos.

Malacqua, estupefacto, sostuvo el ratón enredando su cola en una uña.

-Tú, Gabriella, ¿puedes reproducir este animal?..., imposible a menos que Viffarao...

-Si –reconoció Gabriella –en las pausas entre las partidas de ajedrez, él me enseñó la magia con la que se construyen las miniaturas mecánicas.

Y tomando de las manos de Malacqua el ratón, pulsó un botón oculto detrás de una de sus orejas. Brincó el animalillo y con sus estereotipados movimientos trepó por una de las piernas de Malacqua y sin que él pudiese impedirlo le mordió su cinturón partiéndolo en dos. De un manotazo se deshizo del roedor, sujetándose los pantalones, comprobando avergonzado como reían las dos mujeres. Sus ojos tomaron un tinte rosado que luego se diluyó: Malacqua también rió.

Esther reparó la correa de Malacqua quien, con las instrucciones dadas por Esther, fue por la harina.

Las ferias habían cerrado y no había donde ofrecer el juguete de Viffarao o el revólver francés. Callejeando descubrió y entró a un molino que llevaba el nombre de Don Quijote, pero no llegó a preguntar por el precio. Marcado en una poruña en un saco de tela blanca se exponía el valor de los cernidos. El kilo del molturado más barato, una harina de afrecho, costaba un peso la libra, la harina refinada peso y medio y el gofio, dos pesos. Malacqua era un hombre de impulsos instantáneos pero reflexivos, lo que salvó al panadero del despojo

de un saco de harina y de unas monedas. Salió de la tienda recordando al panadero Imaginni que obsesionado por un entierro prematuro le había proporcionado la oportunidad y el refugio para resucitar.

Sin rumbo y con las manos vacías, con la preocupación del que debe proveer, se alejó Malacqua de la harinería, aunque con la ilimitada confianza de que en aquella próspera ciudad no faltaría quien pudiese reparar su desvalimiento.

Se sentó en el banco de piedra de una plazuela, oculto por la estatua de un prócer sin nombre y con la cabeza hundida en el cuello de su abrigo, creyendo fingir que dormía, esperó el ocaso. Soñó que era un gallinazo, insomne y pacienzudo que aguardaba su carroña.

Un carillón coronó el Ave María con siete campanadas. Malacqua se estremeció, ya era hora de encontrar a su víctima. Por la vereda opuesta a donde estaba sentado, vio a un paseante vestido con un guardapolvo que cargaba una maleta de madera. Su peso lo hacía vacilar, como si cojeara. Un plomero, adivinó, dejándolo ir. Nada o poco de valor llevaría.

Al sonar el cuarto de hora divisó a un viejo con el espinazo recargado que al caminar rengueaba con una rodilla: un sastre, se dijo, ellos no llevan dinero. Malacqua no le prestó atención.

Después, rodeando el monumento, pasaba un mozalbate uniformado que arrastraba su sable colgado del talabarte. Lo dejó ir; estos, a menos que sean coroneles, pensó, tienen un salario que no paga lo que me ha pedido Esther.

En la hora siguiente Malacqua transitó por ahí un sacerdote con un cuello de gallineta que le bailaba en el alzacuellos, una mujer con un niño llorando en un saco en la espalda, un vigilante, una carreta sin carretero arrastrada por un caballo overo y un azacán que transportaba dos baldes de agua. A todos los dejó ir.

Se hacía tarde cuando desde la calle que se abría por el norte escuchó un sereno y detrás de él, el relincho de un caballo. Apareció un coche con enganche en limonera, cóncavo su piso como la panza de un bote, caja cuadrada con vidrios en corredera. Una luz interior dejaba ver el elegante tapiz de sus asientos y la silueta de su ocupante.

-Ahora sí –pensó Malacqua comprobando que el rondador se había perdido por otra calle.

Desentumeció sus miembros y siguió al carro, invisible, envuelto en su sombra.

Fue bajando la velocidad la cabalgadura que, a una orden del cochero, se introdujo en un pasadizo, bajo un portal, deteniendo la berlina ante la puerta de una casa grande, con columnas incluidas en su fachada. Se bajó el pasajero que subió los escalones del vestíbulo con agilidad. Desde el alero de la arcada,

Malacqua vislumbró la puerta abierta. El postillón ya guiaba el carruaje a la cochera. Con una carrera breve Malacqua estuvo dentro, mirando al propietario que dándole la espalda examinaba un sobre que había levantado de una mesilla. Al percatarse de la presencia de Malacqua se volvió. Era el hombre robusto, de elegante carric verde y bigotes encolados. Al ver a Malacqua se descubrió la cabeza levantando la chistera y dijo, tranquilo:

-Señor, ¿qué interés lo ha hecho llegar hasta aquí?

Malacqua se confundió por un instante.

-No era mi intención... -balbuceó.

-Interpreto las intenciones cuando percibo una manifestación de ellas –el hombre dejó el sobre y se atusó el mostacho, encorvando la guía derecha.

-...sorprenderlo –completó Malacqua.

-Pero sin duda lo ha hecho –el hombre había abierto las piernas y empuñado las manos.

-He venido a pedir un préstamo –mintió Malacqua.

El hombre movió su cabeza en un gesto de incredulidad, se acercó a una puerta vidriera y la abrió.

-Pasemos a mi despacho –lo invitó.

-Si no hay disposición para ello puedo retirarme –Malacqua se sorprendió de su humildad.

-Esa no es la razón de su intempestiva visita; un sacerdote pide limosna, no es común que se endeude.

-Fui exonerado de mi ministerio.

-Su hábito y no me refiero al que visten los curas, es inconfundible, señor.

-Tiene razón, señor –confesó recuperando su presencia de ánimo -entré a su casa con la inexcusable determinación de robarle, pero ya me voy.

-La honradez de sus palabras contradice la deshonestidad de sus propósitos –dijo el hombre.

En el despacho se dirigió a una licorera, eligió un frasco de cristal con un líquido de tono avellanado y sirvió dos copas.

-¿Se sirve, padre? –le alargó una a Malacqua.

-Ya le dicho que he dejado de serlo –Malacqua aceptó la copa –desde que la Inquisición me dio por muerto después que fui desquijarado.

-La Inquisición, una institución inconveniente e innecesaria –dijo el bigotudo tocando el borde del licor con sus labios.

La habitación estaba alhajada con sillones de cuero, un escritorio de marquetería y sus ventanas apagadas por pesadas cortinas de damasco.

-Criminal, sobre todo criminal –Malacqua probó el destilado.

-Y que puedo hacer en su favor –preguntó el anfitrión sentándose en uno de los sillones de cuero e indicando otro a Malacqua.

-No le mentiré –dijo Malacqua –pero le reitero que basta un gesto suyo para que me retire de inmediato y sin hacerle daño.

-He visto sus uñas y columbro armas de fuego en sus bolsillos, pero por razones que no percibo y aunque se que es capaz de matar, se que no lo hará hoy.

-Puedo asegurárselo.

Malacqua retuvo en su boca el segundo trago del licor. Era más potente que el ron, pero sedoso al tragarlo; evocaba el perfume de las ciruelas de los huertos de Torre del Greco donde fuera orfebre su padre. De manera instantánea tuvo la tentación de encender un cigarro. El hombre intuyó sus deseos, pues abrió una caja de madera delgada y le ofreció.

-Lo que bebe es slivovica, de Serbia, lo que fumará, de la isla de un país llamado Honduras, en las costas del Caribe español –dijo acercando una cerilla encendida.

Malacqua quiso tomarla con sus dedos, pero terminó ensartándola en una uña.

-Lo siento –se disculpó.

-¿Es esa una enfermedad o una mala costumbre? –el hombre habló con evidente respeto.

-No puedo evitarlo –se sinceró Malacqua –me crecen sin cesar desde el día en que nací.

-He sabido de un hombre que tiene una peculiaridad similar a la suya... y su acento, ¿no es natural de Italia?

Malacqua apuró el vaso y se puso de pie.

-Creo que es mejor que me vaya.

-Señor Malacqua –he visitado Italia hace poco en mi calidad de embajador de mi país–síntese por favor, que se sorprendería al saber que tenemos muchas cosas en común.

Malacqua se mantuvo de pie.

-¿Profesa la fe católica, señor?

-Católico y conservador sin concesiones, pero ni en nombre de la iglesia justifico crímenes insensatos ni organizaciones criminales.

Malacqua se sentó y aceptó otra copa del aquél aguardiente de ciruelas.

-Así como sabe mi nombre, conocerá también mi historia.

-Sólo parte de ella, creo haber pasado por Roma cuando se le buscaba con ahínco, ofreciendo un alto precio por su cabeza.

-No quiero quitarle tiempo –Malacqua dejó el sillón.

-¿Insistirá en la pesquisa de inquisidores?

-Se han renovado, ahora llevan otro nombre.

-¡Ah, sí!, los perseverantes, no se me escapa su existencia.

-A ellos, antes de que continúen con la masacre de inocentes.

El ministro plenipotenciario dejó el sillón y se dirigió a su escribanía. Con el humo del cigarro dibujó un círculo perfecto que fue creciendo, deformándose, descendiendo hasta un rincón de la alfombra donde quedó un rato inmóvil, como la fumarola de un volcán. Abrió un cajón y papeleó en él. No se le ocurrió a Malacqua que pudiese sacar un arma, lo que de ninguna manera ocurrió. Expuso en su mano, en cambio, un talonario que abrió y donde escribió untando una pluma de ánade con tinta verde.

Regresó hasta donde estaba Malacqua y le extendió el papel.

-Quisiera ayudarlo, tengo motivos para sentir una aversión hacia por esa institución, pero no comparto el uso de métodos violentos contra sus constitutivos.

-No he sido reparado ni lo seré, la disolución del Santo Oficio me deja a mí como a tantos otros, huérfanos de apelación; eso reduce el buen dominio que el hombre ejerce sobre el deseo de venganza, no lo aplaca, lo estimula, dejándolo en el borde del alma, siempre presto a eclosionar. No me es posible pensar en un castigo moral.

-No puedo entonces colaborarle, a menos que me prometa que no ejercerá coacción física sobre los culpables –el embajador aún sostenía la libranza.

Malacqua dio un paso atrás, alejándose. Recordó, entonces, el bono de di Cervo. Dejó la copa en el brazo del sillón y rebuscó en su escarcela hasta encontrarlo.

-La cláusula que me impone me impide aceptar su dinero –dijo Malacqua – pero, con el lucro que corresponda, podría canjear por mí este documento.

El ministro tomó el papel que consignaba la suma de dinero de los supuestos viáticos entregados al obispo Cambrucelli.

-Bonos vaticanos..., de gran valor desde luego –puedo hacerlos efectivos en Santiago.

-¿Entonces? –no había ansiedad en Malacqua, que bien sabía que ese dinero papal no era su única alternativa.

-Le puedo cambiar ese papel por lo que considero justo, sólo tiene que decirme qué moneda prefiere.

-La que me aconseje, pues desde aquí me dirigiré a los países de la otra costa americana.

-¿Chile, Bolivia, Perú, Ecuador?

-Agradecería un consejo.

-Lleve pesos fuertes de este país y moneda española y chilena, son bien recibidas.

El embajador deslizó hacia un costado un retrato de Monvoisin detrás del que había una caja fuerte. Hizo coincidir los cilindros de la clave, giró la

manivela y tiró de la puerta de hierro. Se sentó en su escritorio llevando varios fajos de billetes de distinta denominación y nacionalidad y una bandeja con monedas de tamaños y aleaciones diferentes. Comprobando la cifra en el bono vaticano, completó la transacción con rapidez. Pidió a Malacqua a que se acercara quien aprovechó de llenar su copa de brandy de ciruelas.

-Cuenta –lo invitó.

-Sería una impertinencia, además desconozco el valor de cambio –apuntó Malacqua abriendo su bolsa y ordenando en ella el dinero.

-¿Cuál será, a partir de ahora su itinerario?

-Paraguay, Bolivia, Perú, Ecuador –recitó Malacqua los países que subyara Viffarao.

-Paraguay no se lo aconsejo, devastado por la guerra contra sus vecinos, no deben quedar curas ni pecadores irredentos; el trayecto por su territorio es de suma peligrosidad ya que nadie sabe si esa contienda bélica aún continúa o terminó con las batallas en Tuyutí o en Boquerón. Bandas de facinerosos recorren el Chaco robando, violando y asesinando.

-Bordearemos esa región, entonces –dijo Malacqua.

⊖ Bolivia, por su parte –el embajador se complacía en dar esa lección - está gobernada por un soldado bilioso y astuto, un jacobino audaz e irredento, con seguridad agnóstico..., sin embargo le teme y desconfía de la lealtad que la iglesia otorga quienes detentan el poder temporal...

-Poder temporal –reflexionó Malacqua -¿se refiere al que se ejerce en este mundo o a la transitoriedad inexorable de los gobernantes?

-Ambas –siguió su discurso en tono tribunicio el ministro –porque Melgarejo, el boliviano, tiene además un vínculo supersticioso con la iglesia y sus dignidades que lo hacen mantenerse, en lo posible, distante de ellas. Es un país desordenado e inestable políticamente, tanto así que se afirma que existe una cofradía secreta cuya doctrina, el sucesivismo, estimula el reemplazo periódico y no democrático de sus gobernantes, para no darles tiempo de modificar el modelo instaurado por la oligarquía.

-En eso, como conservador, estará de acuerdo.

-De ningún modo, yo creo en la soberanía popular, los sucesivistas execran de ella.

-Por lo que me dice, la relación de Melgarejo con la iglesia obstaculizaría el arraigo de la Perseveranza en su territorio –argumentó Malacqua.

-Según como se considere, pues si una alianza con la Iglesia lo merece, no dude que el Presidente Melgarejo puede allanarle el camino a la represión eclesiástica.

-Lugar interesante, entonces.

-El Santo Oficio español organizó y propició en Lima, la capital del Perú, el órgano inquisitorial más poderoso de la América española: influyente, próspera, institucionalizada por los gobiernos civiles y militares, temida y más que nada odiada: pero se sabe que ya hace tiempo ha sido desmantelada..., me figuro que no es un lugar prudente para que allí germine la Perseveranza.

-Puede tener razón, señor –Malacqua guardó su bolsa con los recursos entregados por el diplomático.

-Ecuador, sin embargo, puede ser el refugio final de esos malos hombres de Dios; García Moreno, el tirano que preside y tutela esa nación es un individuo de indudable talento para gobernar, pero su moral está horadada por el fanatismo religioso; quizás pueda ser atractivo para él convertirse en u protector de esos perseguidos inquisidores.

-Esa nación me interesa.

-He aceptado permutar sus bonos por dinero sin condiciones, pero quisiera proponerle una –dijo embajador guiándolo hasta la salida de la mansión.

-Podría aceptarla, si no es la que ya me mencionó.

-Que no cruce los Andes hacia Chile, mi país, allí la *Perseveranza* no tiene cabida.

-Si lo garantiza, nada tendré que hacer allí.

2.- Malacqua había experimentado el placer, pero no la alegría. Por esa razón desconfiaba del desconocido, pero grato sentimiento que lo embargaba, tan diferente a la compunción que siempre interpretaba como consecuencia de una infracción moral. Había logrado su propósito de conseguir dinero en un buen negocio, sin herir o matar a nadie como lo había hecho antes y tenía las monedas suficientes para comprar la harina pedida por Esther y mucho más, para continuar con su tarea.

Malacqua, sin considerar la hora, regresó al local donde se vendía la harina y golpeó la puerta. El molinero no tuvo inconvenientes para venderle el saco con las diez libras del polvo más fino y un cuarto de sal. Con ellos y cuidando de no rasgar la tela con sus uñas, lo que inevitablemente dejaría un reguero perceptible, se dirigió al callejón donde estaba la hospedería donde se alojaba con las dos mujeres.

-¡Muéstrame tus uñas Malacqua! –le pidió Esther cuando él depositó los encargos sobre la mesa.

-Están limpia de sangre –Malacqua desprendió su bolsa de un botón interior de su tabardo y la abrió mostrando la cuantía que obtuviera del embajador.

-En todo caso nadie regala tanto dinero –dijo Esther sin que su voz trasluciera algún reparo.

Malacqua le relató su encuentro con el hombre de levita verde y el uso dado a los cupones de di Cervo.

-Te creemos Malacqua y si lo obtenido hubiese sido por otros medios, tampoco te lo enrostraríamos –Gabriella se expresó como una mujer adulta.

Esther sopesó la harina.

-Amasaré pan para una semana –dijo.

-Para el viaje –prometió Malacqua -compraré un mapa y todo lo necesario: dejaremos este puerto.

Y unos días después cargaron un maletón y sus mochilas en una tartana tirada por un macho dosalbo y rubicán y tomaron el camino que conectaba Buenos Aires con las provincias norteñas. En el estribo, sobre la vara derecha un baqueano encauzaba al animal. Pendiendo de la capota, el papagayo disfrutaba del periplo.

Bordearon el río Paraná hasta la ciudad del mismo nombre, cruzaron el caudal después de llegar a la villa de Goya y enrumbaron hacia el oeste pasando por el poblado de Reconquista hasta Santiago del Estero y luego a San Miguel de Tucumán. Su condición de extranjeros, así como el estado de la carreta después de tantas de leguas de malos caminos y sus escasos bienes disuadieron de asaltarlos a los desorientados soldados paraguayos, argentinos, brasileños y uruguayos, héroes y baladrones de una guerra que no sabían si había terminado ni mucho menos quién la había ganado. El único contacto con protagonistas de la contienda lo tuvieron con un destacamento de cambas, que cazaron un toro cimarrón y con generosidad compartieron su carne con los viajeros.

En Tucumán Malacqua despidió al arriero y tomó alojamiento en una buena posada.

Para continuar viaje a Bolivia debían franquear las cadenas montañosas del oeste, quizás vivaquear en el valle del Tufí y alcanzar las villas y ciudades orientales de la nación gobernada por Melgarejo, a quien el embajador definiera como un tirano iracundo e impredecible, lo que no le preocupaba tanto como el apelativo de jacobino. Malacqua sabía que la Inquisición nunca había usado la guillotina.

Agradecía la información entregada por el diplomático chileno aunque sentía una carencia porfiada y molesta cuando lo recordaba: ¿Qué tenían ambos en común con relación al Santo Oficio?

Tercera parte.

DIECINUEVE. (El Monasterio)

1.- La primera noche que durmieron en Tucumán y a una hora incierta Malacqua despertó desconcertado. La oscuridad en el cuarto era total y al abrir una cortina, no vio brillar más que una estrella. Gabriella dormía en una cama al lado del lecho que él ocupaba con Esther. Creyó que no dormiría por la estridulación irritante de las cigarras. Pero no era el címbalo de esos insectos el que lo alarmó; era más bien el silencio ominoso y absoluto. Se sentó en el lecho compartido y notó que las sábanas estaban desordenadas. Esther tenía un buen dormir, un sueño reposado de punta a cabo y su respiración era leve como la de un oseño que hibernaba. Soñaba con una pacificada tibieza que obligaba a Malacqua a levantarse antes que ella, admirándose ante ese inalterable sosiego botánico, que dejaba la ropa de cama quieta como la superficie de un estanque. Esa noche fue distinto. Recién se incorporaba Malacqua cuando percibió que la cama se removía a causa de una vibración del cuerpo de Esther, que trepidaba de manera mínima pero reiterada. Tocó Malacqua el rostro de Esther y sintió que su piel estaba caliente y untuosa. Antes, quizás, hubiese rezado, pero ahora fue hasta el cuarto contiguo y remeció a Gabriela.

Gabriella se acercó a Esther y posó el dorso de su mano sobre su frente.

-No la molestes –le dijo a Malacqua –sé lo que le pasa, me lo dijo Viffarao y por esa razón nos daban a beber esa infusión amarga en El Peregrino.

Esther balbuceó dormida.

-Iré por un médico –Malacqua puso su abrigo sobre sus hombros.

-Anda, ve y dile que tiene tercianas –lo mandó Gabriella.

La luna no acudió en auxilio de Malacqua que pudo guiarse por el campanario de una iglesia, cuya silueta se perfilaba contra unos nubarrones preñados de relámpagos. Era la única referencia urbana en esa ciudad aún desconocida. Malacqua se resignó a tocar a la puerta de una construcción de una planta pareada con el templo y en donde, como era costumbre, debía vivir el párroco.

Desde el interior de escuchó una voz soñolienta y malhumorada:

-¡Sólo extremaunciones, sólo extremaunciones!, y cuando amanezca.

Era una pocilga de adobe recién ahormado con una puerta que olía a viruta de tabla cepillada. Malacqua le dio un empujón. Saltaron de los ladrillos de

barro los goznes de hierro colado y Malacqua al trastabillar en la puerta, cayó de rodillas frente a la yacija donde despertaba el morador.

-¿Qué haces, insensato? –exclamó el cura sentándose en el camastro y tirando de sus abundantes cabellos rizados y grises.

Malacqua se puso de pie y advirtió que dormía con la sotana puesta.

-No vengo por ti, cura, ni por tu negocio, sólo quiero que me digas dónde encuentro un médico.

Saltó de la cama el sacerdote, rechoncho y fuerte.

-¡Infame apostasía! –gritó –aquí no se hacen negocios, ¿cómo puedes comparar a la santa iglesia con un bazar?

Malacqua no perdió la calma y colocó sus manos en la espalda.

-No desperdicies tus insultos, sólo señálame la dirección de un médico.

Pero el cura no se desprendía de una reacción de desproporcionada ira.

-¡Ha de castigarte la iglesia! –insistió congestionada su cara, exponiéndose a una apoplejía.

-La iglesia ya no castiga –replicó Malacqua impaciente– la iglesia impone penitencias.

-La Inquisición aún vive –insistió el párroco –podrá haberla disuelto Rosas o Viamonte o Mitre pero cada hombre consagrado a Dios la lleva en su corazón y en sus intenciones.

Malacqua dio dos zancadas hasta el velador del cura y clavó sus uñas en el breviario que el cura, luego lo aciberó, tirando los fragmentos de antífonas y versículos al aire, los que saturaron la noche como polillas embriagadas por una luz inexistente.

-¡¿Dónde encuentro a un médico que sane a mi mujer?! –rogó con furia Malacqua.

El cura cayó al suelo, prosternado, farfullando imbecilidades, sin otro interés que recoger los restos de su misal.

Malacqua aceptó la evidencia de que allí no obtendría la información que buscaba.

Con el torreón de la iglesia a sus espaldas, Malacqua se internó a tientas por las callejuelas de Tucumán. Una nube se hizo a un lado y una rasgadura repentina del cielo le permitió distinguir el letrero que anunciaba una botica. Se arrojó sobre la puerta de metal que la cerraba y golpeó con violencia. Luego se oyeron pasos y una voz trémula a través de una rejilla con el postigo cerrado.

-¿Qué quieren ahora? –escuchó Malacqua una voz con acento tudesco.

-Remedios para tercianas, urgente –clamó Malacqua.

Se abrió la trampilla y Malacqua vio, gracias a la luz de la lámpara que llevaba el boticario, su cabeza redonda, de pelos rubios y escasos, piel transparente y ojos pesarosos.

-¿Quién eres? –preguntó el alemán.

-Orazio Malacqua –dijo sin ocultar su nombre –y busco remedios para las tercianas.

Se cerró el ojal de la puerta y se movieron los cerrojos.

-Entra –dijo el boticario y cerró la puerta tras Malacqua.

-Puedo pagar – se adelantó Malacqua.

-¿Qué tipo de tercianas quieres curar?

-He venido para que tú me lo digas.

-Me dedico a los remedios no a los diagnósticos ni a las prescripciones –el rubicundo hombrecillo enmendó la petición de Malacqua.

-Te pido un esfuerzo.

-Tu urgencia me obliga a ayudarte –el hombre se retiró al interior y regresó con un maletín de cuero de chivo.

Al salir, a la luz de la única lámpara encendida en el interior de la botica, Malacqua vio lo que pensó, al salir de España, que no iba a volver a ver: una mujer vejada por una *gramalleta*. Era el conocido escapulario gigante con la cruz de San Andrés, la de los sambenitos pintados en escarlata.

-¿Dónde vamos? –preguntó el boticario.

Malacqua le dijo que alojaban en una posada cerca de una iglesia que describió, haciéndole saber la mala disposición del párroco para ayudarle. El alemán nada dijo, pero lo llevó con paso seguro donde sincopaba Esther. Gabriella la refrescaba con paños.

Examinó a Esther por encima de las sábanas, de paso ratificó la preñez y el color amarillo de sus ojos le facilitó el veredicto: paludismo. Escogió algunos potes de su caja y mezcló su contenido en un matraz. Vertió la mezcla en un tazón con agua caliente que había preparado Gabriella y se lo dio a beber a la mujer.

Dando por terminada su labor, el boticario se dirigió a la puerta. Malacqua abrió su bolsa buscando una moneda.

-Con lo que le has dado, ¿mejorará? –le preguntó mostrándole una moneda de oro.

El tedesco la rechazó:

-Lo ignoro, te puedo decir que su sangre está infectada y su hígado se ha reblandecido.

Se inflamaron los ojos de Malacqua y sus uñas brillaron como pequeñas guadañas bajo la luz acuciante de la luna. Con el dorso de su mano derecha

empujó al alemán hasta inmovilizarlo contra el muro de adobe de una casa vecina.

-¿Cuándo?

-Pocos días –le auguró el alemán sin demostrar temor.

Malacqua aflojó la presión y le dijo:

-Esther tiene el color del paño del sambenito que vestía una mujer en tu casa –le dijo.

-Es mi esposa, pero ella no está infestada por la malaria, sino que por el calvinismo.

-Malacqua lo acorraló otra vez.

-¿Es por culpa de ese cura?

-¿Y quién otro?

Malacqua se retiró unos pasos y el boticario cayó sentado al suelo.

-Dame el nombre de un médico –lo presionó.

-Se llama Savir, a dos esquinas de mi botica, pero no te atenderá hasta mañana, pasa la noche bebiendo.

Malacqua se devolvió a la posada y tomó el turno de Gabriella en el cuidado de Esther el resto de la noche, sufriendo con cada trémula vibración de la judía, respondiendo con juiciosa generosidad a las disparatadas preguntas provocadas por la fiebre y la consunción.

Esther despertó lúcida en cuanto el sol entibió el cuarto.

-Déjanos morir solos –le dijo al abrir los ojos.

Malacqua la abrazó y fue a despertar a Gabriella. Le pidió que fuera a comprar pan, leche y frutas para Esther y salió en busca del doctor Savir. Camino a la botica hubo de pasar ante la iglesia donde el padre Monasterio recogía, una a una las esquilas de papel, con las que pretendía, asumió Malacqua, remendar de su libro de oraciones. La oscuridad, detrás puerta desgoznada, remedaba la antesala del infierno. El cura levantó la cabeza:

-Tú otra vez, ¡indigno! –lo injurió.

Malacqua, formando una horqueta con el pulgar y el meñique atrapó el guargüero de pavo de Monasterio y clavó su mano en el barro fresco de la casucha.

-Dejarás de maldecir –lo notificó con explicativa nitidez –y me dirás qué sabes de la Perseverancia, de que forma se ha asentado o pretende asentarse en estas provincias.

El cura buscaba asentar los talones en el adobe para coger el aire que la mano de Malacqua le restaba, pero sus convicciones eran irreductibles:

-Ya te lo he dicho –roncó con un ahogo –en las manos de cada hombre temeroso de Dios se oculta un pedernal, presto a lanzar la chispa que enciende la hoguera preparada para herejes, judaizantes y marranos.

-Mientes, yo fui cura como tú y jamás sentí el calor de ese fuego en mis manos.

-Mal cura –se le acababa el resuello a Monasterio –pues no has obedecido los preceptos de las encíclicas.

Malacqua desclavó sus uñas. De pie se sostuvo en el suelo el párroco.

-¿Qué autoridad te ha investido con el derecho de vestir con un sambenito a una mujer de esta ciudad?

-He sugerido que se la identifique al no querer convertirse como su marido, pude haberla relajado a la autoridad civil con una pena más dura –y Monasterio quiso reanudar su tarea con los restos del breviario.

Malacqua se lo impidió enganchando su sotana con la uña del dedo índice.

-¿Otro castigo?..., ¿quizás una pera de metal dentro de la boca?

⊗-El robusto Monasterio se zafó de Malacqua rajando la tela de su hábito.

-¿Por qué no?

Malacqua con la frialdad privativa de una sublime indignación barrió y recogió con sus manos los restos del breviario del suelo, los unió con los que ya había recogido Monasterio, formó con ellos una esfera compacta de papel, abrió la boca del cura utilizando sus uñas al modo de esa fruta inquisitorial y la introdujo a presión en su boca. Sin preocuparse de averiguar si el hombre podría respirar, caminó rápido a la droguería.

El boticario lo condujo donde Savir.

La casa del médico estaba en el medio ^{de} una quinta sofocada por los espinos y una cuerda unida a una changarra permitía anunciarse. Malacqua tiró de ella con impaciencia. En contra del juicio del alemán, Savir apareció de inmediato, haciendo a un lado las ligustrinas que invadían el sendero que llevaba de su cabaña a la empalizada que cercaba la propiedad. Tenía una calvicie mediana, un mechón de pelo castaño cayéndole en la frente, una nariz pequeña y una barba encanecida y noble.

-¡Von Krause! –saludó al boticario.

-Este hombre requiere urgente de sus servicios profesionales –dijo el alemán señalando a Malacqua.

-Iré por mis cosas –dijo.

Regresó con una maleta mediana, extendió su mano a Malacqua que le presentó su muñeca y se encaminaron al albergue. Von Krause masculló unas palabras y se separó de ellos sin que Malacqua pudiese agradecerle.

-Aunque me imagino que el problema por el que ha venido a buscarme no son sus uñas –dijo Savir –me gustaría saber de ellas más adelante.

Malacqua aceleró el paso.

Desde lejos vieron a Gabriella en la puerta de la hostel. Sentada en una silla de mimbre, con el tablero de chaturanga en sus rodillas, algunas fichas en el suelo, sus ojos miraban más allá de donde venían Malacqua y Savir.

Ni uno ni otro preguntaron. Mudos ingresaron a la habitación donde había muerto Esther.

-Esperaba un hijo –se avino a decir a Malacqua.

Pero ya Savir hacía un lado la gargantilla con la estrella de David del pecho de Esther para auscultarla poniendo una oreja sobre su corazón y enseguida presionando su vientre.

-Es inútil –sentenció –los parásitos mataron también al hijo.

Malacqua se arrodilló.

Savir salió y afuera encendió un cigarro. Habría jurado que ese hombre rezaba.

Más tarde se le unió Malacqua, aceptando un tabaco.

Gabriella recogió las piezas caídas, dejó el tablero sobre la silla y se acercó a Malacqua.

-Y ahora, ¿con quién jugaré, si Esther *e il signore* Viffarao me han abandonado?

Malacqua insinuó una sonrisa:

Mejoraré mis pericias -le prometió.

El médico aplastó el cigarro consumido con la suela de su zapato.

-Buscaré un rabino –dijo, sin dudar.

-Es lo justo –agradeció Malacqua –ella profesaba la religión judía.

León Levy, su mujer y su hija llegaron antes del mediodía. El rabino se entrevistó con Malacqua y le explicó el ritual. Supo que no había ningún Onen y que la mujer muerta no tenía parientes cercanos, ni marido. Su esposa desnudó a Esther, la lavó y la amortajó con las *tajrijim* y la cubrió con otra sábana. Encendieron un blandón en la cabecera del lecho mortuario y cubrieron los objetos del cuarto con paños grises y prohibieron las flores, señal de vida.

Levy le informó a Malacqua que era de buena ley judía enterrarla de inmediato y que para ello disponía de un espacio en el cementerio judío en las afueras de Tucumán.

Como muriera lejos de tierra santa introdujeron su cuerpo en un cajón y lo subieron a un carro mortuario. En el cementerio la depositaron en una tumba recién abierta y el rabino recitó el Tziduk Hdin. Una pala estaba hincada en el túmulo de tierra. La tomó el rabino, arrojó tierra sobre el féretro, la dejó en el mismo lugar e invitó a Malacqua a imitarlo. Savir contribuyó con una palada.

-El duelo de Esther no debe durar más de siete días –advirtió Levy.

-La *shivá* –trató de explicar su mujer.

Terminada la ceremonia el rabí colocó una piedra sobre la tumba, Malacqua pagó sus servicios y abrazado con Gabriella y del brazo con el doctor Savir, regresó a la ciudad.

Savir los dejó en la puerta de su solar.

2.- Malacqua y Gabriella elaboraron el duelo en silencio, comiendo en silencio, paseando en silencio, durmiendo en silencio. Despertando él con la mirada enrojecida de siempre y ella con sus grandes ojos fijos. Una tarde vieron pasar un cortejo fúnebre. Al final de la fila de dolientes Malacqua sorprendió a Savir. En el bolsillo interior del saco el médico llevaba un botella de aguardiente.

-Siempre acompaño en su descanso final a los pacientes que he atendido – dijo, excusando su presencia allí.

-¿Quién ha muerto? –preguntó Malacqua.

-El padre Monasterio, que se fue asfixiando sin remedio; después de abrirle la tráquea, tuve que desgarrar su boca para extraerle un bolo de engrudo, sin embargo la flema que expulsaba lo había acartonado y los pulmones habían dejado de funcionar..., extraño suicidio.

jojojo!

Malacqua y Gabriella dejaron Tucumán unas semanas después de las exequias de Esther.

A lomo de acémilas fuertes y sanas y guiados por un lugareño inexperto se extraviaron por los campos en el camino hacia Salta y Jujuy, desviándose hacia las ruinas de la guerra. Traspusieron fronteras movedizas, que avanzaban con más rapidez que el arriero que los conducía y que se establecían con casernas portátiles allí donde los soldados disparaban el último cartucho contra el enemigo. Una noche, en una de esas provisionales barricadas, Malacqua consiguió de un sargento paraguayo un mapa, dibujado a mano alzada, que le precisó la exacta ubicación del lugar donde se encontraban y la ruta más corta hasta la frontera boliviana. Descartó los servicios del improvisado explorador pagándole con una moneda de plata y recompensó al militar del que obtuviera la orientación.

La carta le permitió saber que se encontraban cerca de una villa llamada San Ramón, a diez leguas de Bermejo, ciudad fronteriza boliviana. Con la primera luz del día, utilizando el simple expediente de seguir a los indios y sus recuas de llamas o mulas con las que comerciaban de villorrio en villorrio, a los soldados que desertaban, a los mineros que iban detrás de una perla de plata o de estaño en el guijo de Potosí o de Oruro, o a los artesanos, paperos y

hortelanos que huían de la triple Alianza, Malacqua y Gabriella franquearon la frontera boliviana.

Resolvieron no pernoctar en Bermejo, los esperaba un interminable viaje antes de alcanzar el desamparado despojo urbano de Potosí, la que fuera la ciudad más rica del mundo.

Fueron subiendo a las mesetas del altiplano compartiendo con los otros viajeros el *charquekán*, la carne fresca de una llama, a veces perdices, quinua, maíz, papas, muchas papas y agua de los glaciares que congelaba los latidos del corazón y aglutinaba los humores intestinales. Fueron doce días en los que a Malacqua no le crecieron las uñas.

-La falta de aire perjudica el crecimiento de las uñas –le dijo una tarde a Gabriella.

-No es eso –la niña tomó una mano de Malacqua y palpó sus uñas cortas –es el saquito de Esther, con la albahaca y las cenizas del espolón del gallo.

-¿Lo enterraste?

-Con ella, en su tumba en Tucumán.

Malacqua revisó el bolsillo del pantalón. Tan habituado estaba al *Collier* que en ocasiones le parecía que el ratón de Viffarao, que habitaba el bolsillo izquierdo se lo había robado.

Una mañana, al acercarse a Potosí, atenuada la puna y la inapariencia del aire gracias a las hojas de coca y la lejía, Malacqua percibió que muchos viajeros abandonaban la caravana y tomaban un sendero que se alejaba de la ciudad, rodeándola por el poniente, buscando reencontrar la ruta a Oruro o el camino del Inca, bien lejos de sus encizañados suburbios, donde ramoneaban sapos del tamaño de un conejo. Tantos dejaron la ruta que al divisar la ciudad apenas quedaba él, Gabriella y dos hombres de edad, de iguales facciones, con seguridad gemelos, de piel blanca y hebras de pelo castaño en la cabeza que se alternaban en la montura de un guanaco fornido y engalanado.

-Potosí está muerto –dijo uno de los viejos.

-¿Irán con nosotros a través de la ciudad? –preguntó el otro.

-Circunvalar la ciudad es agotador –avisó el que había hablado primero– las estribaciones del Cerro Rico destruyen las herraduras de los animales y en la noche, se dice, el frío quiebra el aire en miles de agujas de cristal que se enquistan en los pulmones.

-Y por qué tantos prefieren ese camino antes que cruzar las calles de Potosí? –se interesó Gabriella.

-Le temen a la maldición de los Cuello de Plata, los vigilantes de Supay, el protector de Potosí, que castigan a quien sea seducido por las riquezas que aún quedan en la ciudad y se tienta con ellas.

Se apresuró el primer anciano a despejar temores:

-Si no tomamos nada de la ciudad, ellos nos verán pasar sin provocarnos daño.

-Si sólo se trata de no alargar la mano -Malacqua dirigió la vista hacia las caravanas que enfilaban hacia el oeste, eludiendo la ciudad –iremos con vosotros.

-¿Qué maldición es esa? –interrogó Gabriella.

-La que condenó a la mujer de Lot, que no obedeciendo los dictámenes del señor quiso ver caer fuego del cielo y quedó transformada en un túmulo de sal.

-¿Si me apropio de algo en Potosí me sucederá lo mismo?

-Pero tu estatua no será de sal.

-Hablan, señores –apuntó Malacqua –un español que no escuchaba hacia un tanto.

-Aunque llevamos en América más años que los que vivimos en Andalucía, en Jaén nacimos y en la sierra de Jabalcuz nos criamos, por eso estas alturas no nos estremecen.

Entraban en los suburbios donde vieron casas derruidas, deshabitadas, de tierra y techos de paja ichu, que iban siendo tragadas por las grietas de la sierra. Más allá las barriadas de los mitayos, los hombres y niños esclavizados en las minas de plata y más adelante las primeras calles adoquinadas y las casas de una y dos plantas. Pero ni un alma humana. Gabriella se colgó del codo de Malacqua que tiraba por las riendas a las mulas. El guanaco de los ancianos agitaba la testuz, inquieto.

Las casas, a medida que se adentraban en Potosí, multiplicaban sus yaserías, ornamentos y la amplitud de sus fachadas. Las callejuelas empedradas y tortuosas se multiplicaban en un laberinto desordenado e inacabable, cortados en chaflán los paramentos en las esquinas para evitar las heladas ráfagas del viento.

Delante de una mansión barroca con balcones de hierro vieron a dos cariátides de metal opaco: en actitud sumisa la que ponía un pie en la escalinata de piedra y de consternación la que se apoyaba en la columna de un soportal. Efigies ajenas a la construcción, obras de un escultor espontáneo, descuidado, indiferente a cualquier armonía arquitectural.

Se acercaron a las estatuas. Malacqua tanteó una de ellas con los nudillos.

-Son de plata –dijo un gemelo.

Malacqua, con la yema de sus dedos, ponderó el muslo de la escultura de la mujer desolada y notó que carecía de la consistencia del metal macizo:

-Son láminas de plata que envuelven un relleno blandujo –señaló.

El guanaco tiró de sus bridas.

-Sigamos –dijo el andaluz que lo arriaba.

La calle se abrió a una plaza donde dominaba la puerta de factura mestiza de un templo imponente. Perfilándose detrás, apuntando al cielo azul inmaculado, el cono perfecto del cerro Potosí y en la medianía de su altura el lunar abierto en su ladera, el llamado gran socavón de Ortiz.

-Es la iglesia de San Lorenzo de Carangas –uno de los viejos hizo la señal de la cruz.

-Conocen bien esta ciudad –dijo Malacqua.

-Uno de nuestros abuelos que vivió aquí en el auge de la plata, regresó con una fortuna a Jaén, de la que no dejó recuerdo, pero sí de sus historias.

-Andalucía nos ha proscrito –confidenció el otro -somos judíos y carlistas y aunque con más de medio siglo de vida, hemos elegido instalarnos donde nos aconsejó el abuelo: en el alto Perú; no hemos tenido ni esposas ni hijos, a nadie hemos dejado atrás, pero quisimos conocer Potosí donde él se enriqueció.

-Y si lo que él nos relató se ajusta a la verdad –continuó su hermano –en el interior de este templo admiraremos retablos con angelotes nativos de plata pura y dos indiátides con el torso desnudo, las manos alzadas y un guardainfantes de oro que simula un tupido follaje cayendo desde sus cinturas y la ostentosa lápida que guarda los restos del quinto virrey del Perú, que aquí quiso ser enterrado.

La puerta estaba entreabierta y por ella entraron, dejando atadas a un palenque a los animales. Todo lo observado por el abuelo estaba allí, sólo que a una de las figuras femeninas le habían despojado del ramaje de oro, dejándola en una genuina desnudez. El artista que la había esculpido debió haberse solazado con su modelo, a quien le buriló un sexo fino pero provocativo, incompatible con el lugar donde se exponía. Quizás el virrey Francisco de Toledo, que combatió a Francis Drake, instauró la Inquisición en su virreinato y mandó degollar a Túpac Amaru, ignoraba el realismo escondido bajo el faltante miriñaque de oro.

Al lado de la figura, un telamón de plata estiraba sus brazos hacia ella. Malacqua presionó uno de sus muslos y constató que tenía igual blandura que las que estaban de pie delante del caserón barroco.

Recorrieron el templo hoyando el polvo acumulado por años, mientras accedían por el coro al altar mayor, repujado en metal precioso pero incompleto. A un lado de un crucifijo con el Cristo de marfil al que le habían arrancado el brazo derecho se erguían tres enormes candelabros plateados y habiendo sólo uno en el costado izquierdo. Las escenas evangélicas no tenían continuidad, develándose el yeso en el lugar donde otras habían sido saqueadas y si el revoque había caído también, dejaban al descubierto las rasillas y los ladrillos de greda.

Malacqua paró ante el bloque de alabastro que tenía grabado el nombre del virrey Toledo, una leyenda y su fecha de muerte: 1582, La Escalona, Sevilla. A un costado una pieza de mármol amarillo, más pequeña, cuya inscripción señalaba que pertenecía a Juan Polo de Ondegardo, Jurista del virreinato.

-Si murió en La Escalona –Malacqua descifraba la escritura con sus dedos, como si fuera un rapsoda ciego –su cuerpo no está detrás de esta losa.

-Su corazón, en una ánfora, que pidió, antes de morir fuese traído a Potosí, fuente de su prosperidad y la de su familia.

Gabriella reemplazó a Malacqua en aquella piedra de Rosetta y leyó con lenta seguridad:

“Francisco de Toledo, conde de Oropesa, que recibiera de manos del interino Lope García de Castro el virreinato del Perú por gracia de su majestad el rey Felipe II de España, que recorriera su territoriales posesiones instaurando el orden en ellas, sofocando la rebelión de Vilcabamba y de Túpac Amaru, que asentara al dignísimo Santo Oficio y para el cual construyera una sede en Lima con pleno acuerdo a sus atribuciones, que combatiera y derrotara con astucia y bravía a los corsarios ingleses, apartándolos de las aguas y riquezas españolas, que hiciera del Cerro Rico el tesoro interminable de la corona, controlara a contadores, balanzarios y ensayadores, que acuñara innumerables si no infinitas cantidades de reales columnarios con los que podría haber solado miles de aranzadas, que aportara durante su mandato más prosperidad a la corona española que quienes lo antecedieron en cien años, yace en La Escalona, España, mas no su corazón, que por propia voluntad y generosa licencia y comisión de su majestad el rey, reposa en esta cripta como señal de lealtad y gratitud hacia estas tierras que, por reales privilegios otorgados, le fue permitido gobernar.” Que se inscriba también en quechua según el lexicón de Fray Domingo de Santo Tomás.”

-Mira con quien nos encontramos aquí –comentó Malacqua –con un devoto servidor de la Inquisición.

Gabriella se había retirado y miraba a un extravagante conjunto de músicos inanimados y silentes, una orquesta en un lugar equivocado e inusual. Uno de ellos, de purísimo metal mate pulsaba un violoncelo de madera liviana, otro de amalgama áurea tenía una lira entre sus manos. Quiso la niña rasgurar el bordón del violoncelo cuando se escuchó el estrepitoso cerrar de las puertas de la iglesia. Y de inmediato el rechinar de pesados cerrojos que se deslizan y bloquean.

-Son los Cuello de Plata –dijo, medroso, uno de los judíos.

-No hemos tocado nada –trató de tranquilizarlo su gemelo.

-Yo tampoco –afirmó Gabriella alejándose de los músicos.

Los envolvió una brisa inesperada que formó un remolino en la cruz de la iglesia.

-Es el Guaira Muyoj, el viento que anuncia al Supay –dijo el viejo atemorizado.

No terminaba de hablar cuando se descolgaron tres cuerdas desde el techo de la iglesia y por cada una de ellas bajó un hombre vestido con pantalones negros. Llevaban el torso desnudo, un ancho collar de plata y máscaras de vivos colores.

-Es el Guaira Muyoj, el viento que anuncia al Supay –dijo el viejo que acababa de hablar.

-Me empiezan a disgustar las máscaras –Malacqua sacó el revólver, liberó su seguro y lo amartilló.

Las carátulas les cubrían por entero la cabeza, tenían ojos celestes, redondos, culebras en lugar de cejas, esmeraldas en la barbilla y gruesos cuernos enroscados.

Interrumpieron su marcha a pocas varas de los visitantes y uno de ellos, que hacía de diablo mayor, dio un paso adelante.

-¡Márchense! –los conminó con la profunda resonancia que provocaba la máscara en su voz.

Malacqua no percibió mayor agresividad en ese mandato, bajó el disparador del *Collier* y lo puso en su cinto.

-¿Por qué habríamos de irnos? –preguntó Gabriella.

-Este es un lugar reservado a los discípulos del Supay, Potosí es una de las entradas a La Salamanca y no permitiremos que vuelva a ser despojado.

-No es nuestra intención –afirmó Malacqua.

-El oro y la plata seducen, tientan, la riqueza hace insaciable e insensible al hombre.

-Nos dirigimos a La Paz –dijo Malacqua.

Los dos viejos se separaron de Malacqua y Gabriella, retrocedieron, pasaron entre los bancos de caoba, a su paso volcaron varios reclinatorios de marquetería cojines de guadamecí y ya en la entrada, trataron de descorrer las barras que clausuraban las puertas.

El hombre del cuello de plata no se movió, sus dos acompañantes se volvieron y caminaron hacia donde, paralizados, se habían quedado los andaluces. Los hicieron desnudarse y revisaron sus ropas y sus zurrones. Encontraron una macuquina, la moneda deforme con que los conquistadores pagaban las mitayas. La hizo volar por los aires el que la había encontrado en

el bolsillo de uno de los registrados y al vuelo la capturó el que hacía de jefe, en el otro extremo de la nave.

Se arrodilló el andaluz y Malacqua empuñó su arma.

-Que se vistan –ordenó apuntando al Supay.

El diablo andino examinó la pieza de plata.

-Aún por una de estas, si es robada, debe ser castigado.

-No vimos que la recogiera aquí – lo defendió Gabriella.

Malacqua tiró del percutor, intimidándolo, apuntando el cañón a su cuello de plata.

-No me asustas, español.

-Soy italiano –lo rebatió Malacqua.

-Lo que seas.

Y sin atender a la amenaza y en quechua impartió una orden.

Los jienenses tomaron sus ropas y empezaron a vestirse. Malacqua bajó el revólver.

Los dos supayas menores con los viejos judíos tomados por el brazo volvieron deteniéndose bajo la menguada luz que provenía de la cúpula.

La voz cavernosa del Supay mayor los interrogó exhibiendo en su mano enguantada la macuquina.

-¿De dónde la han sacado?

Uno de los cuestionados se adelantó en contestar.

-Viene con nosotros desde Jaén, es un amuleto obsequiado por mi abuelo.

El Supay la lanzó contra una columna donde quedó de canto, fija en una canaladura.

-Ahí debe quedar –dijo y aferrando una de las cuerdas y con la fuerza de sus dos brazos, subió hasta las pechinas y desapareció en el cimborrio del domo. Los dos diablos que habían llegado con él lo siguieron.

Malacqua, Gabriella y los andaluces caminaron con prisa hasta la puerta. Los cerrojos estaban desbloqueados. Afuera, las dos mulas y el guanaco pacían ramas secas de espino.

Malacqua pidió a Gabriella que montara y la reducida caravana atravesó Potosí, emergiendo en el camino que llevaba a Oruro. En una curva subida en una cuesta pedregosa divisaron a los que habían optado, con sabiduría, por rodear la ciudad.

-Esas esculturas que vimos en la puerta de la mansión al llegara la ciudad y las que estaban en la iglesia de San Lorenzo, no eran en verdad lo que parecían –dijo uno de los andaluces.

-Eran saqueadores o saqueadoras de las joyas de Potosí –completó el gemelo –sorprendidos en su afán por los supayas, embriagados con chicha kulli y

empalizados con láminas de plata; mueren contorsionándose en su envoltura, asfixiados.

Esa noche, como tantas, aceptaron de un viajero una carpa de piel de vicuña para atenuar el frío. Cuando las estrellas dominaban el firmamento Malacqua apartó las mantas de su sueño y se puso de pie: la vía Láctea parecía una constelación de guairas extraídas de las taciturnas entretelas del cerro Potosí. Rehizo la ruta por las calles de la ciudad fantasmal hasta el templo de Carangas, abrió una hoja de sus puertas y se encaminó con resolución, a la lápida que guardaba el corazón del virrey Toledo. Probó su resistencia y una vez más, como lo haría muchas en el resto de su vida, se acusó de no haber disuadido a Gabriella de enterrar los restos de sus uñas que con tanto celo había atesorado Esther. Era una pieza de mármol, tenía vetas del color del azafrán y resistiría cualquier golpe de puño. Necesitaba un mazo. Al darse vuelta para buscar en el interior de la nave de la iglesia podría encontrar algo que le sirviera, vio a los dos guardianes de cuello de plata que lo observaban. Sus máscaras diablas estaban en suelo, entre sus pies, llevaban sus caras descubiertas y los collares de plata que les protegían el cuello y parte de los hombros.

Uno de ellos le habló:

-Toledo pidió que su corazón fuera introducido en un vaso de estaño, no hay nada de valor ahí adentro.

-No es mi intención robarle, sino hacerle pagar su malevolencia.

-Esa será nuestra obligación.

Malacqua les dio la espalda, dio unos pasos arrancó un hachero enclavijado a una columna, volvió a la sepultura de Toledo y con el cono de metal le asestó un golpe furibundo a la plancha que la guardaba.

Los guardianes no intervinieron.

Se quebró el mármol y como si tuviera una animación intrínseca, como las máquinas de Viffarao, un copón de metal verdinegro se desplazó desde la profundidad de ese entierro incompleto, perdió su precario equilibrio en el borde de la piedra y se volcó en el piso, saltando la cúpula que lo cerraba.

En un primer momento fue un olor azumagado, después un hedor penetrante y fugaz y al final el olor a los años vacíos del templo y un polvo incoloro que fugándose desde ese cáliz se desparramó buscando el abismo a través de las grietas del suelo. De Toledo no quedaba nada.

Malacqua devolvió el soporte del hachón de donde lo había obtenido y salió de la iglesia de San Lorenzo sin mirar atrás.

3.- Una semana demoraron en trepar hasta Oruro, habiendo descansado dos noches en Lallagua. La prudencia llevó a Malacqua no distanciarse de los caravaneros que iban delante de ellos y así como ellos en Potosí, evitaron ingresar en Oruro, circunvalándola por el oeste.

El cansancio hizo incontables los días que cubrieron para llegar a La Paz. En El Alto, el último relevo antes de bajar a la hoya donde se había edificado esa ciudad, respiraban con la boca abierta el aire que se había disipado, que parecía haberse extendido y adelgazado en ese cielo indefinido. La coca y la lejía que mascaban les era indispensable.

Los ranchos empezaban a amontonarse a la vera del camino y sus moradores se asomaban desconfiados al paso de las caravanas, los más audaces ofreciendo a los cansados peregrinos y feriantes, jarabes de frutas o tortillas.

Temprano, en una sinuosidad de la senda, Malacqua y Gabriella se separaron de las cuadrillas. Desde una colina era posible apreciar la atmósfera transluciente de la ciudad de La Paz. Descendieron por las calles que seguían las cárcavas labradas por las aguas de las lluvias veraniegas del altiplano, hasta llegar a la plaza de Armas donde se erigían los principales edificios del Estado.

En la calle José María Linares encontraron el hotel Bolivia, lujosa construcción de tres plantas, con fachada de piedra y maderas duras, puertas y ventanas con cristales biselados, cerrajería de bronce envejecido y capiteles de artesanía europea. Se accedía por una escalera de mármol rosado sobre la que flameaba la bandera de la nación y un estandarte desplegado que en las noches se iluminaba con lámparas de gas. Su leyenda era un homenaje al Presidente de la República:

“Que viva para siempre y nos guíe con su sin igual valor y sabiduría el ínclito Capitán General don Mariano Melgarejo”.

Antes de enfrentar la puerta Malacqua ordenó a Gabriella que se recogiera el pelo y lo envolviera en un pañuelo. Él cargaba el maletón y la niña las mochilas. Un ujier les abrió la puerta y se ocupó del equipaje. Se enfrentaron al mesón de la recepción, una barra de madera de algarrobo negro sobre la que se abría un cuaderno. A un costado un *encrier* con una pluma y un timbre dorado. Atendía un hombre de elevada estatura y desconfiada mirada indígena.

Se identificó Malacqua:

-Horacio Aguabuena y su hijo Gabriel y mostró los arrugados papeles de identificación que le proporcionara Pisanti y que en Italia, alguna vez, completara Esther.

Como respuesta el recepcionista le acercó el tintero.

Malacqua estampó su firma y preguntó por el precio del alojamiento.

Un mutismo intransigente envolvía a se hombre que señaló un cartel a sus espaldas.

Era un importe elevado, pero abordable y Malacqua extendió un billete de importante denominación.

El recepcionista lo guardó en la caja, le entregó un recibo y la llave del cuarto 301, salió por un extremo del mesón y los llevó a una pequeña puerta sin manilla ni cerradura. Empujó después la portezuela que se abría a un espacio hermético, con espejos en sus cuatro paredes y un sillín debajo de un cordón que caía del techo y que terminaba en una borla trenzada. Dos veces tiró de ella, los hizo y cerró la puerta aguardando afuera. Vibró el cuartucho y se movió con un impulso ascendente. Malacqua instintivamente miró sus uñas vulnerables. Paralogizados por la sorpresa, no alcanzaron a reaccionar cuando se abrió otra vez la puerta. El conserje había desaparecido y en su lugar había un muchacho envirotado, de piel de aceituna y pelo templado con almidón. A su lado el maletón y las mochilas que recogió y dijo:

-Sígueme, señores.

Preocupado aún Malacqua e intranquila Gabriella salieron del cuartucho y lo siguieron. Por una ventana la niña vio la copa de un árbol nervudo.

-¡Estamos muy arriba! –exclamó.

-Es la novedad –el joven bajó los bultos delante de la puerta numerada con el 301 –ni su Excelencia cuenta con uno en su palacio presidencial.

-¿Qué novedad? –interrogó Malacqua.

El mozo indicó la puerta del estrecho cubículo.

-Es un ascensor Otis, fabricado en Estados Unidos, funciona con una máquina de vapor.

-¿En él subimos?

-Si señor.

-¿Nunca falla?

-Si falta agua tenemos al negro Amé, el hombre más fuerte de La Paz.

Malacqua abrió la puerta de la habitación y el joven entró con ellos para depositar la maleta y las bolsas sobre una mesa en la entrada. En ella habían dos camas anchas, un ropero, un tocador con espejo, con una jofaina y un bacín y tres sillas alrededor de una mesa redonda, con una superficie de plata repujada. Las ventanas estaban ocultas tras cortinas de tul y muzina y una

alfombra de lana cubría parte del piso barnizado. Los cubrecamas eran de algodón y las sábanas de seda granate.

-Tesoro de Potosí –dijo el cordelero al ver a Gabriella acariciar con los dedos la superficie de la mesa.

Al escucharlo, ella retiró la mano con la urgencia de un resorte.

Rió el mozo:

-¿Ya conoce la leyenda?

-Quisiera que se la llevara –pidió Gabriella.

-Son mentiras, son los soldados del Presidente Melgarejo los que patrullan Potosí protegiéndola de descuideros y profanadores.

-En todo caso... -empezó a hablar Malacqua.

-Pero si es su deseo –el joven tomó la mesa por una de sus patas y la levantó sin dificultad.

-¿A qué hora se sirve la cena? –este joven tiene hambre, dijo Malacqua.

-A las siete en punto –respondió el empleado entornando la puerta.

Gabriella aventó al papagayo que voló posándose en el alféizar de una de las ventanas y con un gesto le pidió que no se fuera aún:

-¿Alguien juega ajedrez en este lugar?

El joven palideció como si hubiese visto al mismo trasgo andino en el que no creía:

-Está prohibido –balbuceó, moviendo los ojos, indagando por testigos -sólo el Presidente puede autorizar una partida en este país, siempre que la juegue él y con contrincantes escogidos.

-¿El ajedrez? –Gabriella abrió su bolsa y sacó el fichero del chaturanga.

-Ni modo que lo muestre –el joven exhaló un suspiro y abandonó la habitación.

Cuando quedaron solos Gabriella le preguntó:

-Desde ahora, pues ¿tú cambiaste el nombre y yo mi feminidad?

-Siempre debes tener presente que soy un prófugo.

-Este es un lugar de olvidos.

-Ni lo pienses, *La Perseveranza* tiene su memoria indisolublemente prendida a sus miedos.

-Nosotros los perseguimos a ellos, no ellos a nosotros.

-La historia es un laberinto, en sus meandros el que persigue puede terminar siendo el perseguido.

-O quizás es como un espejo, donde la izquierda hace el trabajo de la derecha.

-Descansa –Malacqua terminó la conversación -iré a fumar a la calle.

Una cuadra más allá del hotel se abría la plaza 16 de Julio. En sus cuatro vértices soldados con fusiles y sables disuadían con pocas palabras a la gente

para que no entraran en ella. Poderosa razón esgrimían, pues los que eran interpelados apuraban el tranco si no corrían, huyendo de ese lugar como si lo habitara el Supay. Malacqua cruzó la calzada, pisó el maicillo y se acomodó en un banco de granito, la cabeza baja, displicente a las sombras de la tarde que se anunciaban. Trotando, con su carabina en ristre, el soldado de la esquina más cercana lo amenazó con a bayoneta.

-¿Qué no le han advertido que a esta hora la plaza es de propiedad intransferible de su excelencia el Presidente Melgarejo?

De mala gana Malacqua se incorporó.

-De verdad no lo sabía, pero en todo el mundo las plazas son de uso público, donde se manifiestan las virtudes democráticas que, estoy cierto, son prioridad del gobierno de esta nación.

El militar no estaba preparado ni interesado en discursos de esa índole y apoyó la punta de su arma en el pecho del resucitado. Malacqua sintió una nostalgia enloquecedora por sus uñas, pero tampoco buscó el revólver, aunque sintió que en su bolsillo izquierdo se revolvía el ratón de Viffarao.

-¿Qué espera? –le endilgó, sin esperar réplica -¡desaloje!, que ya es hora del paseo de Su Excelencia.

Malacqua se pasó la mano por el pelo que tampoco le crecía y puso un pie en el huevillo de la calle, fuera del perímetro del zoco.

El vigilante invirtió su fusil y empujó a Malacqua con la culata.

-*Attenzione!* –avisó el italiano, molesto.

Pero el militar se desentendió.

Un rumor creciente que venía del portal del palacio de gobierno interesó a Malacqua, que se instaló sobre la vereda opuesta. Eran los dragones de la guardia presidencial que se formaban en la puerta para los saludos de rigor a su Excelencia. Melgarejo se plantó sobre las baldosas. Tenía una estampa ciclópea, su cabeza sobresalía por encima del más alto de sus oficiales y llevaba una barba bruna que como lluvia negra se derramaba sobre su pecho. Bajo una gran capa de lana roja sobresalían sus botas de tafilete. Después de recibir los honores y acompañado de un individuo ventrudo y elegante cruzó la calle.

Se detuvo Bolivia. Callaron los gorriones y los carraos y en los humedales abatieron su canto las taguas. Excavaron la profundidad los pichiciegos y se mimetizaron con la fronda los tamarinos. Se paralizaron las nubes en el cielo y cuajó en las alturas el viento de la sierra:

Melgarejo estaba en la plaza.

Dio una vuelta obligando a su ministro a apurar sus pasos cortos. En la mitad del recorrido se enfrentó a un sacerdote que inadvertidamente había eludido a la guardia. Malacqua pudo escuchar el diálogo:

-Y tú, cura, qué ni te persiguiera el diablo, ¿o no sabes que mientras yo esté en la plaza nadie puede poner un pie en ella?

-Excelencia, voy con apremio, debo uncir los santos óleos a Jerez, el mueblista.

-Te vas de vuelta a tu iglesia, ni la Muerte justifica la desobediencia a Melgarejo.

-¿Y Jerez? –intentó protestar el sacerdote.

-Que donde vaya, arriba o abajo, diga que va de parte mía, de seguro lo tratarán bien.

-Condenas a ese cristiano, Melgarejo –se atrevió el cura a tutearlo –sin los aceites consagrados un jueves santo en la misa de la Santa Crisma, quedará atrapado en las raíces del Árbol de la Muerte.

-Ese tampoco me asusta –Melgarejo frunció el ceño –ni aunque sea austríaco o judío.

-No pensará igual el día que se encuentre enredado en sus raíces.

El ministro que acompañaba a Melgarejo dio un respingo: ante una respuesta de esa naturaleza, sólo era posible esperar un ajusticiamiento.

Pero el Presidente se divertía.

-¿Eres franciscano?

-Sí, Excelencia –el cura bajó la cabeza y mostró su tonsura, creyó haber convencido al general.

-¿Tus votos? –Melgarejo agarró el cordón de cinco nudos y la cruz tau que llevaba el fraile.

-Alegría, pobreza, obediencia y castidad.

El Presidente llamó a sus soldados:

-¡Llévense a este hombre! –les dijo, poniendo en la mano de un sargento el cordón del franciscano y asegúrense que en la cárcel demuestre la alegría que le provoca ser fiel a sus votos.

Y con ese episodio terminó la ronda de Melgarejo. Dejó al tripudo hablando sólo en medio de la plaza y regresó al palacio presidencial. La guardia se cuadró a su ingreso.

La plaza quedó desierta, sin guardias ni visitantes y Malacqua volvió a ella, se sentó en un escaño y encendió un cigarro. Arrufaron los perros y gorjeó un jacapaní que anidaba en una acacia, el viento andino se desprendió del Illimani y las nubes navegaron en el cielo anochecido. Bolivia despertaba, Melgarejo estaba bajo techo en el palacio.

No era el momento de buscar señales de la Perseverancia a esa hora en La Paz y Malacqua resolvió volver al hotel Bolivia.

VEINTE. (Melgarejo, don Mariano.)

1.- Al entrar al dormitorio el papagayo lo saludo por su nombre:

-¡Malacqua, Malacqua!

-Debes enseñarle mi nuevo nombre –dijo Malacqua.

-Ya lo sabe, como también que cuando estamos solos puede llamarte con el verdadero –Gabriella se levantó de la cama donde tenía abierta la carpeta del Chaturanga.

-Vamos a comer –la invitó Malacqua.

A la hora precisa el señor Aguabuena y el señorito Gabriel se sentaron en el comedor, en el primer piso. Un servidor maduro, profesional les entregó la carta. Debieron pedirle que les explicara el significado de cada plato. El mesón del conserje, en sesgo oblicuo al comedor, permitía a su ocupante una vista privilegiada de los comensales. Malacqua vio que un temblor fino le conturbaba el mentón. Estaba extremadamente nervioso.

A los postres Malacqua advirtió que el pobre hombre sudaba copiosamente. Y el frío de la puna había caído sobre el altiplano. Bastaron unos minutos para que supiera el por qué de tanta ansiedad: Gabriella paladeaba la última cucharada de la compota de ciruelas y canela que había pedido y Malacqua levantaba su servilleta desde sus rodillas cuando vio, bajo el umbral de la puerta del comedor, a dos militares de alta graduación. Por su postura rígida, la falta de ademanes, el rostro inexpresivo, se diría que eran soldados de plomo de descalabradas proporciones que alguien hubiese transportados hasta el hotel Bolivia para que ningún pasajero olvidase qué clase régimen gobernaba en ese país.

Malacqua se lamentó otra vez de haber permitido que Gabriella enterrara sus uñas con la albahaca y los huesos del gallo, pero no pudo pensar nada más; los dos oficiales ya estaban junto a la mesa y con un saludo militar de estricto protocolo, la mano en la visera del quepis que después pusieron bajo el brazo, se identificaron:

-Soy el general Agustín Morales –dijo el uniformado con tres entorchados en los puños y charreteras platinadas en sus hombros –edecán del Presidente don Mariano Melgarejo.

Y el más joven, cuyas sardinetas lo identificaban con un grado menor:

-Coronel Bestiani –a sus dignas órdenes, señores.

-Por encargo de su Excelencia, señor Aguabuena vengo en preguntar si es verdad que su hijo juega al ajedrez.

Malacqua se limpió los labios dobló cuidadosamente la servilleta en cuatro y la colocó sobre la copa, teniendo cuidado que ninguna punta de ella quedara más baja que otra.

Gabriella le propinó un codazo, reconociendo en aquél gesto maquinal de Malacqua las imperecederas costumbres eclesiales.

Malacqua fingió no prestarle atención:

-Gabriel no ha sido nunca derrotado en ningún torneo –aclaró.

-Son los rivales que aprecia el General –dijo el coronel –él no es hombre de partidas ni de batallas fáciles, aunque en ambas está invicto.

-No lo defraudaré –confirmó Gabriella.

-¿Si gustan acompañarnos? –el general chocó sus tacones.

-De ninguna manera –se disculpó Malacqua –Gabriel no juega de noche.

-No quisiéramos darle a su Excelencia una respuesta que lo disguste.

Malacqua pasó su mano por el pelo de Gabriella y al tiempo que sintió que su cuerpo se imantaba, respondió:

-Puedo ir personalmente a disculparme, el muchacho ha llegado hoy, está cansado y no podría jugar con las aplicaciones que lo singularizan.

Los dos oficiales se miraron y asintieron.

-Es una razón atendible –dijo el general –pero no necesita, señor Aguabuena ir a comunicársela.

-Puedo jugar a cualquier hora –alegó Gabriella.

Malacqua tomó de la mano a Gabriella y salió del comedor junto a los militares.

-Cuando subían la escalera Gabriella protestó con más énfasis:

-Puedo derrotar a ese Melgarejo de día o de noche, me basta con reproducir una de las jugadas que me enseñó el *signore* Viffarao.

-Aún no entiendes, pero creo que no es conveniente conocer la vertiente anochecida del General, percibo ciertas vibraciones malignas procedentes de ese edificio.

-Te obsesiona el infierno, Malacqua.

-No hay espacios distintos al que vivimos –aseguró sentándose en una de las camas dentro de la habitación –el cielo y el infierno conviven aquí: los indios acarreado el mineral desde el Cerro Rico en Potosí y los españoles y los hidalgos bolivianos disfrutando de las riquezas en sus palacios, malas copias de los construidos por los príncipes sicilianos; coexisten aquí la bondad y la maldad, la envidia y la generosidad, la lealtad y la traición. Si hay vida después de la muerte, a la diestra de Dios o del diablo ¿perderemos nuestro libre albedrío y seremos buenos o malos para siempre?

-Es más fácil entender el chaturanga que tus palabras.

-La suerte se reparte de manera inequitativa en esta tierra; hay quienes viven tocados por el hado de la mala fortuna y sufren desgracias y dolores lacerantes, aunque practiquen la bondad sin reservas; muchos son ahijados por la buena fortuna y disfrutan en esta vida aunque sean crueles e indignos.

Se desentendió Gabriella del chaturanga que ya emplazaba:

-¿Por esos pensamientos te condenó la Inquisición?

-Son posteriores, pero me habría condenado por ellos también.

Tocaron a la puerta del cuarto.

Era el mozo que se presentaba con una bandeja, una botella con vino espumante y dos copas.

-El hotel Bolivia –anunció –les desea unas buenas noches y les ofrece este vino que ha sido traído desde Francia y que es el mismo que elige Melgarejo cuando se ha hastiado de la cerveza.

Malacqua lo rechazó.

-No queremos nada de ti, has hablado mucho, el Presidente ha desafiado a mi hijo a una partida de ajedrez.

-Ha sido por una moneda –reconoció el joven.

-Malacqua recibió la bandeja:

-Está bien que digas la verdad, pero no puedes andar difundiendo las virtudes o vicios de los pasajeros de este hotel.

-Jugar ajedrez no es un crimen.

-Te contradices.

Le dio una propina y cerró la puerta.

-¿Cuántos días estaremos aquí? –inquirió Gabriella.

-Presumo que pocos, la Inquisición no se ha establecido en esta nación.

Gabriella fue hasta el maletón y las mochilas, sacó la ropa y la ordenó en el ropero. Luego extendió una camisa de dormir blanca con flores rosa sobre la cama donde estaba Malacqua. Se desnudó delante del cura sin pudor ni provocación aparente y se quedó así jugueteando con la ropa de cama. Malacqua se retiró a una ventana y encendió un cigarro, inquieto por lo que consideró una disputa entre dos instintos, que excluían a su dominio, ya derrotado hacía tiempo por Esther. El cuerpo de Gabriella era exquisito, más joven que el de Esther y quizás por ello estimulante de manera distinta. Sus senos más pequeños pero erguidos, sus pezones descoloridos, su vientre como una planicie inmaculada, su sexo oculto por rizos dorados. El impulso que prevalecía en Malacqua era uno, ir hacia ella, pero su propósito, esa noche improbable: no sabía si al llegar donde Gabriella le protegería su desnudez como un padre o le arrebataría su pubertad como un amante. Eran tres o cuatro pasos que lo separaban de un despeñadero que lo incitaba. No hubo conjetura

que resolver. Malacqua permaneció allí y Gabriella después de unos minutos se vistió con la prenda de noche y se acostó en la otra cama.

-Mañana será un día luminoso y podré jugar con ese Presidente.

Pronto ya dormía Gabriella.

Malacqua se tendió vestido sobre su cama y en un instante fue vencido el insomnio que creyó lo maldeciría.

Despertaron al son de una banda militar, de sus trompetas, trombones y tambores. Era una marcha de clara inspiración napoleónica que tocaba en la plaza. Imitando los modernos baños ingleses, el del hotel tenía también una ducha de balón y una *vespasienne*. Gabriella lo usó primero saliendo con su cabellera mojada, envuelta en una toalla de algodón.

Al verla Malacqua fue agredido por una imantación involuntaria que le erizó la piel. Después Gabriella se acercó y puso su cabeza bajo sus narices:

-Huele Malacqua, es un perfume que no conocía, parecido a la salvia, que venía en el jabón.

El cura corrió al baño presintiendo que su voluntad se derrumbaría en un segundo. Mientras el agua tibia caía sobre su cuerpo trató de contrarrestar la voz que lo exhortaba a dejar a Gabriella y enviarla a un lugar en el que su mano izquierda no pudiera empezar a acariciarla. Pero un pensamiento emergente lo aconsejaba al revés. Malacqua quiso enterrarse las uñas obtusas en la palma de su zurda para que sangrara y le evitara pecar.

En la puerta del hotel le habló al conserje que había recuperado su sosiego y conservaba su enmudecimiento.

-Volveremos más tarde, para el desayuno.

Y con Gabriela fueron hasta la plaza donde continuaba el desfile militar.

No amanecía aún y en el balcón de la residencia presidencial se habían izado banderas que no correspondían a los colores de Bolivia. Y los soldados maniobraban frente a ella saludándola con marcialidad. Los escasos grupos de personas que miraban en la plaza: mineros, panaderos, dueñas de casa, indias con sus crías abrigadas en la espalda en coloridos chamantos eran rápidamente disueltos por la guardia. Era un desfile sin público, sin aplausos, sin gloria, sin Melgarejo.

-Mi General se ha vuelto loco –dijo un minero en voz baja –esa es la bandera del Perú.

Y se fue a su pique ocultando su cara en un embozo de tela sucia, sin hacer otro comentario, con sus pesadas herramientas en un saco moliéndole el espinazo.

Malacqua sorprendió al general Agustín Morales desprendiéndose del grupo de condecorados en el frontis del palacio y acercársele con paso vivo.

-No tenga, señor, una impresión distorsionada, en efecto se le rinden honores a la bandera del Perú por razones de estrategia militar y política y a esta hora vacía, para que nadie se entere.

-No entiendo –dijo Gabriel.

-Es un homenaje de desagravio, por una invasión de nuestras tropas a su territorio, los culpables han sido castigados, pero el desagravio era necesario.

-¿Y los representantes diplomáticos del Perú? –preguntó Malacqua.

-Duermen a esta hora, después del banquete que les fue ofrecido anoche y donde bebieron en exceso; ellos se enterarán cuando todo haya pasado, idea de Su Excelencia, ¿brillante, no le parece?

-¿Y ese hombre vestido de verde en el balcón?

-Es el ministro plenipotenciario de Chile, su probidad es irremediable, no bebe ni aun cuando el Presidente le ofrece una copa, fue invitado, desde luego y ha descubierto que la hora siete propuesta para la ceremonia correspondía a la mañana y no a la tarde como han debido creer los peruanos y los representantes de otras legaciones.

-¿Y qué valor tiene un reconocimiento de culpa si los que deben recibirla no están presentes?

-¿De qué se nos puede responsabilizar a nosotros los bolivianos, si los peruanos transgreden toda moderación a la hora de festejar?

Melgarejo apareció de pronto en el balcón, saludó al embajador chileno, se cuadró, contempló pasar la retaguardia de sus tropas y se esfumó.

Agustín Morales se disculpó:

El ministro plenipotenciario de Chile ha quedado solo, como edecán debo acompañarlo –y corrió al palacio levantando su sable de ceremonias.

Malacqua y Gabriella retornaron al hotel. Ningún funcionario civil o militar preguntó por ellos durante el día, muchos de ellos entregados a averiguar y si era el caso contener las reacciones negativas que pudiese haber provocado ese desfile de mentira. Pudieron recorrer el casco colonial de la ciudad, entrando en cuanta iglesia encontraron. Vieron curas sentados en sus confesionarios, o preparando los retablos para la misa o saludando a las beatas que circulaban. También a clerizontes barriendo las veredas y a novicios con sus faldas arregazadas acopiando el polvo de plata de los cepillos. No había olor a *Perseveranza* ni a Inquisición.

En la noche, a la hora de la cena, entró al comedor el mozo. Cuchicheó unas palabras en el oído de los alojados que comían en el lugar con Malacqua y Gabriella los que se levantaron sin preguntas, dejando sus platos inconclusos, mirando atemorizados y culpables a los dos que se quedaban.

Malacqua tomó un tenedor con su mano izquierda y Gabriella lo reprendió:

-Ya no tienes la uñas crecidas, pero todo el mundo sabe que eres zurdo –le dijo.

-¿Qué bicho les habrá picado? Malacqua recorrió con su índice las mesas que se habían desocupado.

-No le digas bicho al propio Melgarejo.

Y el Presidente de Bolivia, en persona, de pie, hierático, estaba en la puerta del comedor. Se apagaron los murmullos nocturnos del altiplano y un silencio melancólico y pertinaz abrumó al planeta. Un escalofrío recorrió a Gabriella que haciendo a un lado al dictador salió a los jardines internos del hotel Bolivia, saltó a la laguna artificial que allí había y chapaleó en ella hasta que croaron las ranas.

Regresó chorreando agua y sin etiqueta se dirigió al Presidente:

-Tiene, señor, el vicio de atemorizar a las criaturas de Dios con su presencia, a mí eso me es incómodo.

Melgarejo insinuó una risa que se desgranó en carcajadas.

-Tiene cojones el muchacho, nadie me habla así en Bolivia.

-No ha querido ofenderlo –se adelantó Malacqua.

-Sin duda –Melgarejo se atesó su barba negra –pero deberás tener más cuidado, porque hoy ando de especial buen humor: he burlado a los peruanos y en presencia del embajador de la República de Chile, inestimable testigo del cumplimiento de mis promesas.

Su presencia parecía empequeñecer los objetos a su alrededor, como si fuera un Viffarao que produjera resultados espontáneos.

Gabriella rezumando el agua de la pileta volvió a sentarse, esta vez más cerca de Malacqua. Melgarejo extendió su brazo derecho y con una voz menos ímproba de lo que se hubiera esperado, los invitó a no levantarse. Sus pasos también eran menos potentes que lo que se hubiese podido predecir, pasos cautos, de conspirador infatigable.

El Presidente apartó una silla de una mesa vecina y se sentó a horcajadas en ella.

-¿Señor? –interrogó Malacqua.

-Soy Mariano Melgarejo Valencia, Presidente de Bolivia –expresó.

-Melgarejo..., Melgarejo..., repitió el papagayo, cabeza abajo, desde un friso pulvino, convexo.

Melgarejo miró irritado al pájaro:

-Ni siquiera a un pajarraco le permito que me remede –protestó.

El guacamayo, presintiendo lo que podría sucederle, se desprendió de la cimbría y voló a través de la puerta del comedor, volando escaleras arriba. Dos soldados inaparentes corrieron en su captura.

-Un momento -gritó Gabriella haciendo que se detuvieran -ese papagayo es mío y también juega ajedrez.

Bajó la cabeza Melgarejo. Su barba, al frotar contra el bronce de su coselete, sonó como la quilla de una falúa contra un rompiente.

Sólo la barca de Caronte puede sonar así, al encallar al otro lado, reflexionó Malacqua.

Melgarejo le sonrió al muchacho con una sonrisa de dientes sanos y fuertes.

-Hermoso pájaro parlante, el más inteligente de los animales, nacido en las junglas que rodean el río Mamoré, no debería sufrir el cautiverio. El Pájaro, con cuyo fino entendimiento captó el sentido de esos elogios, voló de vuelta en un rasante planear a media altura, esquivando los muebles que allí habían y al General con la habilidad de un murciélago, para cerrar sus alas doradas y posarse en un brazo de Gabriella.

-Siendo boliviano de origen -afirmó el Presidente -es de mi propiedad, pero puedo darte un buen precio por él.

-No es ni boliviano, ni de su pertenencia -rebató Gabriella acariciando las remeras del guacamayo -me fue regalado por el señor Viffarao quien lo adquirió en las costas del Brasil.

Crujió la silla de Melgarejo.

-No les he causado buena impresión -intuyó.

-Señor -dijo Malacqua sacando la mano derecha de su bolsillo y exponiéndola encima de la mesa -esa es una opinión poco fundamentada.

Sonrió de nuevo el dictador, estiró sus dedos y restallaron sus nudillos.

El joven mozo apareció de cualquier parte, seguido por unos de los soldados. Llevaba una bandeja y en ella una dos vasos de vidrio y una jarra con un azumbre de cerveza.

-¿Bebe, señor? -alargó a Malacqua.

La boca del cura se llenó con el espíritu del ron del capitán Núñez, y con el destilado de ciruelas que le sirviera el ministro plenipotenciario.

-En ocasiones.

-Es la mejor cerveza del mundo, con ella se regocija Holofernes mi caballo.

Gabriella se enderezó:

-Quizás -comentó -su caballo no tiene buen gusto.

Melgarejo se esforzó por no tomarla en cuenta.

-Y también contra mi voluntad ha sido enviada a Alemania, la solicitan los Hohenzollern -Melgarejo deletreó el apellido -pero fabricada con el agua de nuestras cumbres.

-¿Contra su voluntad?

-Mis amigos son los franceses, no los alemanes.

Malacqua probó la cerveza escanciada en su vaso y Melgarejo dio cuenta del resto. Era una bebida sabrosa, con el sabor amargo de las semillas del lúpulo y la delicadeza del agua de los glaciares.

-Otra –pidió el Presidente –y un zumo de limón para el muchacho.

Malacqua dejó el vaso y lo retiró unas pulgadas.

-Es suficiente –dijo.

-Puedo pedirle vino u otra bebida que le agrade.

El joven entraba con la cerveza y el exprimido de limón.

Melgarejo bebió casi la mitad del segundo azumbre sin respirar. Al terminar, su barba tamizaba la espuma que la había encanecido, la que caía formando charcos cristalinos sobre la mesa.

-Está bien –aceptó Malacqua –una copa de slivovica.

Disparado salió el soldado, pero no regresó él con la botella, sino el general Morales que llevaba el rostro congestionado por el fracaso y la aprensión.

-No hay slivovica en sus bodegas, Excelencia –le informó entrechocando sus tacones –la última botella se abrió para la conmemoración del triunfo de Socabaya.

Y si la ira irrefrenable del dictador no estalló con el comentario de Gabriella sí lo hizo ante la disculpa de Morales:

-¡Cuadrúpedos inútiles y con eso sólo insulto a Holofernes! –gritó –¡quiero una botella de ese trago antes del mediodía!

Malacqua lo apaciguó:

-Puede ser algo distinto –le dijo.

El Presidente aprovechó esa postura para demostrar su temperancia.

-¡Champaña, entonces, champaña! –pidió.

Malacqua hizo retroceder su silla avisando que se ponía de pie. Gabriella lo imitó.

-No tardará el champaña –anunció Melgarejo.

-Es tarde ya –Malacqua no cedió.

Melgarejo agitó su barba. De ella se desprendió un arco iris de burbujas de cerveza que capturó con la mano.

-¿Cuándo podré jugar ajedrez con el muchacho?

Gabriella caminaba por el pasillo, hacia el elevador.

-Cuando quieras –dijo, pasando a llevar el protocolo.

-Dicen que nunca has sido derrotado –la alcanzó la voz de Melgarejo.

-Nunca –respondió lacónico y desconfiado Malacqua.

-¿Jugar con él supone un precio? –Melgarejo también se puso de pie.

-Acceder a la petición de una información –dijo Malacqua.

-Prefiero un pago en efectivo.

-Gabriel no es un fenómeno de feria.

Melgarejo reflexionó unos instantes.

-Acceder a una petición de información no significa obtener la información misma.

-Desde luego que no.

-Propongo que el duelo se realice después de la misa de Pentecostés.

-Este domingo, entonces –esa no era fecha olvidable en el calendario personal de Malacqua.

-Será un duelo entre invictos –Melgarejo hizo una amago de reverencia hacia Gabriella.

-Pues si así lo dice –Malacqua se dirigía al pasillo.

-Puede preguntar a quien quiera, en La Paz, Oruro, Lima o Santiago, Melgarejo jamás fue derrotado.

-No dudo de sus afirmaciones.

Pero Melgarejo ya había salido. El general Morales que observaba desde un rincón, con dos botellas de champaña en sus manos, pasó junto a Malacqua en pos de su amo:

-Y más le vale –le dijo poniendo una de esas botellas en sus manos.

2.- Malacqua jugueteó con la botella sin saber que hacer con ella. La evidencia le dijo cómo abrirla. Estaba fría y el corcho quedó en su mano después que lo torció para extraerlo. Leyó la etiqueta y bebió del gollete. Una represión instintiva lo obligaba a retrasarse. Una esperanza inconciente de que Gabriella ya se hubiese acostado cuando él llegara a la habitación lo tenían allí, clavado, desocupando la botella, indeciso. No se equivocó con la espera. Gabriella dormía en una de las camas y sobre la suya, ropa de dormir que Gabriella había ordenado limpiar y planchar en el hotel.

Al día siguiente, listos para asistir a la iglesia, Gabriella se retrasó dejando una pila de semillas de cacao y girasol para que desayunara el loro.

Antes de llegar al pórtico se les aproximó el general Morales, quien no pudiendo escamotear su fastidio, les comunicó que ambos tenían ^(a) asientos reservados en el lugar de los contraltos del coro de la catedral de La Paz.

Fue una misa lata, con una homilía plagada de alusiones a Melgarejo y con una interminable secuencia medieval; *Veni, Sancte Spiritus*. Durante toda la eucaristía el Presidente se tocaba una oreja, incómodo, aburrido, ausente aun ante los halagos del obispo. Malacqua en cambio siguió la ceremonia con un fervor moderado, pero no pretendido. Gabriella, atenta, no quitaba los ojos de encima de Melgarejo, lo que advirtió Malacqua al hincarse durante el ofertorio.

Después le dijo que lo miraba para habituarse al acomodo de sus ojos, para entender el tamborilear de sus dedos, el ritmo de sus visajes.

-Descubro cuando se molesta y cuando se sosiega, de ese modo me será más fácil vencerlo al ajedrez señaló.

Melgarejo comulgó de pie, apenas insinuando la lengua entre los labios para recibir la hostia, frustrando un movimiento ascendente de su mano derecha, tentado de tocar lo consagrado.

-Sólo los santos tienen el privilegio de comulgar por mano de ángel –dialogó Malacqua con Gabriella en voz muy baja.

-Los santos existen en tu religión, no en la mía.

-Cuando Tomás de Aquino se acercaba a comulgar, una hostia volaba desde el copón del oficiante hasta su boca..., era San Gabriel quién la llevaba y que permitió que San Buenaventura lo descubriera.

-Las corrientes de aire son invisibles y frecuentes en estas iglesias monumentales.

Melgarejo se despidió del párroco y del obispo en el atrio de la catedral y rodeado por un círculo de guardaespaldas uniformados y vitoreado por el pueblo, se dirigió al palacio presidencial.

-Ya nos ha olvidado –dijo aliviado Malacqua.

-No, él me ha desafiado delante de uno de sus generales, no podrá dejarnos ir antes de ganarme una partida al ajedrez.

-Es mejor que rehúses, que finjas calenturas.

-Será fácil, Malacqua...

-Fácil, pero, ¿cuán peligroso?

-Es peligrosa la derrota de quién se jacta que nunca la ha conocido.

Malacqua creyó ver a un hombre corpulento, vestido con una levita verde, que seguía, a la distancia, al séquito de autoridades.

Estaba en lo cierto Gabriella. Sentados en el jardín de plantas del hotel recibieron la visita del general Morales:

-¿Han almorzado, señores? -se dirigió a Malacqua.

-Aún no –respondió Malacqua.

-Es una coincidencia; me ha pedido Su Excelencia que junto con recordarles el encuentro que sostendrá con el muchacho y antes que se produzca, tuviesen la amabilidad de compartir un ambigú privado con él.

En un *Vis à vis* enganchado a dos caballos fueron conducidos Malacqua y Gabriella, ella con el papagayo agarrado a la caja del chaturanga, hasta el palacio presidencial. La gente que había acudido a la misa dominical había desaparecido de la plaza y en su reemplazo hormigueaba un numeroso

contingente de trabajadores que levantaban un tablado sobre pilares de madera blanca.

-¿Qué es eso? –preguntó Malacqua al general que los acompañaba en el asiento lateral.

-A ciencia cierta no lo sé –contestó el aludido –desde luego alguna celebración ordenada por el Presidente, no estoy al tanto de todas las cuestiones de Estado.

-¿Una fiesta es una materia de Estado?

El general esbozó una sonrisa dominada por la humillación.

-El desayuno de Melgarejo también puede ser una cuestión de Estado y el sabor de las tostadas puede ser más o menos relevante que su decisión de invadir al Perú, encerar sus botas, cambiarle el color a la bandera o jugar una partida de ajedrez, todo depende del temperamento con el que se despierte ese día; entérese, señor, que el Presidente tiene la certeza de ser la semblanza de Napoleón Bonaparte.

-Más similar a la de Luis XIV.

-Tampoco sería algo ajeno a él que se hiciera coronar rey.

De pronto Morales se percató de su impulsiva facundia y calló.

Trotaban lento los caballos. Un anciano se descubrió a su paso y al darse cuenta que Melgarejo no iba en el carro, se enfundó el sombrero y se escabulló por un pasaje encumbrado. Podía recibir un castigo si era sorprendido saludando con ese rigor a quien no fuese el Presidente.

-Me contó una vez *il signore* Viffarao que ese Napoleón fue derrotado por una máquina.

-Le fallaron sus generales en la última batalla –la corrigió el edecán.

-Me refería a una máquina que jugaba al ajedrez.

-Las máquinas no juegan ajedrez.

-Era un muñeco que tenía un reloj en la cabeza.

-Ridículo –dijo Morales.

-Pero no inverosímil –Malacqua fue en apoyo de Gabriella –en Europa se ve lo increíble.

Morales abrió la portezuela del coche: ya llegaban.

-No se imagina, señor, lo que se puede presenciar aquí.

Un lacayo bajó la escalerilla del *Vis à vis*.

Sobre ellos sobresalía el balcón con sus balaustres de piedra veteados por pinceladas cobrizas, las que eran picoteadas con entusiasmo por un buitre de corona verde azulada.

Gabriella se quedó arrobada mirando la dedicación del buitre.

-Es la sangre de Belzú -dijo Morales -el antecesor del Presidente Melgarejo, quien la ha querido dejar ahí como prueba de su valor, de la legitimidad de su

mandato y de irrefutable marca del correctivo que aplicará a quienes quieran conchabarse en su contra.

-¿Belzú? –Malacqua observó los trazos de sangre seca.

-El Presidente a quién Melgarejo mató aquí, frente al pueblo de La Paz y de un pistoletazo para expulsarlo del poder.

En la guardia del alcázar, Malacqua tuvo la sensación que la guardia no sólo los recibía, sino que también los retenía. Dio un paso adelante lo que confirmó su intuición: un sargento se le interpuso. Morales no intervino, habría sido inútil: los escoltas de Melgarejo eran inmunes a una orden ajena a de él mismo.

-Nadie entra armado a una audiencia con el Presidente –le advirtió el suboficial.

Morales se acercó, nervioso.

-Es cierto –Malacqua sacó el revólver y el ratón y los mostró sobre la palma extendida de sus manos –o ¿cómo cree, señor, que podía defenderme de indios y bandoleros?

El sargento levantó su fusil hannoveriano, aquél que le diera el triunfo en la batalla de Ingaví, en una inexcusable actitud de amenaza. Gabriella se refugió detrás de Malacqua, quien devolvió los objetos a sus bolsillos.

La voz de Melgarejo antecedió a su sombra.

-¿Quién retiene a mis invitados?! –rugió.

Aflojó sus manos el sargento y Malacqua, advirtiendo la consternación y flaqueza que le provocaba escuchar el represivo vozarrón del amo, pudo alcanzar el fusil antes de que cayera al suelo.

-Viene armado –balbuceó el soldado.

-Y de un fusil del ejército boliviano –enronqueció Melgarejo.

Malacqua le ofreció el rifle por la culata.

-Es suyo –decidió Melgarejo –bien se lo ha ganado, arrebatándoselo a un hombre de la guarnición de palacio.

-Soy hombre de paz –lo rechazó Malacqua.

Y Melgarejo ordenó detener a Rístori, aquél sargento de poca monta y llevarlo a la prisión militar.

-Lo ha confundido con sus gritos –intervino Gabriella.

-Muchacho –dijo el Presidente, apaciguado –el desconcierto del enemigo me ha salvado muchas veces la vida.

-El no es su enemigo.

-Con mayor razón, es de los subalternos de quienes hay que esperar las mayores traiciones y deslealtades.

Melgarejo se cansaba de tan ociosa discusión.

-Entiendo –dijo con cierto tono irónico en la voz –que vienen a jugar ajedrez y no a asesinarme.

-Malacqua volvió a mostrar el ratón y el revólver:

-Si es preferible, dejaré esto en custodia –ofreció.

Melgarejo tocó el ratón.

-¿Es una mascota?

-Algo así.

-Algo así, algo así –repitió el papagayo.

Subieron por una escalera. En cada uno de sus peldaños un soldado le presentaba armas. En la segunda planta Melgarejo los llevó a través de los salones hasta un aposento amplio recargado de cortinas, muy bien iluminado por lámparas alimentadas con aceite de ballena.

-Aquí no se percibe el paso del tiempo –afirmó el dictador.

En el centro de la habitación una mesa y dos sillas. Sobre la mesa un tablero de ajedrez con las piezas ordenadas. Los peones tenían dos pulgadas de altura, tres o cuatro los demás trebejos, sobresaliendo la dama y por sobre ella el rey. Unas eran de marfil blanco, las otras de marfil rojo. El rey y la reina rojos tenían las manos y el rostro de metal plateado, los alfiles las mitras, las torres los marcos de sus aspilleras, los caballos sus crines y los soldados sus puñales. Y de metal azul las piezas albas.

Sin esperar más, Gabriella tomó asiento detrás de las fichas escarlatas, dejando a su lado la caja del chaturanga e imponiendo con un gesto quietud al papagayo.

Siguiendo a Melgarejo entraron a la estancia el general Morales y un cura con sotana y capuchón de fina lana marrón.

-Tu tienes en tu padre un padrino –se dirigió Melgarejo a Gabriella –yo tendré a la Iglesia.

Melgarejo escondió en sus puños un peón rojo y uno blanco y se llevó las manos a la espalda.

Gabriella prefirió la mano izquierda, donde el Presidente estrangulaba al peón colorado.

-Las reglas clásicas propuso el edecán.

-Cinco minutos por jugada –accedió Gabriella.

Inició Melgarejo con la apertura Ruy López. y Gabriella respondió con la defensa Morphy. Cuando cuatro jugadas más tarde, Gabriella amenazó con su obispo la dama blanca, carraspeó el monje y el general Morales se apoyó con fuerza en una tablilla del suelo. Dos segundos después se abrió la puerta y acezando entró el ventrudo que Malacqua había visto acompañando a Melgarejo en su paseo por la plaza. Fingía con ineptitud su apresuramiento y llevaba terciada al pecho una banda con los colores de Bolivia, rojo, oro y

verde. Llegando pasó la cinta por su cabeza y alisándola se la brindó a Melgarejo.

-Mientras juego al ajedrez, nada debe distraerme, sino los más urgentes deberes de gobernante –se excusó –y el mando lo ejerce en forma transitoria Donato, mi canciller, que oficia como vicepresidente.

-Lo requieren sin dilación Excelencia –lo acució.

-¿Qué sucede?

-Tribus guaraníes rodean Chuquisaca –le anunció.

Melgarejo no vaciló:

-Le ofrezco tablas –le propuso a Gabriella.

Malacqua cerró los ojos, no dudaba que era una estratagema del caudillo para evitar una derrota en el tablero.

-¡Acepto, señor! –replicó la niña.

Melgarejo se levantó complacido y le extendió la diestra:

-Es un gran jugador, joven –lo felicitó –continuaremos cuando me sea posible.

El cura, el edecán y el canciller suspiraron, todavía atormentados ante una posible negativa de Gabriel.

El Presidente con la banda presidencial en la mano seguido por su comitiva abandonó el salón.

-La mesa está servida en el comedor personal de Su Excelencia, vendrán a buscarlos, señores – invitó Morales a Malacqua a Gabriela.

Fueron atendidos por dos mozos de librea, uno de los cuales les fue describiendo, con un español afrancesado, lo que presentaba cada plato: *maigret* de armadillo de Cochabamba, *confit de canard*, *escargots de Bourgogne*, *truffade*, dorado a la *sel* del río Quiquibey, *oeufs de la grand grue* del lago Guachuma con almendrucos y miel. Todo ello acompañado por champaña Krug, de la que Malacqua bebió dos copas.

Desde el carruaje en el que regresaban percibieron que el escenario en la plaza estaba terminado. Era una estructura de maderas sólidas en cuya superficie destacaba una estaca gruesa. Mucho sol entibiaba esa tarde de verano. Malacqua se removió, inquieto, en su asiento.

-¿Qué te incomoda, Malacqua? –preguntó Gabriella.

-Me molesta esa estructura, me recuerda un cadalso.

A la entrada del hotel vieron un papel adherido al muro:

“Su Excelencia, el Capitán General don Mariano Melgarejo, invita a los ciudadanos de La Paz, bolivianos o extranjeros a presenciar y ser parte de un reconocimiento a la Iglesia Católica con ocasión de la fiesta de Pentecostés. A las siete en punto.”

-O algo peor -concluyó Gabriella –un lugar propicio para un auto de fe.

Malacqua recogió las llaves desde el tablero de la recepción y sonrió a Gabriella.

-Lo que nos orientaría en el trabajo por el que venimos.

La desacostumbrada cantidad de comida los hizo dormir toda la tarde, al despertar se refrescaron con agua fría y se dirigieron a la plaza que se llenaba de gente. Sobre la plataforma se habían instalado dos sitiales, uno un palmo más alto que su par, labrados con un desidioso acabado hecho con subilla.

Malacqua y Gabriella se situaron cerca de la plataforma y no tuvieron que esperar. Once frailes, once soldados y once civiles subieron a ella y se dispusieron en filas sucesivas y en semicírculo delante del poste central.

-¿Por qué son once? –preguntó Gabriella.

-El doce es el número de Judas, Melgarejo debe omitir ese número creyendo que así excluye a quien se tiene en venderlo por veinte monedas de plata de Potosí.

Sonaron clarinetes y el capitán general apareció en la puerta del palacio presidencial. A pie y escoltado por sus dragones y un paso adelante del obispo de La Paz, se dirigió al centro de la plaza. El dictador y el obispo ocuparon los asientos. Una bandera blanca, sin campo ni armería, era el único estandarte que ondeaba en el ápice de la estaca.

A lo lejos se escuchó el gruñir de un cerdo. Por la calle Linares se vio a cuatro porquerizos que intentaban, dos empujar y dos arrastrar a un descomunal verraco de pecho blanco y patas negras. Luego transitaron con el animal por el pasillo humano por el que habían entrado a la plaza el Presidente y el obispo, lo subieron con cuerdas al tablado y lo amarraron con una cadena a la tranca. El franciscano, que estuviera con Melgarejo en la partida de ajedrez fue el último en llegar.

-No tuvo mucha repercusión el brote de insurgencia de los indios guaraníes –comentó Gabriella –ni demoraron en sofocarlo.

-Si Melgarejo pierde, pierde al ajedrez también perderá el que lo gane – *RC* sentenció Malacqua.

El fraile llevaba una cruz de palo bailándole en el pecho y ramas de olivos al modo de filacterias en sus brazos.

El monje, sin mostrar la cara eclipsada por el capuz y después de una imperceptible solicitud a Melgarejo, extendió las manos pidiendo silencio al pueblo reunido:

“Que este marrano, clamó, signifique a todos los hombres que se alejan, se burlan, agravian y ultrajan la Iglesia Católica, Apostólica y Romana,

contribuyendo a socavar sus cimientos: me refiero a los herejes, judaizantes, demonólatras, hechiceros y a los sodomitas que cometen pecados nefandos”

El franciscano hizo una pausa que aprovechó Malacqua para hablarle a un concurrente, que a su lado, clavaba su mirada en el suelo:

-¿Cuál es el nombre del cura?

-Se hace llamar fray Junípero.

El cerdo presintió su suerte y vació su podredumbre sobre el tablado. Pareció cuajar el aire con el olor a zahúrda que invadió la plaza y el hombre que respondió a Malacqua se revolvió con una arcada.

-Si le repugna este espectáculo, ¿por que asiste?

-Soy empleado de la Tesorería Nacional...

-Junípero, algo me dice ese nombre.

El funcionario se tapó la boca con la mano y vomitó. Malacqua y Gabriella se apartaron y el desgraciado quedó expuesto, solo, en el medio de un círculo vacío de gente.

-Melgarejo tendrá constancia de la obediencia de ese hombre –dijo Malacqua y se alejó aún más con la muchacha.

El verdugo, con un antifaz insuficiente, aguardaba agazapado junto al poste. Malacqua reconoció en él a Amostroza el dueño de una carnicería vecina al hotel. Lo había visto el primer día en La Paz, cuando el matarife recibía al animal envarado que despostaría esa mañana.

En una esquina ardía un brasero de carbón donde se atizaban los hierros de la tortura. Sin mucho convencimiento, pero resignado, Amostroza, enguantado, tomó uno de ellos y se acercó al chanco. Lo mostró a la multitud con su brazo en la altura y pinchó la pata del animal que ya no paró de guarrear.

Melgarejo, visiblemente aburrido, se retiró cuando se convenció que los cuatro caballos que se suponía debían descuartizar al puerco después del fuego, azotados por sus palafreneros patinaban en el empedrado de la plaza. El robusto porcino encogía sus extremidades atadas por bejucos al atalaje de los caballos, resistiendo la tensión; sus espeluznantes gruñidos obligaron al orfeón, que se desplazaba hacia el palacio presidencial, a emprender el himno nacional.

Malacqua y Gabriella tampoco presenciaron el fin del verraco.

Después de la cena, Gabriella cuchareando con nostalgia el postre de castañas y Malacqua paladeando una copa de vino, apareció, sin aviso ni preámbulo alguno, Mariano Melgarejo. Con una ebriedad controlada, mantenía el equilibrio con el general Morales.

-No digas nada –se dirigió a Gabriella –no juegas de noche y no estoy ahora en condiciones de hacerlo tampoco, pero te invito para mañana a nuestro segundo desafío.

-Señor –dijo Malacqua a quien el Presidente no había saludado –cuándo, cómo y con quien juega Gabriel es materia de mi incumbencia.

Melgarejo se llevó la mano a la cabeza buscando su *chacó*.

-Lo he dejado en mi despacho –se disculpó, ofreciendo su mano a Malacqua –disculpe mi descortesía.

-Mañana, pues –se adelantó Gabriella a una posible negativa de su severo tutor.

3.- Después que Melgarejo hubo desaparecido, Gabriella tomó de la mano a Malacqua y lo llevó por el pasillo hasta el elevador. En el dormitorio, él abrió la ventana, se apoyó en su vano y encendió un cigarro de tabaco boliviano envuelto en papel. Su cuello tirante, amplias sus pupilas, difusa su mirada, urgido su corazón, su dominio rendido por el arrullo paulatino y seductor con el que Gabriella se despojaba de la ropa, Malacqua sabía que el precipicio estaba ahí, a dos pasos de su espalda. Absorbida su voluntad por el deseo, Malacqua se volvió: Gabriela desnuda se había tendido en el lecho, sus brazos sobre la cabeza, las rodillas apenas dobladas, unguido su cuerpo por un rocío animal. Malacqua la miró sin moverse.

-Si no estás hoy día conmigo –le dijo Gabriella –quizás mañana no podré negarme a Melgarejo.

Malacqua dio un paso hacia el lecho y se contuvo.

-Ni siquiera sabe que eres mujer.

Malacqua se despojó de la camisa y caminó hacia Gabriella.

La niña se hincó en la cama y terminó de desnudarlo.

Malacqua se tendió junto a ella sin atreverse a tocarla. Temía que sus uñas crecieran: espontáneas, desordenadas, provocadoras. Gabriella tomó sus manos y besó la yema de sus dedos

-Tus uñas ya no volverán a crecer –le dijo.

Malacqua exploró la piel de la niña con timidez, con cautela, deseando, quizás, que ella en un momento lo rechazara, que con un brinco gatuno lo apartara, amortiguando su culpa. Trató de imaginar que no yacía con Gabriella, sino que en el lecho de un río o en el fondo del mar acompañado de una náyade o de una ondina que se transforman en espuma cuando un mortal las atrapa. Se veía sentado en los bancos de la escuela en Torre del Greco escuchando al cuentista Marchan, embelesado, esas fábulas de mujeres

insensibles, que se deshacían arrojando a los hombres al abismo de la displicencia.

Gabriella lo arrancó de sus ficciones abriéndole los párpados y dando más lumbre a la lámpara de aceite.

-No me harás daño –le prometió –envolviéndolo con sus piernas, obligándolo a surcar la humedad de su pubis.

El apetito reprimido de Malacqua le hizo temer que podría desgarrar a Gabriela así como la pera de bronce que le rompiera la boca; pero ella no lo dejó vagar por sus paralizantes fantasías y juntando sus piernas lo apremió. Gabriella provocó en Malacqua un final sublime, convirtiéndolo en un manantial arrollador y extenuante. Después, consumida y liberada, se encogió a su lado.

La miró dormir el resucitado y su memoria se iluminó con la Eva de van de Goes, desnuda, con un tulipán azul adornándole el pubis, ejemplo de pintura que, según uno de sus rancios profesores, debía ser destruida por resumir la visión concupiscente de los pintores flamencos.

Había sangrado Gabriella y el cuarto se inundó con un perfume de levadura y de anís.

Malacqua se prometió buscar en los mercados y florerías de Lima un ramo de tulipanes para obsequiar a Gabriella. Esa noche, acostumbrado al silencio al que lo reducía Esther por la vecindad con Gabriella, Malacqua se privó de rumores y quejidos que sí permitió a Gabriella, reiterando hasta el agotamiento lo sublime, lo que el celibato le prohibía y del que la Inquisición lo exonerara.

En la mañana, cuando despertó, extinguida la llama de la lámpara de aceite de rorcual, la luz ya entraba por la ventana que había dejado abierta. Despertó a Gabriella y juntos fueron a un cuarto embaldosado, en un extremo del pasillo del hotel donde, desde una cisterna colgada en un aguilón, se hacía caer una lluvia fría. Agotaron el contenido del estanque, abrazados, dejando que el agua fusionara sus olores y los embebiera con ellos.

Bajaron cuando se iniciaba el servicio de almuerzo. El general Morales, siguiendo con las inadecuadas costumbres de su jefe, entró al comedor antes que les sirvieran el pedido.

Sin saludos protocolares Malacqua le dijo:

-Ignoraba la herejía por la que abogan los cerdos.

-Es una concesión del Presidente al franciscano que ha llegado de Lima recomendado por el arzobispo de esa ciudad, don Javier de Luna Pizarro.

-¿Desde donde estuvo la sede más brutal de la Inquisición en América?

-Yo me he opuesto a actos tan patéticos, pero el Presidente se burla y me dice que deje divertirse al pueblo con los juegos de ese cura. Y que coma chanchos a expensas de la iglesia.

-Le doy mi fianza que lo que organiza ese fraile no es ningún juego - Malacqua habló con seriedad.

-Exagera, señor.

-¿A qué se debe esta nueva visita? –preguntó Gabriella probando el asado de chivo y cilantro que el mozo había puesto delante suyo.

-Melgarejo quiere una segunda partida con el joven.

Malacqua pensó un momento:

-A las seis de la tarde estaremos en el palacio –dijo y trinchó el costillar cabrito que había pedido.

Morales comprendió que la entrevista había concluido.

Un rato después, con la cuchara con el confite de maracuyá frente a su boca, Gabriella tocó el muslo de Malacqua.

-Quiero estar contigo toda la tarde, toda la noche, hasta que amanezca.

-Tendrás que hacerlo muchacho –Malacqua habló primero en voz alta para que escuchara quien los atendía y luego le musitó a Gabriella –déjate ganar una vez y regresaremos de inmediato.

Gabriella levantó la nariz al aire:

-*Il signore* Viffarao consideraría aquello como una traición a sus enseñanzas.

-Comprendo tu devoción por Viffarao –trató de convencerla Malacqua -pero él esta muy lejos para que te regañe por una derrota necesaria.

-Melgarejo la publicará y difundirá por todos sus dominios y hará traspasar la información más allá de sus fronteras y, dime Malacqua, quién sino yo, Gabriella, su discípula, juega al ajedrez en compañía de un guacamayo.

-Si le ganas corremos el riesgo de correr la suerte del cerdo –advirtió Malacqua.

Gabriella apretó la mano de Malacqua:

-Viffarao no me prohibió simular tablas y con Melgarejo no serán perpetuas, pues al final se hastiará; su enfado será menor y si nuestra estadía ha sido suficiente para tus fines, podremos largarnos sin conflicto con su autoridad.

A la hora señalada Gabriel estaba sentado frente a Melgarejo quien no había bebido ni una pinta de cerveza. El cura y el general ocupaban las posiciones de la partida anterior y el guacamayo, vuelto de cabeza, vigilaba desde una lámpara en el techo.

-Esta vez, tú, niño, juegas con las blancas –decidió el Presidente.

Gabriela dejó que Melgarejo avanzara, defendiéndose, protegiendo sus peones, sacrificando un alfil y poniendo en riesgo su dama, pero sin el coraje

de dejarse vencer. Malacqua, sin ser un experto, sabía que la niña estaba siempre a tres movidas de liquidar a Melgarejo quien, aunque no era un mal jugador, tenía la capacidad de anticipación de un primate comparada con la de Gabriella. Sin embargo llegó un momento en que cualquier movimiento de las piezas blancas significaba la muerte del rey del Presidente. Gabriella con la mano suspendida sobre el cuadriculado, no sabía si posicionar la torre o el caballo que daría el mate. El fraile salvó su conjetura al pisar sobre la tabla del piso: a Malacqua le pareció que había accionado el artificio de un gran reloj de cuco, pues de manera instantánea se abrió la puerta de la sala y entró el ventrudo ministro que daba pasos con pequeños intervalos, como su fuese un autómeta.

Con la banda presidencial desordenada terciándole el techo se precipitó sobre Melgarejo:

-Excelencia, Francia ha sido atacada.

El dictador se puso de pie retirando su silla, sin mover el tablero, sacó su saбанeta de oro del bolsillo del chaleco y miró la hora.

-No podremos continuar, el deber de defender a Francia es superior a cualquiera, convocaré a todos los bolivianos capaces de tomar un arma, les daré el uniforme de la patria, llamaré a cuartel a toda Bolivia y marcharé a liberar a la cuna de la libertad.

-Seré generoso –le dio a Gabriel –te daré la oportunidad de proponerme tablas.

La muchacha miró a Malacqua que levantó las cejas.

-Ae7, Ae7, jaque mate, jaque mate –gritó el papagayo.

Descendió la mano de Gabriella y se posó en el tupé plateado de su caballo; al hacerlo, el reglamento ordenaba la suspensión de la solicitud de tablas.

Junípero, incontenible, se abalanzó contra Gabriella, cual esmerejón sobre una paloma, constriñendo entre sus dedos los finos dedos de la niña, impidiéndole que cumpliera la instrucción del guacamayo. Malacqua no alcanzó a intervenir pues Melgarejo dio un bofetón al cura que cayó sobre el ministro y este, hincado, al suelo. Melgarejo, desentendiéndose de Malacqua y Gabriella, trató de ayudarlos. Cuando lo hubo logrado dio un salto hasta la lámpara, tomó al papagayo por sus patas y le quebró el escuezo con un giro de su pulgar. Gabriella dio un grito de horror y se enrojecieron los ojos de Malacqua. Inmediatamente después, en una reconversión incomprensible, Melgarejo se postró delante de la sollozante Gabriella dejando el cuerpo del pájaro bajo sus plantas, como una ofrenda. Cuando el caudillo levantó la vista, Malacqua vio que lloraba.

Fueron unos segundos, Melgarejo se incorporó, el cura se sobaba la mandíbula y el tripudo se arreglaba los pantalones.

→ quién mata al papagayo?
¿el franciscano?
¿cierto?

-¡Trae a Murat! –ordenó el Presidente a Morales –no podrá llevarse su papagayo, pero sí mi pantera.

No alcanzó a acercarse a la puerta el edecán; Malacqua se interpuso.

-Imposible –dijo –si no es otro guacamayo...

-Es mi pantera favorita –insistió Melgarejo.

Gabriella se miró la mano adolorida por el apretón del franciscano, la llevó al escaque, revoloteó indecisa sobre las piezas como el jugador de ajedrez de Maelzel y con el pulgar y el índice derribó, de manera simultánea los dos reyes. Con una presencia de ánimo admirable provocó el inmerecido empate.

Melgarejo se cuadró ante Gabriel:

-Tres guacamayos coloridos quiero que busquen para este joven antes de que oscurezca y se dispuso a salir.

-Ya no –se opuso Gabriella –no quiero más animales de vida corta y triste.

-Señor –Malacqua interpeló al Presidente- aún puede enmendar lo obrado con el pájaro.

El ministro y Morales se aglutinaron, aplicando sus espaldas a la pared del fondo. Nunca habían escuchado a nadie pedir una enmienda de sus conductas a Melgarejo.

-Esto puede terminar mal –cuchicheó Morales en la oreja del obeso.

El capitán general atendió:

-Escucho.

-Permítame a mí sacrificar un animal en la plaza, como homenaje a su esclarecida jefatura y como Tributo a Nuestro Señor Jesucristo que lo alentará en su noble misión militar en Europa.

Melgarejo infló su extenso pecho y asintió.

-Ya han escuchado al padre del joven –dijo sin dignarse mirar a Morales o a Donato que asentían en la penumbra.

Quedaron solos Malacqua y Gabriella. El la abrazó y besó sus dedos magullados.

-No quedará impune –le juró.

4.- Durante el transcurso de la semana siguiente Malacqua averiguó que Junípero procedía de Lima y que su estancia en La Paz era reciente. Había llegado solo, sobre una mula y arreando un par de llamas con dos arcones en sus lomos. Supo que Melgarejo se aficionó a él un día que lo vio transitar por la plaza con su hábito sombrío.

“Así me gustan los curas –habría dicho el Presidente –que sean lúgubres, para que causen temor de ellos y de Dios.”

Y mandó que lo llevaran a su presencia.

No tuvo más resultados la búsqueda de Malacqua, pero había una sólida certeza: Junípero era el primero, era la avanzada de la *Perseveranza*.

Por ese tiempo los amantes compartieron el placer de la cama y de la mesa y el ocio de los paseos por la ciudad. Observaban los crecientes movimientos de uniformados y de civiles que se alistaban en el ejército, la acumulación de pertrechos y provisiones, la encerrona de caballos y mulares y ocasionalmente las arengas de Melgarejo desde el balcón ensangrentado del palacio. Todo se justificaba para ir a combatir a los prusianos que amenazaban la libertad y la cultura universal.

Entretanto Junípero realizó un segundo auto de fe con animales, señal que Malacqua interpretó como aviso de la inminente salida de las tropas. Después de la alocución, ordenó descuartizar y quemar a un hermoso buche blanco y como epílogo ceremonial, ensartó vivos en una agujada a una docena de cuyes crecidos y los calcinó a fuego lento sobre el asador.

Gabriella se negó a presenciar el final del asnillo y reprendió a Malacqua que quería estudiar la conducta de Junípero.

-La próxima bestia que estará atada a esa estaca, Gabriella, será ese cura maldito –le juró Malacqua.

Las calles de La Paz fueron acordonadas y los alférez del Colegio Militar en posición de descanso, pero vigilantes disuadían a quienes pretendían acercarse al palacio o a los cuarteles y caballerizas levantadas en las cercanías.

Al atardecer, en el jardín de invierno del hotel, Malacqua le comunicó a Gabriella que ya era oportuno ir a hablar con Melgarejo. Había que fijar la fecha en la que honraría a sus tropas y a sus generales como le había autorizado.

-¿Te recibirá?

-Veremos.

Melgarejo aceptó su visita en la sala de mapas del palacio. Con su poncho rojo movía fichas que correspondían a sus distintas divisiones, buscando la mejor ruta hacia el Mato Grosso, los vados menores de los torrentosos ríos del verano y los pasos transitables de la alevosa cordillera de los Andes. Melgarejo conocía de memoria la geografía de Bolivia, por eso cuando vio a Malacqua interrumpió el ejercicio:

-Mi amigo Aguabuena –lo saludo –y en las costas del Brasil, ¿encontraré barcos suficientes para embarcar a mis hombres hasta Francia?

-Sin duda, señor.

-¿Qué preocupación lo ha hecho llegar hasta aquí? –Melgarejo se veía jovial.

-Su autorización para mi acto el día jueves.

-Será el viernes, ese día a la ocho de la mañana iniciarán su marcha libertadora las gloriosas fuerzas armadas bolivianas; su primer vivac, Palca.

-Razón más que suficiente.

-Concedido.

Malacqua regresó al hotel con el alma arrebatada. El regente levantó una cubierta en el mesón, salió y le entregó un sobre verde de grandes dimensiones. Tenía un escudo dorado, de una nación desconocida, impreso en el margen superior izquierdo y su nombre, Orazio Aguabuena escrito con letra de pendolista.

-¿Quién ha entregado esta carta?

El hombre le mostró un abrecartas sobre le escritorio y regresó a su lugar.

Malacqua la abrió, devolvió el cuchillo a su sitio y fue leyendo la invitación en su camino a las escaleras.

Gabriella le abrió la puerta antes de que Malacqua golpeará.

-Es de la Legación diplomática de Chile –explicó Malacqua.

Leyó Gabriella:

-El embajador nos invita a una cena privada esta noche.

-¿Es el hombre que yo pienso?

-No podría saberlo –reconoció Gabriella.

-Tenemos tiempo –dijo Gabriella rastreando la caída del sol.

Bajó Malacqua y mostró el sobre al administrador.

El empleado dibujó en un papel un mapa urbano y en él situó tres cruces, una en el hotel Bolivia, otra en el palacio presidencial y la tercera en una calle aledaña, al lado de la cual dibujó, con exquisita similitud, el escudo del sobre.

Malacqua regresó a la habitación. Gabriella se había desnudado y lo esperaba de pie, frente al espejo. Malacqua la enlazo por la espalda y le dijo al oído:

-Gabriella, ya sé dónde está el infierno.

La niña apuntó el suelo con el pulgar.

-Sí –aceptó Malacqua -ahí y en todas partes donde tú no estés.

Gabriella levantó la camisa del que había sido sacerdote y con su lengua recorrió las cicatrices heredadas de la Inquisición. Malacqua se hundió en el desvarío de la lujuria y arrastró a ella a Gabriella que sintió que se volatilizaba unido a él, excluida, perdida la noción de su volumen, confinada a una dimensión de puro goce en el que sólo el dolor le devolvía los sentidos.

Las seis campanadas de la torre de la catedral los llevaron de regreso al cuarto del hotel Bolivia. El rumor en la plaza creció, los tambores reverberaron en las ventanas.

Saltó de la cama Gabriella.

-Debemos partir –dijo.

Se lavaron apenas, se vistieron con ropa limpia y a la hora prevista en la invitación golpeaban el llamador de la puerta de la representación diplomática chilena.

Un mayordomo los condujo al vestíbulo, abrió una puerta de madera clara y los introdujo al despacho del diplomático. Con su impecable levita verde y su cuidado bigote imperial, el embajador los recibió risueño.

Estaban en un despacho de reducidas dimensiones con muebles de estilo y al entrar, el dueño de casa colocó en la mano de Malacqua una copa con slivovica. Enseguida cogió una bandeja con vasos llenos de zumos de frutas de diferentes colores y le ofreció a Gabriella.

-Señorita –la invito a servirse.

Retirado el mayordomo, levantó su copa en un brindis y dijo con su voz de orador:

-No tenemos que fingir, señor Malacqua, nos conocemos y quisiera no omitir mis sentimientos de dolor por el fallecimiento de la *signora* que los acompañó hasta Tucumán.

Malacqua humedeció sus labios en el licor y Gabriella se decidió por un jugo oscuro y transparente.

-Ha escogido bien, curuba y banana de la sierra, un sabor inolvidable.

Los ojos de Gabriella rutilaron con pesar y con orgullo:

-Esther nos protegió, nos dio de comer, sustituyó a mi madre y fue la esposa del señor Malacqua, ella ha muerto, pero no se hubiese opuesto a lo que ha ocurrido.

-Señor, señorita –expresó el ministro -vuestros dolores se entrelazan en su origen, eso justifica y consagra su actual relación.

Pasaron al comedor donde estaba dispuesta una cena de informal etiqueta. El ministro plenipotenciario, dirigiéndose a Gabriella, los ilustró lo que comerían: gazpacho de tres verduras y gallina asada con hierbas de la estación.

-El señor sabe lo que una judía puede o no puede comer –dijo ella.

Aquí en La Paz no hay quien purifique los alimentos de acuerdo a ley hebraica.

-Verdura y gallina está bien –aceptó Gabriella.

Platicaron en torno a temas menores, que no interpelaban a Malacqua. Después del postre el mayordomo abrió las puertas de la salita y sirvió tres copas de Oporto.

Se arrellanaron en los sillones de cuero y el delegado de Chile levantó la copa y miró la transparencia del vino.

-Señor Malacqua –dijo –aunque preferiría que no me preguntara el motivo, le he querido hablar sobre una comunicación reservada que he recibido de la cancillería de mi país.

-Lo escucho –replicó Malacqua.

El anfitrión cerró un momento los párpados y e hizo un relato libre del informe confidencial, sin duda ya destruido por rutinarias medidas de seguridad:

“Han reportado desde Valparaíso, el primer puerto de mi país, un acaecido de hace dos o tres meses, la fecha no está consignada con exactitud: la llegada de dos grandes navíos aparejados de negro, avistadas ya a la altura de la rada de San Antonio. Puestas en alerta las baterías costeras, no fue menester armarlas. Uno de ellos en pésimo estado, navegaba remolcado por seis botes. El comandante de esa maltrecha flotilla bajó a puerto, informó a la capitania que viajaban desde Cádiz en misión apostólica y que la trayectoria de su derrota finalizaba en El Callao, Perú. Dijo también que la flotilla original estaba constituida por otros dos barcos que habían naufragado al norte del estrecho de Magallanes, en el Golfo de Penas y que solicitaba abandonar en ese puerto al navío que había perdido su principal arboladura. Pagó el comandante por agua y víveres, entregó el cuaderno de bitácora y los papeles de los armadores de la embarcación que abandonaría y abarrotado zarpó con la única que aún podía hacerlo. Se recalca en la información que la última vez que se vio a ese buque frente al litoral de mi país fue en puerto de Caldera donde recaló con el objeto de dejar en tierra bajar a un hombre severamente enfermo. El gobernador de esa ciudad pidió subir a bordo para conocer el origen de su enfermedad, pero el permiso le fue denegado. Y aquí, señor Malacqua, lo que será de su atención, uno: ya desembarcado el moribundo, dos curas dominicos se lo llevaron al monasterio que ocupan en Copiapó, ciudad cercana a ese puerto y dos: la comandancia de la marina de Caldera dio a conocer al gobernador que toda la tripulación de esa nave estaba conformada por hombres cuyas ropas, aunque cubiertas de remiendos y arambeles, eran inconfundible hábitos monacales: de dominicos, franciscano y mercedarios; el único que ocultaba su condición de tal era el fraile que oficiaba de capitán.

-¿Mercedarios? –se sorprendió Malacqua -¿Qué hacen en la Perseveranza los miembros de una orden cuyo cuarto voto es socorrer a los cautivos

-La más noble de todas las comunidades religiosas -coincidió el ministro.

-De tal modo que el despojo de la Inquisición depositará sus resabios en Lima.

-No por eso dejan de constituir una intransigente amenaza –el diplomático se puso de pie –conozco una de sus consignas: sin Iglesia no hay cristiandad, sin

Inquisición no hay Iglesia, sin Perseveranza no hay Inquisición y sin ellas no hay moral que sustente la existencia fuera del Paraíso.

Gabriella había permanecido en silencio:

-¿Debemos asumir, pues, que ese batallón de ratas se alimenta, crece y reproduce en Lima? –preguntó.

-Y cómo no –Malacqua asintió –pues aquí a La Paz no ha llegado ninguno.

-Se equivoca, señor –el ministro abrió los brazos.

-Aquél que parecía estar al borde la muerte en Copiapó, el que fue rescatado por los dominicos después que el barco de velas negras lo abandonara en Caldera, pues se recuperó y viajó al norte, desviándose del camino que lo llevaría a Lima: es el franciscano con el que han coincidido junto a Melgarejo, es que ha obtenido del dictador gracia para realizar esos patéticos ritos con animales.

-Es la simulación con una bestia de un auto de fe.

-Y quizás no pase mucho tiempo para que ya no sea un cerdo el descuartizado, sino un pecador.

-Este fraile –apuntó Malacqua –se adelanta a los fugitivos de Lima.

El ministro consejero se puso de pie. Malacqua y Gabriella lo imitaron.

-Una última pregunta –planteó Malacqua –¿cuál es su opinión de la guerra entre Bolivia y el imperio prusiano?

El político chileno se llevó la mano al mentón:

-Otra insania de Melgarejo, ni él ni sus generales sabrían encontrar a Francia en un mapa.

El criado los dejó en la puerta después de rechazar el coche puesto a su disposición por el embajador.

Caminaron por una ciudad de calles desoladas, donde cualquier encuentro casual con Melgarejo podía significar un castigo. Pero esa no era la noche del Presidente y pudieron llegar al hotel sin obstáculos.

Gabriella se sentó en la cama:

-Tienes un plan para esta noche, Malacqua, me lo ocultas y esperarás que me duerma para salir a materializarlo –adivinó.

-Debo preparar la ceremonia que le he prometido a Melgarejo.

-No dormiré, esperando.

Se resigno Malacqua:

-De acuerdo, te llevaré conmigo, pero antes debemos descansar; saldremos de madrugada.

Gabriella se quitó la ropa quedando con un delgado camisero de algodón y una vez que Malacqua se desnudó, entrelazó las piernas alrededor de su cintura.

-Así no te escaparás –le musitó quedándose dormida.

Despertó cuando Malacqua se levantaba. También alcanzó a escuchar una campanada.

-Es la cuarta –avisó el resucitado.

Se lavaron la cara, Gabriella ocultó su rizada cabellera con un pañuelo y como otras dos sombras espectrales como las miles que penan en el altiplano víctimas de la codicia y la insaciable usura de castellanos y burgueses nativos, buscaron la calle de la carnicería.

-¿Una carnicería?, pero Malacqua, lo que necesitas es un animal vivo – insinuó Gabriella.

Un letrero bailaba al compás del viento: “Carnes frescas certificadas por señor Amostroza. De animales pequeños y de los que pastan”.

El local estaba abierto.

-Atiende desde muy temprano, los cazadores, tramperos, baqueanos y cuatreros entregan su mercadería a cualquier hora de la noche.

Detrás del mostrador dormía una anciana de pelo blanco y escaso y sobre ella colgaban una vara con un potrillo recién llegado del desolladero. En sus ijares una oruga parásita metamorfoseaba en mariposa.

Aquella deslumbrante gala de la naturaleza repugnó a Gabriella que sintió que la acometían las náuseas. Desde el interior se escuchaba el golpe rítmico de un machete alternado con el chirrido dentado de una sierra.

La mujer despertó, vivaz:

-¿Sus órdenes?

-A Amostroza, es algo especial –pidió Malacqua.

La vieja voceó el nombre del matarife y hombre apareció en la puerta del taller cubierto hasta las rodillas con un mandil de hule.

-Déjenme al niño aquí –dijo la anciana –que parece que necesita un buen té de coca.

Gabriella agradeció con un gesto pero siguió a Amostroza y a Malacqua a la fresquera de la carnicería. La niña se estremeció por el frío y la visión. Malacqua se despojó del gabán y lo puso en su espalda. En una mesa se acumulaban grandes vísceras de reses, mulas y cerdos, brutos vaciados que pendían de ganchos desde un riel en el techo; en otra mesa estaban sus cabezas con sus ojos opacos, lagrimeantes, en una tercera una multiplicidad de roedores, algunos de los cuales aún se movía y en una última diversidad de intestinos enmarañados, rezumantes. El olor a pastura fermentada, a bilis, a linfa inundó los pulmones de Malacqua. Gabriella se desvaneció en sus brazos. La mujer que atendía la atendió: tenía la infusión preparada.

Cuando Gabriella se recuperó Malacqua había cerrado el trato. Ella no preguntó. En el hotel Bolivia durmieron hasta entrada la mañana.

Desayunaron en silencio, Gabriella circunspecta, humillada, revolvía el café con parsimonia.

-Lo que sigue lo haré sin tu ayuda –dijo Malacqua – lo hago por respeto a tus credos, no quiero que te ensucies con un cerdo.

Gabriella sonrió, sus ojos alegres bajo la boina de muchacho.

-La realidad le impone un límite a los credos, de otro modo tú no hubieses matado a nadie.

Durante el día fueron testigos de los preparativos de la marcha de los efectivos bolivianos hacia el Mato Grosso. Autorizados por Melgarejo, los habitantes de La Paz acudían a los cuarteles y barracas improvisadas, recibían armas de fuego y machetes y se incorporaban desordenadamente a las filas de los regulares. El Presidente no se precavía, aún, de que armas en manos de civiles pudiesen ser aprovechadas por conspiradores que buscaban derribarlo. Se aseguraba la derrota de los prusianos, pues el bergantín María Luisa y el cañonero Morro, los barcos de la armada boliviana surtos en el puerto de Cobija, habían sido reforzados con cañones rayados que acabarían con las defensas de los puertos de Prusia.

Después de una siesta agitada que los privó del fresco vespertino del otoño altioplánico, esperaron la oscuridad. Con seguridad los soldados descansaban para la extenuante jornada que creían les esperaba el día siguiente.

Con mayor precaución que la noche anterior caminaron hasta la carnicería de Amostroza. La puerta estaba cerrada pero el matarife los esperaba.

-Hoy no recibiré mercadería –dijo recibiendo y contando la paga prometida por Malacqua en la víspera.

La madre del carnicero hacía hervir un perol, pero Gabriella rechazó la tizana.

-Me comportaré –aseguró.

⊗ Sobre una mesa de piedra en el destazadero, Amostroza tenía un gran verraco, abierto en zanja y eviscerado. Su carne fresca aún se conmocionaba por la perlesía y de ella emanaba un aroma a hongos avinagrados. Malacqua revisó al animal, el grosor y la elasticidad del cuero, su capa de gordura, la vacuidad de su cabeza y la ausencia de huesos en sus manos y patas en las que sólo quedaban las pezuñas. Lo midió con la mirada y comprobó la firmeza de los bordes del corte. Amostroza había cumplido con sus instrucciones. Gabriella apartó a Malacqua mientras el tablajero introducía el pellejo el animal en un saco.

-Puedes vender como chacinería sus interiores –gritó Malacqua.

Luego se echó el saco a cuestras y sin responder a Gabriella cruzó la puerta. La anciana, inútilmente, ofreció la taza de té a Gabriella.

-¿Ahora iremos donde el cura? –Gabriella tironeó del gabán de Malacqua.

-Pasa el día entero en el palacio presidencial –dijo Malacqua -y en la noche se retira al convento franciscano, donde ocupa una celda en la primera planta; Amostroza me lo ha confidenciado, ese monje gusta de los embutidos de pecarí.

Malacqua se orientaba en la noche urbana sin dificultad, como habiendo aprendido de antemano la ruta hacia el monasterio. El edificio que ocupaba había sido tragado por la ciudad y se levantaba a pocas cuadras de la plaza. Era una construcción de ladillos de barro y caolín de Catamarca con una sola puerta de arco ojival. Sobre ésta había una ventana redonda.

Una candela dentro de una pantalla de vidrio encarnado señalaba la puerta. Malacqua ocultó el saco en unos matorrales y tanteó la puerta.

-Esther nunca debió privarme de mis uñas –dijo examinando sus dedos.

Una masiva cerradura de hierro colado sellaba la puerta. Malacqua volvió donde dejara al cerdo, amarró el extremo del saco con una cuerda que sacó de su bolsa y lo arrastró hasta el único escalón de la entrada al cenobio. Luego, tomando impulso en una saliente del basamento y de un salto se colgó del reborde de la ventana y con agilidad se sentó en él. Gabriella, intuyendo la próxima instrucción, lanzó hacia arriba el extremo del cordel y se sentó a horcajadas sobre el lomo del cerdo que se evidenciaba en la forma del saco. Malacqua sosteniéndose con la mano derecha subió el doble peso con la fuerza de su brazo zurdo.

La ventana cedió con un empujón. Malacqua dejó caer el bulto al interior del convento, descendió él y luego recibió en sus brazos a Gabriella. Estuvo unos minutos tratando de acostumbrarse a la oscuridad. Con sus pupilas dilatadas, palpando las paredes, fue buscando la quinta celda donde se encerraba el monje. Esos cubículos tenían una reja sin cancela. Sobre una cama un cuerpo respiraba acompasado, un sueño sin razón tranquilo. La fosforescencia del aire insustancial de la altura de La Paz que penetraba por una insignificante tragaluz les permitió ver una imagen del pobrecito de Asís sobre el velador y la sotana con el capuchón, extendida entre cuatro libros en la piedra del piso.

De un salto Malacqua cubrió el espacio que lo separaba de Junípero, el cura, el que, al ensoñar el peligro levantó un brazo. Pero era tarde, el resucitado lo inmovilizó con una mano y con la otra lo golpeó en la cabeza. El monje perdió los sentidos. Después desató el nudo de la bolsa y sacó la piel del chancho que extendió en el suelo. Recuperaba la conciencia y forcejeaba el fraile, mas Malacqua con la ayuda de Gabriella lo envolvió con la sotana, lo arrojó sobre el cerdo lo vistió con su pellejo. Los brazos en cada extremidad anterior, las piernas en sus patas vaciadas y la cabeza en la cabeza hueca del animal. Con una aguja larga y gruesa como un dedo y enhebrada con las tripas del

chanchito, todo preparado por el matarife, cerró la cavidad ahora ocupada por el inquisidor. El embutido humano se agitaba sin emitir siquiera un lamento. El puerco parecía vivo, como si en el macelo no le hubiesen quitado la vida.

Cargando a Junípero, Malacqua junto a Gabriella rehicieron el camino hasta la puerta. El celador acunado por su larga barba blanca no escuchó los cerrojos ni el blando sonido de la puerta al abrirse.

Una iridiscencia magnífica coronaba la Puerta de Espuma del Illimani anunciando el puro amanecer de La Paz.

-Quiero que te retires al hotel –Malacqua rogó a Gabriella –me adelantaré y encadenaré este cerdo al poste del tablado, esperando a Melgarejo.

Gabriella no se opuso.

Malacqua cruzó el chanchito en su cuello y se encaminó a la plaza. Nadie lo vio o detuvo. Subió al entarimado y aseguró una pata del animal a la argolla de la estaca. Se removió el fraile dentro de su envoltura y por primera vez logró un chillido que sonó más como el de una rata que de un humano imbunchado.

Con las piernas cruzadas Malacqua se sentó abrazado al cuello del chanchito pero no le habló. Fumó hasta que la gente empezó a acercarse al sitio del sacrificio, esperando a Melgarejo en su postrimero acto antes de su avance sobre las líneas prusianas.

Gabriella apareció poco antes que los once frailes, los once soldados y los once funcionarios que acompañarían al Presidente. El verdugo Amostroza subió poco después. Al escucharse la banda que anunciaba la llegada de Melgarejo, Malacqua recogió un manojito de heno que serviría para la hoguera e introdujo sus dedos en la boca del chanchito. No alcanzó a ahogarlo con la hierba y Junípero emitió un alarido inhumano que removió la natural y malsana curiosidad de la gente. La plaza se llenó en un instante.

-¿Tienes miedo, cura? –Malacqua acercó sus labios a la oreja del puerco.

-¿Dónde estoy?, ¿dónde...? –preguntó Junípero desde dentro de las fauces.

Malacqua oyó su propia voz deformada por la pera.

-Donde la Inquisición te ordenó que llevaras a quienes creían que vulneraban tu fe.

El cerdo se agitó, la multitud rugió, Melgarejo subía al estrado.

-Por la madre virgen del demonio que huelo carne de cerdo –escuchó Malacqua que maldecía Junípero.

-Te condeno y te relajo al brazo secular, plagio así a la iglesia de la que me han exonerado –le dijo Malacqua y metió con toda su fuerza la paja en la boca del monje.

Melgarejo y el obispo de La Paz tomaron asiento.

-Le ruego brevedad y prisa –el Presidente se dirigió a Malacqua –el ejército prusiano está a las puertas de París.

Malacqua se incorporó, dio un puntapié a la nueva piel de Junípero comprobando que estaba bien vivo y solicitando la autorización de Melgarejo, habló:

“Aunque mis palabras pueden ser interpretables, declaro que el sacrificio de esta bestia del señor sirva de escarmiento a quienes quieren defender a la Iglesia basándose en subterfugios y argumentos falsos y de falsarios que condenan a inocentes coartando el libre albedrío, premio y castigo de Dios Omnipotente.”

Y señaló al verdugo Amostroza que esperaba, trémulo con un tizón en la mano.

-¿Qué brujería has practicado? –le reclamó Amostroza en voz baja –ese cerdo está muerto pero se mueve, le han arrancando el corazón y se estremece, los pulmones y respira, los intestinos y evacúa, ¿Qué demonio has introducido en su carcasa?

-Empezaré tu trabajo –Malacqua arrancó el hierro de las manos del carnicero, lo apoyó en el vientre del animal y lo atravesó hasta tocar su espinazo.

La sangre salpicó al verdugo, mojándole los labios. Con un movimiento inconsciente de su lengua probó ese humor.

-No es sangre de cerdo –balbuceó estupefacto, mirando a Malacqua –es sangre humana.

-Calla insensato y has tu trabajo –lo impelió Malacqua–que quien reconozca el sabor de la sangre humana será acusado de bestialismo.

Melgarejo se divertía, los cuatro caballos esperaban.

El verdugo quemó el cuero del verraco, pero aunque el fuego no alcanzaba la piel de Junípero, el sacrificado convulsionaba.

-¡Vamos! –ordenó Melgarejo –descuartícenlo.

¡A los caballos!, ¡a los caballos!, pedía el pueblo, ansioso por disputar y con suerte obtener un jamón o la valiosa cabeza del animal.

Entre seis soldados bajaron al cerdo y lo ataron al corvejón de los percherones. La resistencia acumulada de las coyunturas del chanco y de Junípero impedían a las cabalgaduras desarticularlo.

Melgarejo sacó de su bolsillo la esclavina de su reloj, desenvainó su sable y se lo presentó al verdugo.

-¡Termina de una vez!, córtale aunque sea una pata a ese pobre bruto.

La petición del Presidente no era discutible, Amostroza bajó del tablado y con los ojos cerrados y un certero mandoble le cerceó la pata izquierda al cerdo. Con un pañuelo en las narices devolvió el arma a Melgarejo. Pero esa precaución no era necesaria. La extremidad sangrante no emitió ningún efluvio azufrado.

Melgarejo resolvió poner fin a la ceremonia, descendió con el sable en la mano y lo descargó en la pata derecha del verraco. Los caballos se dispersaron a la carrera, dos de ellos arrastrando una mitad del chanco y los otros, galopando en paralelo, sus manos unidas al torso. Encabritados por la sangre, los primeros se perdieron por las calles de la ciudad. Sólo se veían los restos del hábito marrón del franciscano que flameaban en los miembros amputados como banderas de escarnio y de muerte.

Despejada la arena, preparada la parada militar que encabezaría Melgarejo, Malacqua pidió a Gabriella que fuera al hotel y caminó hasta donde se habían detenido los caballos que piafaban indecisos en la intersección de las calles Ballivián y Colombia. Con sus manos abrió la cabeza del chanco. Junípero, a pesar de la cuantiosa hemorragia, vivía. Su placa dental maduraba entre sus labios delgados y resecos y sus pupilas se dilataban. Moría. Malacqua le retiró los dientes falsos y escuchó la petición:

-¡Absuélveme Malacqua!

Malacqua dio un respingo.

-Me reconoces Junípero.

-Andamos tras de ti hace meses, me confié, no pensé encontrarte en estas alturas.

-Me han despojado de mis órdenes, no puedo absolverte de tus pecados.

-Soy obispo, Malacqua, puedo ordenarte *artículo mortis*.

Malacqua dudó y cuando había dominado esa incertidumbre, las lágrimas de Junípero habían cristalizado y su no mirada estaba prendida en el firmamento: ya era cadáver. Cubrió el cuerpo con su abrigo, lo desató de los caballos y lo cargó hasta la carnicería. Golpeó con fuerza hasta que el verdugo le abrió:

-Dale cristiana sepultura al cristiano que está adentro e incinera los restos del cerdo; si te sorprende fabricando cecinas con ellos, correrás la suerte de su habitante.

Gabriella lo esperaba en jardín de invierno. Bebía una copa de Champaña.

-Se lo ha llevado Teuniel, el demonio del lamento sucio e indecente de Yahvé –dijo, pidiendo una copa para Malacqua.

Esa noche fueron visitados por el ministro plenipotenciario que no aceptó asiento ni bebida. Serio, elegante, pletórico de ira contenida:

-Señor Malacqua –le dijo –detesto a la Inquisición y a su heredera: condenaron por oficio a mi hermano mayor que amó a una mujer fuera de su

matrimonio: su castigo ha sido el ostracismo social, la humillación y el pago de una multa superior a sus bienes. Hemos apelado al Vaticano para que reconsidere y levante tan injusto castigo.

—Lo siento —dijo Malacqua.

—Sin embargo —continuó el diplomático —la información que tenía sobre su persona era incompleta; censuro con cristiana indignación y viril energía su satánica obra del día de hoy; aquí en este país y en todas las naciones libres de América existen tribunales de justicia que juzgan y castigan los excesos y crímenes, vengan de donde vengan.

—Pues permítame que lo dude —replicó Malacqua.

—La duda es su derecho, el crimen jamás.

—Sí lo es la venganza.

—No la comparto.

—La Perseveranza es una hidra...

—¡Que Dios lo perdone! —dijo el diplomático retirándose por donde había llegado.

Malacqua fue con él hasta la puerta y lo vio dirigirse en dirección a la legación chilena, su levita brillaba con la luz fría de la luna como los élitros de un gran escarabajo verde.

—Mañana dejaremos La Paz —le prometió a Gabriella, que había presenciado en silencio el diálogo de los dos hombres.

—¿Lima? —aplaudió Gabriella, ¿el mar?, aquí me asfixio Malacqua.

Antes del mediodía siguiente, montados en dos machos y con un indio armado como guía y otro como centinela dejaron La Paz.

VEINTIUNO. (El botín de Lima)

1.- El sol de los Incas había iluminado y entibiado el trayecto desde los áridos parajes que rodean La Paz a Desaguadero, donde embarcaron en una amplia balsa de totora que, cruzando el lago Titicaca, los llevó hasta Puno. Allí, al llegar, alojaron en la isla de Uros. Desnudos, bajo mantas del color de la tierra, los envolvió en la mañana el sol que entibia al lago desde el cielo inmaculado. Varios días aceptaron la hospitalidad de los Kotsuñas quienes, al despedirlos, les proporcionaron un arriero que los condujo a Arequipa. Les obsequiaron lentejas y maíz, umantes y pejerreyes ahumados y chicha morada. No aceptaron pago por esos regalos.

A partir de Arequipa los caminos mejoraban y eran más transitados. Pernoctaron en Nazca, Ica y Chincha Alta y después de muchas jornadas bajaron a Lima. Desde la altura comprobaron que a El Callao lo baña un mar de aguas opacas, arenosas, que se confunde con la tierra salobre que cubre sus avenidas. Era un otoño sin árboles ni hojas caídas. El aymara que los guiaba los dejó en el borde de la ciudad,

Se adentraron hasta el centro del casco más antiguo de la capital donde encontraron un buen albergue junto al Portal de los Botoneros, muy cerca del Palacio Pizarro y de la iglesia catedral. En una chifa de la calle Camaná comieron pollo al ajo y al tamarindo y antes que el sol declinara, capturado a perpetuidad por las nubes, admiraron la fachada de la casa de Pizarro y de la catedral.

Lima porfía entre el polvo de sus escarpaduras inminentes y sus nubes expandidas hasta el infinito y arriadas hasta el suelo como turbios broqueles.

-Lima huele a queso –comentó Gabriella.

-A buen queso francés, al que nos dejan oler obispos y cardenales –confirmó Malacqua –ignoraba que esa virtud culinaria existiera en este continente.

Se sentaron en un banco en la plaza Mayor, donde terminaba el callejón de los Petateros. Malacqua tocó con su rodilla una pierna de Gabriella.

-Fray Junípero me reconoció cuando se moría –le confesó –que los perseverantes en Lima deben haber sido advertidos de mi presencia en las Colonias.

-Ya no son Colonias –Gabriella observó el acentuado perfil de Malacqua, percibió su aura oscura y tuvo la certeza que su vida terminaría antes de la de ella.

-¿Qué pasa? –indagó Malacqua.

⊖ Pienso que quizás aquí culmine tu misión y podamos asentarnos en un país tolerante.

-¿Piensas en la tierra prometida?

-¿No puede ser?

-Te seguiré si sobrevivo, tu sangre es más fuerte que mi nostalgia, atrae con frescura y alegría, mi añoranza tiene la irremediable debilidad y entrega de la melancolía.

Gabriella apoyó su mano en el pecho de Malacqua y lo besó.

-La tierra prometida –dijo.

-El padre Norberto, un dómine del seminario, conocedor de las materias hebraicas, comparó a los judíos con el mercurio; enseñaba que el Señor dejó caer sobre la tierra una gota de metal líquido que se fragmentó y dispersó imitando a las estrellas. Pero al contrario de ellas, que son inmóviles hasta que caigan del cielo, las gotas de azogue se buscan con incesante obsesión, no

importa lo distante que se encuentren unas de otras, con el objeto de reunirse y reproducir la gota primigenia, la *massa confusa* desde la cual se originará una nueva historia del universo.

-¿Somos así los judíos?

-No detendré tu abandono.

Gabriella lo abrazó:

-El signore Viffarao me dijo que el tiempo pone todo en su lugar.

Malacqua esbozó una sonrisa.

-Puede ser cierto -dijo -pero el tiempo aquí en Lima no es el que Viffarao imaginó, aquí está la herencia más feroz de la Inquisición.

-Me impulsas, Malacqua, a invertir la diáspora con anticipación.

Regresaron al albergue enlazados por la cintura, pero sin hablar.

Durante las largas semanas que estuvieron en Lima, Malacqua se dedicó a indagar sobre los autos de fe realizados en la plaza Mayor. Pudo identificar a fiscales, procuradores, familiares y víctimas sobrevivientes que caían en un enmudecimiento refractario pese a promesas de jurada discreción y de monedas de oro. Los miembros que en el pasado reciente habían ocupado sitaliales en los tribunales de la Inquisición se habían esfumado y sólo obtuvo de un anciano demente un testimonio de un auto de fe que no tenía ninguna verosimilitud:

-Un coro de arcángeles -le dijo con su voz pulposa por la ausencia de dentadura -rescató a los que se calcinaban en la hoguera de las huestes del demonio que los retenían por sus carnes con sus pezuñas hendidas.

Inquirió por el palacio que había ocupado el Santo Oficio en Lima y lo encontró, ya devastado por el fuego y el pillaje, frente a la plaza del Estanque, la cual, por su vecindad con la organización, la llamaban también plaza de la Inquisición. Un edificio de dos plantas, sus ventanas tapiadas con tablas de robles, sus puertas cerradas con arcilla y tierra de infusorios. Malacqua estuvo largo rato sentado en un escaño vigilando esas ruinas y no vio entrar ni salir a persona alguna. Tampoco se advertía vigilancia. Las autoridades del gobierno habían decidido no intervenir sobre los despojos del incendio y el saqueo de esa agencia. Deducían que esa propiedad pertenecía al obispado y que le correspondía a la iglesia hacerse cargo, de restaurarla o de demolerla.

-Es posible -le dijo Malacqua a Gabriella -que entre sus restos pueda encontrar algunas pistas interesantes.

-Iré contigo, Malacqua, visitar ese cascote no implica peligro -lo convenció Gabriella.

Una tarde, temprano, entraron por una ventana al ras del suelo al zócalo de la casona que ocupara el Santo Oficio en Lima. El piso de la primera y

segunda plantas y la techumbre de madera del árbol de la nuez amazónica estaban agujereados por el fuego. El sol del ocaso penetraba sin obstáculos por esas irregulares aberturas formando columnas de luz suficiente para explorar el entorno. Aquél lugar subterráneo estaba destinado a los desgraciados que caían en manos de procuradores y verdugos, cuyos instrumentos de trabajo estaban desparramados por el piso o encima de las mesas carbonizadas. Espulgueras de bronce, rompe cráneos, peras abrasadas, entreabiertas como orquídeas negras, una cigüeña retorcida por el calor y en un rincón una cuna de Judas en cuyo vértice había una tripa calcinada de la que aún se alimentaba una colonia de lombrices rosadas.

-Hay fantasmas aquí –dijo Gabriella dando pasos veloces hacia donde se abría una escalera.

-No es en este lugar donde morían los condenados, la hoguera la levantaban en la plaza Mayor.

Malacqua se adelantó reteniendo a Gabriella.

-Subiré primero –dijo.

El calor había resquebrajado la escalera de piedra. Al pisarla se desprendían fragmentos de argamasa, pero Malacqua llegó al primer piso sin dificultad. Arriba paró en el rellano y autorizó a la niña a seguirlo.

En esa planta se veían múltiples muebles quemados, inservibles, de marquetería fina, anaqueles hollinados y un polvillo opaco, grisáceo, que tapizaba las tablas intactas, revuelto por huellas de pasos recientes y apremiados.

Malacqua midió la profundidad de las huellas-

Eran de distinto tamaño, desordenadas, que revelaban zancadas vertiginosas que iban de los estantes a las mesas y a las escribanías, volviendo a los anaqueles disimulados en los muros donde por lo común se guardan archivos y otros documentos. Buscó Malacqua en los arcones reventados por la combustión y golpeó los muros que aún estaban en pie indagando por compartimientos secretos.

-No encontrarás lo que te interesa –Gabriella lo observada desde el descansillo de la escalera.

-Desde luego, estos curas se lo han llevado todo.

No había en los deshechos ni la orilla de una hoja de papel, de algún manuscrito conteniendo alegatos de testigos, fiscales o denuncias o defensores, tampoco vestigios de nóminas o inventarios. Las otras habitaciones no mostraban nada distinto, los mismos restos, las mismas huellas. El tercer piso no existía, cubierto por el carbón de las tejas, era apenas una virtualidad.

-No es posible obtener pruebas que identifiquen a víctimas ni victimarios – alegó desanimado Malacqua –es hora de irnos.

-¿Las han destruido?

-Deben haber conservado lo que rescataron para enviarlo a sus archivos secretos en Roma.

-Puede que aún estén en Lima –intentó Gabriella.

Malacqua caviló siguiendo con la mirada el errático desplazamiento de las huellas.

-No son más de cuatro los hombres que rebuscaron en este lugar, dos calzaban botas, uno albornos y otro borceguíes –afirmó Gabriella y tirando de una hebra de su camisa midió la longitud de las que tenía más cerca de ella.

-¿Cuántas?, ¿cómo lo sabes?

-Nosotras sabemos de ropas y botines; las filigranas de sus suelas son identificables: dos son firmes, de botas de cuero, una rústica y otra fina.

-No hay como reproducirlas.

-*Il Signore Viffarao* adiestró mi memoria, si lo consideras importante las dibujaré en cuanto lleguemos al hotel.

-Reconociendo a quien las usa, sabremos quién arrasó con los archivos de la Inquisición.

-Y si los conservan en el Perú.

Se uniforman los colores, las formas y los ruidos en el otoño limeño. Un árbol puede confundirse con una farola, un matorral agitado por la brisa con un perro odioso, el guitarreo en una casa verde con un salón de baile y el lejano batir de las olas con el fusilamiento de un criminal. Por ella, anochecida, caminaron Malacqua y Gabriella. Comieron un picadillo en una cocinería bajo los balcones del palacio de Torre Tagle y se refugiaron en el hostel perseguidos por los lamentos ancestrales que inundan sus calles.

En la pieza que ocupaban, Gabriella sacó papel y lápiz e inició el boceto de las suelas impresas en el carboncillo de la estropeada planta del edificio incendiado.

Se durmió Malacqua y cuando abrió los ojos al alborear creyó que algún brujo alado había caminado por las paredes, empapelada por las huellas dibujadas por Gabriella. Apartó las mantas con brusquedad y se sentó, apoyándose en las almohadas.

-Fui yo –Gabriella, a los pies de la cama, y con el extremo de la plumbagina con la que dibujaba, le mostró un esquema que aún terminaba.

Malacqua se acercó.

-No has dormido.

-Algo, pero ya casi termino el trabajo que me encargaste.

El resucitado examinó la aplicada realización de la niña:

-Y, ¿cómo haremos para que nos muestren las plantas de sus zapatos?

-Pues nada más que ir a misa, has dicho que son curas, los descubriremos cuando se hinquen a adorar a tu Dios.

Malacqua atrajo a Gabriela e hizo volar de sus manos el papel y de su cuerpo su delgada camisa.

Gabriela protestó trémula:

-Hoy es domingo.

-Tenemos cien domingos por delante.

-Sangro –dijo Gabriella.

Malacqua se contuvo.

-Lo siento.

-Soy de flujos breves –lo consoló Gabriella –en la noche habrán cesado.

Malacqua se vistió, salió dejando la puerta abierta y regresó con una alcarraza que desbordaba agua fría. La depositó al lado de la jofaina. Gabriella quedó sola.

Al rato ella apareció con el pelo mojado y ropa de varón:

-Está todo limpio y he dejado agua –le dijo.

Se lavó la cara y las manos Malacqua:

-Empezaremos con el primer oficio de la catedral, la que sigue a los maitines.

-Pocas santurronas deambulaban por las naves del templo cuando Malacqua y Gabriella ingresaron a la catedral. El que fuera cura mojó sus dedos en la pila de agua bendita, pero no se atrevió a humedecer su frente con el inicio de la señal de la Santa Cruz. Vislumbró, de un rápido reojo, la blanquísima dentadura de Gabriella insinuando una sonrisa socarrona.

-De acuerdo –aceptó Malacqua agitando la mano como un aspersorio, jaspeando la cara de Gabriella con el agua santa.

Gabriella señaló la nave siniestra:

-Tú, Malacqua, por ese pasillo, yo iré por el otro, de ese modo tendremos una visión amplia de los curas arrodillados.

Dos sacerdotes con casullas verdes, de rito ordinario y un diácono de baja estatura ornado con una *grammata* blanca iniciaban la temprana eucaristía.

Gabriella tomó un devocionario de la banca que había ocupado y lo abrió fingiendo que participaba en la liturgia. Sin embargo, atenta, con un minúsculo fragmento de grafito entre sus dedos, se preparaba para copiar en las páginas libres del misal el laberinto de las suelas de los oficiantes. Dibujó con rapidez en las fugaces genuflexiones, en los arrodillamientos, advirtiendo que las casullas cubrían en parte las suelas de sus botas, impidiendo un trabajo

completo. En un momento, en la consagración, los sacerdotes se arremangaron las faldas de sus vestiduras y Gabriella pudo completar su tarea.

Malacqua, por su parte, aguzaba su vista queriendo compensar ese don de Gabriella con algún detalle inadvertido.

En la plaza Mayor Malacqua, orgulloso, compartió su descubrimiento:

La suela del terno celebrante correspondía con exactitud a los bosquejos nocturnos de Gabriella y a los que delineara en el misal, ella había dejado rastros imborrables de hollín en su alba.

Uno de los hombres que se les adelantara en el edificio calcinado de la Inquisición había sido identificado.

Continuaron con su indagación en las misas de la iglesia del Santo Cristo de las Maravillas, donde, por la proximidad del cementerio eran frecuentes las misas fúnebres, en la iglesia de Nuestra Señora de los Desamparados, en el jirón de la Unión y en la iglesia de Nuestra Señora de la Merced, construida con granito gris y rosado de Panamá que los galeones españoles usaban de lastre que abandonaban en El Callao para cargar minerales. En ese templo Gabriella condescendió y no quiso interrumpir un espontáneo respeto de Malacqua ante la tumba asolada del padre Urraca.

En la misa de nueve indagaron a los curas en la capilla de Jesús, María y José, a las diez en la iglesia de fachada churrigueresca de San Agustín y a las once, llegando hasta el jirón del conde de Superunda, al templo de Santo Domingo. En este santuario contemplaron los cráneos de Santa Rosa de Lima y del beato, ubicuo y sacamuelas Martín de Porres, ambos conservados con charol y pavón. Más tarde, con los ojos inflamados por el esfuerzo, Malacqua y Gabriella resolvieron regresar al albergue a recuperar energías. Aún faltaba acudir a las misas de la tarde.

Revisaron los apuntes y dibujos de Gabriella y coincidieron en que el único sospechoso era el diácono de la catedral.

Asistieron a los cultos crepusculares en las iglesias de San Marcelo, en el santuario de las Nazarenas y en la iglesia de San Pedro, donde, al terminar la misa, fueron autorizados a honrar los restos de cuarenta y un mártires trasladados desde las catacumbas de Roma, un hueso de la tibia de San Pablo apóstol y un frasco con polvo mortuorio de San Ignacio de Loyola.

El cura, que al final de la visita los acompañó hasta la verja de los jardines del templo, dejaba tras de sí, al caminar, pequeños lunares negros, como si en cada paso pisara un minúsculo coleóptero. Antes de salir Malacqua humedeció con saliva la yema de uno de sus dedos, pretendió que tropezaba y la untó en una de esas máculas oscuras. Gabriella, volviendo sobre sus pasos detuvo unos segundos su mirada sobre esas huellas.

Después de un largo silencio y en la avenida que conectaba con la calleja del hospedaje, Gabriella le preguntó:

-¿No eran hormigas, no es verdad?

Malacqua le mostró el pulpejo teñido:

-Es tizne.

-Entonces tenemos dos.

-Es un número más que suficiente.

-¿Qué harás con ellos?

-Debo obtener información: ¿dónde se han refugiado sus secuaces?, los que desembarcaron del navío de velas negras, ¿quiénes son sus cómplices seculares y eclesiásticos, sus parientes, fiscales y procuradores?, ¿cuál su grado de organización, sus recursos, sus intenciones?

-Para conseguirla te será indispensable astucia o violencia.

-El dilema, Gabriella, reside de cuál servirse primero.

En un cenador chino se sirvieron un abundante pollo asado con *tausi* y carne de res con kion.

Se disculpó Gabriella esa noche y Malacqua fumó hasta agotar su provisión de cigarros. Pasada la medianoche regresó al merendero oriental y bebió una jarra de cerveza.

De vuelta a la habitación que alquilaban, se acomodó junto a Gabriella. Ya tenía resuelta las maniobras venideras.

El lunes muy de mañana Gabriella ratificó las coincidencias entre las pisadas del recinto del Santo Oficio con las suelas de las botas del diácono de la catedral y las huellas del cura de la iglesia de San Pedro que había grabado en su memoria.

Malacqua le pidió paciencia, tranquilidad y cautela a Gabriella:

-Me encargaré de preguntar, no procederé en forma violenta.

En la puerta de tablas detrás de los muros de pretil de la iglesia de San Pedro tocó tres veces la campanilla: de ese modo se solicitaba confesión. No esperaba que concurriera a abrirle el cura de las pisadas sombrías, pero si quizás averiguar su nombre. Por un postigo se mostró la cara de un hombre de cara redonda y azulada.

-El padre confesor se ha marchado –le informó –y no habrá confesión hasta que el vicario designe un reemplazante.

-¿Se ha marchado? –Malacqua habló aspirando las palabras.

El fingido agobio dio resultado.

Desde el interior se corrió un cerrojo y el portalón abierto permitió ver un atrio descubierto. El sacristán ocultaba medio cuerpo detrás de la hoja de madera y mostraba su nariz congestionada y sus ojos grandes, acuosos, como

los de un burro. Malacqua empujó levemente la puerta y el hombre lo dejó entrar.

-Sí señor, se ha marchado -reiteró el misario -y aunque sabíamos que venía de paso, ayer domingo y a lomo de mula ha salido de Lima.

-Y... ¿dónde podré localizarlo? -Malacqua intuyó que aquél ayudante era un hombre de secretos vulnerables.

-Lima parecer ser un lugar de paso -comentó el hombre dejándolo entrar -pues otros lugares merecen mayor atención de la Iglesia.

El sacristán vestía pobremente; arrastraba un sayo deshilachado y chasqueaba la lengua como el padre Urresti, un desdichado y eterno seminarista de la época de Malacqua que lo exoneraron al ser sorprendido bebiendo el vino de las vinajeras. Los sacerdotes, enfurecidos por esa carencia, no tenían otra opción que aparentar que tragaban el vino transmutado en la sangre de Cristo.

Malacqua no tuvo dudas, el sacristán era un hombre aficionado a las bebidas fermentadas o espirituosas; entonces se sacudió una mota de polvo inexistente de su gabán, haciendo entrechocar unas monedas:

-¿Ha almorzado, señor...? -lo tentó.

-Naranjo es mi gracia y puedo denunciar que aquí no me brindan comida, pero puedo ausentarme por una hora, no falta quien me ofrezca una escudilla.

-¿Es tiempo?

-Con las doce.

El campanario obedeció los deseos de Malacqua. Al escuchar el toque que señalaba el mediodía, el sacristán afanó el remedo de sotana, se alisó el pelo abundante y con el dorso de su mano se limpió su nariz que parecía filtrarse.

Se sentaron en un colmado de la calle Carabaya y Malacqua estimuló al invitado a pedir el almuerzo.

-Ají de gallina para mí -ordenó Naranjo.

-Que sean dos y una jarra de vino para empezar -pidió Malacqua.

-Y de un buen pintatani, ese que viene de Codpa, el que truecan por quínoa y chuño, si no tiene otra preferencia.

-No conozco ese vino -confesó Malacqua.

La primera jarra fue despachada antes que llegara la comida. Mitad bebió Malacqua, mitad el sacristán. Sus confidencias no se hicieron esperar. Aunque el resucitado se embriagaba con el vino, fue prudente y oportuno en sus consultas y comentarios. La buena fortuna de Malacqua y la potencia de ese vino cordillerano hicieron el resto. El sacristán Cornejo se desbordó en un efusivo relato de su vida y circunstancias, en el que estaba incluido el pormenor de los últimos acontecidos:

“Ponga atención, señor, dijo el misario: soy un hombre pobre pero instruido, carente de menester en esta etapa de mi vida, pero que aloja resentimientos alimentados por la arrogancia y la inmisericordia de quienes menos la debieran tenerlas. No recibo paga alguna y después de contar con exagerada minuciosidad las monedas de la hucha de la última misa del domingo y fiestas de guardar, el ecónomo me permite conservar un real y a veces un cuarto más. Reconozco que mis manos son rápidas y sus movimientos inadvertidas lo que me permite apartar alguna calderilla de la cual separo un porcentaje para el culto del retablo de San Ignacio de Loyola. El resto de ese dinero se lo entrego a mi madre, quien con la venta de algunos tejidos aumenta nuestros fondos mensuales. Conoce mi vicio, lo tolera y lo comprende y no hay día que no tenga para mí uno o dos cuartillos de vino o cerveza. Si no bebo a diario no tardo en transitar a otro mundo, donde habitan animales de colores inverosímiles, donde los árboles gritan y el agua de los lagos se acecina y no quita la sed. Es un lugar inhóspito donde individuos con perfil, pero sin volumen, hacen mofa de mis vestiduras, del color de mi cara y del tamaño de mi nariz, trato de ahuyentarlos, pero me eluden y me agraden. A veces caigo en un coluvie donde floto apenas suspendido, rodeado de caimanes velludos, hirsutos, blandos como mucilagos, famélicos. De pronto siento que el vino moja mi boca, corre hacia mis tripas y recobro el derecho de estar en mi hogar, dejando en las fronteras de mi mente aquellos monstruos engendrados por mi abstención. Es mi madre que ha humedecido mis labios y me da a beber.”

-Se expresa muy bien –lo interrumpió Malacqua, llenado los vasos con el vino del segundo jarro.

Su interlocutor captó ese juicio y continuó.

“Cursé filosofía en la Universidad de San Marcos y los continué en Salamanca, pero tanto acá como en España, sólo el vino me permitía concentrarme, aprehender y redactar las recensiones. Me gradué gracias al profesor Soler Grima, cuyo nombre estará conmigo para siempre. Él me llevó a Paris, donde durante tres días fui examinado y reconocido por eminentes médicos franceses. Algunos de sus nombres continúan enmarañados en mi memoria: Trousseau, Andral, Pidoux, los que no estuvieron de acuerdo con el tratamiento definitivo que podría llevarme a una cura. Uno de ellos, ¿Trousseau?, propuso un tratamiento con carminativos y vomitorios con agua vitriolada para descomponer el alcohol y sus gases que embebían mis órganos, Andral, quizás, proceder a alambarme la boca y alimentarme a través de un agujero en mi estómago para olvidar el sabor del vino y Pidoux,

si Pidoux, recomendó mi encierro de por vida en un manicomio. Regresé a España y a América con una sola receta recomendada por Soler: dos vasos de vino todas las noches. Sin embargo me discriminaron en los claustros universitarios, en los seminarios donde enseñaba teología, en los liceos y en las escuelas de primera enseñanza. No es una historia larga, pero es mi historia.”

Habían terminado de comer y el mozo, disculpándose trajo una botija con vino blanco.

-Se nos ha terminado el pintatani –dijo.

No hubo cuestionamiento. La lengua del sacristán se había hinchado. Su discurso transcurrió con lentitud hasta que su memoria alcanzó los primeros meses de ese año. Era explícito y no obstante su coherencia se fue enmadejando. Malacqua, a pesar de lo bebido, retuvo lo sustantivo de su narración:

“Era evidente que la conducta represiva de la iglesia y su poder en Lima había empezado a derrumbarse desde el día en que Ramón Castilla y Marquesado presidente del Perú abolió la esclavitud y cuando el arzobispo de Lima, Pizarro Pacheco, obedeció el mandato de dismantelar al Santo Oficio y envió a Pedro de Zalduegui, el último inquisidor, a un beaterio a las orillas del río Chancay en Haural. Así lo suspende de sus funciones y evita que lo procesen. Sin embargo la desconfianza anidó otra vez en el alma de los peruanos. Todos los habitantes de Lima vimos como una fragata con el paño del sosobre del trinquete y el de la mesana atezados como el horizonte, había enfilado hacia el Callao desde los más lejano confines y había anclado entre La Punta y la isla de San Lorenzo. Se pensó que eran corsarios ingleses o una provocación de la armada chilena y no faltó quien afirmara que era un barco de judíos negros que buscaba la tierra que prometió Moisés. Dos jornadas estuvo allí el navío sin que nadie desembarcara ni ninguna autoridad portuaria resolviera abordarlo. En la tarde del tercer o cuarto día se vio que bajaban dos botes donde se arracimaban indistinguibles formas oscuras. Desde las ramblas, un farero premunido de binoculares develó el misterio: los que nos parecían negros pájaros carneros, eran curas de sotana y alzacuellos de cartón blanco. Los marinos que aguardaban usaron señales de banderas para advertirles que no se acercaran a menos de cien cuerdas del malecón. Un capitán de corbeta apellidado Moore, embarcado en un torpe monitor que vigilaba la bahía fue a su encuentro. En ese momento múltiples fogonazos irrumpieron en la cubierta y la amura del barco de velas negras. Los curas, antes de abandonarlo, le habían prendido fuego. Aunque no tenía el aspecto

de un barco de guerra, explotó su santa bárbara iluminando las nubes de Lima. Las riadas de fuego que arrojaba recordaba a los cohetes de pólvora multicolor lanzados por los chinos de las barriadas pobres al celebrar su año nuevo. El navío de la Perseverancia fue tragada, sin dignidad ni bandera, en un remolino de aguas sucias. A ningún ojo se le escapó que a los curas náufragos los transbordaron a cubierta del blindado, el que con su lento avance, se dirigió a la base naval, perdiéndose de la vista de nuestra vista. Sólo pudimos advertir, gracias al hombre del faro, que allí se había congregado un numeroso contingente de autoridades civiles y militares y un grupo de religiosos que se paseaban con desordenada inquietud.”

La tercera provisión de vino llegó en una caneca en la que se embotellaba la ginebra e hizo revivir el discernimiento del misario. Por algunos minutos:

“De esos alcatraces con forma humana unos pocos fueron reconocidos en la ciudad, entre otros, el confesor que hacía turnos en San Pedro. Se rumorea que los demás y por admonición de los superiores locales de sus órdenes, cruzaron la frontera norte del país, buscando asilo en el Ecuador, donde se han confinado.

Después de terminar con el vino, Naranjo apoyó la cabeza en su brazo derecho y se remeció con repetidas boqueadas, propias de un carachi fuera del agua. Malacqua pagó el consumo, pasó su brazo bajo los hombros de su invitado y salió con él a la calle.

-¿Dónde vive, señor? –le pidió una respuesta Malacqua.

El hombre levantó su nariz.

-Muy lejos.

-Iremos en carro.

-Donde yo vivo no se interna carruaje alguno.

-No será problema –Malacqua detuvo a un coche de posta que corría hacia el centro de la ciudad.

El cochero tiró el freno de los caballos.

-Lo siento señor –dijo indicando con el látigo al sacristán –pero nos está prohibido acarrear a ciudadanos en mal estado.

-¿Y si está enfermo?

-Ese hombre está ebrio.

Malacqua enlazó en su muñeca izquierda el vergajo y encajó en su encordado un billete amarillo.

-Con eso pago el viaje de ida y regreso y el valor de tu carro si sale perjudicado.

El conductor comprobó el valor del billete y desde el pescante destrabó la portezuela del carro.

-¡Vamos! -aceptó.

-Indícale dónde vives –ordenó el resucitado al sacristán Naranjo.

El aludido indicó una dirección y apoyado en Malacqua subió al vehículo. No estaba en condiciones de ser interrogado.

Durante el trayecto Malacqua escuchó como el hombre en el pescante amartillaba un arma. Conocía la ciudad, conducía con precaución evitando callizos solitarios preguntando y respondiendo en una lengua vernácula a vecinos sentados en la penumbra de sus zaguanes. Casas pobres, ranchos frágiles, belicosas levas de perros. En un instante en que el carruaje pareció detenerse, Malacqua observó al sacristán: el hombre, con inquietud y atención trataba de cerciorarse de lo correcto de la ruta.

-Nos llevan por buen camino –dijo al percatarse que Malacqua lo atisbaba.

Aprovechando su lucidez, el torturado le preguntó:

-¿Presenciaste alguna vez un auto de fe?

Pero Naranjo guardó silencio hasta el final del viaje, cuando pararon ante una puerta de madera de carapari. Una mujer la abrió. Su rostro era rústico y noble y bajo unas tupidas cejas cenicientas sus ojos violetas escudriñaban la escena. Al bajar del coche Malacqua puso en la mano del sacristán un billete de la misma denominación con el que había pagado al cochero. El hombre se lo alargó a su madre que se acercaba.

-Gracias señor –dijo ella mirando el dinero, devolviéndose –pero nadie creerá que tanto dinero no ha sido robado.

-Me quedo todavía unos días en Lima –Malacqua no recibió el billete -alojo en el parador Huáscar, cerca de la casa Pizarro, es el pago por invaluable servicios prestados.

El misario bajó y levantó su cabeza.

-Vamos –la mujer empujó con delicada ternura a su hijo –debes descansar.

-Bien –Malacqua volvió al carro.

-Estuve presente en el último –el sacristán apoyado en su madre hablaba con voz clara -lo presidió Zalduegui.

El postillón se impacientaba, acariciando con la fusta el cuello del caballo.

-Vamos señor –pidió a Malacqua –nos hemos arriesgado lo suficiente.

El resucitado levantó un dedo imponiendo silencio:

-Te he pagado para que asumas el riesgo y sorteas los peligros.

-Zalduegui y su víctima se llamaba Antonio Pérez, un judío converso – continuó Cornejo –y no es cierto que la pena fuese sólo la requisición de sus bienes y una penitencia espiritual: lo asesinaron.

Malacqua reflexionó un momento:

-¿Cuál tortura le aplicaron?

El sacristán se revolvió en una desazón provocada por su estómago, pero no vomitó.

-Y, ¿podré encontrar a su mujer o a sus parientes? –Malacqua cambió la pregunta.

El sacristán hizo otro esfuerzo, se separó de su madre, superó las bascas y se arrimó al carro.

-Era el platero más próspero de Lima y recuerdo que había enviudado y tenía un hijo pequeño –dijo extendiendo su mano.

Malacqua la estrechó y cerró la puerta del habitáculo del coche de punto.

No se distrajo Malacqua en su retorno al albergue, iniciando las especulaciones que lo llevarían a dar sus próximos pasos: sobre Zalduegui, si aún estaba vivo y después el viaje al norte, al Ecuador y en ese país la búsqueda del corral de las bestias.

2.- -Has bebido cantidades, Malacqua –lo recibió Gabriella.

-No es mi costumbre, pero fue un requisito para hacer hablar al requerido.

-Duerme lo que queda de la noche.

El resucitado se sentó en la cama.

-No podría hacer otra cosa.

Gabriella pidió y obtuvo una tina de madera que, en la mañana, mandó a llenar con agua tibia. Allí sumergió Malacqua en cuanto despertó. Lo jabonó y escobillo para eliminar de su cuerpo los rastros del vino, lo secó y le pasó ropas limpias. Se escabulló con agilidad de la obsesión del resucitado y le dijo:

-Anoche me contaste en detalle las confidencias del Sacristán Cornejo, estabas un poco despierto un poco dormido, también me revelaste tus futuras acciones: encontrar al inquisidor conclusivo, que debe estar oculto y protegido en Haural y penetrar el corral de las bestias, en Quito.

Sobre su pelo trenzado Gabriella se puso el gorro de muchacho.

-¿El corral de las bestias? –Malacqua se había vestido y buscaba un cigarro en su bolsa.

-Lo mencionaste como el lugar en el cual persisten y urden sus canalladas los últimos perseverantes.

El resucitado rompió por la mitad una cerilla andrógina, frotó sus extremos y encendió el tabaco.

-Ahí, entonces, los encontraremos.

En la calle de los Orfebres de Lima nadie conocía a Antonio Pérez, no habían oído hablar de él y con rapidez se deshacían de ese hombre largo, de ojos encarnados que acompañado de un bello muchacho hacía tantas preguntas sin comprar nada.

-Vas a tener que abrir el monedero –le sugirió Gabriella.

En la platería Versailles, en el jirón de la Unión, Malacqua preguntó por el precio de un sol de plata maciza. Era pequeño y sus veinte rayos eran de oro con engastes de cornalina, talladas en varilla. Era la pieza más valiosa que exponía en su vitrina interior el señor Mois y su precio era exorbitante. Quiso verla Malacqua y el platero, disculpándose, hizo llamar a un mozo fornido que cerró la única puerta del local y se puso delante de ella.

-Sus alhajas son valiosísimas –reconoció el resucitado –es justo que busque protegerlas.

-¿Te gusta Gabriel? –Malacqua colocó el sol, que pendía de una cadena, en el cuello de Gabriela -¿cómo le vendría a tu madre?

-No hay mujer que se resista a una joya de esa hermosura –dijo la niña con sus pupilas clavadas en el astro de plata, oro y piedras.

Malacqua no requirió más argumentos y abrió su bolsa. Contó y extrajo de él veinte billetes y los puso sobre el mostrador. El dinero atrajo la atención y luego las manos del platero que se aprestó a recogerlos. Malacqua puso un dedo sobre la pila de papel.

-Quisiera conocer, si es posible, el paradero del hijo de Antonio Pérez, el orfebre –dijo presionando con el dedo el fajo que el señor Mois trataba, con una pinza de su pulgar e índice, de arrimar a su lado.

-¿El hijo de Antonio Pérez? –preguntó el hombre sin soltar la prenda.

Miraba sucesivamente a Malacqua, a Gabriella y el sol rosado en su pecho y por sobre todo al apetecido provecho de la venta, retenido bajo el dedo inamovible del comprador.

-Nadie pudo hacer nada por Antonio Pérez, yo era un muchacho cuando lo llevaron al edificio de la plaza del Estanque.

-No pregunto por Antonio Pérez, sino por su hijo huérfano –Malacqua aumentó la presión sobre el dinero.

Mois no cejaba en su intento y puso algo más de fuerza en sus dedos.

-Ese sol es un dije inestimable y estoy dispuesto a pagar por él, sin embargo...

Malacqua fue interrumpido:

-Antonio, el hijo de Pérez fue internado en una inclusa en Matucana, si vive debe ser un adulto.

-¿Matucana?

-Al oriente de Lima, no es lejos, no más de diez leguas.

El resucitado aflojó la mano y Mois contó los billetes.

-Les daré un estuche.

En la calle Gabriella señaló el envoltorio con la alhaja:

-Debes tratar de revenderla o transformarla en un ahorro –le dijo.

-Antes viajaremos.

-¿A Haural, a Matucana?

Fuera del casco urbano, donde arrancaban los coches de posta a distintos destinos dentro del país, inquirieron por un viaje a esas ciudades. El viaje a Matucana demoraba casi un día.

En su tarde final en Lima, el sol plateado adquirido donde el artesano hebreo bailó toda la noche en el cuello de Gabriella, arañando a Malacqua cuando pendía sobre él o dejando un tatuaje indeleble cuando lo abrazaba.

Matucana crece en medio de los Andes peruanos, donde coge la puna como en La Paz. Hasta ese pueblo, recorriendo sendas flanqueadas por precipicios, a veces anegadas e intransitables por el rocío de sus saltos de agua o interrumpidas por interminable recuas de llamas o alpacas, llegaron Gabriella y Malacqua. Es un villorrio de cincuenta casas, ceñido en un desfiladero formado por dos cadenas montañosas.

No había posada ni pensión que los pudiera alojar. En el frente de una modesta casa en la única calle del pueblo descubrieron a un hombre que sobre un fuego de leña calentaba aceite en una olla de hierro. Sobre una mesa un pato desplumado, pocillos con una pasta alba, trozos de carne roja, cuyos desentrañados, la pierna de un carnero, reconocible por sus pezuñas, y recipientes con maíz, papas, habas, garbanzos y granos.

El freidor les habló en su lengua, mostrándole los alimentos:

-Ñuñuma, chanka, añapa...

-Buscamos el orfanato de Matucana –Malacqua lo contuvo con cortesía.

El hombre sonrió y respondió en un elegante español:

-Lo han abandonado, ese lugar fue destruido por la gran *chijchipara*, hace diez o quince años.

-¿Una *slavina*? –interrogó Gabriella.

-No te entenderá –dijo Malacqua.

-No, dijo el aymará, esa vez no fue una avalancha, fueron granizos del tamaño de un tomate de palo.

-¿Entiende italiano? –Gabriella brincó sobre un pie, contenta – ¿con quien lo aprendió?

-He sido educado, nada más.

Malacqua insistió.

-¿Y los que allí vivían?

El cocinero mostró con una varilla los alimentos. Malacqua miró a Gabriella, Gabriella palpó la carne fresca y firme del pato. El hombre trozó el ave lo arrebozó con huevos de su especie y harina de quínoa y fue largando sus presas al aceite hirviendo. Desde el interior de su casucha trajo dos sillas y pidió que tomaran asiento. Luego sirvió el pato frito con una generosa cantidad de la pasta que llamó *añapa*.

Después que hubo comprobado que sus comensales aprobaban el platillo, les sirvió un vaso de taquí de arvejas:

-Huyeron; sus ruinas permanecen aún al norte del Antakalla –respondió.

Malacqua, que no ignoraba que la circunspección de los hombres de las cumbres es difícil de doblegar, reaccionó de inmediato:

-¿Puede enseñarnos como llegar a ellas?

-Puedo pedir que los acompañen.

La mujer que apareció por detrás del rancho era muy vieja, quizás la más vieja del mundo.

-Ya *qarax* –dijo –es *sasañan*.

Su edad no era un obstáculo para ella: su marcha era difícil de seguir: ágil, tenaz e incesante.

-Está acostumbrada a la altura –confortó Gabriella al resucitado que se iba quedando atrás.

Escarpados senderos, rocas gigantescas y un largo puente colgante sortearon antes de llegar a un caserío de casas de barro y totora. Hacia el poniente, en la cima rocosa de un farellón la cascada de Antakalla. Cruzaron el río, la anciana apartaba matorrales y los iba nombrando: espino, algarrobo, carrizo, ayahuasca hasta llegar a un añojal. Al fondo, adueñado por la vegetación, un edificio de piedra y adobe parecía haber sido agujereado por el fuego inmisericorde de un artillero.

No maginó que esa mujer hablara un idioma conocido, sin embargo en parte se equivocó. Intercalaba a su lengua palabras en español, pero complementaba su discurso con gestos de indiscutible elocuencia, con los que se hacía entender con certera gracia.

-*Qaninpa* la graniza cayó en *p'ajla* del señor maestro *ñak arichit*; murió *p'akisqa* señor *ñak arichit* y *p'apaska* en Matucana -la mujer levantó los brazos indicando el cielo, luego llevó sus puños a la cabeza simulando que algo la golpeaba y finalmente remedó el ir y venir de una pala que remueva la tierra.

-El señor maestro debió ser el director del orfanato –dedujo Gabriella.

-Muerto por el granizo y enterrado en Matucana –completó Malacqua.

La vieja asentía, satisfecha.

-¿Y el niño Antonio? –se atrevió el resucitado.

La anciana se sentó en el suelo con las piernas cruzadas bajo sus amplias polleras.

Su tono se melancolizó:

-*Ñuñuy wawa* y se fue *maxta'ayay* –dijo, extendió sus brazos hacia el poniente y calló.

Después de un largo rato, amenazando la tormenta, se puso de pie y los llevó por la huella hasta el pueblo. Allí Malacqua convenció al duelo de la fritada que le aclarara esas palabras.

-Ese niño llegó mamando y se fue hacia el mar, siendo ya un hombrecito – les tradujo las palabras de la mujer.

Esa noche durmieron en una pieza en la cocinería, sin desvestirse, sobre esteras de totora, arropados por mantas de lana.

Al despedirse el hombre les reveló que Asunta, que era el nombre cristiano con el que fuera bautizada la vieja que los condujo a Antakalla, vivió en el asilo de Antakalla y se dedicó a proteger a los niños huérfanos de las maldades y desvíos morales del *p'ajla ñak arichit*. El nunca la pudo despedir, pues sospechaba que tenía tratos con la Pacha mama.

El carro tirado por una mula montaraz los devolvió a Lima a media tarde.

El soroche y el cansancio les había quitado el habla y durmieron en la posada hasta bien entrada la mañana. Gabriella había hecho hervir café y despertó a Malacqua con una taza humeante.

-Entonces Antonio Pérez, el hijo, debe estar en Lima –aseguró soplando la humeante bebida.

-Y con otro nombre –intuyó Gabriella.

Almorzaban cuando el bedel les anunció una visita. Era un joven en los treinta, de pelo retinto, ensortijado, una nariz fina y alargada, labios delgados, pómulos pálidos y ojos del color de la lavanda. Llevaba un kipá de tres colores trabado en sus rizos con pinches y vestía un sencillo atuendo de algodón crudo de una sola pieza:

-Soy Antonio Asunto y Pérez –se presentó solícito y he sabido que andan en mi búsqueda.

Malacqua y Gabriella dejaron los cubiertos sobre la mesa. El joven esperó de pie, guardando distancia y respeto. El resucitado no era mucho mayor, pero la Inquisición lo había cargado con más años de los que tenía.

-¿Quién se lo ha dicho? –preguntó Malacqua.

-El señor Mois, soy su orfebre mayor.

Malacqua apartó una silla.

-Acompáñenos a comer.

- Ya lo he hecho –dijo Pérez tomando asiento.
- Nos envió a Matucana –Gabriella recogió su tenedor.
- Asunto quiso disculparse.
- Me lo informó, advirtiéndome que su intención era ganar tiempo.
- ¿Ganar tiempo para qué? –preguntó Malacqua?
- Para que yo pudiera decidir una conducta con relación a vuestra visita.
- Gabriella apartó la silla.
- Iré a la habitación –les comunicó dejándolos solos.

Bien entrada la tarde Malacqua abrió la puerta del cuarto. Gabriella jugaba con el chaturanga.

-Hacía mucho tiempo...

-Habíamos estado ocupados, pero no puedo serle infiel al *signore* Viffarao olvidando sus enseñanzas.

Malacqua sacó el ratón mecánico del bolsillo y lo dejó sobre el velador.

-Pérez es un hombre de decisiones irrevocables.

-Cuéntame –Gabriella se desentendió del juego de salón y se instaló sobre la cama, con los codos sobre las rodillas y sus manos bajo el mentón.

-Su madre –narró Malacqua –murió a los pocos días del alumbramiento y Antonio Pérez llevó a su casa una nodriza; la persecución de los judaizantes había concluido, pero la Inquisición no quería despedirse sin un jubileo, sin duda recomendado por contactos epistolares con la Perseveranza. La sociedad limeña no estaba ya para continuar aceptando ningún tipo de abuso o represión religiosa, tanto más cuanto ellos no sólo eran ilegales en el país, sino que habían sido prohibidos por la misma iglesia. Zalduegui, obcecado por terminar su mandato con la dignidad con la que se le había investido, quiso replicar en el nuevo continente la atribuida, pero irremediablemente agónica aseidad del Santo Oficio: autos de fe privados que una vez concluidos se daban a conocer al mundo cristiano. Las autoridades civiles, ignorantes de lo obrado, sin testigos ni acusadores quedaba de manos atadas y la jerarquía católica se abstenía, condenando los supuestos no confirmados. Eso ocurrió con el padre de Asunto Pérez, el que venía siendo vigilado por los cómplices del inquisidor Zalduegui por judaizante, lector de obras prohibidas y adepto –Malacqua leyó de un papel que llevaba en la palma de la mano –a las ideas de *Haskalah*, *Eretz Israel* y a las ideas vertidas en el libro “Roma y Jerusalén” de un rabino llamado Moisés Hess.

Gabriella se mostraba vivamente cautivada por la historia de Asunto Pérez.

-Escuché a Esther esas palabras –dijo –y si no recuerdo mal, también mencionar ese libro.

-Lo apresaron una tarde al salir de su platería y de él no se supo hasta que se encontró su cuerpo calcinado en la acequia de un arrabal de Chorrillos. Intentando rehacer la tragedia de Antonio Pérez, se supone habría sido conducido a una hacienda que la Inquisición tenía en Santa Rosa de Chontay donde fue juzgado, condenado y relajado a un juez corrupto reclutado para la ocasión y que se prestó para esa farsa. La sentencia se cumplió atándolo a la corona de Dios y haciéndola rodar por la pendiente de una quebrada.

-¿La corona de Dios?

-¿La corona de Dios?, eficiente suplicio, pero no original; lo aplicaban los romanos: en una rueda de madera de espino se clava al condenado y se la hace rodar sobre piedras o balastro –dijo Malacqua –y el lugar donde lo torturaron tiene sentido, pues allí, en un espacio que deja el camino pre inca, según asegura Pérez, hay una piedra donde los antiguos practicaban sacrificios humanos.

-Lo pagano y lo divino, siempre unidos.

-Los estudios que se hicieron sobre cadáver –siguió Malacqua no queriendo atender a Gabriella –revelaron que sobrevivió al suplicio pues su cráneo había sido trepanado a posteriori, supuestamente, para vaciarle su torcido entendimiento; sin embargo esos análisis fueron equívocos y no lograron establecer si había sido quemado antes o después de morir.

-La venganza debe mantenerlo vivo e irritado.

Malacqua suspiró, por cierto avergonzado por la actitud de Asunto Pérez y que, por no tener otra opción, debía compartir con Gabriella.

-Pues no, es inaudito, pero Pérez no quiere venganza, ni por mano propia ni ajena.

-¿Se habrá convertido? –propuso Gabriella.

-Sigue más judío que nunca –el resucitado volvió a estudiar el papel que llevaba –se declara fiel discípulo de este rabí Hess, a quien quiere emular en su intento de revertir la diáspora de los descendientes de Sem la que se inició cuando fueron desterrados a Babilonia.

-No nos ayudará.

-Ni lo había pensado.

Aunque contrariado, Malacqua se durmió al instante y Gabriella esperó que su sueño se estabilizara. A hurtadillas se puso un chal sobre la cabeza y los hombros y alcanzó la calle.

Gabriella, con un reparo incómodo pero oculto a su conciencia se sumergió en la garúa que caía sobre la capital. Sabía que no se extraviaría camino a la platería Versailles ni dudaba que Asunto Pérez vivía ahí. Las tiendas estaban cerradas y las esquinas se poblaban de vendedores ambulantes de baratijas y

de marmitones sin trabajo que rehogaban enjundias perfumadas y trozos de carne y pescado en grandes ollas de metal fundido.

La puerta del local de Mois estaba cerrada, pero una luz, cernida por las cortinas, revelaba que alguien permanecía en la trastienda. Golpeó con sus nudillos, evitando el aldabón. Sin aprensión alguna Antonio Asunto Pérez abrió la puerta.

-¿Joven, alguna otra inquietud que no pudo satisfacer a su padre? –interrogó.

Gabriella se despojó del la chapela y su pelo rizado se desparramó, cubriéndole parte de la frente, cayendo sobre sus mejillas.

-Vaya –dijo Asunto –me disculpa señorita, pero ayer, cuando compraron la joya, la confundí con un varón.

La niña se despejó la cara que se había sonrojado.

-No es primera vez que ocurre.

-Pase –invitó Pérez –que tengo el agua hervida para el té.

Gabriella cruzó la joyería hasta la trastienda.

Asunto acercó una poltrona para que Gabriella se sentara y le sirvió el té en una taza de porcelana. El utilizó un vaso con base de plata ornamentada.

Gabriella se apoyó en el brazo del sillón y el pendiente con el sol brotó de su pecho fulgurando como una luciérnaga cautiva.

Asunto Pérez, en un arrebato que alcanzó a dominar, retiró su mano que buscaba el dije.

-Creí que caería –dijo disculpándose.

Gabriella lo devolvió a su escote, pero no pudo evitar que sus mejillas le denunciaran el bochorno.

Bebieron el té sin hablarse, intuyendo que cualquier palabra podría desencadenar compromisos irrevocables. Una o dos horas soslayaron sus miradas, respirando apenas para no sentir el uno el olor del otro, sospechando que un gesto, un pestañeo, un susurro inadvertido desataría una tragedia ancestral.

Tres veces tocó la campana de la catedral de Lima, se levantó Gabriella y se dirigió a la sala de ventas, dispuesta a salir de allí.

Asunto la siguió:

-No es hora para que camines sin compañía por las calles de esta ciudad.

Gabriella le agradeció con una sonrisa y recogiendo sus bucles bajo la boina se desdibujó en la neblina como una sombra en un cristal esmerilado.

En el dormitorio Malacqua dormía inquieto. Gabriella lo veló hasta que por un portillo inadvertido una línea de sol interrumpió su sueño. Malacqua tenía un despertar lúcido y acosado. Sin moverse observó a Gabriella sentada en el borde del lecho. Ella jugueteaba con la joya de oro y plata. Malacqua movió el

cuello para no asustarla con su súbita vigilia. Gabriella percibió la mirada de Malacqua y se volvió.

-Se han mirado, sin hablarse ni tocarse, o ¿me equivoco? –preguntó el resucitado palpando las cicatrices de sus dedos.

-Sí Malacqua, he ido a visitarlo.

Malacqua quiso distraerse examinando el antiguo daño provocado en sus manos, concentrarse en cosas sin importancia, pero no pudo. Aunque sus decisiones eran irrevocables, su venganza había sido siempre impasible, su ira sedimentada, ajena a conductas espontáneas. De pronto tenía rabia, sentía que si sus afectos eran vulnerados podría caer en conductas irreflexivas poniendo en riesgo su vocación criminal. Rechazaba con toda su voluntad las tinieblas que cercaban su entendimiento y cuando creía que sería derrotado por los impulsos inferiores, un chispazo de perspicuidad lo remitió, con nitidez, a un recuerdo de su infancia: *la fontana del Nettuno*

Una tarde que con algunos amigos se escabulleron de la escuela, fueron a parar a esa fuente, donde excitados y algo atemorizados por la aventura emprendida se sentaron en la escalinata empapada por el agua. Un hombre sin edad definible, con un grueso abrigo abotonado desde el cuello a las rodillas, una capa de satén bermellón y un péndulo colgando del dedo del corazón de su mano derecha, absorto, vigilaba el oscilante pálpito de su instrumento. Cuando descubrió al grupo de niños detuvo el péndulo y se les acercó. Ellos se amontonaron acobardados.

-Este ingenio –les dijo –no es útil sólo para buscar agua en el fondo de la tierra, lleva también al espíritu de quien lo maneja a profundidades insondables, encuentra lagos cercanos al infierno, riquísimos minerales y ciudades enterradas, pero también escudriña el alma humana y permite mirar el futuro.

Los chicuelos, perdida la desconfianza, lo rodearon.

-¿Y cómo se hace? –se atrevió Malacqua.

-¡Ah! –exclamó el hombre –por una moneda les enseñaré.

Se rebuscaron en los bolsillos sin encontrar ni una ceca.

-Está bien –dijo el zahorí –ilusos soy al pretender que un grupo de arrapiezos tenga algo de dinero.

Y sin aviso previo acercó el péndulo al niño Malacqua y lo dejó bascular sobre su cabeza. Los otros miraban curiosos, unos a punto de salir corriendo.

El zahorí, con una mueca de indisimulado espanto enrolló el cordel que sostenía la masa y clavó su mirada en Malacqua y se separó de él:

-Te matarán dos veces –le auguró, pero quien te mate por segunda vez, no te quitará la vida.

Malacqua entonces supo instantáneamente quien sería el que lo mataría sin mandarlo a otro universo: Asunto Pérez.

No pasó inadvertida a Gabriella la inusitada rigidez de Malacqua, la que conservó hasta finalizar el desayuno en el comedero del hostel. Rompió el mutismo al dejar la taza vacía sobre el platillo, su voz entrenada en la indiferencia:

-Gabriella, encontraré y terminaré pronto con Zalduegui o lo que quede de él y viajaré al norte a terminar lo que empezó en Mascione.

-Lo se Malacqua, lo se muy bien.

-No te obligues Gabriella, ya has hecho lo tuyo.

-No me obligo y no me he sentido obligada, pero quisiera estar segura que ya he cumplido los compromisos adquiridos por la muerte de mi madre.

-No hay dudas –dijo Malacqua, cierto que esa respuesta apresuraba su abandono.

-Entonces tu tampoco estás en deuda –retrucó Gabriella.

-Yo juramenté mi objetivo, tú, en cambio, te has motivado por la fuerza de tu estirpe.

-¿Hay una diferencia Malacqua?

-Tú no has empeñado tu palabra y en consecuencia no tienes que honrarla; yo lo haré por ti, por tu ayuda inestimable; Gabriella, si tu linaje te lleva por un camino diferente al que hemos compartido, tómalo.

Gabriella se levantó y rodeando la mesa se arrodilló delante de Malacqua, besando sus manos.

-¿Qué quieres, Malacqua?

No pudo abrir la boca Malacqua otra vez inundada por el sabor de la pera de bronce: en la puerta del comedor, de pie e inmóvil, estaba Asunto Antonio Pérez. Gabriella se puso de pie.

-Vengo a hablarle, señor –le dijo.

-Puedes hacerlo.

-Quiero manifestarle que lo libero que toda obligación concerniente a hacer justicia o tomar venganza por el asesinato de mi padre, Antonio Pérez, el artista de la plata; no ha siso mi afán y no lo será, pues el único que me posee es el de contribuir a la secularización de mi raza para después radicarla donde ella se originó.

Malacqua golpeó la mesa con cucharilla.

-Entiéndelo –le dijo –no es por tu padre y también lo es.

-Has involucrado a dos mujeres judías en hechos que condenamos y que condena la sociedad, lo que nos estigmatiza y nos segrega.

-Hay otros judíos que actúan como yo.

-Lo sabemos y los censuramos, impacientes por el recto obrar de sus voluntades, pues no tendrán tierra quienes la hayan regado con sangre.

-Tu pueblo no es un ejemplo de templanza.

-Por faltarle a Dios, hemos sido perseguidos, por el amor de Él no hemos sido exterminados.

Malacqua estaba lastimado; Gabriella, extasiada, no prestaba más atención que al orfebre.

-Anda, ve y recoge tus cosas –le dijo a la niña –que a mí ya no me haces falta.

Gabriella despertó de su encantamiento.

-Mientes, Malacqua –dijo sin convicción.

-Es posible –replicó el resucitado –pero la veracidad o falsedad de mis palabras no es razón para que te detengas.

Asunto Pérez extendió su mano hacia Gabriella:

-Me faltabas tú –le dijo –un barco que viaja hacia nuestra cuna navega desde Guayaquil.

Gabriella besó a Malacqua en la mejilla y corrió hacia el dormitorio. Regresó con su mochila y el juego de chaturanga.

-Sólo la mochila –Asunto Pérez tomo de manos de la muchacha el tablero – los juegos de azar no están permitidos.

-El ajedrez no es un juego de azar –protestó Gabriella.

Asunto vaciló.

-Es verdad –aseguró Malacqua condenándose otra vez –la fortuna está excluida del ajedrez.

Accedió el joven y tomó de la mano a Gabriella. Sonriendo y llorando Asunto y Gabriella salieron a la calle en dirección a la platería de propiedad del señor Mois.

3.- Huaral no quedaba lejos de Lima, ni el beaterio lejos de Huaral. Una semana se preparó Malacqua para enfrentar al último inquisidor de Lima, el que había matado al padre de quien lo matara por segunda vez. Una semana que durmió entre las sábanas que había ocupado con Gabriella, donde se ausentaba su presencia con la misma velocidad con que se desvanecía en su recuerdo. Su odio por Zalduegui, finalmente, había prevalecido.

El sábado siguiente, de amanecida, Malacqua fue al puerto pero no quiso preguntar por un barco de judíos. Miraba la bahía sin intentar reconocer grímpolas ni flámulas, viendo pasar modernos blindados, corbetas y transportes de distintas banderas. Su atención se fijó en un muchacho de pelo colorinche, que con un gran mastín de la raza napolitana, miraba el mar. Malacqua, sin intención aparente fue hasta él. El perro mostró sus fauces y

gruñó al ver acercarse al resucitado. El joven tiró de la cadena que le ceñía el cuello:

-Presiente cualquier amenaza –le dijo.

-¿Qué peligro puedo representar para ti muchacho?

-Sus uñas, señor, pueden ser un arma mortífera –contestó el pelirrojo.

Malacqua levantó sus manos y las puso frente a sus ojos. Sus uñas, de manera inadvertida, habían crecido. Recuperado de su asombro y con la conciencia suspendida miró a su alrededor: el muchacho ya no estaba. Tocó con sus uñas el murete que circundaba el paseo donde se encontraba y comprobó que eran fuertes, sólidas. Deambuló por los muelles sin mirar ni ver, sin escuchar, sin oler la saladura de los pescados, con los brazos pegados al cuerpo, negando el pausado pero sensible crecimiento córneo de sus dedos. Tropezó con cordeleros, estibadores y guardiamarinas pero a ningún hombre que usara un kipá o vistiera un efod. Y de repente se vio delante del hostal, en el centro de Lima. Su instinto lo inducía al letargo o a la alteración y ambos estados a la elusión de la causa del renovado brote de sus uñas. Comprendía que cuando supiera por qué aquello había vuelto a ocurrir, su historia personal retomaría su verdadero un camino, sin afectos, sin retorno.

Malacqua recogió sus pertenencias, canceló los saldos pendientes de su estadía con Gabriella y preguntó algunos datos. Poco después del mediodía encontró al apostadero donde los limeños esperaban carros y diligencias para salir de la ciudad. En una cuadra vecina compró dos caballos con sus aperos completos y montado en uno de ellos esperó la primera posta que salía con destino a Huaral. No tuvo que esperar mucho tiempo. Cabalgó detrás toda la tarde. Espoleaba a su animal de tanto en vez para situarse al lado del coche cuando la polvareda lo asfixiaba. Anochecido el camino, el carro se detuvo en una delegación rural donde Malacqua pagó espacio, pienso y agua en el establo para sus caballos y durmió junto a ellos.

Al día siguiente, guiándose por el curso del río Chancay continuó el viaje sin compañía. Con un bolo de coca y lejía en la boca se aliviaba de la insoportable levedad del aire en las alturas. Cinco horas más tarde avistaba a Huaral, que guardaba grandes similitudes con los poblados que había recorrido en el norte de la Argentina, en la sierra boliviana y en su descenso hasta la costa del Perú. Una sola calle sin un guijarro que la empedrara, a ambos lados una hilera de casas de barro con sus muros inclinados, iguales a las que, en otros lugares blanqueaban la tierra, iluminándola durante la noche.

Deshabitado en apariencia, dos burros somnolientos se balanceaban delante de una noria arruinada y un gallinazo arrastraba las alas en el polvo y picoteaba como gallina, buscando barreduras en los bordes de las casas.

Avanzó Malacqua hasta la tercera esquina, donde un adolescente, que apareció de súbito, le lanzó una pedrada.

-*Ragazzo!* –reclamó Malacqua esquivando el proyectil.

El muchacho, llevando su brazo atrás de su cabeza se aprestó a repetir la agresión.

-Caballos del diablo –le gritó de vuelta el jovenzuelo arrojándole la piedra grande como un huevo.

Malacqua la atrapó al vuelo con su mano derecha y la desintegró con sus uñas, luego abrió el puño y aventó la gravilla con un soplido. El rapaz huyó despavorido.

Los burros no se movieron y el gallinazo, con una lagartija muerta en su pico, agitaba el pescuezo sin decidirse a remontar el vuelo.

Malacqua soltó las riendas de su caballo y dejó que este lo llevara. En uno de los últimos cruces de la calle de Huaral vio al niño de la piedra. Lo acompañaban media docena de amigos que expectantes y con los brazos en la espalda esperaban una orden de su líder. Malacqua tenía dos opciones: o regresaba por donde había venido o le daba una lección a esos revoltosos. No tuvo que resolver la disyuntiva. Detrás de ellos apareció un fraile franciscano que los dispersó a puntapiés y dándoles en las piernas con una varilla de sauce.

* Huaral
o
Haural
revisar

Satisfecho y comprobando que la banda había sido disuadida, se allegó a Malacqua.

-Excuse, señor, tan mala conducta –dijo mirando los caballos –pero ha sido un falso profeta, de escasa lengua española, que se hacía llamar el Cristo del Gran Despertar, a quien he logrado ahuyentar de Huaral, el que convenció a estos mozos que el demonio aparecerá montado en un caballo negro para llevarse a todos los que trabajan para los encomenderos.

-Entiendo –argumentó Malacqua ocultando sus manos en el refajo -que la encomienda ha sido abolida.

-En la forma.

-¿Dónde ha ido ese predicador?

-He avisado a las autoridades para que lo detengan, y no continúe expandiendo sus locas ideas, si no lo hacen, los amos se retirarán y estos pueblos desaparecerán.

-¿Un sólo hombre?

-Es el poder de la palabra, la seducción que provoca un discurso ligero y licencioso, la apelación a deseos y miedos, su indeseable omnipresencia como si hablara desde un espacio mágico que llega a todos los hogares.

-¿Algún poder tenebroso?

El franciscano negó con la cabeza:

-No tenemos un organismo, una policía eclesial que persiga y condene a estos herejes, cuya predicación resta feligreses a la misa y disminuye la limosna –el fraile agitó su sotana –mire señor, no tengo dinero ni para comprar un buen paño.

Malacqua levantó la barbilla, intuyendo las necesidades del mendicante.

-Debo comer algo –dijo –no he probado alimento desde que salí de Lima.

El cura aventó sus faldones aventando un insecto atigrado. *repetición*

-Se supone que el que debe pedir soy yo –dijo –pero no faltará algo para compartir la mesa, caballero.

-Puedo pagar –señaló Malacqua.

El franciscano al ver el bicho en el suelo lo aplastó con la suela de su sandalia. Malacqua pasó sobre él cuidando de no pisarlo: había perdido su forma alada y sus restos sanguinolentos recordaban el salivazo de un tísico.

El resucitado maneó los caballos en la casa parroquial junto a la modesta capilla de Huaral y no cerró la puerta detrás de él.

-Lo entiendo –dijo el cura –ladrones hay en todas partes del mundo.

En una mesa de cardón puso un plato con pan, queso blanco y dos escudillas llenas con un guiso frío de tubérculos cubiertos por una salsa azafranada. Ambos se sentaron.

La uñas dificultaron a Malacqua el uso de la cuchara, lo no pasó inadvertido al fraile. *que*

-Tengo un buen cuchillo –ofreció.

Malacqua se levantó aceptó el cuchillo y se retiró al patio.

Aunque de menor intensidad, el ruido provocado por el talle de esas uñas le pareció al fraile el mismo que hacen las rocas de las cumbres cuando se cascan antes de un terremoto.

-A veces me ocasionan problemas –se disculpó Malacqua volviéndose a sentar y regresando el cuchillo.

-Vino no tengo –dijo el franciscano no queriendo dar importancia al tema – apenas me queda para dos misas.

Terminó de comer Malacqua y se limpió la boca con el dorso de la mano.

-Muy sabroso –reconoció y puso sobre las tablas una moneda de oro de ocho escudos.

Lo tomó el cura con un sesgo de desconfianza y lo mordió.

-¡Vamos, señor! –dijo admirado -esto no es un pago ni una limosna, es una donación.

-Ha sido generoso padre al compartir conmigo lo poco que tiene.

-Si me permite preguntarle –el tonsurado guardó la moneda en un repliegue de su sotana -¿qué negocio trae a su merced por estos andurriales?

Con sutileza Malacqua fortaleció su acento italiano.

-Delicada misión, encargada por Roma..., conoce Roma, padre?

-Por cierto, ¿qué sacerdote no ha estado en ella alguna vez?, hace décadas, sí; antes que la orden me enviara desde Murcia a Santiago, mucho antes que me destinaran al Perú, y ya no recuerdo cuando el prior de Lima me envió a Huaral.

-Pero este es un lugar importante –aseguró Malacqua tratando de aprovechar la oportunidad del diálogo.

-Lo fue por un día, cuando recluyeron aquí al obispo Zalduegui, el último inquisidor de Lima y quizás lo vuelva a ser por razón de su visita, si tiene a bien dármele a conocer señor...

-Aguabuena, padre...

-Maral, Belisario Maral.

-Mi misión, reservada hasta que haya fructificado, consiste en informar a su dignidad don Pedro Zalduegui que el Santo Padre lo quiere de regreso en Roma y estimular a este santo varón para que consienta en ello.

-Don Pedro de Zalduegui fue desterrado, como lo fui yo, en este sitio abandonado de Dios, uno en la parroquia, su Eminencia en el beaterio a las orillas del río Chancay de cuyos claustros nunca salido.

-Entonces, ¿no la ha visto padre Maral? ^{ha}

-En dos oportunidades, el día en que llegó y no hace más de un año, cuando me mandó a pedir confesión. Ni un pecado manchaba su alma, se lo aseguro sin vulnerar el secreto de la confesión.

-¿Pudo entrar al cenobio?

-Estuve con él en un espacio subterráneo, cavado a propósito y que con seguridad rellenaron después que le di la absolución.

-¿Vive prisionero?

-Ni un pecado manchaba su alma –el fraile pareció no escuchar a Malacqua - de tal modo que no hubo penitencia alguna, aunque me rogó que se la impusiera; su mirada era vivaz, su voz firme, se sabe que muy joven fue nombrado inquisidor y aún mantiene su apostura y su vigor a pesar de su encierro y su diaria mortificación. †

-Su memoria es fresca, padre Maral, retiene aun lo que vio el día de su arribo.

-En efecto, hace mucho tiempo transitó por la calle que desde entonces no ha cambiado, pero muy de mañana, llevando un macho por las riendas. Pasó frente a la capilla sin verla y se perdió por la senda que se ciega en el beaterio; señor, yo me cansé de contar las mulas que iban con él y a mediodía debí apartarme de la capilla para atender un bautizo, pero los animales con los cofres que llevaban como ajobo no dejaron de pasar hasta bien entrada la

tarde; en la noche y montados en los animales, retomaron el camino a Lima los soldados que lo escoltaban y un numeroso contingente de dominicos.

-Y nadie ha venido desde esa fecha.

-Nadie..., pero me decía señor Aguabuena que viene desde Roma a llevarse a Su Dignidad, ¿no sería posible, acaso, que yo fuera también con él?

-No tengo mandato para ello –dijo Malacqua –sólo para levantarle el retiro a don Pedro Zalduegui.

El franciscano levantó los hombros resignado.

Maral lo invitó a un paseo por las afueras del pueblo y sólo al anochecer, cuando un cejo que bajó de los cerros obstaculizó la marcha, retornaron a la casa parroquial.

-Le será difícil entrar al beaterio -dijo Maral continuando el diálogo interrumpido –esa simple cartuja ha sido desvirtuada, convertida en una fortaleza y a menos que sus moradores estén enterados, dudo que pueda entrar, ni siquiera avisarse.

-¿Cuál fue su falta, padre?

-Nada grave –se animó Maral –la solicitud a una india.

-¿Consumada?

-No lo quiso el Señor.

-Un castigo enorme –lo alentó Malacqua.

-He pedido reconsideración, pero no he sido escuchado.

-Ahora podría serlo.

-¿Si lo ayudo?

-Sólo dígame cómo entró al recinto.

-No ha mucho me lo han preguntado –dijo Maral tratando de desviar la atención.

-O dígame por dónde –insistió Malacqua.

-No lo sé, dos religiosas y un contrahecho me vendaron la vista, me taponaron los oídos y me enguantaron las manos: no vi, no escuché ni palpé nada.

-¿Eso, no más?

-Era un día caluroso de verano y de pronto sentí el frío penetrante de una catacumba.

Malacqua no preguntó más y esa noche, después de asegurar en el traspatio sus caballos, invitó a Maral preparar una buena comida.

Salió el cura con otras monedas de menor valor entregadas por Malacqua y regresó con la pierna de un chivo y una botella de vino. En pocos minutos la carne se asaba en un fuego de leños y raíces.

-¡Qué bravura para preparar una fogata! –comentó Malacqua con clara intención.

-Nunca para sacrificar un cristiano, sépalo señor –dijo el fraile ofendido.

-Su vecino, en cambio...

-Sólo se cuentan acciones irreprochables de su Eminencia –dijo Maral – incluso milagros.

Malacqua comió y bebió con moderación y se contuvo de hacer más preguntas. Le bastaba con conocer uno de los flancos del baluarte donde estaba retenido Zalduegui. Consumidas las brasas y al terminar un cigarro, se levantó del tronco donde había estado sentado y con su bolsa como almohada se tiró en el jergón que Maral acomodó para él en un cuarto pequeño.

-Guardaré los huesos del chivo, siempre habrá quien quiera roerlos –escuchó a Maral antes de dormirse.

El hielo de la puna brava despertó a Malacqua cuando amanecía. Se levantó y salió a la calle. Las nieves eternas, cercanas, conservaban el brillo de la luna que ya se había retirado. Estaba malhumorado, por su sueño profundo y despejado, porque antes de dormirse había tenido la ilusión que esa noche Esther le explicaría por qué el encantamiento de sus uñas fue tan fugaz. Si fue el abandono de Gabriella lo que suscitó su súbito renacimiento u otro el fenómeno que canceló la inhibición de su crecimiento. Aun en sueños le habría creído, sin necesitar de la oniromancia u otra forma adivinatoria.

No lo iba a saber, entonces Malacqua, que caminó hasta la capilla donde Maral preparaba el oficio religioso.

-Hoy es domingo –le dijo al verlo entrar.

-Mis obligaciones me eximen de asistir –se disculpó el resucitado dejando una moneda en el platillo de las ofrendas.

-Que Dios lo bendiga y acompañe señor –dijo el franciscano retirando el dinero –mandaré a comprar a Lima vino, hostias y cirios ☺)

Malacqua asintió y el fraile inició el encendido de los candelabros.

El beaterio distaba ochocientas varas contadas desde el extremo sur de la calle del pueblo. Malacqua inspeccionó el corral donde tenía sus caballos y decidió caminar a su encuentro con Zalduegui. Por primera vez no tenía elaborado un plan. Su talento para urdir infamias estaba coartado quizás por la misma razón que le hacía crecer las uñas, sin embargo marchaba con trancos seguros: no dudaba de su capacidad de improvisación.

Al divisar el edificio se detuvo. Era un verdadero alcázar, inclinado, al que parecía que un peso descomunal lo estaba hundiendo en el cieno del río Chancay. Subió dos colinas con sigilo, buscando la protección de los matorrales y se sentó en el suelo, en la altura, detrás del leño de un espino viejo. Aquella fortaleza estaba erigida con piedras de distinto tamaño, cúbicas,

incaicas, asimétricas, ensambladas y ajustadas a la perfección. La construcción tenía una forma rectangular y los dos muros que Malacqua tenía a la vista no poseían ventana ni puerta alguna. Trepar hasta arriba de los muros también era imposible.

Orazio Malacqua esperó que el calor obligara a alacranes y lagartijas fueran a refrescarse bajo las peñas y rodeó la fortaleza. Maral no le había mentido: esa construcción no tenía aberturas reconocibles. Con seguridad sus habitaciones se abrirían a un amplio patio interior que permitiría a quienes allí vivían, conocer el sol y la luna, sentir el viento, oír la música de las montañas y respirar el aire puro de la sierra. La cuestión del abastecimiento tenía una solución simple; dentro del fuerte se erguía una cabria con un brazo giratorio cuyo propósito era levantar pesos desde el exterior e introducirlos dentro del castillo.

Malacqua forzaba sus engranajes mentales para materializar la forma de violar ese monasterio y hacerse cargo de Zalduegui. Sin embargo su mente se rendía a una melancolía inmovilizadora y lo dejaba ahí, sin propósitos ni dinamismos. Temió fugazmente que se extinguiera su obsesión y que esa derrota lo forzase volver a Nápoles donde no tendría posibilidades de sobrevivir.

Entonces divisó al hombre vestido con un pantalón bombacho y una camisa sin botones estampada con ruedas de color azul y blanco que oteaba el beaterio con un instrumento similar al que viera usar al capitán Núñez. Sin duda había sido un marinero, un pirata tal vez. Las uñas de Malacqua habían crecido y con ellas la sensación de invulnerabilidad que, sin reparos, le permitieron acercarse y hablarle al desconocido.

El individuo llevaba un pañuelo anudado protegiéndole la cabeza, usaba una barba deshilachada que había sido negra y sus ojos celestes brillaban en el fondo de sus cuencas hundidas.

-Lo saludo, señor –se dirigió a él Malacqua.

El barbón lo miró, depositó el instrumento sobre la superficie lisa de un peñasco y lo cubrió con un pañuelo amarillo.

-Me interrumpe, caballero –replicó el aludido, molesto, con un fuerte acento sajón.

-No era mi intención –se disculpó Malacqua.

-Entonces, ¿cuál?

-Me pregunto, ¿dónde abrirá la puerta de ese cenobio?

El hombre de mar colocó su mano sobre el paño, cuidándose de una rapiña intempestiva.

-No es un cenobio, señor, y no tiene puerta conocida ni ignorada.

-Pues debo entrar allí –afirmó Malacqua.

-Es mi intención también.

Sus facciones rugosas y antiguas no armonizaban con la tensión de sus músculos, con las venas henchidas de su cuello, con su mirada sagaz.

-¿Lo ha intentado? –demandó Malacqua.

-Creo tener identificado el sitio donde alguna vez hubo un acceso -reconoció el marino.

-¿El pórtico bajo el cual pasaron las cien mulas con el botín de Lima? –lo tentó el vengador de infamias.

Aunque las pistas de naufragios y pillajes habían dejado huellas indelebles en su rostro, Malacqua percibió en su limitada gestualidad una súbita tensión. El hombre apoyó con más fuerza su mano derecha sobre el pañuelo amarillo y la izquierda buscó el cinto.

-¿Qué le molesta? –preguntó el resucitado.

-¿Debo entender, señor, que anda detrás de esas riquezas? –la desconfianza no se extinguía en las palabras del viejo.

-Si se refiere a lo rapiñado por el Santo Oficio, de ninguna manera, pero sí me importa su custodio –lo tranquilizó Malacqua.

-El caballero se ha referido al inquisidor que lo guarda, pero puedo mi experiencia me subraya que no hay hombre en esta tierra indiferente al oro.

-Conmigo se equivoca.

-¿Cómo puedo estar cierto de esa afirmación?

-Mi nombre es la garantía: Orazio Malacqua.

El buscador de tesoros caviló unos instantes:

-Malacqua..., ¡Malacqua el infame!..., es una leyenda inventada y difundida por los dominicos para justificar las últimas felonías de la Inquisición.

Malacqua extendió su mano:

-Estréchela señor –le pidió y comprobará que mi sustancia no proviene de una imagería.

-No dudo de ello; dudo que esté frente a un Malacqua real, nacido de hembra y no de la torcida simulación de un hato de frailes.

-Entiendo –reconoció Malacqua -no puedo acreditar mi identidad de manera satisfactoria, no obstante no veo como resolver el dilema de nuestros intereses sino que penetrando esa fortificación.

El viejo aceptó el saludo del resucitado.

-Bennet Graham –se presentó –y si en verdad, señor, es el Malacqua del que tanto se habla y con encono se persigue, debe temer Zalduegui y no el tesoro que allí se esconde.

-Indíqueme el lugar por donde se supone ingresó Maral –pidió –y el botín de Lima será suyo.

Graham levantó el pañuelo y llevó hasta su rostro el instrumento que había operado cuando lo avistó Malacqua.

-En el interior no hay guarnición que pueda detener su búsqueda ni la mía, sólo dos religiosas que sirven a Zalduegui y un gibado que maneja el órgano por medio del que se abastecen.

-Los muros han sido elevados de tal manera que no es posible espiar su interior –alegó Malacqua –ni tampoco desde la altitud en que nos encontramos.

Graham maniobro el aparato y alineó sus dos espejos, acercó un ojo a la mirilla buscando la posible ubicación del sol en el ocaso y con la alidada midió el reflejo del horizonte. Cuando estuvo seguro de lo logrado dirigió el artillugio al edificio en la bajura.

-Mire, Malacqua –dijo –mire por este sextante.

Obedeció el aludido y por el visor vio, al alcance de sus dedos, el patio cuadrado del antiguo beaterio, su huevillo ceniciento que pavimentaba el suelo, una noria al norte y la cruz de la Inquisición al sur, con una rama de olivo consumida y una espada herrumbrosa colgando a ambos lados de su travesaño. En las cuatro esquinas cuatro trampantojos alucinantes: Malacqua reconoció a Tomás de Torquemada, a San Pedro de Arbués, la figura de un pequeño corazón sangrante que identificó con el del mártir niño de la Guardia y la imagen de un Papa que no pudo precisar. Se alejó del visor y dirigió la mirada a sus uñas: le habían crecido casi media sexma, rectas, con una mínima curvatura en su extremo libre.

-No veo a nadie.

-Transcurren por el patio ocasionalmente, el corcovado los sábados por la mañana cuando descarga desde la carreta que viene de Huaral, utilizando el cabrestante: un saco de pan, uno de papas y nabos, una bombona de vino y un par de canastos con hortalizas.

-En algún momento habrá dormido, Graham –dudó Malacqua –puede que en esa circunstancia no haya visto a otros residentes del cenobio.

-El capitán Thompson, el Engañado, me enseñó a dormir con una parte de mi cerebro, con un solo ojo, como duermen los delfines; en ese encierro no hay nadie más que los que ya le he numerado, ni persona ha ingresado o salido de él.

-Cuando oscurezca me llevará al sitio donde supone hicieron entrar al cura Maral.

-Podemos hacerlo ahora –dijo Graham y retrocedió unos pasos hasta unos matorrales donde, desarmada, había una tienda de campaña.

Recogió una cantimplora y bebió de ella.

-Tome Malacqua, que no hay quien se atreva a acercarse por aquí.

Era un ron seco, penetrante que Malacqua tragó sin respirar.

-Debes ser quien dices –reconoció Graham recibiendo la cantimplora de vuelta –porque sólo un pirata o un torturado, al que la pera de bronce le ha apergaminado la boca, tolera un alcohol como este.

Seguido por Malacqua, Graham con el sextante envuelto en el paño amarillo, y una lámpara de carburo inició el descenso hacia el fortín, buscando la muralla oriental, cobijada por la sombra del sol que ya se ensuciaba en la neblina limeña. Una burbuja aislaba el lugar de su entorno, rodeándolo con un silencio amenazador, como el que caía sobre La Paz cuando se asomaba Melgarejo: amenazador, inexplicable.

Graham se paró a diez pasos del muro; la sombra extendida lo hacía invisible a los ojos de Malacqua. La tierra seca y agrietada donde se había plantado Graham no era distinta a la del resto del perímetro.

-Aquí no se ha excavado en un siglo –aseguró Malacqua, acercándose.

-En este sitio fue excavada la gruta donde se le dio confesión al inquisidor.

-¿Qué certeza tiene, Graham, que fue por un lugar subterráneo?

-¿Y por dónde?, le confieso que pregunté a Maral, quien me reveló que un aire gélido, como el de un socavón, lo acompañó hasta el interior.

-También me lo dijo –Malacqua arrastró a Graham de una manga fuera de la sombra.

Graham se frotó los brazos.

-¡Quema el sol, todavía!

Malacqua lo llevó de vuelta junto al muro. Graham sintió el aire helado que soplaba desde la cordillera Negra y lo miró con admiración.

-Entonces Maral no cruzó ningún pasadizo oculto -dijo.

-Nunca lo hubo, Maral fue engañado, el cuarto en el que confesó fue levantado a la sombra de los muros y posteriormente desarmado.

La pared, sin ventanas, tenía la alzada de diez hombres, construido con rocas incaicas, asimétricas, ajustadas, indestructibles.

-Dime Graham –pidió Malacqua –si puedes medir el patio y comprobar si la luz aún permanece sobre las piedras internas del edificio.

Graham operó el sextante con destreza.

-Ciento veinte pasos mide por lado el patio –informó –y la sombra que proyecta el muro poniente está a nueve minutos de caer sobre el pie inferior del opuesto, al que cubrirá por completo en veintidós minutos a partir de ahora.

Graham miraba un reloj con la forma de un pequeño tambor adosado al instrumento marino.

Malacqua pidió ver ese reloj:

-En una oportunidad vi uno como este –recordó el reloj de di Cervo que rodara por la cubierta del Peregrino y que retuviera Viffarao.

-Lo gané en un juego de ajedrez –dijo Graham.

-¿Ganaste?

-Bueno, no tanto, me lo regaló mi adversario, un genio del ajedrez, por resistirle seis jugadas.

-¿Un hombre pequeño, un mocho?

-Algo parecido.

Malacqua suspiró:

-¡*Il signore* Viffarao!

-Quizás así se llamaba.

-¿Dónde se enfrentaron?

-En una taberna Buenos Aires.

-Ese reloj era de propiedad de un obispo.

-Ahora es mío –Graham se lo arrebató de las manos.

Malacqua se sentó en la maleza.

-Me avisarás al minuto veintiuno –dijo.

Al cumplirse el tiempo que le indicara por Graham, Malacqua se aproximó al muro e insinuó sus uñas en las uniones virtuales de las piedras. Había más oscuridad que luz en torno al beaterio en el momento en que Malacqua midió una piedra más pequeña a la altura de su pecho.

-Cinco palmos de amplitud, nos dará suficiente espacio –dijo a Graham y clavando sus uñas en ella empezó a raerla, desintegrándola con la facilidad de un biscocho añejo.

Cuando era noche cerrada el pirata vertió agua en el recipiente de su lámpara y le dio chispa. La luz aguda del gas del carburo iluminó la escena, el montón de arenisca en que se había transformado la roca y la abertura negra que perforaba el muro.

El espacio abierto dejaba pasar el cuerpo de un hombre y Malacqua lo penetró, desapareciendo de la vista de Graham, quien sin titubear se zambulló en el agujero.

Cayeron en el interior del antiguo beaterio rodando sobre las piedras redondas, poniéndose de pie de inmediato. Los muros reforzados con ladrillos formaban un perfecto cuadrado que tenía dos puertas, una cerrada en la pared norte y la otra abierta en el extremo opuesto. Equidistantes en el medio del patio el pozo y la cruz.

-El Santo Oficio –dijo Graham, dando un paso.

Malacqua lo tomó del cuello y lo obligó a quedarse junto a la pared.

-¡Cuidado!

-¿Qué peligro pueden entrañar dos monjas, un torcido y un fraile acabado?

-No estaría tan seguro –advirtió Malacqua –su peligrosidad puede ser equivalente a la fortuna que guardan.

Graham se quedó quieto:

-¿Qué buscaremos primero, la cámara del tesoro o la habitación de Zalduegui? –preguntó.

-En este espacio acotado, no podremos perdernos.

La negrura había borroneado los trampantojos y Malacqua, evitando proyectar alguna sombra estelar que lo denunciase, deslizándose con la espalda pegada contra la pared se dirigió a la puerta del sur y entró a través de ella. Un corredor angosto de mampuestos irregulares doblaba cada ciento cuarenta y cinco pasos en ángulo recto. Al cabo de varias vueltas Graham se detuvo y examinó, a la luz debilitada de la lámpara, la brújula en la contra cara de su *tachenuhr*.

-Aquí debía estar la puerta por donde ingresamos, pero después de tanto recorrido no ha abuelo a aparecer.

-Imposible –dijo Malacqua, si no nos hemos desviado del pasadizo.

-Conozco este tipo de laberintos unidireccionales –avisó Graham –han sido utilizados por los piratas para ocultar sus tesoros.

-¿Laberintos sin encrucijadas ni desvíos?

-Son accesibles, pero insolubles, los usó Turquet Reis, pirata del Mediterráneo que asoló Creta y conoció el laberinto de Minos, su misterio le fue revelada a Morgan, a Calicó Jack y Benito Bonito. Malacqua palpó las piedras con su mano izquierda.

-Saldremos de aquí –dijo –siguiendo el muro izquierdo, como en las catacumbas de Roma.

-Otra fuente, la misma solución –se desconcertó el pirata.

Continuaron adelante, sin dirección perceptible cuando notaron que el pasillo adquiría cierta inclinación.

-Nos acercamos –anunció Graham.

El agua del carburo se terminaba y su luz encandilante se apagaba. Pero a medida que el plano se desnivelaba, una fluorescencia atrapada en los muros permitía caminar sin tropiezos.

Malacqua raspó el pedrusco de las paredes y ensartó un gusano almibarado y luminoso.

-Este es el secreto: gusanos luminosos, como en las criptas cristianas; los criaban para orientarse en la catacumba de Domitila.

De pronto se desvaneció el olor a algas de agua dulce, envolviéndolos el perfume de un vinagre viejo y balsámico. El pasadizo se espació en una bóveda de crucería uno de cuyos arcos lo ocupaba una puerta enchapada en una broncearía con minuciosos detalles. No se fijaron en ellos, pues de pronto

se abrió una trampilla longitudinal bajo la puerta por la que fue silenciosamente descendiendo. Detrás, en una estancia sin fondo reconocible estaba el botín de Lima o un tesoro de envergadura considerable.

Con una rápida ojeada, sin moverse del umbral, Malacqua vio innumerables toneles llenos de monedas de oro y plata, canastos y cofres con joyas, candelabros dorados, cálices incrustados con piedras preciosas, armaduras, espadas con empuñaduras salpicadas con rubíes y esmeraldas, pilas de lingotes de metales relucientes. Crucifijos de todas las hechuras, grandes cuadros, libros encuadernados con piel de becerro, incensarios y dos custodias, una cuajada de esmeraldas y otra cuya lúnula era el brillante más grande y puro que jamás pudiera imaginarse. Abundantes piezas de argentería e instrumentos de tortura engarzados con pedrería. Pero por sobre todo aquello una virgen María de cuatro o cinco pies de altura, con el niño Jesús en brazos. Parecía de oro macizo, su manto de lapislázuli estaba engarzado con estrellas de topacio amarillo. Sus auras de santidad eran coronas de diamantes y perlas barrocas y el globo terráqueo coronado con una cruz que el Cristo tenía en su mano expresaba la pureza del zafiro.

Encandilados por la rutilancia no se percataron que tres siluetas humanas que en actitud de recogimiento veneraban la efigie de la virgen. Y tampoco que esas figuras se movilizaban sigilosas, adquiriendo volumen y tamaño y situándose una al frente de María y las otras dos a ambos lados de ella. Se volvieron ya de pie, con pausada seguridad, mostrándose a los paralogizados saqueadores que no preveían el peligro. Eran dos religiosas vestidas con el hábito de las benedictinas y un fraile enjuto, añoso pero de ademanes resueltos que extrajo desde un doblez de su sotana con la cruz dominica una pistola de duelo que apuntó contra Graham. El primer chispazo se vio, sin embargo del gatillo del pistolete que empuñaba una de las monjas, cuyo proyectil golpeó al pirata. Su hombro herido giró como una manivela inutilizada y un lamparón lacre tiñó su camisa. No se desplomó, ladeándose hacia donde estaba Malacqua quien lo sostuvo. El disparo efectuado por la segunda religiosa sólo le rozó la mejilla. Malacqua rasgó con sus uñas los bolsillos de su pantalón; del izquierdo brincó el ratón mecánico del *signore Viffarao* y en el derecho palpó el *Collier* que no pudo sacar. El autómatas, al sentirse liberado de su encierro de tela, corrió hacia el anciano, que sin duda era Zalduegui, chillando como un roedor de verdad. Las profesas levantaron sus faldas aterrorizadas y corrieron hacia la puerta, derribando a su paso a Malacqua y a Graham. La fuga de las profesas fue simultánea con el disparo del inquisidor. La bala pasó por sobre sus enemigos, golpeando el colodrillo de una de las mujeres que cayó abatida sobre la hendidura de la gran puerta. Zalduegui retrocedió, pero Malacqua saltó sobre él y tijereteando su mano con la uña de su meñique

derecho, le segó los tendones con los que sostenía el arma la que quedó floja, colgando de sus dedos lesionados. Con un espasmo involuntario el índice del obispo jaló del gatillo, pero perdida la precisión del disparo la munición se incrustó en el globo terráqueo que sostenía el niño Dios.

El impacto provocó un estremecimiento casi humano de la virgen María, un soplo líquido, notas de un órgano escondido, de muelles y vibraciones de un diapason. Zalduegui apoyó su mano izquierda en el suelo y clavó sus ojos en la imagen misericordiosa, que desde la perspectiva de Malacqua efectivamente se movía.

-¡Sálvame, Madre! –le reclamó.

Se sacudió la estatua, sin trasladarse hasta que con un estertor repentino se abrió en dos mitades simétricas dejando ver en su interior como se entreveraban cuatro clavos de hierro.

Malacqua fascinado, olvidándose de Zalduegui, estiró su brazo hasta tocar con las yemas de su índice las aguzadas espinas de tortura.

-Tienen la forma de los clavos de Cristo –dijo –examinando la gota de sangre que había ocasionado en su pulpejo.

-¿Cómo lo puede saber? –Graham se puso de pie, atrapando con la mano su hombro dislocado.

-Uno de ellos, intacto, forma parte de la corona de hierro de Lombardía, lo vi cuando peregriné a la catedral de Monza.

-Olvidaba su pasado de cura –dijo Graham que con una mueca de dolor soltó su herida y cogió una daga desenvainada desde un arcón.

-¿Termino ya con este? –preguntó apuntando a Zalduegui.

-¡Graham! –lo increpó Malacqua –yo he venido por ese hombre, no por el tesoro.

El marino soltó el puñal y volvió a presionar su herida.

-Mi intención era retribuirle el haberme salvado la vida.

-No me debe nada –dijo Malacqua –que alzó al inquisidor por el capuchón de su sotana y lo introdujo en las entrañas vacías de la virgen María.

Se dilataron los ojos del maldito, presumiendo su muerte, la que se consumió en cuanto la cavidad del suplicio sintió su peso, desencadenando el mecanismo inexorable de su cierre. Hermética y silente la escultura recuperó su inmovilidad.

Malacqua se acercó a Graham y estudió su herida:

-No cicatrizarán bien esos huesos, pero por debajo del codo el brazo te será útil –dijo, pasó por sobre la monja muerta y traspasó el umbral.

-No la muevas, Malacqua –indicó Thompson –pues con su cuerpo encima de la rendija la puerta no se elevará.

-Solo hasta que pierda peso, después esta cámara se cerrará para siempre.

-Rescataré el tesoro antes que se encarroñe.

-Me urge partir de Lima –Malacqua ya estaba en la antesala.

Graham recogió una alforja del piso, la llenó con monedas de oro de un cuarto, introdujo en ella el reloj de bolsillo y la arrojó al resucitado.

-Te servirán para tu próxima misión.

-Buena suerte –se despidió Malacqua, cogiendo la aire

-¿Donde nos veremos?

-Dejemos nuestro encuentro en manos del destino.

-¡Ojo al salir! –lo previno Graham -avanza siempre rozando la junto a la pared izquierda.

-Ojo al salir –repitió Malacqua que por ahí anda suelta una monja asesina.

VEINTIDÓS. (El cerro de los miserables)

1.- Fuera del fortificado beaterio, Malacqua se apresuró en llegar a Huaral, recuperó sus caballos y tomó la ruta a Lima a donde llegó al atardecer. No se retrasó en la capital cabalgando hacia los muelles de El Callao. Esa noche se embarcó en un barco de doble arboladura que rumbeaba más al norte que a Guayaquil, al puerto de Esmeraldas. Se había informado que desde allí el viaje a Quito podría ser más corto.

Esmeraldas era un puerto embancado que agotadas sus piedras preciosas subsistía del comercio de la pita y la cabuya. Casas de una planta se arrimaban en calles confluentes, pintadas con un delirante estuco que se repetían hasta el mar.

Malacqua compró ropa abrigada para el clima de las montañas, un pañuelo de lana de vicuña para el cuello, un sombrero de baqueano y se unió a una caravana que partía a Quito, distante unas sesenta leguas hacia la sierra. Eran unas veinte familias de comerciantes y tramperos, hombres solos, escribidores, desertores y dos frailes mercedarios. Sólo las mujeres y los niños montaban las mulas y las llamas. El circunspecto zambo que hacía de guía era acompañado por negros y mulatos bien armados y exigió el pago de sus servicios por adelantado.

-Iremos por la ruta de Maldonado y al llegar a Machachi, y por la mitad del dinero que ya han pagado, serán llevados de regreso a la costa los que no puedan ingresar a la ciudad.

Era una ruta escabrosa, con innumerables recodos con forma de herradura, asolada por bandoleros, indios bravos, desertores y esclavos. Sortearon un vendaval de nieve y granizo y una noche los hombres armados rechazaron una

emboscada de indígenas hambrientos y desnudos. Al partir esa madrugada, el zambo dejó en el lugar una provisión de charqui, harina de maíz y un saco de yuca. Malacqua, al pasar, agregó una moneda de oro ocultándola bajo el tasajo. Durante el viaje, cortó las uñas de su mano derecha y recortó las de su izquierda. Nunca había desenfundado el *Collier*, desde el episodio con Pisanti, y aunque ignoraba si dispararía, como disuasivo quería tenerlo operativo.

En Machachi a tres leguas y media de Quito el zambo reunió a los hombres en un círculo y él se paró en el medio. De su faltriquera sacó un papel arrugado, muchas veces leído y comenzó:

“Señores, es la hora de considerar si el viaje desde Esmeraldas tendrá un buen final para todos. Repito que los que quieran regresar después de haberme escuchado, pagarán la mitad de la tarifa. A eso no los obligo, pueden quedarse aquí también, pues el ingreso a Quito ha sido restringido.”

Levantó la cara del papel miró a los emigrantes y vagabundos de pie y continuó su lectura:

“Judíos y judaizantes, luteranos y calvinistas, egipcios y musulmanes, idólatras, brujos y excomulgados, patituertos y descoyuntados, transgresores de la Omnimade, lectores de libros anotados en el Catalogus Librorum, como los de Virgilio, Lucano, el Malleus Maleficarum y las historias de Palmerín y los caballeros Celidón y el Determinado, los que estén en contra de un protectorado francés para Ecuador, los que apoyen la unificación de Italia y los que rechacen la consagración de la república al sagrado corazón de Jesús y de María; los de cabeza pequeña que será medida con el aro episcopal, los que presenten estigmas de tortura, los que porten el chancro y la lepra, a los que el cerebro les concome por el gran mal, quienes sufran de fiebre o de delirio y todas las mujeres en situación de embarazo que serán recluidas en las barracas de la aduana hasta que alumbren a un ser humano y otros incluidos en eventuales y recientes prohibiciones no podrán pisar las calles de Quito y si lo hacen serán entregados a la justicia.”

Después de una pausa, el zambo continuó:

“Disposición del arzobispo de Quito monseñor Hugo Gonzaga y Mardones con el lacre y firma del señor presidente del Ecuador don Gabriel García Moreno.”

Los asistentes a esta admonición se miraron entre sí, dudando de ellos mismos y sospechando de sus compañeros, buscando en ellos trazas de lo prohibido. Malacqua no se resistió:

-¡Hombre! –lo interpelló con voz fuerte –¿entiendes lo que has leído?

Flaqueó la autoridad del guía, pero respondió:

-Soy un baqueano a quien las autoridades me dicen lo que debo leer a los que desean vivir en Quito.

-América ha sido liberada –interrumpió un joven de baja estatura, de gafas redondas y un sombrero de paja.

El zambo guardó el papel.

-Señor –le dijo con un timbre de serena sinceridad –ha de saber que el mariscal Sucre ha muerto ya.

-Hace muchos años –replicó el pequeño.

Cuatro, cinco hombres abrieron el círculo y se retiraron. Malacqua observó que conversaban entre ellos y con sus familias, señalaban al Zambo y revisaban los bultos que llevaban consigo. Tomarían el camino de regreso a Esmeraldas.

En el Tambillo la caravana fue retenida por un destacamento de seis soldados, un oficial y tres frailes, dos dominicos y un franciscano y llevada al almacén del antiguo fielato. Preguntaron, revisaron, examinaron a los hombres y un grupo de monjas capuchinas se llevó a las mujeres a una bodega aledaña. El proceso fue largo y tedioso. Bastó que Malacqua mostrara un cuarto de plata a unos de los gendarmes, para que fuera apartado y dejado ir.

Atardecía en Quito cuando pisó las primeras calles del casco viejo. Como era su habitualidad buscó y encontró alojamiento en la calle Chile cerca de la plaza de la Independencia, de la sede de gobierno y de la catedral y el palacio arzobispal. Instalado en el hotel *Europa* donde lo registró un recepcionista ciego y llevando su bolsa en bandolera bajo la camisa, preguntó por un cambista y eligiendo con prudencia redujo algunos valores del botín de Lima por moneda de circulación local. Faúndez, el especulador, aunque lo observaba con intensa curiosidad no preguntó nada. Su fachada legal y la prestancia de Malacqua lo disuadieron de cualquier delación.

Más que en Buenos Aires y La Paz, más que en Lima, vio en las calles profusión de curas: dominicos, franciscanos, benedictinos, mercedarios y jesuitas. Daban la bendición, proponían confesión y repartían estampas. Antes que la noche oscureciera la capital, Malacqua descubrió a un obispo que entraba al palacio presidencial, otro que descendía de un carruaje y entraba a la residencia episcopal y dos, que tomados del brazo, atravesaban la plaza sendereando a la catedral.

Sus dudas se disipaban con rapidez. El discurso del zambo, los reparos para entrar a Quito, los frailes que ocupaban virtualmente el centro de la ciudad, la descarada fraternidad de los curas con los uniformados y las cuatro dignidades de alcurnia en una ciudad pequeña hacían patente para cualquiera, pero por sobre todo para el resucitado, que el poder político de esa república tenía una

alianza indisoluble con la iglesia. Y esa circunstancia era propicia para la protección y el refugio de las rebañaduras inquisitoriales y de los elementos emergentes de la Perseverancia.

A punto de retirarse a descansar, Malacqua advirtió cierta agitación en la fachada del palacio gubernamental. Una docena de granaderos se apostó en la escalinata. Malacqua caminó hasta sentarse en un banco en la acera frente al portal. Estaba a diez pasos de la entrada y pudo observar, con total perspicuidad a los dos personajes bajo la luz de los faroles de gas. El que apareció primero debía ser el Presidente de la República, con sencillez uniforme militar: de edad mediana, delgado, nariz recta y larga, bigote fino y canoso. Cuando se fijó en el que llevaba el palio de arzobispo no pudo evitar un impulso instintivo: subió el cuello de su gabán, ocultó su cara con la bufanda y caló hasta las cejas el sombrero. Aquél hombre del solideo violeta tenía sus mismos rasgos y contextura, tanto que podía ser su hermano. El corte y color del cabello, su barba siempre incipiente, su nariz, la forma de sus orejas, su frente limpia, sus ojos hundidos, sus pómulos afilados, su porte, su contextura, el largo de sus brazos y sus uñas, curvas, fuertes y crecidas lo que hizo que su despedida del jefe de Estado se redujera a una estudiada y mínima reverencia.

El presidente entró al palacio, el arzobispo se alejó en su coche y Malacqua bajó el embozo. Un sereno voceó la hora, y un lustrabotas, con la cara y las manos sucias por el betún, puso una rodilla en el suelo frente a él.

-¿Grasa para sus botas, Eminencia? –le preguntó.

Un destello cómplice iluminaba los ojos del mozuelo.

Malacqua miró sus botas de cuero rudo, surcado por grietas, líneas de barro seco y espigas de cardos.

-¿Crees que puedes hacer algo por ellas?

-Monseñor –dijo el joven –aunque el encuentro sea reservado siempre hay que presentarse con los zapatos acharolados, como los que usa en sus ceremonias.

-¿Con quién me confundes? –interrogó Malacqua sabiendo por anticipado la respuesta.

-Pero si lo he visto, recién en la puerta del Carondelet, con el presidente García Moreno –el muchacho sacó de su cajón una escobilla de cerdas y un pote con la crema para enlucir.

Malacqua puso una de sus botas en la huella de madera del lustrín.

-Has tu trabajo –le pidió.

-Nunca se han abiertos mis labios para hablar lo que no debo –dijo el limpiabotas.

-No soy quien tú crees –insistió Malacqua.

El jovenzuelo inició su trabajo dando certeros golpes con el cepillo, esparciendo la pasta sobre las maltratadas botas del resucitado. Antes que terminara Malacqua tiró una moneda de plata dentro del cajón. La tomó el lustrabotas y la hizo brillar entre sus dedos negros por el unto:

-Estoy a sus generosas órdenes, cuando su merced lo disponga.

Malacqua lo despidió.

-Anda ya –le dijo.

El muchacho caminó hacia el centro de la plaza, volviendo la cabeza a cada paso, levantando el dedo índice de su mano derecha.

Encogido como el buitre que había sido en una plazoleta en Buenos Aires, Malacqua reflexionó en torno a la coincidencia. Se puso de pie y caminó hasta una concurrida calle donde en las friterías ambulantes se preparaba la comida para los variados habitantes de la noche quiteña. Frente al óvalo de vidrio de la vitrina de un colmado aún abierto admitió que su semejanza física con aquel arzobispo era asombrosa y si a ese hecho se añadía el falso reconocimiento del lustrabotas, se podía deducir que ese parecido era consistente. ¿Cuánto?, no era posible de estimar en ese momento, pero era evidente que podía significarle una ventaja, ¿cuál ventaja?, también tendría que evaluarla.

Entró al comercio que reflejaba su imagen y buscó en cajas atiborradas de objetos de distinta índole. Allí se avisaba, además, que expendían tabaco de Arabia, ginebra de Holanda, whisky ahumado de Kentucky y caviar del mar Caspio. Entre tantas baratijas encontró unos lentes de vidrio oscurecidos por los que le preguntó al dependiente:

-Los dejó un chino para que se las vendiera, dijo que habían sido de su abuelo, un juez de Pekín, que las usaba para que los acusados no vieran la expresión de sus ojos, ¿son de cuarzo negro!

Malacqua las llevó y compró además una peluca rizada y tabaco para diez días.

Ya en el hotel *Europa*, pidió y recibió las llaves del ciego.

-Señor –le dijo al entregarle la llave –si no fuera porque su nombre es Aguabuena, juraría que se aloja aquí el arzobispo de Quito, su Eminencia don Hugo Gonzaga y Mardones.

Malacqua se palpó la cara. O sin percatarse había perdido los lentes recién comprados o el hombre que tenía delante fingía su ceguera. Sin embargo los anteojos chinos continuaban en su lugar y era evidente que esos ojos secos como esferas de cal no eran capaces de distinguir una forma, una luz o un color.

Había pedido una habitación en la primera planta y en ella había una cama, un ropero, una mesa con una silla y un lavabo con un espejo. No quiso confrontar otra vez su parecido con el arzobispo, se tendió en la cama y

despertó después de la medianoche, cuando comprobó la hora en el reloj de bolsillo que le dejara el pirata. Se lavó la cara, guardó los efectos de su disfraz en un bolsillo y salió del hotel. Se dirigió a la catedral, esperando descubrir oficios nocturnos, clandestinos, abreviados autos de fe que podrían ratificarle la presencia en Quito de los inquisidores que huían de España.

El pillastre lustrabotas cazó a Malacqua por el borde de su abrigo cuando cruzaba la plaza. El resucitado creyó que era un perro hambriento que lo mordía y lanzó una mano buscando su garganta. La uña pasó a una línea del cuello del muchacho.

-¡Monseñor! –exclamó el joven, alarmado –no he querido sorprenderlo.

-Ni lo intentes de nuevo –Malacqua escondió sus uñas.

-Me han robado el dinero de mi silencio.

-Nada he pedido que calles –lo reprendió Malacqua.

-En el barrio de Breña, fue el navaja Ampuero y su banda.

-¿Tienes hambre, entonces? –le dijo Malacqua sin decidirse a creerle.

-Mucha, no como hace dos días.

-No me digas que ibas a entregar la moneda a tu madre enferma.

-No se ría monseñor, no tengo madre.

Malacqua llevó al muchacho hasta el último fritero de la noche. Vio que comía con hambre de pobre, dejando vacía la parrilla del comedero. Luego cogió un vaso de cerveza que el vendedor llenaba desde un tonelillo.

Una vez que Malacqua pagó, el hombre tapó la parrilla con un trapo, la subió a un carro con dos ruedas y abandonó la calle. Quedaron solos, Malacqua con la cabeza vuelta hacia la catedral y el palacio del arzobispo.

-¿Vuelve ya a dormir? –preguntó al chicuelo.

Dobló el cuerpo Malacqua y tomó al porfiado por los hombros.

-¿Cuánto sabes de Quito y de lo que en Quito ocurre?

-Vivo en sus calles, nada de lo que pasa en ellas es ajeno para mí.

-¿Cómo te llamas y donde vives?

-Me dicen Manuel de la calle.

Malacqua lo sacudió levemente, lo soltó, se incorporó y puso en su mano otra moneda.

-¡Escúchame! –le dijo y escúchame bien –mañana, a esta hora y en este lugar, quiero que hagas para mí un recuerdo de todo lo acaecido en esta ciudad en lo que va corrido de este año.

Acarició la moneda el joven y respondió:

-¿Para qué esperar hasta mañana?

-Quiero que tengas tiempo de recordarlo todo.

-Visitas, cambios, vigilancia, mucho miedo.

-Los detalles, mañana.

El limpiabotas se encogió de hombros.

-¿Vendrá con estas ropas, Eminencia?

-Con las que venga.

Al día siguiente, después de desayunar, Malacqua ocupó el banco en la plaza, frente al palacio eclesial. Usaba el sombrero, la bufanda y las gafas para impedir cualquiera odiosa confusión. Se abrieron las puertas de las iglesias y el aire fresco de Quito se perfumó, delicadamente, con olor a incienso. Nada especial sucedió durante la mañana. Antes de las doce del día un carruaje se detuvo frente a la puerta principal del edificio arzobispal. Cuatro granaderos marcharon desde la fachada de Carondelet y en posición firme flanquearon el carro. El postillón abrió la portezuela de la cabina y desplegó la escalerilla, en el instante en el que el arzobispo de Quito, Gonzaga y Mardones salía de su residencia. Malacqua rengueando se acercó a pedir una limosna. Quisieron apartarlo los soldados, pero Malacqua se arrodilló:

-Monseñor –gimió –un centavo para el ciego.

Su Ilustrísima detuvo lo que podía ser una golpiza:

-El lugar de los mendigos –le dijo –está en los vestíbulos de las iglesias.

-No los distingo, Eminencia –dijo Malacqua.

El cielo de Quito resplandecía con un sol magnífico lo que le permitió, aun a través del humo de sus anteojos, calificar con exactitud las facciones del religioso. Todo coincidía, también una pequeña cicatriz en la comisura izquierda de su labio. Sin dejar de cojear y con las manos vacías de limosna, el resucitado retrocedió.

Al subir el calor la plaza quedó desierta y Malacqua tuvo hambre. Sin despojarse de su disfraz se dirigió al primer comedero, sobre la avenida Ayacucho. Sin que lo pidiera le sirvieron un pusandao de pargo y de postre una acanelada chucula. Eran los guisos del día. Cansado y satisfecho se refugió en la habitación del hotel y durmió hasta que la campanilla del *tachenuhr* sonó ocho veces. Se levantó, se cercioró que el ciego hacía el turno vespertino, le pidió un té con biscocho:

-Ha creído, señor –Malacqua quiso iniciar una conversación –que aquí se alojaba el arzobispo Gonzaga.

-Es su voz.

-¿No es natural de España?

Sonrió el ciego.

-Tanto como yo y dudo que haya bajado de las alturas de esta sierra; Gonzaga es nacido, criado y ordenado en esta ciudad, donde ha dedicado su vida a la iglesia, a la caridad, a la evangelización y al cuidado de la pureza de la fe.

-Dura labor.

-Ingrata, desde que el Santo Oficio ha desaparecido.

-Lamentable.

-No será para siempre; el presidente García Moreno, a quien el arzobispo Gonzaga no ha abandonado ni para viajar a Roma, donde se dice le sería confiado el cardenalato, ha prometido poner las cosas en su lugar.

-Su ceguera le ha impedido verlo alguna vez.

-No señor, perdí la vista en un accidente de caza, cuando era diácono de la catedral; monseñor, con su generosidad, me ha dejado a cargo de este albergue, que es de propiedad de la curia.

El hombre estiró su mano hacia el rostro de Malacqua, pero no alcanzó a tocarlo.

-Hágame llevar lo pedido a mi habitación –Malacqua dio un paso atrás.

Con la taza de la infusión en su mano, Malacqua inició el sistemático estudio de su situación y la forma de llevar a cabo sus acciones si era Quito el lugar señalado. Era interrumpido de manera involuntaria e iterativa por recuerdos que estropeaban su metódica; su padre encerrado en el taller de camafeos, el ojo derecho magnificado por el monóculo, su madre encerrada en su cuarto de cortinas veladas, melancólica desahuciada, el escape de Torre del Greco, sus estudios, su decisión errática y precipitada de entrar al sacerdocio, la seguridad de no tener hermanos ni primos. Pronto se percató que esa última certeza obedecía al terror de descubrir que el parecido con Gonzaga podría obedecer a un vínculo sanguíneo. Sus orígenes personales, los del obispo y la información recibida lo llevó a descartar esa posibilidad.

Alejada esa hipótesis, su pensamiento recobró su función analógica y la coherencia volvió a la planificación de sus acciones:

Su parecido con Gonzaga Mardones ¿era una casualidad intrascendente, una coincidencia arbitraria, o una oportunidad propicia para su venganza?

A la hora fijada, Manuel de la calle cumplió con lo solicitado:

Del recuento Malacqua filtró la fantasía del joven y los hechos inverosímiles, pero debió aceptar que aquella narración conducía a reconocer que la historia no es únicamente la concatenación aproximativa y vagamente esperable de hechos en la línea del tiempo en un espacio determinado; ellos pueden ser torcidos por circunstancias inesperadas que la conducen por rumbos insospechados. Lo anterior se veía ratificado por su experiencia. Al finalizar Manuel extendió su mano con la palma mirando el firmamento.

-Suponiendo que el señor es quien yo creo que es –dijo -nada nuevo ha escuchado, pero si no es quien pienso que es, no quisiera ignorar para que le servirá toda esta información.

-¿Sabes leer, hijo? –le preguntó sin asunto aparente Malacqua.

-Mi madre fue maestra y mi maestra hasta que se la llevó el Señor; leo ediciones antiguas de *El Cosmopolita* y la gaceta del arzobispado. También conozco la Carta Negra. Si el señor puede regalarme un libro, lo podría descontar de mi recompensa.

-¿Cuántos años tienes?

-No lo sé, ocho cuando murió mi madre, pero no recuerdo cuando se fue.

-En su tumba estará la fecha.

-No tiene tumba, los enterraron a todos juntos.

-¿La peste?

El joven calló

-Quizás –dijo.

-Eres un hombrecito ilustrado, cómo es que no has encontrado un buen trabajo.

-Cuando voy por uno me preguntan cosas, les respondo, los patronos miran para el lado y me despiden.

Malacqua no insistió y le dio la moneda prometida.

-Mañana te necesitaré una vez más.

-¿Aquí, a la misma hora?

-Aquí, una hora más tarde.

Sentado a la mesa de su cuarto en el hotel *Europa* Malacqua reprodujo mentalmente un resumen de lo informado por Manuel de la calle.

“Una tarde de otoño, entraron a Quito, montados en mula o a pie un centenar de curas. Se notaba que venían de un largo viaje y a pesar de sus vestiduras andrajosas y sus miradas hambrientas caminaban con arrogancia, como un ejército derrotado, pero no rendido. La gente de Quito fue obligada a encerrarse en sus casas y se prohibió, por varios días, salir después de las siete campanadas de la catedral. Yo vivo de noche, de tal modo que pude ver como los recibían y agasajaban en el palacio arzobispal y en el Carondelet. En todas las iglesias de Quito se celebraron misas desde el amanecer hasta la hora en que los granaderos despejaban la ciudad y los hombres y mujeres eran acarreados a dar gracias a Dios. Rondas de sacerdotes y militares recorrían las barriadas hasta que un día todo acabó. Fue el que siguió a la noche en que los frailes visitantes fueron trasladados al Panecillo, el cerrito que se eleva en el corazón de Quito y donde se presume estuvieron los arsenales del ejército realista antes de la batalla de Pichincha. De allí no han salido, que yo lo sepa.”

2.- Malacqua no salió de su lugar de alojamiento en todo el día. Pidió al ciego pan, queso de cabra, cecinas y una botella de vino y ocupó la jornada de ese sábado en afinar su plan.

Al reencontrarse con el lustrabotas le hizo tres preguntas: ¿ha visitado ese lugar el arzobispo o el presidente García Moreno?; ¿está vigilado ese cerrito?; ¿ha desaparecido gente de la ciudad?

El mozo respondió sin titubear:

-Ninguna autoridad se ha acercado al Panecillo; está cercado por la caballería del regimiento Chimborazo; mucha gente ha huido de Quito, a la sierra o a Guayaquil.

-¿Se te escapa algún detalle?

-¿Detalle?, tal vez, pero desde que esos monjes llegaron las misas son más prolongadas, los sermones tremendos; también los viernes se queman libros, y por faltas menores se han restablecidos los azotes públicos.

-¿Alguien los visita?

-Al presbítero Lira se le ha visto rondando el Panecillo,

-¿El capellán del arzobispo?

-¿Qué pasa en Quito?, monseñor?, ¿por qué han cerrado salones de tertulias y clubes mancomunales?, ¿por qué los italianos deben llevar una letra i cocida en sus chalecos y la brigada de la Purificación creada por García Moreno obliga a hombres y mujeres, al azar, a comer puerco asado?

Malacqua percibió la creciente desconfianza del muchacho.

-Un premio por una última asistencia –lo tanteó mostrando el canto de una moneda de oro.

-¿De qué se trata?

-Entrar ahora al edificio episcopal y hacerme de una vestidura de Gonzaga.

Dudó Manuel de la calle:

-Monseñor, basta que toque a la puerta.

-Si fuera quien no soy no te pediría que escalaras el palacio.

El jovenzuelo movió la cabeza.

-Si nos sorprenden terminamos en el purgatorio –dijo.

Malacqua escondió la moneda.

-Del purgatorio no te libras –le aseguró –has pecado lo suficiente, pero ^{si} puedes ahorrarte el infierno de la pobreza en este mundo.

-¿Una sotana obispal?

-Debo entrar a los arsenales del Panecillo.

-No es raro ver a dignidades con una simple sotana negra, una de esas se la consigo en un minuto.

Malacqua se quedó pensativo.

-Anda –le ordenó, si sin querer te he embaucado a ti, es probable que embaucque a todo el ejército del Ecuador.

Se fundió Manuel en la noche Quiteña y antes de que Malacqua apagara su segundo cigarro reapareció con un bulto bajo el brazo.

-Esta le vendrá bien –afirmó.

-¿Dónde la obtuviste?

-De la parroquia del hospital La Merced, cerca de aquí.

Malacqua le alcanzó un doblón de a cuatro.

-Cuidado con el cambio –lo precavió –que esta es una moneda rara.

⊗ Sonrió Manuel con su cara de niño:

-Descuide monseñor, que se sabe de entierros en las faldas del Pichincha.

-Debes guardar silencio de estos encuentros; nunca has estado con el obispo Gonzaga ni con nadie que se le parezca.

El resto de la noche Malacqua tuvo un sueño escaso, incómodo por el olor de la sotana robada. Cuajado el aire de la habitación por el olor a esperma, mirra de ocasión y desaseo; la había usado un cura pobre. Pero las narices no se ofenden con el mal olor de un cura, se honran por el desprendimiento que eso implica. Descartó el desayuno y limó sus uñas hasta la normalidad.

Con las once campanadas, el resucitado abandonó el hotel. A las doce Gonzaga oficiaba la misa dominical ante la presencia de García Moreno y su gabinete en pleno; lo que hacía improbable que a esa hora, por una insoslayable causalidad, se le ocurriera visitar el Panecillo por primera vez.

Con el gabán, la peluca, las gafas y la bufanda escondiéndole las facciones, se fue orillando por la calles de Quito, hacia la colina del Panecillo que separa el casco viejo del sur de la ciudad.

Una guardia a pie, exigua, armada con fusiles de cartucho custodiaba el perímetro del cerro, más arriba y por cualquier sendero por el que se quisiera llegar a la mínima cumbre, vigilaban un oficial y un argento del regimiento montado Chimborazo.

Era una guarnición sin sentido, nadie en Quito se hubiese animado a internarse por los túneles del Panecillo.

Se deshizo Malacqua de su disfraz y por un terreno enmalezado caminó al encuentro de los caballeros. Le dieron el alto a treinta pasos y desenvainaron sus sables. Corvetearon los caballos, pero Malacqua, ^{con} la cabeza en alto, siguió su ascenso, teniendo por cierto que no tardaría en saber si su parecido con Gonzaga, como ese parecido tan definitivo como para burlar a los soldados. → RC.

Cuando tuvieron a Malacqua al frente, guardaron a prisa sus sables, desmontaron y pusieron una rodilla en tierra.

-¡Monseñor! –exclamó el oficial, buscando la mano de Malacqua para besarle el anillo.

-Ponte de pie, hijo –dijo el aludido corrigiendo esa carencia imperdonable - que me he despojado de símbolos que puedan ofender a quienes visito.

Se incorporaron los dos hombres y el Teniente abrió el camino al pretendido arzobispo de Quito. El sargento, atrás, llevaba los caballos de la brida.

-¿Están estos sufridos monjes bien atendidos? –preguntó Malacqua sin temor a equivocarse.

-Sí Eminencia, nada les ha faltado: agua, alimentos frescos, vino, indumentaria, información y consuelo.

-¿Es el padre Lira quien los acoge?

-En efecto, monseñor, dos veces por semana.

Tres controles saludaron a Malacqua y en el último se requirió de una complicada contraseña de sílabas y sonidos para que se abriera la puerta de acceso.

Un socavón de minero, angosto, penetraba el Panecillo, aumentando en altura a medida que se avanzaba. Sus paredes estaban enladrilladas y numerosos candelabros de cinco velas colgaban de la piedra del techo. La galería se abrió a un sibil amplio, recientemente excavado. Tenebrarios y candeleros daban una luz suficiente para descubrir las comodidades del recinto: sillones tapizados con buenas telas, mesas con variados libros, tinteros y plumas, tableros cubiertos con manteles sobre los que había profusión de bandejas con pan, frutas, encurtidos, quesos, cremas y recipientes con nieve en los que se enfriaba el vino. Gobelinos ocultaban la roca labrada y un crucifijo de madera pintada presidía el lugar. Con rapidez Malacqua contó veintinueve monjes que comían o bebían, dormitaban, leían o escribían y conversaban en voz baja. Sus hábitos estaban limpios y dominaba el aroma del incienso. La evidencia del encierro impedía confundir esa cueva con un claustro universitario o sus comodidades con las de una dependencia catedralicia.

Entrechocó sus talones el oficial para llamar la atención y todos los frailes se pusieron de pie, quedando donde estaban, incrédulos ante la presencia de Malacqua.

Unos instantes después, uno de ellos, de riguroso hábito negro, se adelantó.

-Soy el padre Lucero, monseñor –dijo con una genuflexión insuficiente reconociendo en él a Gonzaga y una voz templada -deseo de todo corazón que venga a darnos la buena nueva.

-La buena nueva ya la dio nuestro Señor –respondió Malacqua –decidido a imponer su autoridad sobre la Compañía.

El jesuita bajó el tono:

-En esta su primera visita, no podíamos esperar menos.

-Vengo a comprobar lo que ya me ha sido informado, que no carecen de atención física ni espiritual.

-Sólo de la libertad.

-La libertad vendrá de Roma –Malacqua se separó de Lucero y se dirigió donde un cura joven y asténico, sentado en un sillón con las rodillas plegadas, que lo miraba con una mueca de dolor.

-¿Qué le hace falta, padre? –le preguntó.

El monje agitó una servilleta desde la que volaron migajas de un pastel:

-¡Relajadlo, relajadlo! –exclamó.

El jesuita estaba detrás de Malacqua:

-Se trastornó durante el paso del Cabo de Hornos –le explicó sumiso – confundió las lenguas ígneas de las fogatas de los aborígenes con la hoguera de un auto de fe.

Malacqua regresó a la entrada de la estancia:

-Paciencia no es lo que me atrevo pedirles, ya han tenido suficiente, sí confianza en Roma y en el Presidente García Moreno; no creo que pase mucho tiempo antes de que regrese a rogarles que continúen con vuestra irrenunciable labor.

Un dominico dio dos pasos y se expresó con respeto:

-Eminencia, aunque ya fuimos escuchados con atención a nuestra llegada desde Guayaquil, estoy cierto que muchos de nosotros quisieran otra audiencia con vuestra dignidad; creemos factible reanudar nuestra misión en la provincia, con prudencia y temor, allí el libertinaje y la herejía contamina las comunidades cristiana y vuelve irreversible el paganismo de los indígenas.

Malacqua abrió los brazos:

-Hago mías vuestras dudas y angustias y vuestro encomiable celo, pero debo retirarme para llegar a tiempo a la catedral a cantar la misa dominical.

El dominico lo retenía con la mirada y Malacqua percibió una enérgica suspicacia en el intento de retrasarlo. Esos hombres habían estado con el arzobispo Gonzaga en una única oportunidad, pero quizás habían escuchado hablar de Malacqua, memorizando su descripción e incorporando en ella el apremio por su búsqueda y entrega. No era imposible que ese tonsurado hubiese visto en él a ese hombre infame y no al benemérito arzobispo de Quito. La saludable paranoia de la sobre vivencia, que escribiera en clave el obispo Foggia en su bitácora antes de morir y descifrada por Viffarao, alumbró la incertidumbre que enmudecía a Malacqua.

Pues cuando el carillón de la catedral tocó la madia de la hora once, dos agente policiales quiteños se presentaron ante la agencia de Faúndez, el cambista. Este los había llamado convencido que Manuel de la calle ignoraba

la procedencia del doblón que había querido canjear y que de el muchacho no obtendría ninguna información lucrativa y queriendo congraciarse con la autoridad, lo había denunciado por ladrón.

Fue llevado hacia la estación policial y desde allí al edificio episcopal. Bien se sabía que García Moreno había decretado que todo entierro de oro y piedras preciosas cuya antigüedad datara de una fecha previa a 1830, debía ser denunciado por considerarse propiedad de la iglesia y a ella devolvérsela. Pues era de vasto conocimiento que en esa época los párrocos, sacerdotes y obispos de Lima alertados ante el saqueo contumaz de las tropas libertadoras de San Martín, Bolívar y Sucre, habían tenido la prudencia de esconder o embarcar las riquezas de la iglesia para un posterior provecho. Y el capitán del cuartel donde fuera conducido Manuel sabía muy bien que los doblones de oro habían sido acuñados en el siglo anterior.

Gonzaga y Mardones era vestido en la sacristía de la catedral con sus ropas de oficiante. Había escogido una casulla bordada de oro y plata, pues le habían soplado que García Moreno llevaría su uniforme de gala.

El vicario de la catedral, que recibió esposado al joven y en un sobre el producto de su rapiña y no obstante la importancia del procedimiento que se llevaba a efecto con Gonzaga, se atrevió; ese doblón podía ser parte del perdido botín de Lima, insospechadamente extraviado en alguna sierra ecuatoriana e ignorado por todos. La iglesia de Quito se lo merecía.

También pensó de igual modo el arzobispo que mandó a traer a su presencia al ladrón.

Cohibido, sin reconocer que el sentimiento que lo acometía era puro miedo, Manuel hubo de arrodillarse ante Gonzaga.

-¿Cómo te hiciste de esta moneda? –le preguntó con suavidad, con la voz de Malacqua.

Manuel doblegó el cuello. Aturdido, inseguro, no sabía a quién tenía delante, pero el rodillazo del vicario en sus costillas lo dispuso a una respuesta explicable.

-Monseñor –clamó sin levantar la cabeza -anoche lo he recibido de sus manos.

Lo que el sentido común le decía a Manuel era una burla o un disparate para Gonzaga:

-¿Qué tratas de insinuar, malaventurado?

-Fue el precio por una sotana de la capilla del sanatorio La Merced.

Gonzaga no perdía el juicio.

-¿Para qué querría una sotana, que no me faltan?

-Una sotana usada, para concurrir con humildad a visitar a los frailes que están encerrados en el Panecillo.

De la adustez a la ira, de la ira a la alarma, de la alarma a la desesperación y de la desesperación a la claridad, el rostro de Gonzaga reflejó en un segundo lo que el de un actor dramático no logra expresar en todo un acto.

-¿Cómo describirías a ese hombre que anoche se ha hecho pasar por mí?

-Igual a monseñor, pero con gafas negras, sombrero de paño y bufanda en el cuello.

-¿Mencionó sus intenciones?

-Nada.

De súbito exasperado Gonzaga tiró lejos los zapatos de tacón y hebilla de plata que había calzada para la ceremonia, también rompió la dalmática de seda y pidió su sotana y sus botas:

-¡Avisen a García Moreno!, ¡que envíe un destacamento al Panecillo!, ¡que preparen mis caballos!

No olvidó ordenar que encerraran al ladronzuelo, le dieran veinte vergazos y colocándose un roquete sobre el hábito corrió hacia el patio.

Malacqua tuvo la convicción que se cernía sobre él una de esas terribles casualidades al escuchar una sorda barahúnda de gritos y metales. Ante la espantada estupefacción de los perseverantes, Malacqua sacó el revólver y ajustó la uña del índice derecho al gatillo. Se adelantó al granadero que entraba con el fusil en ristre y apuntó dándole de lleno sobre el oído. Trastabilló el moribundo y tropezó en su cuerpo que caía el oficial que venía tras él, sin lograr apuntar al impostor. El *Collier* funcionaba sin atascarse y la segunda bala disparada por Malacqua se alojó en la ingle del atacante. En la entrepierna del infeliz creció un globo que alcanzó vertiginosamente el tamaño de un durazno; el hombre llevó sus manos hasta la herida, pero cedió la tela y reventó ese tumor, regando la estancia con sangre roja, relumbrante.

Detrás, en el umbral de la estancia, Gonzaga y Mardones y dos militares, enceguecidos por la lluvia roja, no se atrevían a intervenir. Malacqua encañonó e hizo fuego por tercera vez. El proyectil perforó la cruz pectoral del arzobispo y lo atravesó con un escalofriante crujir de costillas. Gonzaga cayó de rodilla y prendió su mirada en los enrojecidos ojos de Malacqua. La muerte le impidió saber si había sido él mismo quien se disparaba.

Aprovechando la confusión y la aglomeración de soldados en el atrio de la estancia Malacqua buscó una salida. Un monje cartujo, quiso detenerlo:

-¡Es Malacqua, el nefando Malacqua! –gritó.

Pero el resucitado, guardando el *Collier*, ya se escabullía por una galería secundaria, perdiéndose en la gradual oscuridad de la colina. Iba eligiendo túneles al azar, sondeando el piso, palpando el muro con su mano izquierda. De repente su mano perdió el sustento de la roca al apoyarse en una cortina de

consistencia vegetal, detrás de la cual sintió una enérgica fuerza aspirativa. Se dejó llevar por esa corriente de aire inversa hasta llegar a una cavidad excavada en el corazón del Panecillo. Una luz que provenía de una claraboya natural le permitió reconocer que había encontrado el perdido arsenal de Aymerich, el derrotado jefe realista a quien el noble José Antonio de Sucre le perdonara la vida después de la batalla de Pichincha. Toneles de pólvora seca, de salitre y azufre, balas de cañón, granadas, bombas, abrojos y clavos, espolines y mechas y armas de todo tipo. En un rincón había media docena de redomas de vidrio que contenía un líquido dentro de otro. Malacqua no entendía de armas y explosivos, pero comprendió que ese era un arsenal antiguo, pero vigente y poderoso. Examinó los recursos acumulados, descorchó las redomas y olió el olor a vinagre y miel que expelían y cuando el eco cavernoso del Panecillo lo dejó percibir el vacilante cerco de sus perseguidores, volcó un barril de pólvora, agregó azufre y nitrato y arrió a lo derramado todos los materiales que consideró explosivos. Desde ese cúmulo de inflamables formó una línea de pólvora cuyo otro extremo hizo coincidir con el halo de luz que descendía por la lucerna. Y utilizando sus uñas ya crecidas como piolet de andinista subió por la garganta de piedra alcanzando con rapidez la abertura superior: estaba en la cumbre del Panecillo. Recostado sobre su vientre y con su cabeza insinuada en el tragaluz sacó el revolver y apuntó hacia la oscuridad. Al primer intento la bala encendió la línea de pólvora que inició su camino de fuego. Malacqua se arrojó colina abajo, interrumpiendo su rodar un montículo de arenisca. Se levantó, sacudió sus ropas y corrió alejándose del Panecillo que empezaba a crispase. En sus mínimos barrancos se desraizaban los árboles, las tibuchinas y las pasifloras perdían sus pétalos, se cascaban las piedras y se rasgaba la tierra resistiendo aún una fuerza latente que no terminaba de expresarse. En un momento una energía inversa paralizó a las pequeñas bestias del chaparral, a los perros vagabundos y a las iguanas y dejó suspendidos en el aire a dos colibríes que se mecían, sin aletear, como coloridos volantines cautivos.

Malacqua se protegió detrás de un talud, dándole la espalda a la iracunda fiesta que ofreció el Panecillo a los habitantes de Quito. Se hinchó el cerrito como si criara un volcán y Malacqua creyó que reventaría como un bubón; sin embargo, súbitamente, desde su seno, fue agujereado por una infinidad de cráteres que dejaron escapar un material humoso, casi líquido, que eclipsó el mediodía quiteño; luego expulsaron pedruscos y galgas que giraban buscando el plano de la ciudad, manos azules empuñando espadas y cabezas vivas fundidas en sus casos de bronce navegando en una lava tibia, torpe e inofensiva. Entonces la base del Panecillo colapsó con un espasmo atronador

que sumió su cumbre hasta la mitad de su altura y la levantó después como si la tierra hubiese sufrido una náusea incontenible y fugaz.

Dentro de una nube de polvo, cenizas y carbón que tardaba en disiparse, García Moreno, al mando de su guardia personal encontró a Malacqua tendido en la pendiente donde se había protegido de la explosión. Era el único ser vivo en las inmediaciones del remodelado Panecillo.

El Presidente desmontó de su alazán, puso una rodilla en tierra y besó las manos sucias de Malacqua.

-Gracias a Dios, monseñor, que le ha conservado vida.

En angarillas y muy bien custodiado Malacqua fue transportado al palacio arzobispal. Le habían preparado una tina de agua caliente en la que flotaban cortezas de clavero. Se cuidó de guardar la bolsa con sus valores y después del baño se vistió con las ropas de dormir de Gonzaga y aceptó una comida liviana y se encerró en el dormitorio.

Las sábanas de raso destemplaban las cicatrices de sus manos y un almohadón de plumas parecía querer abrazarle la cabeza y hundirla en abismos muelles y cálidos. De un salto salió de la cama, se envolvió en una manta de lana y se sentó en un diván, bajo una ventana.

Perdida la noción del tiempo pero presentes los recuerdos de lo ocurrido, su sueño fue interrumpido por golpes delicados pero insistentes en la puerta del dormitorio.

Era el padre Torreones, el vicario de la catedral que entraba con un lacayo que llevaba una bandeja de plata.

-Su desayuno monseñor –le dijo, dando la pasada al empleado que instaló la bandeja sobre la falda de Malacqua.

Malacqua miró el café negro, la jarra con crema, el pan horneado, las galletas de jengibre, las mermeladas, los cubos de cacao y azúcar, la miel y la manteca.

-Gracias –dijo.

-Me disculpo, monseñor, por haberle interrumpido tan merecido descanso, pero el Presidente desea verlo a las once de la mañana, pues tiene previsto viajar a Guayaquil en cuanto se canten las lucernarias.

Malacqua comió con frugalidad, ignorando como lo hacía su antecesor, no queriendo levantar sospechas.

Al dejar la taza en la bandeja, el vicario ordenó al sirviente que la levantara.

-El Panecillo le ha quitado el hambre, monseñor –observó Torreones.

El resucitado no contestó, apartó la manta y puso los pies en el suelo. Las campanas de la catedral tocaron diez veces.

-Está bien –dijo autoritario –estaré listo antes de la hora.

-Le recuerdo que el Presidente lo recibirá en el salón Amarillo.

En la recámara encontró la indumentaria de su rango. Disimulando su bolso se las probó con parsimonia, usando el gran espejo oval como testigo de su metamorfosis. Aquél sería un encuentro de protocolo. En una caja de nácar encontró el anillo que Gonzaga no había alcanzado a usar el día anterior.

Al cruzar el breve espacio entre la puerta del palacio arzobispal y el *brougham* presidencial, Malacqua escuchó que era ovacionado por una multitud. Saludó con su mano anillada, pero sintió una escasa espontaneidad de ese público. Todo había sido preparado, quizás también una acechanza en el Carondelet. No había olvidado el *Collier* en el bolsillo de la falda ni había recortado sus uñas, limpias de la tierra del Panecillo. El corto trayecto no lo dejó pensar. En el portal del edificio de gobierno un edecán le abrió la portezuela de la berlina y otro, más entorchado, lo introdujo al Carondelet.

Recorrieron largos pasillo, interrumpiendo la marcha ante el oratorio donde Malacqua simuló una plegaria: estaba ornado con un retablo de pan de oro, figuras sagradas en madera de cedro, finos reclinatorios, pesados candelabros de bronce y elaborados cuadros quiteños. Un crucifijo de madera iluminada dominaba la capilla.

En el gran salón de paredes cubiertas por tapicería amarilla, estaba el Presidente Gabriel García Moreno. De civil, con un chaqué negro y corbata de lazo, en actitud grave se apoyaba en una silla de respaldo. Despidió al edecán, tomó del brazo al resucitado y fue con él a una de las ventanas.

El pueblo de Quito había seguido el paso del carro de Malacqua y ahora se agolpaba en los jardines del palacio de García Moreno.

-Ilustrísima –dijo el Presidente –el pueblo ha querido comprobar que ha sobrevivido a los actos malévolos de los enemigos de la Iglesia.

-Gracias a Dios –respondió Malacqua.

-Pues no pudo hacerle daño la bomba que explotó cuando se dirigía a orar a la olla del Panecillo.

-¿Fue una confabulación? –Malacqua fingió ignorar lo ocurrido.

-Anarquistas o garibaldinos, no son distintos, pero la intervención de nuestro Señor ha frustrado su propósito.

Malacqua miró como la gente se devolvía. Como la policía indicaba las vías para abandonar el Carondelet, como los hombres y mujeres que habían asistido estiraban la mano al salir y eran recompensados. El Presidente apartó a Malacqua de la ventana. La incertidumbre de Malacqua se desvaneció: él tampoco había ido a orar al Panecillo, pero no podía negarlo. Ya sabía lo que diría continuación García Moreno:

-Se ha explorado con exhaustiva prolijidad todo el Panecillo y se han sepultado cristianamente los escasos restos humanos allí encontrados. Todo el que se encontraba en ese lugar ha muerto: Aymerich debió tener vasijas de oro

fulminante conservado en vinagre, de otra manera no se concebiría la magnitud de la voladura; yo en persona, Eminencia, velaré para que ese sitio sea un lugar de recogimiento y oración y dejaré como obligatorio deber a mis sucesores el que erijan una imagen de la Santísima Virgen María para su contemplación por toda la ciudad.

Malacqua se sentó en una de las sillas y aceptó un vaso de limonada.

-Lo que es propio, señor Presidente, de su auténtico y profundo catolicismo –afirmó.

-Ilustrísima, Ecuador ya no puede esperar más por un cardenal, ni su pueblo, su iglesia y su estado –García Moreno llenó un vaso con el agua perfumada - por razones que comprendo no ha querido dejar su diócesis, pero ya es tiempo que lo haga, el Papa lo reclama desde hace mucho.

Malacqua estaba siendo expulsado del país, lo que lo impelía a sospechar que García Moreno, aunque sin pruebas para acusarlo, podría haberlo descubierto.

-Invoco a Dios –García Moreno sostenía con su mirada afilada la enrojecida de Malacqua, tal vez buscando un indicio de culpabilidad –para que lo proteja en el viaje que emprenderá, hoy mismo, a Roma a recibir el capelo que el Santo Padre le tiene reservado.

Malacqua se levantó de la silla y el Presidente tiró de un cordón en la pared.

Entraron dos hombres de rigurosa etiqueta y de mediana edad. Cada uno llevaba un cartapacio que dejaron sobre la mesa.

-Son los documentos –García Moreno invitó a Malacqua a recogerlos –que le favorecerán el transporte hasta Esmeraldas y desde ese, nuestro puerto, a Buenaventura, Panamá, las Antillas, Cádiz y Roma.

Malacqua recogió las carpetas sin abrirlas.

-Está bien –dijo.

-Nuestras legaciones en esos países han sido informadas del importante propósito de su viaje y lo esperarán en cada escala que haga para allanarle cualquier dificultad que vuestra ilustrísima enfrente.

Y García Moreno se dirigió a uno de sus secretarios:

-¿Qué puede informarme?

-Que está todo dispuesto, excelencia, para su partida a la provincia del Guayas al terminar las vísperas.

Malacqua hizo una venia correspondida por el Presidente y salió.

En el patio del palacio del arzobispo estaba todo preparado. Un carro para viaje por caminos accidentados, caballos con sus arreos completos, mulas cargadas, arrieros y soldados.

-No ha perdido tiempo el Presidente –comentó Malacqua al vicario al descender del brougham.

-Él nada deja al azar.

-Revisaré mis habitaciones.

El vicario lo dejó pasar.

Estaban vacías, los muebles enfundados, los cuadros y espejos forrados, los cajones y roperos vacíos de ropas y objetos. Hasta creyó ver polvo acumulado en la ebanistería de los muebles y en los rieles de las cortinas. Allí, se diría, no había habitado nadie en muchos meses.

En el viaje podría desencadenarse el complot, consumarse el atentado, la orden final del perspicaz Presidente, la segunda muerte del arzobispo Gonzaga, futuro cardenal del Ecuador.

Al bajar se paró junto al coche que lo llevaría a las costas del norte del país y llamó al vicario.

-Unas palabras antes de partir –le pidió.

En un comedor secundario, donde Malacqua pidió café y estando solos, pretendió, a lo menos, acercarse al conocimiento del por qué Gonzaga y Mardones se dirigió al Panecillo a la hora en que debía officiar la misa en la catedral. Utilizó un subterfugio:

-He notado preocupado al Presidente –anotó.

-Como todos nosotros cuando bajo su consejo y la aprobación de su excelencia aceptamos cobijar a los inquisitoriales.

-Lo recuerdo –mintió Malacqua.

-La Inquisición ha sido abolida, el pueblo siempre la ha rechazado y temido y no son pocos los que juran que el gobierno se resintió al recibirlos; su ocultamiento en el Panecillo, así como una eventual libertad para proceder en las diócesis del Ecuador no eran un secreto para nadie.

-Eran hombres justos –dijo Malacqua.

-Y valerosos, pero ha sido la mano del Señor la que ha transformado el Panecillo en el gólgota de esos hombres.

-No contaban con su aprecio.

-Quizás, Eminencia, aquél muchacho y la moneda de oro fueron determinantes, si no hubiese sido por la confesión de ese ladonzuelo no nos habríamos enterado que algún liberal fraguaba alguna conjura contra el gobierno, que algún conspirador usurpando malamente su identidad intentaba penetrar en el Panecillo para utilizar a esos hombres, para dejarlos en libertad antes de tiempo, para divulgar sus acciones hoy consideradas criminales, desprestigiar al Presidente y hacer vacilar su gobierno.

-Es un hecho –dijo Malacqua y dejó la taza sobre el platillo.

-Un ángel custodio ha impedido que su Eminencia, con su justa ira, entrara en el Panecillo librándolo del holocausto.

-Quiero ver a ese joven, ahora –dijo dando por terminada la conversación.

El vicario protestó:

-Ilustrísima, él debe recibir su castigo, los veinte latigazos recibidos no son suficientes.

-Lo llevaré conmigo, yo sabré como castigarlo.

El vicario se movió con disgusto pero no hizo manifestó más reparos.

Malacqua subió al carruaje recogiendo los faldones de su sotana episcopal y esperó.

La comitiva estaba impaciente. Se sentían observados desde el Carondelet y el Presidente no aceptaba demoras en sus instrucciones. La hora de las vísperas se acercaba y el vicario no aparecía con el prisionero. A última hora y al galope entre dos jinetes con hábito secular, regresó el vicario con Manuel de la calle.

Frenó su cabalgadura junto al coche de Malacqua, mandó desmontar al muchacho y lo empujó al interior de la cabina.

-Es hora –le anunció a Malacqua y sin que este alcanzara a responder dio la orden a los cocheros.

Oscurecía en Quito cuando los carros tomaron el rumbo del este, buscando las huellas que los llevarían a Esmeraldas. Manuel, recogido en si mismo y en sus harapos, se acariciaba las muñecas escoriadas por las esposas sin atreverse a mirar donde había subido ni a quien acompañaba. Saliendo de Quito y después que el postillón encendiera un velón en el interior de la calesa, Manuel levantó la cabeza. Su rostro se desfiguró en una mueca instantánea de terror y su cuerpo se arqueó en un doble intento de protegerse o de saltar por la ventanilla.

Malacqua lo agarró por la camisa,

-Sosiégate –le dijo –que ahora sí soy quien tú crees.

Recuperó en parte su presencia de animo el callejero y balbuceó:

-¿Dónde me lleva, monseñor?

-A Roma, a Roma –respondió Malacqua.

VEINTITRÉS. (La esfinge en el espejo)

1.- Al arribar a Esmeraldas después de una marcha sin obstáculos o interrupciones, recuperado del encierro y de los golpes, Manuel de la calle recuperó su aplomo y su memoria. Se enteró Malacqua de la lucidez de Gonzaga al deducir de las palabras de Manuel de la calle de la existencia de un impostor en el Panecillo y de su potencial peligrosidad y de la seguidilla de casualidades: su parecido con el arzobispo, su descubrimiento del arsenal del

ejército realista y su acopio de oro fulminante y la precaria pero irrefutable presunción de su engaño por parte de García Moreno.

En Esmeraldas estuvieron dos días a la espera de la llegada de un vapor de quilla plana que subía desde Guayaquil y en el que navegarían costeados, hasta Buenaventura y luego hasta Panamá. Malacqua y Manuel, a quien nombró su sacristán, fueron acomodados en la casa del párroco del puerto y su presencia sirvió para bendecir la feria anual de Esmeraldas que se iniciaba ese día. No tuvo otra actividad el arzobispo en ese puerto quien autorizó al muchacho que se divertiera en las festividades. El sacristán demostró sus destrezas aprendidas en la calle en la carrera de ensacados, en el tiro de la pelota y en el trepar a la cucaña. Recibió los premios de mano del alcalde y cuando, en la noche, los exhibió delante de Malacqua, éste le pidió que le mostrara las uñas.

-Te habría ganado en el palo encebado –rió mostrando las suyas.

El silbato del vapor los encontró en los muelles. Hecha la despedida, estibado el equipaje, emprendieron la travesía a Buenaventura y a Panamá. La rueda del barco giraba con rapidez, surcando las aguas costeras con vertiginosa seguridad. Una noche a bordo del vapor permanecieron en Buenaventura y desembarcaron en Panamá tres días más tarde.

Los esperaba una delegación gubernamental que puso a disposición de Malacqua una columna armada para trasponer las ciénagas, los ríos y los lagos del istmo panameño hasta alcanzar Colón, en la costa atlántica. Abordaron el bergantín *Saint Joseph* de matrícula británica y surcaron a aguas atlánticas al pasar entre Santa Lucía y la Martinica. Malacqua sufrió de tercianas al segundo día de navegación y aunque se medicó con el licor amargo que probara en *El Peregrino*, las fiebres no lo abandonaron sino cuando el vigía avistó costas portuguesas. Durante la navegación Manuel de la calle lo enfriaba con paños empapados con agua de mar, lo alimentaba con potajes de verdura y trigo candéal y le vaciaba los recipientes del vómito y los orinales. Se apaciguaron las calenturas del supuesto arzobispo al aproximarse a Cádiz y al desembarcar su convalecencia había finalizado. Sin embargo se sentía débil; sus uñas no crecían con la velocidad acostumbrada y las notaba menos resistentes, más quebradizas. Se preguntó si podía atribuir el origen de aquello al paludismo o simplemente al inadvertido paso del tiempo.

Desde Cádiz y después de dejar a Manuel en un colegio mayor con su educación asegurada, debió viajar por tierra hasta Roma por el peligro que entrañaba una flota de piratas encabezados por el famoso Benito Bonito, el de la espada sangrienta, que desde el Caribe había venido a asolar las costas europeas del mediterráneo.

Al llegar a las puertas de Roma se exigió un minuto de reflexión en una noche de vigilia; no obstante el destino parecía haberse ya pronunciado.

Sabía que le bastaba aceptar el cardenalato y pedir a Pío IX una tarea en Roma para no volver nunca más al Ecuador o hacerlo una vez que García Moreno desapareciera de la escena política. O podía instalarse, en forma anónima, en cualquier parte del mundo con la pequeña fortuna arrebatada al botín de Lima. O resignar la opción púrpura y retornar al sacerdocio parroquial por donde había empezado. O gastar el tiempo que le quedaba en encontrar a Gabriella y rogarle que le perdonara la cobarde indiferencia y la insensata arrogancia que le habían hecho dejarla ir. O buscar una tarea similar a la que acometiera después de ser torturado, complaciendo su altanería con otros enemigos más poderosos. O sacarse la careta y enfrentar la justicia civil que sabía era corrupta y procedía con igual iniquidad que el Santo Oficio en el pasado y luchar por la reivindicación de su nombre.

Pero no alcanzó a subir a su conciencia ni resolver en consecuencia a favor de ninguna de las múltiples virtualidades conjeturadas, y conducido de madrugada al Vaticano fue alojado en la habitación de la residencia comunitaria que estaba dispuesta para los futuros príncipes de la iglesia.

Todos los días era llevado a distintas capillas y aulas donde era instruido por obispos docentes, a veces por el decano y en una oportunidad por el Camarlengo en la liturgia y el protocolo del consistorio para el que había sido escogido. Estas actividades se alternaban con otras ceremonias y misas en las que Malacqua y los seis obispos que serían cardenales como él, nunca vieron al Pontífice.

Fue autorizado para recibir en el salón de la residencia a los diplomáticos ecuatorianos destacados en la sede papal, a novicios indígenas y a unas cuantas damas de la sociedad quiteña que paseaban por Europa. Por expresa petición del secretario del secretario de Estado del Vaticano y en una última entrevista recibió a un ciudadano ecuatoriano, natural de Cuenca y residente en Roma desde hacía treinta años que poseía una inconmensurable conocimiento de lo que llamaba la geografía de relieve y que se atrevía a solicitarle obtuviera del Papa una bula que declarara al volcán Chimborazo como el monte más alto de la tierra, debido a que al estar asentado sobre la mitad del mundo era el más alejado de su centro. No supo qué respuesta darle Malacqua ni al geógrafo ni al secretario del secretario de Estado, que movió los ojos y dijo:

-No cesará de importunarnos.

Malacqua se cortaba las uñas todas las mañanas y usaba guantes en forma permanente. Aunque se sabía que Gonzaga y Mardones sufría también de esa

inusual expansión córnea, prefería no demostrarla para no atraer sobre él el mal recuerdo del infame Malacqua.

Pio IX los ennobleció con el cardenalato un sábado por la tarde y el domingo les entregó el capelo y el anillo. Malacqua que ya vestía de púrpura, fue invitado por el Santo Padre a reunirse con él el lunes por la mañana.

El Papa lo recibió en su salón privado de audiencias y era el cuarto en la prelación de los cardenales investidos.

-Conozco la tierra de donde viene –le dijo al saludarlo en italiano –y si no Ecuador, sí Uruguay, Argentina y Chile, los que visité siendo un joven sacerdote.

Malacqua no estaba impresionado con tan ilustre personaje.

-Es un largo viaje –aseveró Malacqua españolizando su italiano.

-Gonzaga –le confidenció el Papa –has sido reconocido y valorado por tu celo, por mantener la pureza de nuestra fe entre los fieles y promoverla con los indígenas; has luchado con éxito por un Estado confesional y has contribuido a la cercanía, extraña en estos tiempos, entre gobernantes y representantes de la Iglesia. Te has opuesto al liberalismo que sopla desde este continente con la energía que otorga la oración y tu catequesis y evangelización son hoy modelo para los padres misioneros en todos los países del orbe.

Malacqua, con las manos enguantadas, asentía.

-Te quiero junto a mí –declaró el pontífice.

-*Ad bene placitum* –aceptó Malacqua.

-Serás cardenal diácono de San Roberto Bellarmino y te quedarás en el Vaticano a cargo de la Sagrada Congregación de la Romana y Universal Inquisición, tus méritos obligan; regresarás a Ecuador cuando yo lo decida, antes serás el Supremo.

Malacqua cerró los ojos, sentado en el borde de la silla perdió el equilibrio y cayó de rodillas. La maldición había caído sobre él. No podía llorar ni bramar, tenía la pera de bronce en su boca, sus uñas rompieron el fieltro de sus guantes, atravesaron la alfombra polaca tejida en Isfahán y se clavaron en la fina madera del piso. Todavía no era capaz de hablar. Un relámpago de discernimiento iluminó su conciencia. El Papa también era capaz de tenderle una trampa. La guardia suiza estaba detrás de la puerta, los calabozos de San Pedro unas varas más abajo. Si se resistía se arriesgaba a la perdición que contaminaba su verdadero nombre.

-*Fi-at vo-lun-tas tuas* –tartamudeó, sabiéndose condenado.

El pontífice le impuso las manos.

-Es una responsabilidad que mi corazón me confirma serás capaz de sobrellevar –lo consoló.

El resucitado elevó la mirada, clavó en Pío IX sus pupilas rojas y levantó sus brazos, desgarrando los pulpejos de sus uñas que quedaron enquistadas para siempre en el despacho papal.

El Santo Padre descubrió la punta de los guantes de Malacqua teñidos con la sangre de sus dedos.

-Si la angustia que te he provocado –le dijo sin levantar sus manos –te causa estigmas, pues los tolerarás en silencio y reserva, ellos harán más santo tu ministerio.

Y sin que el Papa cambiara de actitud, apareció el camarlengo, anunciando así el fin de la entrevista.

El cardenal Malacqua llevaba sus manos envueltas en el palio con que el mismo pontífice le envolviera las manos ensangrentadas.

Al segundo día, cicatrizadas sus heridas, vigorosos los embriones de sus uñas y sin otro arbitrio que el ordenado por el Papa, Malacqua recibió en la antesala de las oficinas de la Sagrada congregación a su antecesor, el anciano cardenal Rivaroli.

-No tema Eminencia –lo animó al verlo consumido por la incertidumbre – que esta oficina sólo se preocupa de asuntos teológicos.

-El Santo Padre debió enviarme a mi misión en Quito, con mis indios – respondió Malacqua estirando el cuello.

-Él está preservado de cometer errores –argumentó Rivaroli, acompañándolo hasta el interior del lujoso gabinete.

-En cuestiones de fe.

-Y su nombramiento, ¿no es una de ellas? –Rivaroli dirigió, intencionadamente, su mirada a los guantes de Malacqua.

-No somos nosotros llamados a discutir esos temas.

-Aunque hay un par de casos, Eminencia, que deberá resolver con prontitud.

-¿Casos?

-Uno añejo y otro distinto y reciente –informó Rivaroli posando su mano en dos legajos de papeles sobre el escritorio que ya no preceptuaba.

-¿De qué se trata?

-De un hombre que ha querido jugar a Dios soplándole el alma a máquinas de su factura y de un pirata inglés, confeso del asesinato de un capitán español.

Malacqua con la piel de su rostro lívida como la de un decapitado no llegó a sentarse.

-¿Quiénes son, de dónde?

-El hereje es un mocho portugués; el asesino un bucanero delirante que jura haber encontrado el tesoro de la Inquisición de Lima, sus nombres podrá

averiguarlos si lee los documentos –Rivaroli levantó la mano de los papeles y se despidió con una reverencia:

-Buena suerte, cardenal –le dijo.

No bien hubo salido Rivaroli entró al despacho el padre Mastuerzo, sacerdote que oficiaba de secretario adjunto.

-Monseñor -ofreció -cuando disponga lo pondré al tanto de las urgencias de la Sagrada Congregación.

Malacqua ofuscado tomó los legajos.

-Ya me lo ha notificado el cardenal Rivaroli.

-Basta con que firme y autorice, para que el asunto sea despachado.

-¿Despachado?

-Para que los sentenciados sean relajados y esta Congregación pueda dedicarse a los temas doctrinales que interesan a la curia.

Malacqua agitó los papeles en las narices del secretario.

-No firmaré nada hasta estudiar los expedientes y conocer e interrogar personalmente a los afectados.

-El cardenal Rivaroli...

-El cardenal Rivaroli ha dejado estas responsabilidades.

-Su juicio será, pues, el definitivo –concilió el adjunto.

No se sorprendió Malacqua con la identidad de los acusados, pues escasas dudas tenía que se trataba del *signore* Viffarao y de Graham. ¿Quién si no podía obsequiar un hálito de vida a autómatas, quién podía alardear de haber encontrado el botín de Lima?

Estudió los antecedentes que condenaban a esos hombres a la victimización de la judicatura ordinaria, la que, con seguridad, les aplicaría severas sanciones de cárcel, confinamiento foráneo, requisición de bienes si los tenía y por qué no, el cadalso.

Al mocho se lo acusaba de animar a muñecos y fantoches con movimientos y gestos propios de los humanos, y al contrario de orfebres y relojeros como Vaucanson, Droz o del fabricante del Papamoscas del reloj de la catedral de Burgos, nunca quiso explicar en que consistía el truco que los activaba. Incluso se requisó de su taller una pareja de ratones mecánicos que copulaban y concebían.

A Graham, a quien se le conocía según esas acordadas con el alias de Benito Bonito, se le atribuían violentos saqueos a buques españoles, italianos y griegos en el último año en el mar Mediterráneo y en el Egeo, y se comparaba su ferocidad y sanguinaria huella a la del Olonés. Fue capturado frente a las costas de Marsella por dos navíos italianos y en su camarote se encontraron imágenes sagradas donde colgaban íntimas ropas femeninas y la cabeza del

capitán Martner, aquél oficial del que se sabía que capturado e intimidado por el pirata delató las coordenadas de la flotilla real que lo buscaba.

Todos los cargos eran verosímiles.

Los dos hombres estaban recluidos en la celda vaticana, aquella donde esperó la hoguera Giordano Bruno.

Pidió que le trajeran al pirata.

-Aseado, con ropa limpia y sin cadenas ni ataduras.

Un alabardero y un capitán de la guardia vaticana lo introdujeron al despacho del cardenal Gonzaga. Lo llevaban tomado de los brazos. Malacqua les pidió los dejaran a solas.

-*È un uccisor pericoloso, eminenza* –advirtió uno de los soldados.

-Bajo mi responsabilidad –insistió Malacqua.

Cuando se hubieron ido Graham hizo una amplia reverencia y sonrió.

-Soy culpable Eminencia de todo lo que se me acusa y pido la horca o la hoguera, pero exijo que se me exima de la prisión.

-Creo que prefieres morir a vivir encerrado, pero dudo que hayas cometido todos los crímenes que te atribuyen.

-Los que desee, entonces, monseñor –Graham estaba a punto de suplicar.

-Vamos, hombre, ¿no me reconoces?

-Monseñor, es la primera vez que nos vemos.

-¿Y Huaral? Y ¿el botín de Lima?

-Eso es verdad, señor, lo perseguí veinte años y lo encontré en las bodegas de una fortaleza en la sierras peruanas.

-Yo estaba ahí, contigo y aún me debes la mitad de esa fortuna.

Se incorporó el pirata:

-No se burle de mí, ilustrísima, que quien sí estaba allí conmigo no lo habría dejado vivir ni un segundo.

-Me llamo Malacqua.

-Malacqua, el infame Malacqua murió en Quito sin claudicar de su motivo de vida.

-¿Cómo puedo persuadirte?, Graham, ¿quizás relatándote la forma en que violamos el beaterio?

-He tomado, hace tiempo, el nombre de Benito Bonito, señor y esa información a la que alude debió ser transmitida por el párroco de ese pueblo, Huaral, o cómo se haya llamado, que descubrió el cuerpo del último inquisidor de Lima y la rapiña del tesoro.

-Graham –insistió Malacqua –puedo ayudarte.

-Eminencia –era sincero Benito Bonito –póngame en manos de la justicia y terminemos con esta farsa; me humilla con su simulación.

-Ofrécete una oportunidad y créeme.

-Ver sentado en su lugar al Malacqua que yo conocí, al legendario, al perseguido, es una contradicción irritante, inaceptable, sería verme a mí en el timón de una fragata española.

-Graham, el destino te está otorgando una oportunidad.

-El destino no otorga, impone, no acepto rebajas de parte del destino.

Y terminada la frase se volvió hacia la puerta y la abrió. Sin orden previa los guardias lo tomaron de los brazos y se lo llevaron por el pasillo.

Ese día por la tarde fue puesto en la presencia de Malacqua el mocho Viffario. El cardenal repitió la rutina, quería hablar sin testigos con el acusado.

-È un fattucchiere –lo previno el oficial vaticano.

Malacqua se levantó del sitial, detrás de su escritorio y se acercó al *signore* Viffarao.

-¿Tú tampoco me recuerdas? –le preguntó.

-¿Tendría alguna razón para ello?

-¡Viffarao, Viffarao! –exclamó.

El artesano retrocedió.

-Soy culpable, monseñor, de emular el soplo de Dios,

-Lo se muy bien, así me salvaste la vida.

-Lo dudo, señor, no tenía el honor de conocerlo.

-Soy Malacqua, *signore* Viffarao.

-¿Malacqua?, el nefando Malacqua murió en Quito sepultado bajo una montaña de piedra y polvo, cumpliendo a cabalidad con los designios de su fortuna.

-Te puedo hablar de Moleggo el obispo de Foggia, de Gabriella y tus enseñanzas del chaturanga, de *El Peregrino* y Núñez, de las callecitas de Buenos Aires..., ¿por qué regresaste a Europa, Viffarao?

-Las andanzas de Malacqua han sido siempre una principal preocupación para la Congregación que dirige, monseñor –Viffarao dio un paso atrás –lo que no significa que le hayan visto, siquiera, su sombra.

-Te has vuelto impenitente, como Graham.

El mocho repitió la conducta del pirata y al abrir la puerta fue atrapado y cargado en vilo por los soldados.

Hacía frío en el Vaticano y un fuego débil ardía en la chimenea del cuarto de Malacqua. En un arrebato, arrojó en ella los expedientes de Viffarao y Benito Bonito, causando una inaudible deflagración que inundó con su humo el espacio.

Los vigilantes entraron de inmediato al despacho, orientándose en la humareda, buscando al cardenal Gonzaga. Detrás de ellos se mostraba, agitado, Mastuerzo, Malacqua, indiferente a la fumarada, escribía.

? no se entiende bien gre
· entró después

-Padre Mastuerzo –dijo Malacqua al adjunto, ahogado por una tos ferina –ya no hay pruebas contra los procesados, se han ido con el fuego.

Mastuerzo miró las cenizas en el hogar. La santa indignación le subió por el cuello realzando sus venas, dilatando las alas de su nariz, encarnando sus párpados. La disciplina le impidió expresar su cólera ante la insensata conducta de su superior.

-¿Qué ha hecho, Eminencia? –le dijo no pudiendo evitar un tono de imputación.

-Destruir pruebas inconsistentes, propias de una justicia liviana.

-Monseñor –volvió a protestar Mastuerzo –es la justicia vaticana.

-Quiero que los dejen en libertad, ahora, ya –Malacqua se levantó y entregó el papel que escribía –aquí está el mandato.

Temiendo que una apoplejía pudiese arrebatarse la salud si continuaba delante de ese cardenal inicuo, Mastuerzo recibió el papel y salió. Una estela de humo lo siguió por el pasillo por donde se escurrió velozmente.

Malacqua llamó al lacayo y pidió una botella de grappa. Nadie lo molestaría en lo que quedaba de la noche. No contaba con el adjunto que reapareció cerca de la medianoche.

-Los prisioneros están dejando la prisión –le anunció desde la puerta.

Malacqua, con una súbita y desconcertante inspiración que en un principio no comprendió, con un gesto de su mano enguantada ordenó a Mastuerzo que se aproximara.

-La Sagrada Congregación de la Romana y Universal Inquisición, a través de una orden dada en esta instancia y momento por el cardenal que la encabeza, revierte la liberación del señor Viffarao y del capitán Benito Bonito y manda se les relaje de inmediato.

Mastuerzo suspiró sin poder apartar la mirada de la botella de grappa.

-Ha sido iluminado, monseñor –dijo.

-Reponga la causa y prepare una bula arzobispal en que confirme la sentencia y mi decisión de entregarlos al brazo secular.

-No tardaré, Eminencia.

Y como lo había prometido, Mastuerzo regresó antes de que cantara el primer gallo del Vaticano. Llevaba un rollo de papel en una mano y una barra de lacre en la otra. Malacqua estampó en la resina fundida el sello de plomo de la supremacía de Gonzaga:

-Que lo abra el oficial carcelero, quiero desocupadas todas las celdas del Vaticano.

Aliviado se retiraba Mastuerzo, pero Malacqua lo interceptó antes que llegara a la puerta.

-¿Monseñor? –Mastuerzo amedrentado receló otra antinomia.

-No ocurrirá, padre -dijo -que el hombre es más parecido a un monstruo que titubea en las tinieblas que a los luminosos ángeles de las historias antiguas.

Verdaderamente asustado Mastuerzo improvisó una genuflexión y se fue sin despedirse.

Volvió por tercera vez el adjunto, satisfecho y envalentonado. Empezaba a amanecer.

-Se han cumplido sus instrucciones Eminencia –anunció.

-Puede ya irse a descansar Mastuerzo –lo exhortó Malacqua apartando una cortina y mirando el empedrado húmedo de la plaza de San Pedro.

Malacqua le dio la espalda y el secretario cerró la puerta detrás de sí.

Un rato después, aún el lucero matinal no se apagaba, Malacqua vio carretear por la periferia de la explanada un coche celular enganchado a un sudoroso caballo. Lo custodiaban gendarmes de los tribunales civiles de Roma y lo seguía un mastín de pelo plateado. No se movió hasta que los perdió de vista detrás de la columnata.

Al día siguiente pidió y obtuvo una audiencia solicitada en carácter de urgencia con el Santo Padre: iba dispuesto a la renuncia indeclinable como sucesor de Tomás de Torquemada.

-Ora por el cardenal Cambrucelli –le advirtió el Camarlengo.

Después de una interminable espera, junto a dos oficiales de la guardia vaticana se abrieron las puertas de la Capilla Sixtina. El Papa, sentado frente a su reclinatorio levantó su mano, señal para que el cardenal Gonzaga se acercara.

Malacqua no alcanzó a hablarle. De repente el piso de la Capilla Sixtina vibró con un sonido amable como el de un clavecín. El Papa se acomodó en su sillón. La vibración aumentó de intensidad y en el fresco lateral pareció desmigajarse el pan pintado por Boticelli. Cesó el tremolar y lejos, apagado por los muros y los tapices, se escuchó un retumbo. Después todo quedó en silencio. Entonces entró el Camarlengo cuando un taparrabos, pintado por Il Braghettone sobre la anatomía pudenda de un personaje del juicio final, caía como hoja en otoño desde la cúpula de la Capilla y quedaba prendida en el albo solideo del Papa.

-Su Santidad –dijo el Camarlengo –los garibaldistas han atentado contra los jardines del Vaticano, han destruido el *pomerium* y el *viridarium*.

Pío IX espantó la lámina de pintura de Il Braghettone que se deshizo en el aire como las limaduras del ala de una alevilla.

El Papa dejó el sitial y bendijo a Malacqua:

-Debes comprender, ahora más que nunca –le señaló -que las atribuciones de tu cargo deben robustecerse, los anarquistas no pueden quedar impunes.

2.- De regreso en sus habitaciones privadas el Supremo pidió hablar con Mastuerzo:

-¿Cómo murió el cardenal Cambrucelli? –le preguntó.

-Era un anciano, tropezó y cayó en su chimenea, el invierno pasado, no pudieron lavarle las profundas quemaduras mataron las quemaduras.

Malacqua lo despidió y levantó las gasas que protegían un gran espejo ovalado, que basculaba en su pedestal.

Estuvo inmóvil un largo rato frente al espejo. Miró su mano izquierda en el óvalo y vio las secuelas de sus heridas: ¿eran las que dejara el espulguero en los dedos de Malacqua o el arañazo del gato montés que recibiera Gonzaga en su mano cuando barría el polvo del campanario de su primera parroquia? Abrió su boca y buscó las huellas de las laceraciones dejadas por la “pera”. Ahí estaban esas muescas pálidas que se interrumpían en el borde de las encías. ¿Eran el producto del tenebroso molusco con el que Moleggo ordenara torturar a Malacqua o las secuelas que Castro, el barbero, dejara en las quijadas de Gonzaga al reventarle una muela? Examinó sus uñas: ¿eran aquellas con las que Malacqua matara al vagabundo cerca de Mascione y que después desgarraron el corazón de Infanti en Guardiaregia, o las que el obispo Gonzaga usaba para rebajar el esperma de los cirios y para dividir en mitades la hostia magna antes de tragársela en el ofertorio?

El Supremo abrió su camisa púrpura. Al hacerlo se desprendió uno de sus botones que golpeó el espejo. Se agitó el azogado como el agua de una laguna cuando en ella cae una piedra. Quieto otra vez su reflejo, el Supremo tocó su piel seca. ¿Era la de Malacqua, privada ya de las caricias de Esther o Gabriella o era la de Gonzaga, descamada por el alumbre y las privaciones? Entonces buscó en su bolsillo y encontró un revólver: ¿era el que Malacqua disparó contra Bernabé, el custodio de inquisidores o el que el joven cura Gonzaga llevaba consigo para defenderse de depredadores y asaltantes cuando en las noches de Lima acudía a los suburbios a administrar sacramentos?

El Supremo clavó los ojos en el espejo, vio la imagen de la esfinge y supo cuál era la respuesta a aquella paradoja ineludible.

3.- El Santo Padre sufría de fuertes dolores de vientre y no tuvo la voluntad de reemplazar la vacancia dejada por Gonzaga. El cardenal diácono de San Roberto Bellarmino, el Supremo encargado de la Sagrada Congregación Romana de la Universal Inquisición había sido encontrado muerto en sus aposentos, con un balazo en la frente. Mastuerzo sugirió un accidente, pero este supuesto fue descartado cuando un experto policía de

Nápoles, convocado para la investigación, pidió inspeccionar el arma homicida:

-Pertenece al prófugo Malacqua –informó Plinio Pisanti, después de analizarla.

Se redobló la búsqueda del infame asesino de inquisidores, el que se creía habría muerto en el colapso de El Panecillo, el que con su propia mano había terminado con la vida de Gonzaga, ilustre sucesor de Torquemada.

VEINTICUATRO. (Epílogo.)

1.- El Vaticano nunca ha confirmado ni negado la existencia de la *Perseveranza*.

2.- El Vaticano nunca ha confirmado ni negado la existencia de un individuo llamado Orazio Malacqua, aunque quienes han ocupado, después del cardenal Gonzaga, la prelatura del Santo Oficio, han sido proveídos de una especial custodia y protección.

3.- El Vaticano nunca ha aceptado como ciertos los rumores de atentados contra miembros de la Suprema de la Inquisición. Ni aún durante su época más controvertida.

4.- El pirata Benito Bonito no pudo ser colgado en la *Piazza di Campo dei Fiore*; el temblor ocasionado por la bomba en los prados del Vaticano hicieron caer el patíbulo cortándose la cuerda que apretaba su cuello. El sentenciado huyó en dirección a Ostia Antica.

5. Viffarao fue condenado a tocar la “flauta del alborotador” durante cinco domingos seguidos frente a la basílica de San Pablo Extramuros, pero se cuenta que cuando sus dedos fueron atenazados al instrumento de tortura, el hechicero se esfumó; la flauta cayó al suelo revelando su tesitura de dos octava y dejando escapar por su boquilla un carábido extrañamente parecido a un peón de ajedrez que voló por los cielos de la ciudad perseguido por innumerables pájaros, que al acercarse, caían al suelo con el peso de una bala de cañón.

6.- Gabriella cambió su nombre por el de Golda en cuanto mojó sus pies en el río Jordán.

7.- García Moreno fue asesinado a machetazos a la salida del Carondelet y sus funerales, estando él sentado de cuerpo presente, recorrieron grabados en daguerrotipos el mundo entero.

8. Mariano Melgarejo fue muerto por el marido de su hija mientras fraguaba su venganza en su exilio en el Perú.

9.- La tumba de Esther está siempre adornada con flores.

10.- El capitán Núñez circunnavegó tres veces el globo y disfrutó su retiro como almirante de la flota española en una casa pintada celeste en Puerto de Palos.

11 - Pisanti sobrevivió al derrumbe del Huevo y casi al borde de su jubilación fue acribillado a balazos en Nápoles en una emboscada organizada por contrabandistas de aceite de oliva.

12.- Existe en la villa Torre del Greco un venaje de aguas ponzoñosas, que nadie se ha atrevido a secar, que a veces inunda la calle de los Camafeos y que lleva el nombre de Fontana di Malacqua.

13.- El cura Maral, al ver la recua de mulas con el botín de Lima recorrer la calle de su pueblo en sentido inverso, encabezada por un hombre de mar y sin Zalduegui, se alejó de allí para no regresar jamás.

14.- El ratón de Viffarao está hoy expuesto, junto a otros autómatas en el *Musée d'Art et d'Histoire de Neuchâtel*, se ignora quién lo donó a esa institución.